



AMARTE

sin tiempo

ABRIL OLGUIN

Amarte sin tiempo

Abril Olguin

Copyright © 2019 Abril Olguin
Registro de la Propiedad Intelectual

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Imagen de la portada utilizada con licencia Shutterstock.com

Contenido

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Epílogo](#)

Capítulo 1

MATEO

Estaba radiantemente vestido y sintiéndome tan brillante como mis zapatos. Los miré por enésima vez, esperando no haberlos ensuciado al mover mis pies. No podía quedarme quieto. Mis nervios mantenían mi estómago duro con un nudo y empezaba a dolerme.

En la habitación de al lado, Alanna estaba vestida como la diosa de la primavera con un vestido blanco que se le ceñía a su cuerpo perfecto. Pude recibir todos esos destellos cada vez que la puerta se abría y veía a su madre corriendo alrededor, asegurándose de que todo estuviera perfecto.

Miré mi reloj mientras caminaba de un lado a otro, sabiendo que se acercaba la hora y que no había nada que pudiera hacer para detenerlo.

Ella había soñado con este día desde que éramos niños, e incluso yo me lo había imaginado una o dos veces, pero a los siete años no me daba cuenta de que cuando tuviera dieciocho la estaría llevando de mi brazo derecho. Nunca le había dicho lo que sentía, pero finalmente, ya se había acabado esa oportunidad y no solo estaba a punto de casarse con mi mejor amigo, sino que yo sería la persona que se la entregaría.

La puerta se abrió de nuevo, y la señora Patton asomó la cabeza. —Ella está lista. Ahora solo estamos contando los minutos.

La prima de Alanna, Melissa, quien tuvo el honor de ser la madrina de la novia, salió pisándole los talones y corrió a la habitación de señoras más cercanas murmurando algo sobre su maldita panty.

—Yo también estoy listo—. Levanté mi cuello y vislumbré a Alanna cuando su madre salió. Ella era la chica más bonita que había conocido, y si solo pudiera ver una cosa por el resto de mi vida, la elegiría a ella. Pero el destino lo había mandado todo al infierno.

—Mateo, has sido simplemente maravilloso. Sé que Julián quería que tú fueras el padrino, pero es más que un gran honor, que la entregues—. La Sra. Patton siempre había sido como una segunda madre para mí.

—Cualquier cosa para hacerla feliz—. Mi corazón se arrugó cuandoforcé una sonrisa.

—Solo desearía que el trabajo de su padre no se hubiera interpuesto en el

camino, pero eso es otro asunto. Él está muy decidido a conseguir los tratos para su negocio, pero Alanna entiende. Ella es como él cuando se trata de esas cosas—. Aunque la madre de Alanna era de pelo rojizo, compartían el mismo tipo de ojos azul profundo. Observando a esa mujer, era fácil predecir que la belleza de Alanna resistiría la prueba del tiempo.

—Estoy seguro de que valdrá la pena—, le dije.

Su padre casi nunca había estado cerca, y no me sorprendió que no asistiera a la boda de su hija. No había estado presente en su propio matrimonio, pero por alguna razón, la Sra. Patton se quedó con él.

—Estoy segura de que así será, y mientras tanto, harás un trabajo fabuloso—. Se apoyó en mi brazo, solo para acercarse a mi oído. —Sabes, Mateo, siempre me imaginé que estarías en el lugar que Julián tendrá hoy. Dios sabe que me habría hecho mucho más feliz.

—Aprecio que diga eso, pero esto se trata de Alanna y lo que ella quiere. Además, supongo que no hay nada que pueda deshacerse ahora—. Solté una pequeña carcajada mientras ella me daba unas pequeñas palmadas en la espalda.

—Es curioso que las cosas no funcionen como te las imaginas. Siempre soñé que Lance sería quien la entregaría— Ella agitó la mano en el aire como borrando las palabras dichas. —Mientras todos estén contentos, supongo que nada más importa.

Me miró con una pregunta silente mientras levantó una ceja como si quisiera que le dijera que no me gustaba cómo habían salido las cosas. Sin embargo, ya era demasiado tarde para eso. En minutos, Alanna se casaría con Julián Adams.

Julián, que la había engañado tres veces antes de que yo me metiera y lo amenazara. Julián, que me había utilizado como excusa más veces de las que me importaba contar. Julián, que no se merecía a la mujer en la que se había convertido ante nuestros ojos.

Era el tipo de mujer que me hacía querer ser un hombre mejor, y no podía entender cómo alguien, incluso Julián, no podía sentirse de la misma manera. Esperaba que mientras yo me convertía en alguien de quien ella pudiera sentirse orgullosa, Julián haría lo mismo.

—Estoy feliz por ella. Sé que estará bien—. Porque si Julián hiciera algo para lastimarla, yo personalmente le patearía el trasero. Incluso si tuviera que volver sin autorización para ello.

Cuando supe que la feliz pareja iniciaría una vida nueva juntos, entendí que

era hora de seguir adelante con la mía, así que me uní a los marines poco después de que Alanna me diera la noticia. En dos semanas, me iría a la formación básica.

–Casi es la hora. Mejor voy y me aseguro de que todo esté listo y en su lugar. Ha estado muy nerviosa durante toda la mañana, y no comió nada.

–No se preocupe. Si está un poco tambaleante, la mantendré erguida todo el camino hasta el altar–. Me di cuenta de que no me necesitaría para apoyarse en mí durante el recorrido y supuse que así se sentían los padres al perder a sus hijas pequeñas de alguna manera.

La señora Patton se alejó, y comencé a caminar de nuevo, sin estar seguro de poder hacerlo. Tenía que hacerlo. Me gustara o no, estuve de acuerdo en ello.

–¿Mateo? – Levanté la vista, y la Sra. Patton estaba asomándose por la puerta de nuevo. –Es casi la hora, querido, y ella quiere verte un momento.

Aproveche la oportunidad para verla y me apresuré a entrar en la habitación. Me tropecé con mis zapatos brillantes y casi caí de bruces al ver finalmente la imagen completa de Alanna Patton parada frente al alto espejo. Su largo vestido blanco se extendía por el suelo cuando giró, y su cabello, que generalmente lo mantenía largo y suelto, estaba amarrado como una princesa con pequeñas flores escondidas por aquí y por allá. Sus mejillas eran tan suaves como los pétalos en su ramo, y ella olía igual de dulce. Me detuve con asombro, los celos ardían en mis entrañas porque ella nunca sería mía.

–Mateo, muchas gracias por hacer esto. No puedo decirte lo mucho que significa para mí–. Se dio la vuelta y se me acercó, tropezando con sus talones. Tomé su mano y la mantuve firme mientras ella se enderezaba cayendo sobre mi pie.

–¿Estás bien?

–Sí, lo siento mucho. ¿Rasgué tu zapato? –. Me lanzó una mirada de disculpa y sus ojos se llenaron de lágrimas.

–No pasó nada, Alanna. Mejor que haya sido el mío y no el tuyo. Te ves hermosa–. Le tomé ambas manos cuando ella dio un paso atrás e hizo un pequeño giro de lado a lado.

–¿De verdad piensas eso?

–Sí, y tú me conoces. Nunca te mentiría–. Pero estaba mintiendo. Debería haberle dicho que la amaba y que estaba cometiendo el mayor error de su vida. Debí habérselo dicho mucho antes de que llegara ese momento, cuando todo comenzó.

–¿Entonces me dirás algo? – Miró a su madre que estaba al otro lado del vestidor, hurgando en un pañuelo de papel como si hubiera perdido algo especial. Ella se inclinó más cerca. –¿Crees que estoy haciendo lo correcto?

Sentí un nudo en mi garganta. Fue tan fuerte que quise tomar su mano, caer de rodillas y decirle que estaba enamorado de ella, que podía hacerla feliz de verdad por el resto de su vida, sabía que tenía que hacerlo. Debía tomar el camino difícil. Me quedé sin palabras, como de costumbre.

–Oh, Dios mío, lo siento mucho–. Ella dejó escapar un largo suspiro. –Sé que no es justo preguntar. Julián es tu mejor amigo.

–También eres mi mejor amiga, ¿sabes? Eres mi primera mejor amiga–. Respiré hondo, mirando la esperanza que llenaba sus ojos. Era la esperanza de un futuro feliz con el hombre que amaba. Ese hombre, por alguna terrible razón, era Julián y no yo. Pero eso era culpa mía nunca confesarle cómo me sentía. Tampoco se lo diría en este momento. No podía arruinar sus grandes planes. –Va a ser todo lo que siempre has querido. Verás

Levantó la mano y tomó mi rostro, y por un momento, con su mirada profunda en mis ojos, pensé que podría besarme. –Eres el mejor–. Se inclinó y me abrazó, pero no demasiado fuerte para no arruinar su vestido.

Su expresión se desvaneció en el momento en que comenzó la música, y luego colocó su mano sobre su estómago. –Supongo que es la hora.

Su madre se acercó a toda prisa con una cajita: –Encontré el camafeo. Fue de tu bisabuela. Me lo entregó y yo se lo puse alrededor del cuello, asegurándome de que quedara bien abrochado. –Ustedes dos se ven tan perfectos–. Casi podía escucharla agregando –juntos–, pero se aclaró la garganta y añadió –será mejor que salga.

Se dio la vuelta y se dirigió a tomar asiento. Caminamos hacia el pasillo para pararnos detrás de Melissa, de quien noté que ya no estaba usando sus medias panty, mientras esperaba su señal.

Pensé para mí mismo que todavía podía detenerlo, pero luego mi mente me llevó al momento en que conocí a Julián cuando se mudó a Raleigh en quinto grado. La maestra, la Sra. Ladd, lo había sentado junto a mí y me pidió que compartiera mi libro hasta que él pudiera conseguir un ejemplar. Pensé por un momento cómo podía culpar a la Sra. Ladd de todo, pero luego recordé cómo yo había visto las cosas venir y cómo fue que conoció a Alanna.

Al principio, los dos se odiaban, y por la forma en que Julián le hacía maldades a ella, no creía que a él le gustara Alanna, y mucho menos que se enamorara de ella, pero, de nuevo, eso era cuando ella llevaba coletas.

Para cuando empecé a notar que ella era más que la chica de la puerta de al lado, también Julián hizo lo mismo, y él siempre parecía tener el encanto a flor de piel, mucho más que yo. Cuando llegó el primer baile escolar, consideré pedirle que me acompañara, pero Julián se me había adelantado golpeándome duro. En lugar de fingir que no me molestaba, tuve que haberle dicho que se retirara.

Luego vinieron los días de la escuela secundaria cuando descubrió que otras chicas estaban interesadas en él, y decidió romperle el corazón a Alanna al elegir las. Esperaba que finalmente hubiera llegado mi oportunidad, pero en nuestro último descanso de primavera, volvió a acercársele y le pidió que se casara con él.

Sabía que tenía que ser un truco para recuperarla, pero ahí estábamos, parados detrás de la puerta con Melissa comenzando a avanzar.

Me volví para mirar a Alanna y la atrapé sonriéndome. –Gracias por ser mi amigo, Mateo. Has sido mejor que cualquier hermano, y te quiero tanto por eso.

Sentí una punzada en mi pecho, y el nudo en mi garganta, apenas me permitió emitir sonido, –Yo también te quiero, Alanna –. Solo que no quise decir eso con el mismo sentido que ella lo dijo. Lo dije con todo mi corazón. El pianista comenzó a tocar la marcha nupcial, y las puertas se abrieron para nosotros.

Dimos dos pasos hacia adentro cuando la multitud se levantó de sus asientos, y miré hacia el frente del pasillo donde estaba Julián, sabiendo que él estaba parado donde tenía que estar yo.

Capítulo 2

ALANNA

Caminé hasta el final del pasillo con Mateo, quien tenía mi mano agarrada con fuerza. Así era como lo hacía cuando éramos niños y estábamos a punto de hacer algo difícil. Me recordó la vez que caminamos por las vías del tren, pasamos la granja de tabaco de Hardy saltando la barda y nos lanzamos al arroyo, y la vez en que corrimos todo el camino a casa desde el parque porque pensamos que un grupo de perros salvajes nos perseguía.

Es gracioso, las cosas que puedes recordar en no más de un segundo, y mientras dábamos nuestro primer paso, agarré su mano con fuerza.

Todavía no estaba segura de sí estaba haciendo lo correcto, pero confiaba en Mateo más de lo que confiaba en mi propio corazón. Esperaba que él me dijera que cambiara de parecer, pero como no lo había hecho, me resigné a mi destino y a las decisiones que ya había tomado. Ahora no había vuelta atrás.

Él estaba a mi lado y lo que yo quería era caer en sus brazos y rogarle que me sostuviera; pero en cambio, mis ojos miraron hacia el final del pasillo donde debieron haber estado enfocados todo el tiempo. Vi a Julián, quien le dio un codazo a su hermano menor y le guiñó un ojo. Estaba segura de que probablemente estaban diciendo algo inmaduro acerca de la luna de miel, pero luego Julián se enderezó, cuadró sus hombros y comenzó a parecerse más al hombre que necesitaba que fuera.

No estaba casándome a la ligera. Había hablado lo suficiente con Julián acerca de cuáles eran mis ilusiones como para que él entendiera lo que yo esperaba de nuestra nueva vida juntos. Tenía ilusiones y él me había asegurado que él también las tenía y que nuestra boda no haría que eso cambiara.

Nos detuvimos al final del pasillo, y sostuve la mano de Mateo un poco más fuerte. La voz del pastor Gregor se elevó por encima de la multitud. —¿Quién entrega a esta novia?

—Sus padres y yo—. Mateo se giró y me miró a los ojos. Su beso en mi mejilla se sintió como una despedida; tanto así, que quería detener la ceremonia y asegurarme de que no se iba a ninguna parte. Soltó mi mano y, con una sonrisa, se apartó para sentarse en el extremo del pasillo con la familia de Julián.

Julián tomó mi mano y se inclinó para susurrar: –Te ves muy sexy, bebé.

El pastor se aclaró la garganta, y luego, después de un pequeño giro en sus ojos, que yo debí haber tomado como una señal para correr, comenzó a hablar sobre el matrimonio como una unión sagrada. Traté de concentrarme, pero no pude borrar el último beso de Mateo y lo definitivo que se sintió.

Cuando el pastor Gregor comenzó a hablar de lo precioso que era el matrimonio, sentí aún más inseguridad de si estaba haciendo lo correcto, pero con todos los ojos puestos sobre mí, incluso los de Mateo que parecían animarme, sabía que no había forma de escapar.

Antes de darme cuenta, el pastor Gregor ya había iniciado los votos de Julián, y mientras los decía parecía tan sincero que comencé a sentir una punzada de culpabilidad en mis entrañas. – ¿...para el resto de sus vidas?

–Acepto–, dijo Julián.

Dejé escapar un suspiro de alivio, y la parte de mí que se sentía insegura, repentinamente desapareció al oír su sincero “Acepto”. Dijo las palabras con tal convicción que borró cualquier duda que tuviera e hizo que me concentrara en el momento que estaba viviendo.

–Ahora, repite después de mí–. Comenzó a recitar las líneas que habíamos ensayado.

–Yo, Alanna Patton, te acepto a ti, Julián Lynn Adams...–. Balbuceé un momento cuando miré a Mateo. Sus ojos se abrieron cuando me vio luchando para continuar, y comenzó a animarme a que lo hiciera pronunciando él las palabras. Dije cada palabra tal como me lo pedía, hasta al final, cuando me volví hacia Julián y lo miré a los ojos.

–Acepto.

El pastor concluyó la ceremonia y nos declaró marido y mujer.

–Ahora puedes besar a la novia–. El padre Gregor cerró su biblia y Julián se me acercó, con una sonrisa tan amplia que al inicio no podía mover sus labios para besarme, pero cuando unió sus labios a los míos logramos besarnos profundamente. Toda la sala comenzó a aplaudir. Todos menos Mateo. Al enderezarme, nuestros ojos se encontraron. Él lucía tan distante, que sentí necesidad de hablar con él.

Julián me tomó de la mano y rápidamente me llevó por el pasillo hacia el vestidor, donde íbamos a prepararnos para la recepción. – ¿Puedes creer que estamos casados?

–Lo sé, es verdad. Parece una locura–. Había esperado toda mi vida por ese momento, y aunque todavía tenía muchas esperanzas, todo parecía un poco

forzado.

Julián cerró la puerta con llave. –Estás muy sexy con ese vestido, pero no puedo esperar a quitártelo–. Se apresuró hacia mí, me besó y me apretó contra él.

–Julián, me vas a arrugar el vestido.

–Vamos, bebé, tengamos sexo ahora. Estamos recién casados y esto es lo que la gente supone que estaremos haciendo–. Su mano vagó hacia abajo, y comenzó a subir mi vestido.

–En la iglesia no, Julián. Eso está muy mal visto de todas las formas–. Aparté su mano mientras lo miraba directo a sus ojos dándole una mirada de desaprobación.

Se agachó y agarró sus pantalones abultados. –No puedo salir así.

–Tendrás que hacerlo. Tenemos que ir a la recepción–. Me preguntaba si no se había casado conmigo solo para poder tener un sexo más cómodo. –Hay personas que quiero ver y agradecer, sin mencionar que todas nuestras familias están ahí afuera; algunos de los cuales me gustaría conocer y otros que no he visto en mucho tiempo.

–Vamos, Alanna. No tomará más de cinco minutos –. Dejó escapar un resoplido cuando me encontré con sus ojos y me aparté.

–Qué romántico–. La mirada en mis ojos lo desafió a nuestra primera pelea como marido y mujer, y cuando me di la vuelta para salir, me agarró del brazo.

–Vamos, nena. No te enojés. Es el día de nuestra boda. Solo quería que fuera memorable. Te he echado de menos–. Solo había estado lejos de él durante un día, lo cual no era algo anormal para nosotros, pero él continuó como si hubiéramos estado separados desde siempre. –Pensé en ti anoche y lo feliz que estoy de estar contigo. Vamos a tener una gran vida–. Me miró a los ojos y sonaba tan sincero que no pude evitar sonreír.

Creí cada palabra pronunciada por él, y eso solo me hizo sentir más ansiedad de llegar a la recepción y disfrutar con nuestros amigos y familiares.

–Vamos a tener una gran vida. ¿Cómo podríamos no estar juntos?– Me incliné y besé sus labios, pero en mi corazón, aún estaba más preocupada por Mateo y lo que estaba pasando con él. –Ahora salgamos.

–Bien, pero esta noche, serás toda mía–. Julián me besó en el cuello y luego me acarició la oreja. –Te amo.

–También te amo–. Durante unos segundos nos abrazamos y luego, cuando nos giramos para salir, tomé su mano. –¿Notaste algo raro con Mateo?

–¿Mateo? No. Todo parecía estar bien con él. Probablemente solo esté

pensando que ahora que estamos casados, no tendré tiempo para salir por unos tragos—. Julián tenía razón. Mateo siempre había estado con nosotros dos, pero desde el momento en que le dije que Julián y yo nos casaríamos, comenzó a tomar distancia.

Salimos al pasillo y nos dirigimos a las puertas de la sala de recepción. — Tal vez sea solo eso. Es que me preguntaba si había algo más.

Julián volteó su mirada hacia mí luego de dar un suspiro. —Estoy seguro de que te lo diré hoy—. Solté su mano y me detuve en el medio del pasillo. — ¿Decirme qué?

—Él no quería que lo supieras hasta después de la boda.

—Ya la boda terminó, así que es mejor que empieces a hablar—. Julián me miró directo a los ojos y supe que no me lo contaría. —Bien, se lo preguntaré yo misma—. Me di la vuelta y entré en la habitación con el único propósito de encontrarlo, pero cuando abrí la puerta, el DJ interrumpió la música y nos anunció.

Julián y yo entramos y nuestra familia y amigos, comenzaron a silbar y a aplaudirnos.

Luego vino el momento del baile y de las fotografías.

No fue hasta que cortamos el pastel y que los invitados comenzaron a hacer fila para comer que vi a mi madre sacar a Mateo de una mesa en una esquina donde parecía estar escondido. Él nunca había sido amante a los compromisos sociales y cuando celebrábamos algún cumpleaños, él siempre era de los que se alejaba de los grupos grandes.

—Mira a quien encontré—. Mamá lo arrastró a través de la habitación detrás de ella. —Creo que pensó que se escaparía sin tener que bailar, pero como tu padre no está aquí para hacerlo contigo, creo que Mateo podría hacer los honores.

Me di cuenta por la expresión de su rostro que no quería hacerlo, pero como sabía que tenía un secreto guardado hasta después de la boda, no estaba tan dispuesta a dejarlo en paz. —Me encantaría bailar, Mateo. Gracias, mamá—. Me acerqué a él y tomé su mano mientras dejaba escapar un largo suspiro.

—Sabes cuánto odio esto— soltó mientras lo llevaba hasta el centro de la pista de baile. —Deja de ser un bebé. Nadie nos está mirando. Todos quieren pastel.

En ese momento, el DJ bajó la música para hablar. —Alanna tiene un invitado muy especial, el hombre que la entregó hoy, que no solo ha estado en su vida durante mucho tiempo, sino que también es el mejor amigo del novio y

alguien a quien podemos responsabilizar de lo que está sucediendo hoy. ¡Saludemos a Mateo Burke!

Los invitados volvieron a aplaudir, y los ojos de Mateo se abrieron. –Claro, nadie está mirando. Todos quieren pastel.

Empezó a sonar la música suave mientras Mateo me paseaba por la pista de baile y miraba hacia arriba para ver a mi madre de pie junto al DJ.

–Sabes que esto no significa que las cosas tengan que cambiar, ¿verdad? Seguiremos juntos. Todavía eres nuestro mejor amigo—. Puse mi mano en su pecho y miré sus ojos, esperando que me dijera lo que estaba pasando.

–Estamos creciendo, Alanna. Las cosas van a cambiar un poco.

–Dímelo, Mateo—. No iba a dejar de bailar con él hasta que me confesara lo que me tenía oculto.

–No sé a qué te refieres.

–Julián me dijo hace unos instantes que me estás ocultando algo.

Eché la cabeza hacia atrás y respiró hondo. –No quería nublarle el día, Alanna. Has esperado esto desde que éramos niños.

–Cierto, y no creas que me he olvidado de mi primera boda. O mi primer novio—. Lo había vestido con uno de los abrigos de traje de mi padre y lo había hecho jugar como si fuera mi novio cuando teníamos unos siete años.

Se echó a reír a medias. –Eso no cuenta.

–Claro que sí, y mucho. Y no creas que me vas a distraer. Quiero saberlo, Mateo. ¿Qué podría ser tan terrible como para lograr ensombrecer mi día?—. Me reí, sin pensar realmente que había algo que pudiera hacer que me amargara.

–Me voy pronto.

–¿Para la universidad? Pensé que ibas a estudiar en una universidad local—. Él había sido muy buen estudiante y se había graduado de número dos, por debajo de mí, por lo que sabía que tenía opciones.

–Me uní a los marines. Ayer firmé los documentos finales, y me voy en un par de semanas.

Sentí como si alguien me echara un balde de agua helada. –Entonces, no estarás por aquí. Deberías habérmelo dicho antes de la boda, Mateo. Habría pasado más tiempo contigo.

–¿Mientras estabas planeando tu boda? Sabía que tenías muchas cosas por hacer con todo esto.

Había estado muy ocupada con el torbellino de la boda. No había pensado que nada cambiaría. No pasó por mi mente que en sus planes estaba el irse.

Cuando Julián me propuso matrimonio luego de regresar de las vacaciones de primavera, comencé a planificar la boda de inmediato, sabiendo que quería casarme con él lo antes posible para que pasáramos todo el verano como marido y mujer, ya que luego de comenzar la universidad nuestro tiempo juntos se reduciría a la mitad.

Mi madre y mi padre me habían dado a regañadientes su bendición, y tanto mi padre como yo, estábamos contentos con la idea de que yo trabajara para él y lograra mi autosuficiencia, sólo para prevenir en caso de que las cosas no llegaran a funcionar. Él siempre había querido que fuera a trabajar para él, y ahora yo estaba de acuerdo. Pero incluso con todo eso, esperaba que Mateo siempre estuviera cerca, y por eso, supuse que no solo había estado pensando de manera egoísta sino también irreal.

Necesitaba estar orgullosa de él y de que él estuviera haciendo algo por sí mismo. Su padre no lo había ayudado a levantar una pierna. Era un imbécil abusivo que no solo atormentaba a Mateo, sino también a su hermano menor, Robert. Robert no supo manejar las cosas tan bien como lo hizo Mateo, y se convirtió en un chico problemático, especialmente cuando Mateo no estaba cerca para cuidarlo.

—¿Y qué pasará con Robert?— No podía creer que lo dejara.

—Él va a estar bien. No puedo seguir haciéndome responsable de él, o nunca tendré una vida propia. No sólo es eso, Alanna, sino que tenemos una familia que lo controlará.

Yo todavía me sentía bastante triste. Me preocupaba que Robert no sobreviviera a la desaparición de Mateo, y me preguntaba si yo misma lo haría. —Te extrañaré.

—Tú también estarás bien. Tienes a Julián para que te cuide, y tú y él tendrán una vida maravillosa juntos. La música se detuvo y él me sujetó por los hombros antes de soltarme.

—No será lo mismo sin ti alrededor. Prométeme que te mantendrás en contacto—. Su mirada parecía transmitir un millón de emociones y, sin embargo, su rostro no cambió en absoluto.

—Oye, hombre, ¿puedo recuperar a mi esposa ahora?— Julián se acercó y los dos se dieron la mano. —Felicidades, amigo. Espero que sepas cuán afortunado eres, y también espero encontrar a alguien así de especial en mi vida.

—Así será. Por supuesto, ella no será tan ardiente ni tan buena como mi esposa, pero tú serás feliz—. Julián y Mateo rara vez hablaban en serio. —Supongo que le dijiste—. Julián nos miró.

–Sí, ella hizo que se lo confesara.

–Bueno, son buenas noticias ¿verdad? Quiero decir, necesitas escapar. Te hará bien–. Julián sabía las presiones que Mateo recibía en su casa y cómo eso lo estaba afectando. –Sí, realmente debería irme. Tengo una reunión con mi reclutador.

–Por favor quédate. Deberías comer algo–. Sabía que cuando él saliera de esa habitación, sería la última vez que lo vería por un tiempo.

–Ojalá pudiera, pero realmente necesito irme–. Estrechó la mano de Julián, y luego lo agarré por el hombro y lo atraje hacia mí, atrapando una lágrima que quería escapar para que no arruinara mi maquillaje.

–Gracias por todo.

Él me dedicó una última sonrisa y luego salió de mi vida.

Capítulo 3

MATEO

Diez años después

Yo no había planeado hacer una carrera militar, y ahora que finalmente había obtenido mi título de ingeniero, estaba haciendo planes para terminar mi compromiso y dejar de estar alistado. Después de haber visto durante los últimos diez años lo grande que es este mundo, estoy listo para encontrar mi lugar en él, en un lugar diferente, sin camuflaje.

–Oye, Burke–. Escuché la voz que me llamaba y me volví justo a tiempo para ver que Erick sacaba una silla para sentarse a mi lado.

–¿Cómo te va, Erick? ¿Qué vas a fingir que estás comiendo hoy?

Él dejó su plato y luego se sentó a mi lado. –Hoy, este será un plato de costillas a la barbacoa de este pequeño lugar en Texas llamado Carolina. Puedes jurar que ahí hacen la mejor barbacoa de todas. Solía comer ahí cada vez que pasaba por esa ciudad.

Erick nunca había comido una comida militar en su vida, al menos en su cabeza. También había recibido muchas atenciones de parte de su familia, quienes le enviaban regularmente paquetes, por lo que nunca estuvo sin una galleta en su bolsillo, a pesar de que era uno de los soldados que estaba más en forma.

–Escuché que terminaste tu carrera. Eso es genial, hombre–. Erick siempre había sido uno de los que me había ofrecido su amistad y su apoyo, y él había sido uno de mis primeros amigos en el servicio. Lo conocí en mi segundo año y hemos estado cerca desde entonces.

–Gracias. Espero que ya en algunos días no tenga más de esto–. Señalé mi plato y deseé poder soñar despierto como mi amigo.

–¿Qué quieres decir? Carolina es lo mejor–. Tomó su tenedor y se llevó un trozo de papas a los labios. –Es la mejor maldita barbacoa en Afganistán. Aleluya por eso.

Erick siempre me ayudaba a aliviar el estrés del día. Después de un momento, bajó el tenedor.

–¿Cómo lo haces, Burke? Quiero decir, terminaste tu carrera, hombre. Eso

es un logro maravilloso. Eres la persona más disciplinada que conozco de aquí, y decir eso en este lugar es decir bastante.

–Gracias. Supongo que no tengo mucho que me distraiga de mis metas–. Me había tomado un poco de tiempo averiguar lo que quería, y una vez que tuve las cosas en orden, pasé todo mi tiempo libre estudiando.

–Eso es lo que quiero decir. ¿A quién tienes para compartir tus sueños, amigo mío? No tienes una mujer en casa, ¿verdad? Porque nunca te he escuchado hablar sobre tu familia ni te oigo hablar de nadie en tu vida.

–No he tenido tiempo. He estado estudiando y trabajando–. Estar desplegado también había hecho difícil encontrar compañía, y a diferencia de otros que no les importaba tener relaciones sexuales sin sentido con quienquiera que tuviera un agujero, yo era más cuidadoso. Claro, había tenido mi parte justa de mujeres hermosas desde que me alisté, pero no tuve tantas aventuras sexuales locas como algunos. La mayoría no habían sido más que arrebatos, y algunas de ellas habían quedado siendo buenas amigas desde entonces, pero no como para confiarles o compartir las buenas noticias.

–Hombre, confía en mí. Esa mierda no vale mucho si no tienes a alguien a quien ames al final del día. Alguien por quien vivir–. Me había contado todo sobre su esposa e hijos y todo lo que significaban para él. No sólo había visto todas las fotos de su familia, las cosas, los dibujos y los regalos que sus hijos le enviaban, sino que también había visto la sonrisa en su rostro, y lo envidiaba por tener una familia.

No era lo mismo con Robert, aunque en realidad no era culpa suya, ya que aún era joven cuando me fui, y lo último que había sabido por nuestro padre era que se mantenía metido en problemas. Esa fue también la última vez que hablé con papá. Él había dejado en claro que, al salir de la familia, no quería que regresara. Me dijo que era un traidor por mi elección y no tuvo en cuenta el hecho de que estaba sirviendo a nuestro país y que además tenía la esperanza de mejorar por mi cuenta.

Nunca me había estimulado en mis cosas. No había estado allí en ninguno de mis logros, y lo había descartado años antes de que los militares entraran en mi vida. Sí, definitivamente ese no era el tipo de historia que quería contarle a Erick. No cuando su propia familia era tan amorosa y aparentemente perfecta.

No pude evitar pensar en Alanna, y quería contarle que había amado una vez, y que tal vez todavía lo hacía. Podría contarle todo sobre ella y lo maravillosa que era. Cómo la dejé deslizarse entre mis manos, y peor aún,

cómo terminó casándose con mi mejor amigo. Sabía que si le decía esas cosas, luciría como un verdadero imbécil, y lo último que quería era parecer estúpido o que sintieran lástima de mí. –Entiendo lo que dices, amigo, y aprecio el aliento, pero me imagino que tengo el resto de mi vida para dedicarme al amor y a las relaciones.

Erick negó con la cabeza. –La vida es corta, hombre.

La explosión ocurrió tan rápido que ninguno de nosotros tuvo tiempo de moverse. La pared de la habitación se convirtió en escombros, y parte del techo se desplomó sobre nosotros mientras una nube de polvo y ruinas nos envolvía. El lugar se iba a derrumbar en cualquier momento. Nos cubrimos con la mesa junto a otros que hicieron lo mismo, tratando de averiguar cuál sería el próximo movimiento.

Todo estaba oscuro, y me sentía aturdido. El único sonido claro que podía oír era el latido de mi corazón, que estaba bombeando a mil por hora. Traté de mantener la calma, evitando desmayarme por la prisa, y mi primer instinto fue evaluar la situación.

–Tenemos que movernos–. Levanté la vista y los demás ya estaban empezando a dispersarse. Algunos que se habían agachado a nuestro lado ya estaban corriendo hacia la puerta, pero no estaba seguro de si eso los llevaría a algún lado. –Vamos hombre. Tengo demasiado por lo que vivir–. Erick se levantó de un salto y corrió, y yo fui detrás de él, para asegurarme de que pudiéramos encontrar una salida clara y segura.

Tan pronto como llegué a la puerta, hubo otra explosión, y esta vez, el techo se derrumbó junto con las otras tres paredes. Se estrelló contra nosotros, empujándonos al suelo.

Erick gritó de dolor, y el sonido de la agonía llenó el área, junto con disparos y pequeñas explosiones en la distancia. El aire que nos rodeaba estaba lleno de humo. Me agaché y limpié los escombros sobre Erick, solo para descubrir que su pierna estaba abierta y sangrando.

Yo, aparte de algunos cortes y rasguños, estaba bien. –Te tengo, amigo. – Levanté a Erick y lo sostuve contra mí, y luego nos alejamos del humo, esperando encontrar refugio.

Cuando se despejó la ceniza, noté que los disparos entre nuestros soldados y el enemigo estaban peligrosamente cerca, así que si no nos movíamos, pronto estaríamos muertos.

Me volví hacia Erick, que se estaba debilitando cada segundo; su rostro oscuro estaba polvoriento.

–Tenemos que lograr ir hacia el otro lado. ¿Estás seguro de que podrás hacerlo?.

– ¿Qué otra opción tengo? Si nos quedamos aquí, estamos muertos—. Erick apretó los dientes tan fuerte que pude ver cómo temblaban los músculos de su mandíbula. Luego, con lo que parecía ser todas sus fuerzas, apoyó la pierna mala y lo ayudé para quitarle algo de peso. Esperamos hasta que nuestros hombres nos dieron el claro y cruzamos el área, tropezando con los escombros hasta llegar a la parte del suelo que estaba más limpia. Erick bajó, y me detuve para cargarlo en mi espalda hasta el otro lado.

Ni siquiera sentí la bala cuando entró en mi pecho, pero tan pronto como bajé a Erick, me desplomé.

Lo último que recuerdo, era mi cuerpo enfriándose y el sabor de la suciedad y la sangre en mi boca.

Capítulo 4

ALANNA

Acababa de hablar por teléfono con un cliente cuando Jonathan Blackwell entró en la habitación con una gran sonrisa en su rostro y un brillo en sus ojos.

–Buenas tardes, Jonathan–. No esperaba a que él se sentara, pero él ha sentido la confianza como para estar cerca de mí, especialmente desde que me divorcié.

–Buenas tardes, Alanna. Espero que no te importe la irrupción, pero quería compartir contigo en persona las buenas noticias

–Te lo agradezco. ¿Cuáles serían esas buenas noticias?–. Esperaba que me contara que había hecho reservación para cenar o que había conseguido entradas para una obra, que era su intento habitual para que yo saliera con él.

–Mira tú misma–. Abrió su maletín y sacó una pequeña pila de papeles que deslizó sobre mi escritorio.

Estudí los números en la página y me di cuenta de que la compañía estaba mejor que nunca. Nuestros números habían aumentado en todos los rubros correctos, al tiempo que disminuyeron los números que no importaban. –¡Esto es increíble! ¿Mi padre ha visto esto?.

–Sí, acabo de salir de su oficina. Está muy orgulloso de ti y de tu trabajo, y debo decir que no puedo culparlo. Has hecho un buen trabajo aquí, Alanna. Tú y tu padre juntos son un equipo poderoso. Vas a llevar a esta empresa a nuevas alturas.

–No le diré que lo dijiste. Parece pensar que como pasó toda mi infancia dedicado a esta empresa, él es el maestro.

–¿Qué tal si salimos y celebramos? Podría hacer reservaciones en ese pequeño lugar italiano de la ciudad que tanto amas.

–Gracias, pero no, no puedo. Tengo que ir a buscar a Agustina a la escuela.

Se inclinó más cerca de mi escritorio. –Me refiero a más tarde, en la noche, por supuesto. Quiero decir, creo que nos divertiríamos y estoy seguro de que podrías encontrar una niñera para tu hija.

–Es fin de semana, Jonathan. Aprecio tu oferta, pero paso los viernes en la noche con mi hija.

– ¿No crees que es hora de seguir adelante? Quiero decir, sé que tu esposo

te fue infiel, pero hace ocho meses que te divorciaste—. Me pareció gracioso que contara los meses.

—¿Han sido ocho?— Fingí no saberlo. —Pensé que te había rechazado por mucho más tiempo que eso—. Le dediqué una sonrisa para hacerle saber que estaba bromeando, pero no demasiado grande porque también necesitaba que supiera que hablaba en serio.

—Lanna, vamos. Creo que sería divertido y nos lo pasaríamos genial.

El hecho de que él me llamara Lanna como lo había hecho mi padre desde que nací no le estaba haciendo ningún favor. —Lo siento. Nunca mezcló negocios con placer. Además, todavía no estoy lista para salir, y no tiene nada que ver con que no quiera seguir adelante. Créeme. He avanzado, Jonathan.

Se puso de pie y recogió los papeles que había dejado tirados sobre el escritorio haciendo una pila con ellos. Después de golpear los extremos en el escritorio, los puso de nuevo en su archivo. Sus labios se apretaron en una línea apretada, y por un momento, pensé que realmente podría tener el valor de decirme algo.

Antes de que pudiera alejarse, mi padre abrió la puerta y entró en la oficina.

—¿Te ha gustado ese informe?

—Estoy muy orgullosa, papá.

—Igual que yo. Muchas gracias, Jonathan.

—Señor—. Jonathan asintió y, con una postura rígida, salió de la habitación.

—¿Cuál es su problema?— Mi padre observó desde la ventana de vidrio de la oficina, cómo su contador desaparecía por el pasillo.

—Le rechacé una invitación a celebrar con una cena

—Deberías haber aceptado la oferta. Es un buen hombre, gana mucho dinero.

—Y él trabaja para nosotros, por lo que no estoy dispuesta a involucrarme con él.

—Es sólo una cena, Lanna.

—Y esa es otra cosa. ¿Podrías llamarme así solo en privado? Me has llamado así desde que me uní a la empresa, y ese tonto cree que me puede decir igual.

—Trataré de recordarlo, pero creo que no me estás entendiendo. Ya es hora de que trates de encontrar un nuevo compañero. Alguien que sea bueno para Agustina y que sea un gran activo para la compañía

—¿Me estás sugiriendo que salga con alguien solo por lo que puede hacer por la empresa? Porque no lo creo. Me gustaría que mi futuro esposo sea alguien que no esté vinculado a esta compañía. No te ofendas, pero no voy a

empezar a llevar el trabajo a casa conmigo. No sería justo para Agus, y no sería un buen negocio.

La sonrisa de mi padre se extendió por su rostro, y sus mejillas se pusieron de color manzana. –Me alegra que estés pensando con tu cerebro empresarial. Probablemente tengas razón sobre Jonathan.

–Sé que tengo razón.

–Bueno, de todos modos, no vine aquí para hablar sobre tus relaciones sociales. Vine a decirte que necesito que trabajes este fin de semana.

–¿Este fin de semana? No puedo, tengo que cuidar a Agustina. Julián no está ayudando, y él no la ha estado recibiendo en sus visitas programadas, ni siquiera ha preguntado por ella durante el último mes. Mis días de trabajo los fines de semana han terminado. Estaré allí para mostrarle que al menos uno de sus padres sí se preocupa por ella.

–Ella es una niña muy comprensiva. Pero no estaría mal contratar a alguien para que te ayudara–. Dijo él mientras cruzaba sus brazos.

–La compañía estará bien hasta el lunes. No haré que alguien más críe a mi hija. Sé que estás conforme con haberte perdido todo lo que hice en la vida, pero no seré esa clase de madre para ella

–Actúas como si nunca hubiera estado cerca, y míranos ahora. Nos vemos todos los días. Tuve que salir y trabajar para que esto sucediera. No fue que sucedió automáticamente. Me rompí el culo durante años para proporcionarte a ti y a tu madre el bienestar que tuvieron.

–Nunca nos proporcionaste a tenerte, ni tu tiempo. Te mantuviste alejado para escapar. No querías una familia. No viniste a mi boda ni al hospital cuando nació Agus.

–No me voy a sentar a escuchar esto. Haré que alguien más lo haga. Mándale un beso a Agustina de mi parte.

Quería decirle que se lo diera él mismo, pero me reí y sacudí la cabeza. No quería pelear. Cuando se dio la vuelta, agarré mi bolso del cajón inferior y mi maletín. – ¿A dónde vas?– Preguntó desde la puerta.

–Es viernes. Tengo que recoger a Agustina en la escuela.

Con un resoplido, se dio la vuelta y salió. Cerré las persianas de las ventanas antes de cerrar la puerta.

Mientras caminaba hacia mi auto, no pude evitar pensar en Julián y en cómo parecía haber desaparecido de la faz de la tierra. Eso solo podía significar una cosa: probablemente tenía una nueva novia.

Nuestro matrimonio había terminado en malos términos, y aunque había

intentado darle muchas oportunidades, él seguía siendo infiel. Incluso llegué a culparme a mí misma durante los primeros años y pensé que él podía cambiar, pero una y otra vez, volvía a salir con sus amigas mientras yo estaba ocupada estudiando. Incluso había llegado a quedarse afuera toda la noche, y una vez, cuando mi padre me hizo acompañarlo en un viaje de negocios, llevó a otra mujer a casa con él. Lo sorprendí porque cuando tuve un caso terrible de intoxicación estomacal llegué a casa temprano, encontrándomela a ella en mi cama.

Mi embarazo fue estresante, y aunque parecía que él estaba ahí para mí todo el tiempo, tampoco podía asegurar de que él hubiera sido fiel durante el periodo que duro mi embarazo, o si simplemente había cambiado su rutina. Después del nacimiento de Agustina él había dejado de ser tan descarado con su infidelidad, y yo había sido lo suficientemente tonta como para no irme y tratar de hacer un mejor hogar para mi hija.

Mientras yo estaba tratando de llevar esa mejor vida, él estaba teniendo una aventura con otra mujer con la que ya llevaba un año.

Me subí a mi automóvil y, después de salir del garaje, me dirigí a la escuela donde la fila para recoger a los niños estaba horriblemente larga. Pensé en cuántos años más tenía que soportarlo y me di cuenta de que Agustina estaba solo en primer grado.

Lo único que me hizo sentir mejor fue saber que el final del año escolar se acercaba.

Había sido bastante largo.

A medida que avanzaba, traté de distinguirla entre la multitud, y por supuesto, se estaba riendo con su mejor amiga, Josefa. Era un placer verla interactuar con su amiga. Ellas se habían llevado bien desde el momento en que se conocieron. Ya incluso habían salido juntas para jugar fuera de la escuela, y los padres de Josefa eran buenas personas.

Cuando estuve lo suficientemente cerca para que Agustina viera el auto, ella y Josefa se despidieron entre risas y un tierno abrazo, y luego su maestra tomó su mano y la ayudó a levantarse, recogiendo su pequeña mochila.

Entonces apreté el botón para que los seguros de la puerta se abrieran mientras ellas caminaban hacia el auto. La señora Segura abrió la puerta y Agustina se subió en el asiento trasero. –Aquí tienes, cariño–. Colocó la mochila en el auto y nos deseó un buen día, como siempre lo hacía.

Mientras se abrochaba, me lanzó una sonrisa. – ¡Es viernes, mamá!

–Sí lo es. Por lo tanto, es mejor que empecemos a pensar en cómo queremos

pasar nuestro fin de semana—. Sus cejas se alzaron, dirigiéndome una mirada llena de curiosidad. — ¿No tienes que trabajar?

—Definitivamente no—. Sonreí, tratando de tranquilizarla, pero ella giró la cabeza y me dio otra mirada que decía que no me creía.

—¿Ni siquiera por teléfono?—, preguntó mientras se cruzaba de brazos y fruncía los labios, lo que la hacía parecerse a mi madre.

—Ni siquiera por teléfono. Le dije a tu abuelo que no estoy disponible para él y que ya no voy a trabajar los fines de semana—. Nunca quise que ella se sintiera como solía sentirme, y con su incredulidad tan fuerte, me dolió que me costara tanto convencerla.

— ¡Bien—! Ella aplaudió, levantando su pequeño puño en el aire. — ¿Podemos comer helado?

—¿Ahora?

—¿Ahora y después?

—Creo que un viaje a la heladería por fin de semana es suficiente. Podemos hacer eso, o podemos ir a la tienda, comprar una tina grande de helado, de los tipos que quieras y comprar todo lo necesario para hacernos unos helados grandes en casa.

—¿Podemos hacer banana Split?—. Ella comenzó a aplaudir mientras daba pequeños rebotes en su asiento.

—Claro que podemos.

—Y podemos ver una película mientras comemos ¿Te parece?

—Cualquier película que quieras—. Pensé un segundo cuando sus ojos se agrandaron, pero luego supe que necesitaba corregir mis palabras. —Siempre y cuando sea apropiada para tu edad—. Había querido ver a Suicide Squad durante meses, pero sentí que era demasiado niña para eso.

—Oh, no. Está bien—. La cara de puchero que puso me hizo recordar a su padre, a pesar de que ella era un pequeño duplicado de mí.

—La pasaremos bien. Y tal vez podamos ir de compras mañana.

—¿Podemos ir al Sparkly Spa?—. Ella estaba obsesionada con el spa para niñas al que la había llevado para su cumpleaños hace casi un año atrás. Había tenido que llevarla al menos seis veces desde entonces.

—Tendré que pensarlo. Nunca te quieres ir

—Podríamos ver si Josefa puede acompañarnos—. Me lanzó una mirada de súplica otra vez, y no pude evitar reírme cuando ella movió sus cejas e hizo una mueca tonta.

—Tal vez sus padres ya tengan planes. Pero ya veremos. No te prometo

nada—. Por mucho que quisiera pasar el mejor fin de semana de nuestras vidas, también yo había tenido una larga semana de trabajo y esperaba poder tener un poco de tiempo para mí.

—¿Crees que papi llamará?

La pregunta me tomó desprevenida. Julián no había estado llamando regularmente, y aunque ella lo había llamado cuando él no aparecía, él no siempre respondía las llamadas.

Me dolió el corazón por ella. Sabía exactamente lo que se sentía tener un padre que no quería estar cerca. —Ya lo veremos, bebé.

Se acomodó en su asiento y miró por la ventana. Era difícil mirarla, sabiendo que Julián la había decepcionado. Al igual que muchas otras veces, me prometí que yo nunca lo haría.

Capítulo 5

MATEO

Escuché un pitido constante parecido a la alarma del reloj en casa. Mis ojos se abrieron y enfoqué mi mirada. Vi un techo blanco, con paredes de azulejos removibles de esos que facilitan el mantenimiento, y lentamente giré la cabeza hasta ver un televisor montado en la pared. Yo estaba enganchado a unos tubos y unas máquinas, y me di cuenta de que el sonido constante indicaba mi vitalidad.

Recordé vagamente el ataque, y cuando cerré los ojos, me llegaron cortos recuerdos aislados. Levanté la cabeza y comencé a hacer una evaluación de mi condición. Me dolía el pecho, pero no me faltaba nada; tenía mis brazos y todavía tenía mis pies, incluidos mis diez dedos. Afortunadamente, mi pene se veía en buen estado, pero la cosa tenía un maldito catéter.

Usé mi brazo bueno para levantarme hasta sentarme. Tuve que esforzarme mucho para hacerlo y me sentí como si un elefante de mil libras estuviera sentado en mi pecho. No tenía idea de dónde estaba, así que me volví hacia la ventana. No había manera de estar en Afganistán, no con esa hermosa vegetación ni con el árbol cuyas ramas se extendía casi hasta mi ventana. Era una magnolia.

Me senté y me pregunté si podría ponerme de pie, pero con tantos tubos de mierda y cosas saliendo de mí, no había manera de que lo intentara.

–¡Señor Burke!– Giré para encontrar de donde salía esa voz y vi a una mujer de pelo corto que llevaba una bata color púrpura y que corría hacia mi cama. –Está despierto.

–Al igual que tú–. Me giré y señalé la ventana. – ¿Dónde estoy?

Ella me miró con simpatía y me dio unas palmaditas en la mano. –Me pondré en contacto con el médico y haré que le explique sus lesiones.

El pánico comenzó porque ella no parecía querer hablar conmigo. – ¿Dónde está Erick? ¿Está bien?–. Me acerqué al borde de la cama, decidido a pararme a pesar de los equipos, pero ella negó con la cabeza.

–No sé de quién está hablando, señor. Por favor, recuéstese y espere a que llegue el médico antes de que se arranque la vía intravenosa o el catéter–. Me lanzó una mirada severa, y su fuerte disposición se desvaneció en cuanto pulsó

el botón de llamada.

Un momento después, entró otra mujer vestida con una bata floreada, algo que no era propio de una instalación militar. Era una mujer mayor que tenía aires más maternos. –¿Qué problema hay aquí?– Ella miró y al verme sentado sonrió. –No importa. Parece que nuestro bello durmiente ha despertado. Soy tu enfermera, Lucy. Ella es Ana.

– ¿Dónde estoy?.

–Estás en Carolina del Norte, cariño. Raleigh para ser exactos. Bienvenido a casa, soldado–. Me dio una palmadita en la pierna y luego le dijo a Ana que buscara al médico.

El monitor se volvió loco a medida que aumentaba mi ritmo cardíaco. – ¿Por qué no estoy en la base? Necesito saber que le pasó a mi amigo, William Erick. Nos atacaron en nuestra base en Afganistán.

–Lo siento, cariño. No tenemos ninguna información al respecto. Lo único que sé es que nos enviaron porque tu familia así lo solicitó.

–¿Mi familia?– Me hundí en la cama y pensé en mi familia, mi padre alcohólico y mi hermano delincuente. Seguramente, no habían solicitado mi traslado a casa. Esto tenía que ser un error.

–Sí, y no te preocupes. Han estado aquí, y algunos de tus amigos también. Todos hemos estado esperando a que te despiertes. Ya el médico viene en camino, y llamaremos a tu hermano para decirle que despertaste.

–Eso no es necesario. Realmente no le hablo mucho.

Me lanzó una mirada que me decía que mis palabras lo explicaban todo. – Tenemos una lista de personas que necesitan estar informados. Nos encargaremos de todo eso. Solo recuéstate y déjanos cuidarte. El médico estará aquí en breve–. Ella arregló las sábanas y levantó el tope de mi cama.

Todavía me sentía como en una niebla. Me recosté en mi almohada y cerré los ojos, y lo siguiente que supe fue cuando volví a oír voces.

–Pensé que habías dicho que estaba despierto.

Abrí un ojo y luego el otro mientras respiraba profundamente.

–Le dije que había despertado, doctor Bitar–. Lucy se rió y caminó hacia el otro lado de mi cama. –Ha estado haciendo muchas preguntas.

–Y sin obtener respuestas. ¿Por qué estoy en Raleigh?

–Naciste aquí, ¿verdad?–, preguntó la enfermera.

–Sí, pero yo estaba en Afganistán. Soy un sargento de artillería en la Infantería de Marina.

El doctor asintió. –Francamente, porque no estaban seguros de si te

despertarías, y estás aquí debido a dificultades familiares. Soy el Dr. Bitar. Has estado a mi cargo durante seis días.

–No recuerdo nada después de que mi base fue atacada.

Traté de recordar todo en orden y me frustré cuando solo vi los mismos destellos.

El Dr. Bitar me dio una mirada de tranquilidad. –Estoy seguro de que desafortunadamente recordarás todo, pero a su tiempo.

–Entonces, no sabe nada de mi amigo–. Tendría que esperar hasta que mi sargento se pusiera en contacto conmigo para hacer cualquier pregunta relacionada al servicio. Este hospital ni siquiera parecía ser una instalación para veteranos.

–Necesitas concentrarte en tus lesiones y en tu mejoría. Por suerte, tus heridas han estado sanando muy bien. De hecho, te has recuperado después de haber pasado dos semanas en coma.

–¿Estuve en coma durante dos semanas?–. Sentía que tan solo había pasado un día. Sentí que me enfermaba en ese momento, pero respiré hondo varias veces y la enfermera Lucy me consoló.

–Sí, señor. Ahora ves por qué nadie sabía si ibas a recuperarte. Perdiste mucha sangre debido a la penetración de una arteria, y un pulmón fue perforado y se colapsó –. El Dr. Bitar miró la máquina y silenció sus pitidos, como si no pudiera soportarlo más. –Caíste en coma casi de inmediato, y después de haber sido impactado en el campo, te enviaron a la instalación más cercana, de donde generaron tu traslado aquí. Tu familia fue notificada, y debido a tu condición, les permitieron decidir a dónde te llevarían y estamos orgullosos de haber sido elegidos.

¿A mi hermano y mi padre realmente les importó lo suficiente como para traerme de vuelta a casa? Me pregunté si el anciano estaba tan borracho que no sabía lo que había hecho, o tal vez estaba tan perdido que ni siquiera se acordaba que me había repudiado.

–¿Cuánto tiempo tengo que estar aquí?–. No podría estar en ese lugar para siempre. Tenía cosas que hacer, y tenía que volver a... ¿volver a dónde? No tenía a donde ir.

–Podrías estar fuera de aquí el fin de semana si sigues bien y escuchas todo lo que la enfermera Lucy te diga. Nos aseguraremos de comenzar un poco de rehabilitación antes de que te vayas, para asegurarnos de que estés en mejor forma.

–¿Volveré a estar en plena forma otra vez? ¿Con este agujero en mi pecho y

pulmón? Siento que alguien estacionó un camión sobre mí, y lo único que hice fue sentarme.

–Para eso es la rehabilitación. Confía en nosotros para hacer nuestro trabajo y te prometo que pronto mejorarás.

–Vamos a ser buenos amigos, tú y yo–, dijo Lucy.

–No vaya a estropearlo ahora. Necesita esforzarse mucho para recuperarse por completo, así que no le vaya a traer galletas de la planta baja–. Se volvió hacia mí. –Mira, ella te cuidará como una madre y necesitamos una enfermera–. Él le dirigió a Lucy una cálida sonrisa.

–Dejaré esas galletas en la estación de enfermeras. Será lo mejor. Me guiñó un ojo y luego el doctor Bitar me tendió la mano para estrecharla con la mía. Su mano me apretó fuerte e hice todo lo posible para hacer lo mismo, pero era como si mi esfuerzo no fuera suficiente.

–Volveré luego para ver cómo sigues. Hasta entonces, te estoy dejando en manos capaces–. Lucy caminó alrededor, y él le dio una palmada en la espalda antes de salir.

–Voy a conseguirte algo para el dolor, y luego te dejaré descansar. Sé que has estado dormido por mucho tiempo, pero no creas que no vayas a estar cansado.

–Confía en mí, como me siento ahora, sé que es lo mejor–. Sentí que podía cerrar los ojos y dormir por dos semanas. ¿Por qué no hacerlo un mes completo?

Salió de la habitación y luego volvió a entrar. Conectó otra bolsa a mi vía intravenosa. –Te veré más tarde, cariño. Ahora descansa un poco–. Se marchó, cerrando la puerta, y luego encendí la televisión para ver si podía encontrar algo interesante. La televisión diurna dejaba mucho que desear, así que la dejé encendida para tener un poco de ruido y cerré los ojos, fingiendo que estaba en otro lugar.

Un rato después, abrí los ojos para descubrir que la habitación no estaba tan iluminada como antes, y luego algo se movió a los pies de mi cama, dándome un sobresalto.

–Lo siento. No quería asustarte. Acabo de llegar. Me dijeron que estabas despierto–. Reconocería esa voz en cualquier parte, ¿pero la cara? La cara era mucho más adulta y no tan redonda como la última vez que la había visto.

– ¿Robert?

–Soy yo. Ha pasado mucho tiempo, ¿eh?–. Se pasó la mano por el pelo, que era un tono más oscuro que el mío, como el de nuestro padre, y luego se cruzó

de brazos y se dirigió hacia la ventana.

–Sí, así es–. No estaba seguro de qué decirle. Hacía mucho tiempo que no nos veíamos y hacía algunos años que no habíamos hablado. Lo último que había oído, es que se había metido en problemas.

–Parece que saliste jodido. Pero el doctor dijo que estarás bien en un tiempo. No sabía qué decirles cuando me preguntaron qué hacer contigo, pero pensé que si ibas a morir, sería mejor tenerte cerca de mamá.

–Sí, gracias–. Supuse que no podía culparlo por no saber qué más hacer, pero me sorprendió que lo contactaran a él y no a nuestro padre. –Entonces, ¿el viejo no quería decirles qué hacer conmigo?.

–Estoy seguro de que les diría que te llevaran al infierno si pudiera. Ahí es donde me puso estos últimos diez años si estás interesado en saber–. Siempre me había sentido culpable por dejarlo con mi padre, aunque no era mi responsabilidad cuidar de él. Creía que si yo no estaba allí para servir de madre y padre, nuestro padre daría un paso adelante, pero no lo había hecho. Solo podía imaginar lo malo que había sido.

–Lo siento, pero tuve que irme y vivir mi vida. Esperaba que eso lo cambiara.

–Sí, lo hizo. Se puso aún peor, y sin ti para amortiguar los golpes, yo recibía el doble.

Levanté la cama hasta quedar sentado. – ¿Cómo está el miserable viejo bastardo?.

–Bueno, solo digamos que hasta el momento en que te despertaste, yo tenía a dos miembros de la familia que no respondían.

– ¿Qué quieres decir?

–Él está recostado en una cama en el otro extremo de la ciudad. Los médicos dicen que no mejorará. Está muy cerca de terminar de joderse, no puede salir de la cama, sus pies están muy mal. Ignoró todo lo que los médicos le advirtieron hace unos años.

–¿Qué le dijeron?

–Bueno, aparte del hecho de que el alcohol lo iba a matar, dijeron que tenía diabetes debido al aumento de peso y la mala alimentación. Tiene suerte de no haber perdido una pierna todavía.

–Maldición, Robert. ¿Por qué no me dejaste saber todo esto? Nunca dije que no podías escribir o que no quería seguir en contacto.

–Y es por eso que cada semana agarrabas un bolígrafo para escribir ¿cierto? No recuerdo ninguna carta que me llegara.

Nuevamente, no pude discutir.

–Bueno, gracias por esto–. Le debía al menos eso.

Sacudió la cabeza. –Sí, bueno, no podía darle la espalda a mi hermano y abandonarlo como hacen otras personas–. Se dio la vuelta y, sin más palabras, salió de la habitación, dejándome con mi culpa.

Capítulo 6

ALANNA

–¿Estás segura de que te sientes mejor?– Miré hacia abajo para ver los brillantes ojos azules de mi hija, que se cerraban mientras daba un gran bostezo.

–Sí mamá. No quiero perder otro día de clases. Si lo hago, no tendré premio–. Cerró su puño y se lo llevó a la boca mientras tosía. –Necesito ir. Josefa lleva su camisa púrpura hoy, y se supone que yo también debo usar mi camisa púrpura.

Miré hacia donde había colocado una camisa verde y me levanté de la cama para ir a guardarla.

–Josefa y tú necesitan hacerme un programa si van a seguir coordinando su vestimenta.

–Queremos camisetas que combinen, porque queremos ser gemelas–. Josefa era una niña pelirroja que tenía tantas pecas que si tuviera otra, tendría que sostenerla en la mano, mientras que mi hija era rubia pálida. Canela y sol era como las llamaba.

–Estoy segura de que combinando la ropa lo conseguirán–. Me reí entre dientes, pensando en ese par y en lo lindas que eran. Levanté la vista al ver que Agustina estaba sacudiendo la cabeza.

–Sé que no nos hará ver como si fuéramos gemelas idénticas, mamá, pero podríamos vernos como gemelas amigas.

–Sí, tienes toda la razón–. Tenía que suponer que no debía subestimar a mi hija, quien en una ocasión había acudido a mí después de que Julián y yo habíamos peleado para decirme que me divorciara y así todos podríamos volver a ser felices. Aparentemente, uno de sus amiguitos le había dicho lo maravilloso que era tener padres divorciados, y Agustina pensó que era una solución maravillosa para nuestros problemas, y ella tenía toda la razón. Lamentablemente, yo había estado esperando tomar esa decisión mientras me aseguraba de que ella estuviera bien.

Julián se hizo el ofendido, pero una vez que insistí en que él estaría más feliz viviendo la vida de soltero sin esposa e hija, dejó en claro que mi dinero era la única razón por la que se había quedado tanto tiempo como lo hizo,

preguntándose cómo se suponía que él podría sobrevivir únicamente con su salario.

Se había acostumbrado a mi riqueza y a los ingresos del trabajo que mi padre me había proporcionado. Lo había inhabilitado al ponerle todo demasiado fácil, o al menos eso fue lo que él dijo.

Finalmente, después de unos pocos meses difíciles, obtuve mi divorcio y obtuve la custodia total de nuestra hija. Sin embargo, a Julián le otorgaron derechos de visita y podía verla cada fin de semana si así lo elegía, y un día durante la semana, aunque nunca había aprovechado esa oportunidad. Había intentado lo del fin de semana por un tiempo, pero no era consistente, y ahora estaba en una racha de no presentarse, que lo iba a llevar de regreso al tribunal. No había ido tras él por ningún apoyo económico y no pensé en ello, y cada minuto que no estuvo en su vida, me alegré de no haberlo hecho.

Pero no debía celebrar cada uno de esos minutos, porque tenía la sensación de que en el fondo, Agustina se parecía aún más a mí, y la idea de que a su padre no le importaba le tenía que doler profundamente. –Estoy lista–, dijo ella, tirando de mi brazo. Miré hacia abajo y me di cuenta de que mientras estaba en mi aturdimiento, recordando el año anterior, ella se había levantado y se había puesto su camisa morada, un par de janes con bolsillos en forma de corazón y sus zapatillas favoritas. –Vamos a desayunar waffles con caritas sonrientes.

–¿Por qué sientes la necesidad de que tú desayuno te sonría?–. Ella siempre me pedía sonrientes panqueques, waffles sonrientes e incluso cereales sonrientes, lo cual no era demasiado difícil de hacer si sabes cortar una banana de la forma correcta.

–Porque me hacen sentir bien, piénsalo, usualmente cocinas tocineta para hacer las sonrisas, y me gusta la tocineta y me gusta sentirme feliz–. Salimos al pasillo y bajamos a la cocina.

–También me encanta la tocineta, pero me temo que se acabaron. Entonces, ¿qué tal si comemos unos waffles normales el día de hoy? Puedo hacer una sonrisa con algunas bananas y trocitos de chocolate–. Ella me dedicó la sonrisa que siempre usaba cuando quería salirse con la suya.

–Ciertamente te sientes mucho mejor–. Le di una palmadita en la cabeza y fui hasta la cocina a donde me siguió. Se acomodó en la mesa mientras yo tomaba los waffles del congelador y los ponía en el microondas. Cocinar no era mi fuerte, pero me las arreglaba y sabía que podría mejorar si tuviera el tiempo para hacerlo.

–Un día tendré que hacer el tipo de waffles que viertes en una wafflera. Recibí una como regalo de boda, y creo que todavía está por aquí–. Dije desde el otro lado del mostrador mientras tomaba la mantequilla de la nevera, y cuando me di la vuelta, ella se dirigía al microondas para conseguir su desayuno.

–Eso sí me gustaría–, dijo mientras el microondas sonaba. –Nunca he comido waffles de verdad

–Pobrecita mi niña. Tendré que hacer eso por ti. Buscaré la wafflera este fin de semana o iré a comprar otra. Deberíamos tener waffles de verdad.

– ¿Y jarabe de verdad, también?–. Ella se acercó y tomó la mantequilla de mi mano, tomé el jarabe y lo llevé a la mesa.

–Dos de esos son míos, pequeña señorita–. Tomé mis waffles justo a tiempo antes de que ella los untara con mantequilla y jarabe.

Ella se rió. –De todos modos no me los puedo comer todos

–Tenía un amigo con el que solía comerme una caja entera de una sola vez.

–¿Una caja completa? Eso es toda una docena–. Sus ojos se ensancharon.

–Sí, y tenía suerte si me comía dos. Te he hablado de mi mejor amigo, Mateo–. Pensaba mucho en Mateo, y dado que había compartido con él la mayor parte de mi infancia, le conté todas las historias que pude sobre él. Excepto de cómo se fue el día de mi boda y nunca regresó.

–Él es el chico que vivía al lado, ¿no es así?.

–Sí, ese mismo.

–¿También le gustaba la crema batida en sus waffles?

–Puedes apostar, pero por lo general, él no esperaba a nadie. Los llenaba de jarabe como tú y los devoraba como si fueran a escaparse–. Le di un mordisco a mi desayuno y me pregunté qué había sido de su vida. Perdimos el contacto antes de que supiera lo que estaba sucediendo, y aunque intenté llamar al último número conocido, nunca obtuve una respuesta.

No dejé que mi amargura por su partida se interpusiera en mis recuerdos, y sabía que si me encontraba con él, seguiría siendo su amiga.

–Suena divertido. ¿Era lindo?.

Sentí que mis mejillas se sonrojaban en el momento que empecé a recordarlo en mi boda, cómo me sostenía su fuerte brazo mientras caminábamos por el pasillo y luego, más tarde, cuando bailamos. –Oh sí. Siempre fue guapo.

–¿Era más guapo que papá?–. Ella se rió, luego agarró su waffle y dejó guindando el tenedor en su boca.

Sabía que debía tener cuidado de cómo respondía a eso. Julián era guapo cuando éramos niños, pero la fealdad que había mostrado en el divorcio me hizo cambiar de opinión. La belleza de una persona podía alterarse mucho por su actitud, y aunque nunca había pensado realmente en cuál de los dos era más atractivo, ahora era fácil tomar una decisión. Solo deseaba haberlo hecho antes. En lugar de eso, lo había desterrado a una zona de amistad permanente.

–Ambos son muy guapos. Ellos dos eran mejores amigos, ¿sabes? Mateo y yo éramos como una familia.

– ¿Era como un primo o algo así?

–Digamos que fue mi Josefa por muchos años.

–¿Se vestían igual?

–No, él nunca hubiera hecho eso, aunque lo vestí con los abrigos de mi papá una o dos veces—. Me reí, pensando en lo dulce que era cuando jugaba conmigo. Ni siquiera le importó que lo besara, pero me detuvo cuando quise usar la lengua. Solo éramos un año mayor que Agustina, así que guardé esa historia para cuando ella fuera más grande.

–¿Los abrigos del abuelo?– Ella pensó que eso era especialmente gracioso, y se rió aún más fuerte, teniendo que llegar incluso a taparse la boca. Podía ver por qué eso era gracioso para ella, ya que, mi padre solo usaba telas a rayas. Parecía un viejo gángster y nunca había jugado realmente con Agustina. Ella lo veía igual que yo, como un hombre fuerte de negocios.

Terminamos el desayuno, y luego la llevé a la escuela donde la acompañé y me aseguré de que ella diera su excusa por la ausencia del día anterior. Solo había tenido un poco de malestar y una fiebre baja, pero siempre fui demasiado cautelosa con ella.

Antes de ir al trabajo, me detuve en la cafetería para comprar mi habitual café con leche de la mañana que llevaba a la oficina conmigo. El lugar no estaba tan abarrotado como de costumbre, y cuando fui al mostrador, el joven que estaba detrás sonreía de oreja a oreja.

Después de escuchar mi pedido, vaciló un momento antes de darse la vuelta. –Hoy vas un poco tarde.

–Sí, es verdad—. Quería decirle que llegaría aún más tarde si él no se apuraba con mi café, pero en cambio, me reí. –¿Trabajas por aquí?.

–Sí. Lo quiero para llevar—. Mantuve mi tono brusco cuando finalmente se dio la vuelta y preparó mi bebida. –Sabes, apuesto a que si me dieras tu número, podríamos encontrar algo más que trabajo para hablar. ¿Está bien con dos de azúcar?

–Oh, sí–. El joven tenía que ser al menos cinco años más joven que yo, si no más, y no tenía ningún interés en hombres inmaduros. Estuve casada con uno de esos bastante tiempo.

–Créeme. No querrías salir conmigo. Estoy cargada con equipaje y trabajo muchas horas. Te haría un hombre miserable.

Su sonrisa se desvaneció. Se despidió de mí con la cabeza, me entregó el café y se dirigió rápidamente hacia el hombre que estaba detrás de mí.

Cuando me di vuelta, vi un periódico matutino abierto sobre la primera mesa. El titular decía:

‘Héroe Local Abaleado en Acción, Despierta del Coma’

Cuando vi la foto de Mateo debajo del titular, tropecé, y mi café cayó al suelo salpicando mis pies, empapando mis zapatos y el suelo a mí alrededor.

Capítulo 7

MATEO

El elefante que sentía sobre mi pecho decidió empezar a bailar cerca de las cinco de la mañana, y aunque estaba entrenado en el ejército para despertarme temprano y comenzar el día, quería dormir como el civil en el que me había convertido.

Supe de mi sargento el día anterior. Se había alegrado de saber de mí y necesitaba que fuera al campamento y hablara con él después de que me dieran el alta. También me dijo que mi buen amigo el sargento Erick, no solo estaba a salvo, sino también en casa con su esposa e hijos. Estaba contento con el hecho de que mi carrera en la Infantería de Marina estaba llegando a su fin. Sabía que todavía tenía mi título, y que tan pronto como estuviera lo suficientemente bien, podía encontrar trabajo en mi área, pero de todas formas no tenía a nadie que esperara por mí. Podría haber estado mejor si hubiese seguido en coma.

Lucy asomó la cabeza y me encontró agitado. –Ya estás levantado. Todavía tienes las costumbres del ejército.

–Tengo un poco de dolor.

–Te conseguiré algo para aliviarlo. El médico había querido comenzar a bajar la dosis, pero podría ser muy pronto. Además, hoy comenzaremos tu rehabilitación y también estarás un poco adolorido por eso.

–Genial–. Sostuve mi pecho y traté de rodar un poco para ponerme cómodo. No sirvió. Sentí que me estaba quedando pegado a la maldita cama, de tanto tiempo que había pasado allí.

–Ahora, no quiero que te enojés. Tienes a una enfermera muy bonita que viene aquí para comenzar. Ella no es tan buena como yo, pero se llevarán bien, estoy segura–. Se rió un poco cuando un hombre entró y dejó mi bandeja con el desayuno.

–Estoy seguro–, murmuré. Entonces, forcé una sonrisa, sabiendo que ella estaba haciendo todo lo posible por animarme. –¿Qué día es hoy?

–Es martes.

–Maldita sea. Siento como si hubiera estado aquí desde siempre. Con todo este sueño estoy perdiendo la noción del tiempo. Ya es bastante malo haber

perdido dos semanas completas de mi vida.

–Sólo estas acostumbrándote. Te pondrás mejor. Cuando Kayla llegue para hacer tu rehabilitación, te animarás—. Parecía segura de que esa tal Kayla iba a curarme milagrosamente con su sensualidad o algo así. Incluso me dirigió una pequeña sonrisa pícaro, solo para asegurarme de que supuestamente esa mujer era realmente sexy, pero en ese momento no me importaban esa clase de opiniones, tenía mi cabeza ocupada con mi situación.

–Te alistaré para cuando ella llegue, y después de que hayas comido, te daremos un baño para dejarte limpio

–Puedo lavarme solo.

–Sé que puedes, y lo harás. No estoy hablando de ningún baño de esponja. Oh no, estoy hablando de acicalarte—. Ella me guiñó un ojo y luego acercó mi bandeja. –Ahora, es mejor que te comas todo esto. No entraré aquí para encontrar algo a medio comer de nuevo. Puedes considerarme tu nuevo sargento de instrucción.

–Sí, señora—. Sabía que si no estaba de acuerdo, nunca me dejaría en paz. No me molesté en decirle que yo también era sargento.

–Ya vengo, volveré en un minuto—. Finalmente se fue, y abrí mi bandeja para encontrar avena y un pequeño paquete de mantequilla. También había tostadas y jalea, y cuando puse los paquetes de mantequilla y azúcar en mi tazón, recordé el optimismo de Erick. –Esta es la mejor maldita barbacoa de toda Carolina del Norte—. Cerré los ojos e intenté recordar ese día, y aunque mis recuerdos habían comenzado a regresar, todavía tenía algunos agujeros.

Recordé la primera explosión y cuando me agaché detrás de la mesa. Entonces, recordé que me di la vuelta y pude ver a otros salir corriendo por la puerta y entre los escombros, pero entonces, solo recuerdo haber corrido a través de un campo con Erick sangrando en mis brazos y el sabor de la suciedad cuando caí al suelo.

Miré por la ventana. Cada vez que apreciaba el hermoso clima y el paisaje, no podía creer que ya no estaba mirando la tierra de color terracota. Estaba en casa y no muy lejos de donde crecí. Yo había escuchado de mi hermano que después de que me fui de casa, mi padre perdió la casa y los dos se habían mudado a un vecindario más barato, lo que significaba que mi hermano tenía una vida muy diferente a la que yo había tenido. Tampoco había conocido a nuestra madre, que había fallecido cuando él era pequeño.

Esperaba que volviera al hospital, y cuando lo hiciera, tenía todo planeado para preguntarle si iría a vivir conmigo para compartir un lugar. Los dos

juntos, podríamos ponernos al día, y tal vez podría recuperar el tiempo que no tuvimos.

No creía que él pudiera ser tan negativo como lo había sido mi papá. El hombre tenía una visión de mierda de la vida y no tenía fe en nadie. No creo que hubiera muchas personas como él.

Terminé la avena y la tostada y luego me comí la banana que habían dejado el día anterior. Acababa de recostarme para ver las noticias locales de la mañana cuando Lucy asomó la cabeza por la puerta.

–Hola, uca, ucha, hora de la ducha–. Dijo con voz cantarina al entrar. –Tienes la oportunidad de tomar una ducha y afeitarte ese bonito rostro

–Me gusta la barba–. Me pasé la mano por mi barbilla. Durante mi tiempo en coma había empezado a crecerme una barba, pero no era lo suficientemente grande como decir que fuera tupida. Pero luego de unas semanas más, estaría increíble.

Ella me dio una mirada de reojo. –¿Quieres dejártela?

–¿Tal vez solo rebajarla y dejar una perilla?– Pensé que ella opinaría al respecto.

–Te dejaré que te veas en el baño y luego podrás decidir. Te conseguiré todo lo que necesites–. La mujer era buena conmigo y, al mismo tiempo, me estaba volviendo loco, porque solo me hacía sentir inútil e indefenso.

–Vamos a sacarlo de la cama, pero primero, vamos a desenganchar su catéter y dejar esa vía en su lugar–. Ella estaba moviendo las mantas, y antes de que pudiera protestar, ya las tenía levantadas y se había colocado entre mis piernas donde salía el tubo. –Respira profundo, cariño.

Hice lo que me dijo, y antes de que pudiera exhalar, mi pene estaba libre y me sentía mucho mejor. Ella sacó un andador del armario y lo acercó a la cama.

–Puedo levantarme por mi cuenta. No está tan lejos.

–Puedes hacerlo y te dejaré intentarlo, pero vas a aferrarte a ese andador mientras lo haces–. Se acercó y retiró las mantas hasta el fondo. –Voy a hacer la cama. Me aseguraré de que tenga sábanas limpias y una manta bonita y cálida. Vamos a levantarnos bien y despacio–. Ella agarró mi brazo y me ayudó.

No estaba acostumbrado a que nadie me cuidara. Mi madre se había ido hacía mucho tiempo, y las últimas personas que habían hecho algo por mí eran Alanna y su madre. –Gracias–. Respiré hondo y luego me puse de pie junto a la cama.

El piso se tambaleó, y aunque comencé a desplomarme un poco, ella me sujetó. –Agárrate del andador. Estarás bien. Solo ve con calma para que no te desmayes.

Me calmé y dejé escapar un profundo suspiro de frustración. Tuve que pararme allí un minuto para recuperar la compostura.

Después de eso, ella me animó mientras me dirigía al baño. Luego entró, cubrió mis vendas con plástico y abrió la ducha. –Espero que le guste así de tibia. Tienes que quedar muy limpio y fresco, mi joven Burke.

–Por favor, llámame Mateo. Prefiero que las mujeres que me ven desnudo me llamen por mi nombre

Ella se echó a reír. –No lo voy hacer, señor Burke. He visto demasiados hombres aquí como para tener que llamarlos por su nombre. Ahora, vamos, a quitarse la ropa y siéntate en la silla.

Hice lo que ella me dijo, y luego tomé el jabón y el trapo que me ofreció y me limpié yo solo.

Salió y mientras hacía mi cama me daba un momento de intimidad. –Asegúrese de limpiar bien cada rincón–, dijo.

–Lo estoy haciendo, maldita sea–. Dejé escapar un suspiro, y ella se rió al otro lado de la pared.

–Usted no, señor Burke. Estoy hablando con el hombre que está haciendo su cama–. La risa llenó la habitación afuera, y yo también me reí.

Encontré un poco de champú y me lo pasé por el pelo, que también estaba un poco más largo de lo habitual. Cuando terminé y olía bien, ella me ayudó a secarme y ponerme una bata. Se sentía increíble estar limpio y sentirse vivo de nuevo. Cuando volví a mi habitación, mi cama estaba hecha y alguien había traído un pantalón de chándal, ropa interior limpia, un paquete de calcetines y un paquete de camisetas blancas.

–¿Y esto?

–Eso es de su sargento. Me pidió que recogiera algunas cosas para usted. Puede cambiarse si quiere

–Esto es muy bueno de su parte. Sí, gracias, creo que me cambiaré

–Gracias, señor Burke. Por su servicio a nuestro país–. Abrió el cajón que estaba junto a mi cama y cogió una bolsa de plástico llena de galletas. –Una señora de una iglesia vino y le trajo esto. Creo que se llamaba Lucy–. Me guiñó un ojo y luego me miró por el costado. –Las guarda en secreto, ¿oye? Y no se vaya a enfermar por comérselas.

–Sí, señora. Y podría decir que ha sido un honor para mí servir a un país

lleno de buenas personas como usted.

Ella me guiñó un ojo. –Hay una afeitadora y algunos otros artículos de aseo en la bolsa. Los puede usar.

–Gracias.

Mientras me vestía ella miraba mis gráficos. Luego, cepillé mis dientes y recorté mi barba hasta dejar sólo una ligera sombra. –¿Cómo me veo?.

–Como si acabaras de salir de una revista–. Se quedó a mi lado mientras yo caminaba de regreso hacia mi cama, pero lo hice todo por mi cuenta. Luego me ayudó a ponerme la ropa interior y los pantalones, y optamos por el look sin camisa hasta nuevo aviso.

Me recosté en la cama y estaba listo para descansar cuando llamaron a mi puerta y paso seguido entró mi fisioterapeuta. –Buenas, señor Burke–. Tenía una sonrisa increíble y un cuerpo atractivo, pero para mi gusto, llevaba demasiado maquillaje. No era que me opusiera al maquillaje, pero me gustaba más la belleza natural, y además, las prefería rubias. –Soy Celia Joel. Estaré trabajando contigo en tu terapia física. Te ves muy bien para ser un hombre que ha estado dormido durante dos semanas–. Ella me dirigió una sonrisa sexy, y su mirada se quedó demasiado sobre mí. Ella prácticamente me había cogido con la vista.

–Ustedes dos disfruten su día. Para cuando termines ya yo habré terminado mi turno, pero no se preocupe. Ana estará aquí más tarde–. Recordé a la otra enfermera del día anterior.

–Gracias. Que tenga un buen día–. Me gustaba Lucy y no creía que pudiera haber tenido una mejor enfermera. Celia esperó a que Lucy se fuera. –Eres muy diferente de los hombres a los que suelo tratar.

–¿Cómo es eso?

–Bueno, para empezar, eres más joven y estás más bueno. Quiero decir, no me malinterpretes. Por lo general no miro a mis pacientes así, pero eres muy atractivo–. Tiró de su cuello y luego me miró a los ojos. –Espero que eso no te haya molestado

–No estoy molesto.

–Bien–. Ella leyó mi historia y anotó algunas cosas. –Voy a necesitar que firmes estos papeles, y luego te llevaré por el pasillo donde podremos trabajar en un entorno más cómodo. No es que no crea que estar sola en tu habitación no pueda ser muy complaciente–. Ella era una coqueta sin remedio, y cada cosa que hacía y decía era demasiado directa. No estaba acostumbrado a nadie así, y cuando terminé, escuché tanto de su coqueteo e insinuación que sentí que

necesitaba otra ducha.

No era que ella no me excitara, pero maldita sea, parecía demasiado insistente. Me pregunté a cuántos hombres atendía y qué tipo de cosas hacía ella en sus sesiones privadas.

–Ahora que tengo tu número de teléfono en el archivo, ¿tal vez podría llamarte para algo diferente a darte atención médica.

–No creo que sea buena idea. Quiero decir, todavía me estoy recuperando y tengo un largo camino por recorrer, ¿verdad? Probablemente también sea poco ético—. No quería decirle que mi teléfono se había perdido en otro país.

–Nadie lo sabría más que nosotros. Creo que podríamos pasar un momento maravilloso—. Agarró su cola de caballo y comenzó a torcerla. –Deberías probarme.

No sabía muy bien si debía rechazarla, considerando que estaba a cargo de mi atención médica, y no quería que ella empezara a ser desagradable conmigo, pero simplemente no quería salir con ella.

–Tendría que volver ya—. Dejé escapar un largo suspiro mientras ella se encogía de hombros y daba por terminada mi sesión.

Ella desapareció, y después de estar allí solo por un tiempo, preguntándome si debería levantarme y marcharme, Ana bajó a buscarme y me llevó de vuelta a la habitación.

–Me dijeron que te ayudara a volver a la pieza. Parece que Celia tuvo la llamada de otro paciente.

Pensé que probablemente era un pobre bastardo viejo que se había enamorado o peor aún, su marido.

–Gracias. Estoy listo para volver a mi cama—. Sabía que era un día triste cuando ni siquiera una chica bonita podía animarme.

Ana me abrazó mientras caminábamos por el pasillo. Cuando empujó mi puerta para abrirla, se volvió hacia mí y sonrió. –Oh, y tienes visita

Por un momento, me alegró escucharlo, pensando que era mi hermano el que regresaba a visitarme. Estaba decidido a pedirle que viniera a vivir conmigo y sabía que iba a tener que ser muy convincente, pero estaba dispuesto a hacerlo. Cuando se hizo a un lado, vi a Alanna de pie junto a la ventana, su cabello rubio brillaba a la luz del sol. Y fue entonces cuando recordé que mi hermano no era la única persona que había amado y abandonado.

Capítulo 8

ALANNA

Mi corazón se detuvo cuando Mateo entró en la habitación, luciendo más guapo de lo que lo había visto nunca. Cuando se fue, se veía muy diferente. Donde una vez los rasgos de su rostro eran de bebé, ahora tenía ángulos y músculos fuertes. Se veía muy diferente, pero luego seguía siendo el mismo, mientras caminaba hacia mí, con el mismo brillo en los ojos de siempre.

–¿Alanna?– Su voz se quebró al decir mi nombre, y sonreí mientras las lágrimas se formaban en mis ojos. De hecho, habían estado ahí por demasiado tiempo.

–Sí, por supuesto, soy yo. Vi tu foto en el periódico

–¿Estás bromeando? ¿En el periódico?

–Sí, era tu foto militar. Decía que habías estado en coma–. No estaba segura de haber leído todo eso correctamente porque había estado demasiado ocupada mirando su imagen y pensando en lo muy enojada que estaba con él y que todas esas razones no cambiarían el hecho de que él siempre había sido alguien muy especial para mí.

–Por dos semanas, de hecho

–Sólo tenía que venir a verte. Sé que ha pasado mucho tiempo, y probablemente te hayas casado y todo eso, y si bien yo solo...

Él sacudió la cabeza y me tendió los brazos para darme un abrazo. –No estoy casado

Le di un rápido abrazo, y se acercó para sentarse en el borde de su cama, donde me ofreció una silla cerca de la ventana.

–Bien, no quería que tu esposa me echara o algo así. No sabía si sería incómodo.

–No veo ninguna razón para que haya sido algo incómodo. Han pasado diez años, pero no. Sin esposa. Sin familia. Solo Robert–. Casi me había olvidado de Robert. Siempre había sido mucho más joven, y aunque no pasaba tanto tiempo con nosotros, de vez en cuando andaba rondando por ahí.

–¿Cómo está él? Escuché que se había metido en problemas–. Había oído mucho más que eso, pero habían pasado muchos años, y supuse que había sido por eso que lo había descartado. Por eso, y porque verlo solo me hubiera

recordado a Mateo.

–Se puede decir que está bien. Ahora, papá no está bien. Está en el asilo de ancianos de la ciudad. No hay mucha esperanza allí. Supongo que tampoco es una gran pérdida. ¿Qué pasó con Julián? ¿No pudo venir?

Me di cuenta de que no había oído hablar de Julián, de mí ni de nuestro divorcio, y si no lo sabía, tal vez ni siquiera supiera de Agustina.

–Ya no estamos juntos, Mateo. Sé que era tu amigo y todo eso, así que no hablaré mal de él, pero las cosas han cambiado desde la última vez que te vi, el día de nuestra boda.

–Lo siento, Alanna. Realmente esperaba que las cosas te salieran bien

–Bueno, no salieron tan mal. Tuvimos una hermosa, maravillosamente inteligente y talentosa hija.

–¿Tuviste una hija? Debe ser tan hermosa como tú

–Gracias–. Fue tan bueno escucharlo llamarme Alanna otra vez, pero en lo profundo de mi corazón, temía que todo fuera parte de guardar la formalidad, y que él realmente no quería verme.

–Siento haber aparecido así de esta manera, estoy segura de que necesitabas descansar y todo eso.

–No, me alegro de que hayas venido–. Extendió la mano como si no quisiera ofenderme aunque no había dicho una palabra.

–Bueno. Te he extrañado.

–Yo también. No puedo creer que estés aquí.

–No puedo creer que no me hubiera dado cuenta de cuánto han cambiado las cosas desde la última vez que te vi. Tantas cosas–. No quería seguir insistiendo en el tiempo que había pasado, pero no sabía qué decir. Él se veía tan bien, y yo lo que quería era caminar, abrazarlo, besarlo y decirle que lamentaba que haya estado al borde de la muerte y tan solo decirle cuánto lo había amado durante todos esos años. Me había llevado mucho tiempo darme cuenta de que la razón por la que nunca lo hice fue que temía perderlo como amigo si las cosas se complicaban demasiado.

–Lamento no haber venido a casa para el funeral de tu madre. Escuché sobre eso cuando llamé a casa, pero ya habían pasado varias semanas cuando me enteré–. Agachó la cabeza. –Sabes, ella también fue como una madre para mí. Especialmente después de que mi madre falleció. Ella fue la primera persona que vi después de que sucedió. Ella sabía que estaríamos perdidos sin mamá, por lo que fue esa noche para ayudar a mi papá a que nos acomodáramos, y metió a Robert en la cama y luego nos dio un beso de buenas noches.

–Ella era increíble, ¿verdad? Pero estabas sirviendo a tu país, y ella lo habría entendido. Ella estaba tan orgullosa de ti. Se jactaba de ti y me mostró tu foto cuando salió publicada por primera vez en el periódico.

–Sí, si ella hubiera sabido cuánto quería correr tras ella esa noche y rogarle que me llevara a casa con ustedes. Yo estaba vuelto un desastre.

–Por supuesto que lo estabas. Yo también lo estuve cuando murió mamá—. No quería pensar en eso, y todavía tenía muchos problemas para lidiar con mis emociones al respecto. Era difícil ser fuerte para tus hijos cuando aún te sientes como un niño con respecto a tu propia madre.

–No sé qué voy a hacer conmigo, estar de vuelta en el mundo civil. Voy a tener que encontrar un trabajo y un lugar para vivir, pero creo que le voy a pedir a Robert que venga y se quede conmigo por un tiempo. Me gustaría ver si podemos volver a estar conectados, y quizás ahora que soy más disciplinado, pueda ayudarlo.

–Lo vi en los periódicos por su actividad delictiva. Mamá estuvo muy preocupada por él durante mucho tiempo. Cuando tu padre perdió la casa, perdió el contacto—. Me había llamado preocupada, pero le dije que no había mucho que pudiéramos haber hecho. Robert iba a tener que aprender por sí mismo, y si tenía a Mateo a su lado, estaría bien.

–No puedo creer que estés divorciada. No pensé que Julián alguna vez te dejaría ir.

–Bueno, Julián tuvo problemas para dejar ir a la mayoría de las mujeres, así que por eso no le di muchas oportunidades—. Me reí un poco, pero a Mateo no le pareció divertido.

–Es un tonto, Alanna. Eres una buena mujer, y él fue quien salió perdiendo. No necesitaba su consuelo, pero seguro que se sentía bien. –Gracias. Espero que te quedes en Raleigh.

–Al menos hasta que este agujero en mi pecho esté completamente curado.

–Sí, el aspecto de esa herida es grave—. No pude ver la herida real, solo el vendaje que lo cubría, la perfección de sus abdominales desgarrados y su físico fuerte.

–Está sanando muy bien. No recuerdo mucho, y para decirte la verdad, antes de que aparecieras, estaba un poco de mal humor—. Él me dedicó una gran sonrisa que me calentó el corazón. Ese era mi más viejo amigo, y todavía era una de mis personas favoritas en el mundo.

–No te desanimes, Mateo. Simplemente te sientes de esta manera porque estás encerrado y no puedes hacer lo que quieres. Solías enfadarte cada vez

que estabas enfermo y no podías salir de la cama, lo que afortunadamente no era tan frecuente

Sacudió la cabeza y me señaló. –Oh no. ¿Recuerdas esa vez en octavo grado cuando nos enfermamos con esa infección estomacal? Fue horrible.

Recuerdo que estaba muy molesta por no haberlo podido ver durante algún tiempo.

–Sí, y me llamaste haciendo pucheros porque era contagioso y no podías ir a ninguna parte, así que me pediste que me sentara en el porche trasero donde pudiéramos vernos y jugar con nuestros punteros láser.

Echó una carcajada mientras sostenía su vendaje. –Cierto. Fue genial crecer contigo—. Levanté la vista y él me estaba mirando con tanta sinceridad que me dolió el corazón.

–Éramos inseparables. En las buenas y en las malas. En la salud y la enfermedad—. No me había dado cuenta de lo que había dicho hasta que las palabras salieron de mi boca.

–Correcto—. Se miró la mano, que aún descansaba sobre su corazón, y por alguna razón, fue como si estuviera molesto por algo completamente distinto. –¿Vas a regresar?

–Sí, pero solo si mejoras—. Esperaba que las palabras lo alentara.

Se pasó la mano por su pelo rubio oscuro y se rió entre dientes. –¿Por ti? Es un trato

Miré mi teléfono y, efectivamente, era hora de ir a buscar a mi hija a la escuela. –Tengo que ir a recoger a Agustina.

–Oh, no dejes que te detenga. Y gracias de nuevo por venir, Alanna. No sabes lo feliz que me hace verte.

Le di un abrazo suelto, sabiendo que su pecho debía dolerle. Luego me alejé y caminé hacia la puerta, sin querer irme y sabiendo que volvería tan pronto como pudiera. –Espero que te ayude en tu curación. Quiero que te mejores por mí.

Se fue hasta el otro extremo de la cama y se apoyó contra las almohadas. –Bueno, ya que lo pones de esa manera... Haría cualquier cosa por ti.

Salí al pasillo y me desplomé contra la pared. Dios, él era tan dolorosamente hermoso. Sostuve mi corazón un momento, y luego una enfermera en la estación cercana se aclaró la garganta. Levanté la vista para ver su sonrisa y me guiñó un ojo como si ella entendiera totalmente de dónde venía.

Recuperé la compostura y continué caminando por el pasillo.

Capítulo 9

MATEO

–Eso es. Una más–. La voz suave de Celia era como un baño de agua tibia. Podría haber estado pensando en eso si no fuera por el dolor que estaba sintiendo y lo frustrado que me sentía por estar fuera de forma. Todavía estaba fuerte de muchas maneras, pero como los músculos de mi pecho y espalda estaban afectados por mi lesión, hacía que la tarea más pequeña pareciera diez veces más difícil. Esto hizo que estuviera más decidido a esforzarme más y ser más fuerte.

Gruñí e hice el último tramo. –Tengo que superar esto y largarme de aquí.

–No quiero que te excedas ahora. Tienes que curarte, y si te presionas demasiado, esos músculos no se curarán.

–No estoy haciendo nada que no pudiera hacer antes, Celia–. Me levanté del suelo y me sorprendió que me dejara hacerlo por mi cuenta.

Ella se levantó de su posición en cuclillas. –No te lastimaste antes. Tu movilidad ya está mejorando, pero has pasado por un trauma terrible. Date un poco más de tiempo para curarte, y volverás a la normalidad muy pronto–. Ella me sonrió con una especie de sadismo y luego colocó su mano en mi brazo para darme un masaje relajante. –Escúchame. Sé lo que es mejor para ti. Todavía eres un hombre fuerte, Mateo. Solo que eres un hombre fuerte con una lesión, una que solo empeorará si te esfuerzas demasiado–. Ella me miró directo a los ojos, y no sabía si estaba tratando de convencerme o atraparme, pero tuve la sensación de que era un poco de ambas cosas.

–Tengo muchas cosas que hacer para quedarme aquí en este hospital. Necesito salir, y esforzándome es la única manera de lograrlo, entonces trabajo para eso. No he conseguido nada en la vida tomando el camino fácil, y no es ahora cuando voy a empezar–. Necesitaba salir de este lugar, no solo por mi salud mental, sino porque necesitaba arreglar las cosas con mi hermano, quien no había vuelto a visitarme.

–Ya te estás recuperando rápidamente. No empujes más de la cuenta porque puedes tener un revés. Todavía te quedan dos semanas más conmigo–. Tomó mi mano y luego aseguró su brazo en el mío como si estuviéramos saliendo. Luego, ella me sacó del cuarto de rehabilitación y regresamos caminando por

el pasillo hacia mi habitación. Me carcomía el hecho de que todavía me faltaran dos semanas más de rehabilitación.

Más adelante en el pasillo, vi al Dr. Bitar. –Puedo regresar solo.

Ella sacudió su cabeza. –Se supone que debo llevarte de vuelta y meterte en la cama. Es la política del hospital–. Dijo Tuck como queriendo decir otra cosa, mientras movía sus cejas de manera coqueta.

–Bien, ¿entonces podrías hacerme un favor?

–Sí, por ti lo que sea–. Ella se acurrucó y agitó sus pestañas, pero me acerqué al banco cerca de la estación de enfermeras.

–¿Podrías traerme algo de beber de la máquina? Quiero un refresco dañino

–Por supuesto. ¿Algo en particular?

–Sorpréndeme–. Le dediqué mi mejor sonrisa y mientras caminaba hacia la máquina de refrescos que estaba a la vuelta de la esquina, me puse de pie y corrí por el pasillo donde vi a mi médico.

Lo encontré saliendo de una habitación. –¡Dr. Bitar!

El hombre volvió la cabeza y me dio una cálida sonrisa. –Es bueno verte andando

–Me estaba preguntando si hay alguna manera en que pueda trabajar para reducir el tiempo de mi terapia. Usted dijo que podía estar fuera de aquí en una semana, así que quizás también podría terminar mi terapia para entonces. No quiero tener que volver aquí cuando ya me hayan dado de alta. No tengo planeado quedarme mucho tiempo.

Sabía que quería quedarme el tiempo suficiente para volver a ver a Alanna, pero dudaba que tuviera una vida en la que yo encajara demasiado, aunque no por el hecho de que tuviera una hija. Luego estaba mi plan de sacar a Robert de Raleigh y llevarlo conmigo, y probablemente era algo que no debería demorar demasiado si él estaba de acuerdo.

El Dr. Bitar negó con la cabeza. –Me temo que eso no es posible. Dije que intentaría sacarte, pero no lo prometí, y me temo que en tu caso, los militares son muy tercos en la parte de rehabilitación. Incluso si te saco un poco antes, no puedo interrumpir la duración de tu rehabilitación. Está fuera de mis manos.

–¿Y no hay nada que pueda hacer?.

Antes de que pudiera responder, miró por encima de mi hombro hacia atrás de mí.

–Ahí estás–. Me di la vuelta para encontrar a Celia que venía hacia nosotros con un refresco en la mano y el ceño fruncido. –Hola, Dr. Bitar.

–Hola, Celia. Debo irme, pero tómallo con calma, Mateo. Lo mejor que

puedes hacer es mejorar para que puedas obtener pronto un alta, pero por la terapia, me temo que te quedas con esta bella mujer un poco más.

Derrotado, dejé escapar un suspiro y me dirigí de regreso a mi habitación. Celia aceleró el paso y se puso a caminar a mi lado, sosteniendo mi brazo. – Sabes, vas a herir mis sentimientos si sigues intentando suspender tu rehabilitación.

–No es nada personal, Celia. Solo necesito terminar con esto y pasar a la siguiente fase de mi vida, sea lo que sea.

–Déjame adivinar lo que te dijo, soldado. Dijo que dado que el gobierno estaba pagando la cuenta, tengo tu trasero por un tiempo, ¿no?

–Sí, casi textualmente.

–Yo hubiera podido decirte eso–. Ella empujó la puerta y me llevó adentro.

–Entonces, ¿por qué no lo hiciste?– Me acerqué a mi cama y retiré las sábanas. Y mientras yo no había estado, mi cama había sido removida y rehecha nuevamente.

Celia colocó el refresco en la mesita de noche. –No pensé que irías donde él para hablarle de eso. Pero en el futuro, asegúrate de preguntarme primero. Me salvará de batallas innecesarias con las máquinas expendedoras locales. Tuve que golpearla dos veces antes de que me entregara el refresco que querías, lo que aparentemente era solo un truco para llegar al Dr. Bitar.

–Lo siento. Si te hace sentir mejor, sí me lo tomaré–. La cola no era mi favorita, pero tampoco me era desagradable.

–Podrías invitarme un trago alguna vez. ¿Qué te parece esa idea?–. Cuando me lanzó su mirada audaz, supe que no debía responder de ninguna manera. No necesitaba que ella pensara que yo quería pasar más tiempo con ella, entonces tomé nota mental que debía sacar lo antes posible algo de la máquina expendedora para dárselo a ella.

–¿Siempre coqueteas tan fuerte con tus pacientes?– Me di cuenta de que era hora de hablar claro con ella. Solo había amado a una mujer, y no quedaba mucho de mi corazón para dar

–Sólo cuando se parecen a ti. Eres muy guapo, ¿o nadie te lo ha dicho alguna vez?

–Tal vez una o dos veces–. Nunca había recibido ningún cumplido.

–O tres, ¿eh?–. Su sonrisa se amplió mostrando todos sus dientes.

–Tal vez.

Ella rió. –Eres guapo y tienes sentido del humor. Realmente creo que deberías darme una oportunidad, Mateo.

–¿Lo crees?– Miré por la ventana, y el sol estaba bajo en el cielo. No podía creer que ya hubiera pasado otro día. Los pájaros entraban y salían del árbol que estaba afuera de mi ventana, y deseé que uno de ellos me dejara salir de mi jaula, que era como empezaba a sentir esta habitación.

Celia se apoyó en la cama. –Podría ser divertido.

Me pregunté si debería dejar que ella me sedujera. Entonces, al menos, tendría algo que hacer por el resto del día, y demonios, incluso podría ganarme algunos beneficios mientras estaba encerrado en la habitación deprimente del hospital.

Entonces me imaginé a Alanna parada en mi puerta y lo supe. –Estoy seguro de que sería divertido, pero solo hasta que te des cuenta de que estoy enamorado de otra persona.

El suave golpe en mi puerta hizo que Celia se apartara de mi cama. Afortunadamente, ella no estaba en ninguna posición comprometedoras cuando entró Alanna.

–Oh, discúlpame–. Se detuvo en seco. Lucía hermosa con su cabello recogido y unos mechones sueltos que caían alrededor de su cara. Llevaba una falda con una blusa azul que hacía que sus ojos lucieran tan brillantes que parecía que en unos segundos dispararían un rayo láser. Era realmente la imagen de la perfección, incluso con la bolsa de papel que tenía en la mano.

–Está bien, Alanna. Entra. Ella es Celia Joel, mi fisioterapeuta. Celia, ella es Alanna–. No sentí la necesidad de explicar quién era. Celia volvió su mirada hacia mí después de ver a mi amiga y me pregunté si pensaba que entre nosotros había mucho más que lo que en realidad había. A mí me parecía bien. Al menos de esa forma ella dejaría de estar mostrándome sus tetas y se concentraría en mi terapia.

–Nos vemos mañana, Mateo. Te dejaré con tu visita–. Celia mostró una sonrisa falsa, y me di cuenta de que su espíritu estaba alterado por la presencia de Alanna.

–¿Cómo está él?– Le preguntó Alanna. –¿Con su terapia?

–Lo está haciendo bastante bien, solo que es un poco terco.

–Ah, entonces él está volviendo a su antiguo yo, ya veo. Gracias por cuidarlo. Él es realmente especial para mí.

Celia le dio una sonrisa tensa. –Es un placer–. Luego se apresuró a salir de la habitación.

–¿Qué tienes en esa bolsa?– Noté unas cuantas manchas de grasa en la bolsa de papel blanco y me pregunté si me habría traído mi comida favorita.

–Es una hamburguesa rellena de tocineta, queso y cebollas asadas. Incluso te he traído unas patatas fritas.

–¿Me estás tomando el pelo? Maldición, como no echarte de menos—. Compartimos una carcajada, ella se acercó y colocó la bolsa en mi mesa, que luego colocó sobre la cama.

–Veo que ya tienes algo para beber, pero tal vez vaya a la máquina expendedora y me traiga algo. Estas son siempre mejor con un refresco.

–¿También vas a comer? Maldita sea, Alanna, esto sigue mejorando y mejorando—. Ni siquiera había esperado que ella apareciera, y el hecho de que había venido a comer y me había traído mi comida favorita, la que me había perdido durante muchos años durante el servicio, fue el gesto más dulce.

–Pensé que podrías necesitar un poco de compañía.

El sol parecía brillar un poco más a través de la ventana, pero sabía que era solo por ella. –No tienes idea—. Ella siempre había sabido llegar cuando la necesitaba.

Capítulo 10

ALANNA

Cuando regresé a su habitación, me sorprendió ver que ni siquiera había empezado a comer. –¿Está algo mal? Pensé que ya te habrías comido la mitad–. Llevé mi bebida y saqué mi propia hamburguesa, que todavía estaba en la bolsa.

–No iba a empezar sin ti.

–Dios mío, qué modales tiene, señor Burke. Si fuéramos niños, ya te habrías comido la tuya y la mitad de mis papas fritas.

–Bueno, para ser sincero, ya me comí un par de papas fritas, pero de las mías–. Sacó una de la bolsa y la mordió.

–Está bien. Anotado. Sé que probablemente ha pasado mucho tiempo desde la última vez que comiste unas, a menos que hayas hecho viajes a casa de los que yo no me haya enterado–. No quería escuchar que él había estado en casa y yo no lo había ido a ver.

–No, no hay viajes a casa. No he visto a mi padre. El poco contacto que mantuve con él y con mi hermano fue por teléfono, pero supuse que Julián y tú necesitaban tiempo para hacer su vida–. Si él hubiera sabido el tipo de vida que había tenido con Julián, no lo habría hecho, no hubiera pensado de esa manera.

–Sí, bueno, tú eras una gran parte de nuestra vida, Mateo–. No sabía si debía hablarle de mis problemas con su viejo amigo.

Se encogió de hombros. –Se tenían el uno al otro. No pensé que iba a ser un problema.

–Nos habiéramos mantenido en contacto si habiéramos sabido cómo hacerlo, pero no sabíamos.

–Lo sé. Eso fue mi culpa. Quise aparecer un par de veces solo para saludar, pero nunca me pareció un buen momento. En los últimos años estuve intentando obtener mi título y conseguirlo no fue fácil.

–¿Pero te graduaste?– Fue bueno saber que él lo había logrado, aunque realmente no me sorprendía. Siempre había sido muy inteligente y centrado.

–Sí, finalmente lo terminé hace unas semanas. Bueno, hace más de un mes. Sigo olvidando que estuve fuera por dos semanas.

–Bueno, al menos estás descansado—. No sabía qué decir porque no creía que quisiera revivir el incidente que lo había puesto así.

Mordió su hamburguesa, y por la expresión de su rostro, había llegado al cielo. Se limpió la boca y tomó un sorbo de su bebida. Di un mordisco a la mía y lo miré mientras disfrutaba de su comida. Casi parecía que éramos niños otra vez, pero éramos mucho más maduros y habían pasado muchas cosas.

–Mi memoria está fallando un poco, pero me llegan recuerdos. Recuerdo que en un minuto estaba almorzando con un amigo y luego estallaron las bombas. Me dispararon cuando tratábamos de ponernos a salvo. A mi amigo le habían disparado en la pierna, y a mí me dispararon en el pecho.

Me tapé la boca y contuve el aliento mientras rezaba en silencio agradeciendo que no hubiera muerto.

–Todo lo ocurrido debió ser realmente aterrador.

–Me alegro de que mi amigo se haya salvado. Tiene una esposa y tres hijos que lo necesitan.

–¡Ese eres tú! Siempre pensando en los demás. Pero ya sabes, hay personas que también te necesitan

–Aprecio que digas eso—. Dio otro mordisco y se limpió la boca.

–Entonces, ¿dónde está Agustina?

–Está jugando en casa de una amiga

–No puedo imaginar cómo es tener una pequeña.

–Ella es una niña increíble—. Tomé otro sorbo de mi refresco.

–No puedo creer que hayas recordado su nombre.

–Era el nombre de tu abuela—. Se encogió de hombros como si no fuera una gran cosa, pero el hecho de que la recordara después de todos estos años era entrañable.

–Yo la amaba. Ella hacía los mejores dulces que yo haya probado. Y en las fiestas de Pascuas siempre nos incluía a Robert y a mí. No podría olvidar esos gestos de cariño tan especiales

–A ella le encantaban las celebraciones—. No había pensado en mi abuela desde hace mucho tiempo, y ciertamente no recordaba desde hace mucho las fiestas de Pascua que ella solía organizar. –Esos fueron los mejores tiempos. La abuela preparaba una gran cena, y ¿recuerdas que ella ocultaba grandes huevos con dinero?

–¡Sí, una vez encontré tres dólares!– Mateo sostuvo su estómago y se rió.

Recuerdo que estaba molesta porque él había encontrado más que yo. –Yo encontré como dos y cincuenta. ¿Recuerdas lo que hicimos con eso?

–Claro que sí, caminamos a la ciudad hasta la tienda de golosinas y compramos todo lo que pudimos, y luego lo dividimos.

–Dijimos que Halloween había llegado en la primavera, ¿recuerdas? Creo que compramos todos los caramelos que tenían.

–¿Todavía existe ese lugar?.

–Sí, llevo a Agustina y a Josefa allí todo el tiempo.

–¿Josefa? ¿Es tu perro?.

Me reí y casi me atraganté con mi refresco. –No, Josefa es la mejor amiga de mi hija

–Apuesto a que la pasan bien juntas. ¿Ella se parece a ti?.

–Se parece a mí. Excepto que hay algunas veces en las que hace gestos en los cuales se hace dolorosamente obvio que también es hija de Julián—. Puse los ojos en blanco y me reí para no darle tanto peso al comentario, pero inmediatamente por la forma de su mirada, pude ver que había captado mi actitud hacia Julián.

–¿Qué les pasó a ustedes dos? Si no te importa que pregunte.

–Está bien. Es solo que espero que estés preparado para escuchar mi versión. También sé que él es tu amigo

–Tú eres mi amiga, Alanna. Con él nos hicimos amigos en el camino, pero si no hubiera sido porque tú ibas detrás de él, yo no me habría soltado de tu cuello. Tenía que asegurarme de que estabas bien

Él sabía que durante los tiempos de la escuela yo había roto con Julián una, dos o tres veces.

–Sí, bueno, gracias. Supongo que sería justo decirte que estoy un poco amargada por el matrimonio, el divorcio y el hecho de que ni yo ni Agus hemos tenido noticias de él en casi un mes.

–¿De verdad? Lo siento, Alanna, esperaba que hubiera cambiado. Realmente esperaba que él fuera el hombre que pensabas que era—. Dejó la hamburguesa y se limpió la boca.

Quería decirle a Mateo que debería haber estado allí. Si lo hubiera hecho, entonces tal vez, solo tal vez, no hubiera sido tan malo. –Eras la única persona que hacía que Julián pensara mejor las cosas. No quiero que pienses que te estoy culpando, pero sin ti, él se puso cada vez peor.

Apartó la vista, y pude ver cómo él apretaba el músculo de mandíbula mientras apisonaba los dientes.

–Lo siento. No puedo creer que no se ocupe de su hija. ¿No quería tener hijos?.

–Dijo que sí quería, pero como todo lo demás, Mateo, creo que simplemente no era lo suficientemente maduro como para manejarlo.

–Entonces, ¿qué haces? Quiero decir, ¿estás trabajando en alguna parte?.

–Con mi padre, por supuesto. Me contrató y creo que me ha ido bastante bien en esa área. He hecho algunas cosas para impresionarlo y a la compañía le está yendo realmente bien—. No pude evitar pensar que él podía venir a trabajar con nosotros. Con su título, podría buscar un puesto para él.

–Es increíble que lo estés haciendo tan bien. Parece que Julián no te retrasó nada

–No, no lo dejaría—. Levanté mi barbilla y sonreí.

–Esa es mi chica—. Él se rió entre dientes. –Siempre fuiste muy determinada, especialmente cuando estabas bajo presión.

Pensé en los tiempos en que yo lo presionaba y como él solía pelearse conmigo por eso.

Mateo siempre me había retado, mientras que Julián siempre había tratado de tranquilizarme.

Me gustaba que me llamara “su chica”, y mientras estaba sentada comiéndome mis papas fritas, no pude evitar preguntarme si esta era mi segunda oportunidad.

–¿Cuáles son tus planes, Mateo? Dijiste que querías hablar con Robert para que fueran a vivir juntos, pero ¿qué más?.

–Pensé que irnos a un nuevo lugar podría hacernos bien. No estoy seguro de dónde voy a echar raíces, pero creo que necesito un nuevo comienzo en alguna parte.

–¿Alguna parte? ¿No en Raleigh?—. La idea de que él se alejara me puso triste. Acabo de encontrarlo nuevamente y esta vez no quería dejarlo salir de mi vida.

–Supongo que necesitaría una muy buena razón para quedarme—. Levantó la vista y me miró a los ojos. Yo quería ser esa razón por la cual él se quedara, pero tampoco quería tener que insistirle para que lo hiciera; quería que se quedara conmigo porque él quería.

–Las cosas han cambiado aquí desde que éramos niños—, dije.

–Siento que Robert necesita un descanso. Espero que él sienta lo mismo, pero tengo la sensación de que va a tomar mucho convencerlo. Desaparecí de su vida, y él está resentido.

–Puede que yo también tenga algo de resentimiento, pero te he echado mucho de menos—. Realmente lo había hecho. Había querido hablar con él

tantas veces, especialmente cuando sentía miedo de ser madre, y estaba triste de que no hubiera estado presente en el nacimiento de Agustina. En cierto modo, pensaba que había sido más fácil para él no estar cerca viendo a Robert autodestruyéndose. –Lo vi en la calle hace años. Él andaba con ese chico; ¿sabes? Con ese amigo cercano de cuando tenía once años. Ese niño se había unido a una pandilla, y sabía que él era una mala influencia. Sus padres lo echaron de casa y terminó metiéndose en problemas. No estoy segura si Robert alguna vez se unió a la pandilla, pero sé que él andaba con muchos de ellos.

–Dios, supongo que mientras más me entere, más me voy a dar cuenta que las cosas son peor de lo que pensé

–Espero que no. Realmente espero que ya él haya dejado todo atrás. Pero aún es joven.

–Y me culpa por su vida de mierda. Eso me lo dejó claro.

–No eras su guardián entonces, y no lo eres ahora. Él es un hombre, y cualquier elección que haya hecho es su responsabilidad. Él podría hacerlo mejor si así se lo propusiera, y esperemos que lo haya hecho. Él tuvo el suficiente carácter como para hacer que te trajeran a casa y seamos sinceros; pudo haberte mandado a cualquier otro lugar–. Sabía que, aunque Robert solo quería compartir con él algo de la mierda que había vivido, había elegido lo que era mejor para su hermano.

–Sé que tienes razón–. Tomó dos papas fritas y se las metió en la boca. –Es solo que desearía que las cosas hubieran sido más fáciles para él, así como para mí.

–¿La tuviste fácil? No lo creo. Tuviste que vivir con tu papá, y además fuiste el único que estaba ahí cuando tu madre murió. Robert todavía era muy pequeño

Levantó la vista y se encontró con mis ojos directamente. –Pero te tuve a ti, Alanna. Te tuve a ti y a tu familia para que siempre me incluyeran y me hicieran sentir como uno de ustedes. Tu madre fue tan buena conmigo. Ella me hizo sentir que podía hacer cualquier cosa que me propusiera, ¿sabes?.

–Siempre podías. Ella tenía razón respecto a eso.

–Cuando era joven me gustaba mostrarle mis notas del colegio a ella, ¿sabías eso?

–Sabía que lo hacías, pensé que como tu padre estaba siempre fuera de sintonía, sentías necesidad de mostrárselas a alguien–. Mirando hacia atrás, pienso que debió haber sido difícil tener un padre que no estaba interesado en sus logros. Él había trabajado muy duro y era uno de los estudiantes y atletas

más trabajadores que conocía.

–Se las mostré porque quería ganarme su respeto. Quería que ella viera que estaba trabajando duro. Para mí significaba mucho que ella se tomara un tiempo para preocuparse cuando la mayoría de las personas, incluso algunos de nuestros maestros, no lo hacían–. Me hizo dar cuenta de lo importante que era para él conocer a Agustina.

–¿Todavía te gustaría conocer a mi hija?.

Sus ojos se iluminaron, y me dirigió una amplia sonrisa. –Por supuesto. Todavía me quedan casi dos semanas de terapia, y en algún momento espero salir de aquí.

–¿Y qué tal si te la traigo mañana?.

–Eso sería genial. No tienes idea de lo horrible que es estar en esta habitación día tras día. Terminó su último bocado de comida y luego, después de limpiarse la boca, se recostó contra las almohadas.

Terminé de comer mi parte. –Entonces ese es el plan. La traeré mañana y te daremos una buena visita. Puedes contarle historias sobre nosotros cuando éramos pequeños. Yo le he contado algunas cosas y desde entonces ella pregunta por ti todo el tiempo. Estoy empezando a pensar que ella cree que te he inventado.

Él se rió despacio y tiró de las mantas sobre su regazo. –No puedo esperar a conocerla. Sé que si ella es como tú, la amaré. Y gracias de nuevo por la cena, Alanna. Estoy lleno, pero fue bueno.

–De nada–. Retiré la bandeja y le di un gran abrazo, y fue entonces cuando decidí que iba a conseguirle un trabajo en la compañía, incluso si tuviera que crear un cargo para él.

Capítulo 11

MATEO

La última cosa que quería hacer un sábado era quedarme en cama, así que me levanté y salí al pasillo. No quería hablar con las enfermeras y traté de escaparme antes de que alguien me viera, pero Pía me detuvo y me trató a como a un niño de tercer grado.

—¿A dónde vas? Estaré haciendo mis rondas y no estarás en tu cama para revisarte—. Ella y Lucy eran mis dos enfermeras favoritas, pero incluso me estaba cansando de que actuaran como si yo no debiera salir de mi habitación como un niño castigado.

—Empieza por el otro extremo y yo trataré de volver a tiempo—. Seguí caminando y ella soltó un gruñido mientras se daba la vuelta y regresaba a su puesto.

Caminé por el pasillo hasta el ascensor, y aunque sabía que me veía como un paciente mental con mis pantalones de chándal y mi bata de hospital que me había puesto sobre la camisa, decidí dirigirme a ver a los nuevos bebés. Me metí en el ascensor y pulsé el tercer piso donde estaba la Sala de Neonatal. Caminé por el pasillo principal hasta que vi la ventana donde tenían a todos los bebés alineados y me quedé mirándolos. Había uno haciendo un alboroto. Estaba envuelto en una manta a rayas azul y rosa, y tenía una pequeña gorra azul en la cabeza. Hizo una bola con sus pequeños puños y gimió, y la enfermera que lo cuidaba lo tendió y lo envolvió en una manta. Pronto se calló, y ella me miró y me sonrió.

Todos eran muy pequeños, la mayoría dormían, pero había uno en su camita que tenía los ojos brillantes y el pelo rojo fuego que lloraba fuerte. Esos pequeñines realmente la estaban pasando bien. En cuanto otro comenzó a gritar, sentí que ya había tenido suficiente, así que caminé de regreso pasando por el frente de una gran pecera. Me quedé mirándola por un largo tiempo y me dirigí de regreso al ascensor. Definitivamente esos peces estaban peor que yo, especialmente el que flotaba en la parte superior del tanque.

Me tomé mi tiempo para volver a mi piso y luego caminé por el laberinto de pasillos hacia mi habitación, donde Pía estaba esperando afuera de la puerta. — Ahí tienes. Llegas un poco tarde, ¿verdad?

–¿Tarde? Dios, no, llegué temprano–. Ella extendió la mano para tomarme la mía y trató de llevarme a la cama como un niño.

Aleje mi mano. –Puedo hacerlo. He estado caminando durante una hora; creo que llegar a la cama desde aquí no va a ser un gran problema.

–Caminaste durante casi dos horas, y sí, es un gran problema. Necesito obtener tus signos vitales para poder ir a casa. Otros treinta minutos más y estoy fuera de aquí.

–Entendí, ¿por qué no lo haces?–. No quería escucharla.

–Gretta estará aquí, y serás amable con ella. Ella dijo que la otra noche fuiste bastante pesado

–No quise serlo. Simplemente no aprecié que viniera en medio de la noche para empujarme como si fuera un tipo de animal que ella estaba diseccionando. Finalmente me puse a dormir, y ella se fue–. De todos modos, ella era la que menos me gustaba de grupo y tenía una cara que parecía que había chupado un limón.

–Nosotras hablamos y la trataste como si fueras a morderla. Al igual que lo acabas de hacer conmigo. Ahora recuéstate y déjame tomar tus signos vitales.

–No, necesito algo primero.

–Maldición, muchacho. ¿No puedes ser un paciente normal por una vez?

–Te digo una cosa, si me consigues el número de teléfono de mi hermano que está en el registro, seré tan dulce como el jarabe–. Levanté mi mano hacia mi corazón y luego le di a mi pecho un golpe suave.

Pía me miró con dudas. –Si hago esto, ¿podrías dejar de comportarte como un tonto y dejarnos cuidar de ti?. Sé que aquí te sientes encerrado, pero no te lo estás haciendo más fácil.

–Bien, consígame el número y me portaré bien–. Odiaba ser tan malcriado, y solo entonces me había dado cuenta de lo mal que me estaba portando, pero estaba perdiendo la cabeza encerrado en esas cuatro paredes.

–Es un trato–. Se alejó, y me arrastré a la cama mientras ella desaparecía en el pasillo. Apenas tuve tiempo de quitarme las zapatillas, recostarme en las almohadas y encender el televisor, que aún no tenía nada emocionante aunque era el fin de semana, cuando Pía regresó con el número.

–¿Cómo sé que este es su número?–. Tenía que cerciorarme de que fuera cierto.

Pía puso su mano en su cadera cuando sus ojos me clavaron con fuerza. –¿En serio?

–Bien, lo llamaré cuando te vayas–. Y si no era el de él, les mostraría el

horrible paciente que podría llegar a ser.

–Extiende tu brazo, y deja de hacer pucheros. Tendré que decirle a Lucy que no te haga más galletas; te están poniendo cada vez peor y no cada vez más dulce como se suponía–. Ella tomó mi brazo y puso la pinza en mi dedo. Después de que terminó de reorganizar los cables y enchufes que estaban enredados, puso el termómetro en mi boca.

–No hago pucheros–. Simplemente estaba cansado y aburrido, lo que me hacía enfadar, y además extrañaba a Alanna, y no podía dejar de pensar en lo que me había dicho sobre quedarse conmigo. Podría persuadirme fácilmente de permanecer en su vida si ella me quisiera, pero no estaba seguro de que eso era lo que ella quería. No quería saber mucho sobre eso. Ella vio que yo estaba herido, probablemente se sintió mal, y pensó en venir a verme por si acaso yo moría. Ella no quería que un hombre que no había visto en diez años entrara en su vida cuando se había liberado de otro. Creo que no necesitaba más temas amorosos que resolver.

Antes de que lo supiera, ella había terminado, y pude recuperar mi brazo. –Listo, ¿fue tan malo?

–No, y siento ser un parásito, pero este lugar me da picazón–. Sabía que mi tono aún era severo, pero eso no iba a mejorar.

–Se nota–. Dijo mientras se daba la vuelta y llegaba a la puerta. –Y de nada, por cierto. Ya sabes, por el número. Saluda a tu hermano por mí–. Cerró la puerta detrás de ella, yo descolgué el teléfono de la habitación y marqué el número escrito en el trozo de papel.

El teléfono sonó varias veces antes de que Robert lo recogiera. Su voz era tan amigable como lo había sido la mía con Pía. –¿Sí.

–Oye, soy Mateo.

–Lo sé. Eres la única persona que conozco que está en el maldito hospital, y de ahí es donde mi identificador dijo que era la llamada

–Cierto–. No sabía muy bien qué decirle o cómo comenzar la conversación.

–¿Necesitas algo? Hablé con tu sargento en el hospital y él dijo que yo no tenía que hacer nada, que cuidaría de ti y de todo lo que necesitaras. Entonces, si hay algo que necesites, te sugiero que lo llames a él y no a mí.

–Mira, Robert. Sé que estás enojado conmigo, ¿de acuerdo? Pero creo que tú y yo realmente tenemos que intentar que las cosas mejoren entre nosotros. Tengo que encontrar un lugar para vivir, y no sé dónde te encuentras, pero me encantaría que vinieras y te quedaras conmigo cuando me establezca.

–Estoy en el agujero que dejó el viejo. Administro mi renta y tengo un

trabajo, por lo que no tienes que volver aquí y pensar que no me está yendo bien solo porque no has estado cerca. Lo he hecho bien sin ti, y lo he hecho bien sin tu jodida ayuda

Esto era un comienzo difícil. –Sé que lo has hecho bien, pero pensé que querías un cambio. Entiendo de dónde vienes. Es difícil sacar lo que sabes. Mírame, he estado alistado por tanto tiempo, y ahora que todo está llegando a su fin, no puedo entender lo que viene a continuación, pero siempre hay una manera de mejorar si uno así lo quiere.

–Gracias, pero estoy bien. Mira, no tengo tiempo para andar hablando, hermano. Tengo que irme a trabajar.

–¿Dónde estás trabajando?.

–No te lo diré–. El teléfono se cortó y dejé escapar un largo suspiro. Al menos él tenía un trabajo, y con suerte, era uno honesto.

Puse el teléfono de nuevo en su base. La conversación me había hecho desear no haberlo llamado nunca. Se parecía mucho a nuestro padre por su temperamento, incluso más que yo, aunque mis enfermeras pudieran estar en desacuerdo con eso. Pero la verdad era que nuestra madre también tenía mal genio, y aunque era una buena madre, cuando estaba de mal humor, era una fuerza a tener en cuenta. Robert y yo realmente no habíamos tenido la oportunidad de no ser unos asnos tercos cuando queríamos serlo. Solo hubo dos cosas que me domesticaron, el ejército y Alanna Patton.

No pude evitar preguntarme si había mantenido su apellido, y esperaba que lo hubiera hecho. Teniendo en cuenta cómo habían ido las cosas, no estaba seguro de si quería volver a tener contacto con Julián o no.

Mientras yacía allí pensando en ella, mi esperanza de que me hiciera la visita prometida, se desvanecía. Entonces escuché un golpe en mi puerta. No uno, sino dos. Uno venía de un poco más bajo y era un poco más suave.

–Pase–, dije.

Y fue entonces cuando realicé un viaje en el tiempo, cuando tenía solo siete años y ya estaba enamorado de la chica de al lado. Una réplica exacta de Alanna entró en mi habitación, llevando una tarjeta atada a un globo.

Capítulo 12

ALANNA

La boca de Mateo se abrió cuando vio a Agustina, y sus ojos incluso se nublaron un poco.

–Adelante, bellas damas. ¿A quién tenemos aquí?

–Esta es mi hija, Agustina.

–¿De verdad eres Mateo, y conociste a mi madre cuando ella era una niña?

–Sí, ese soy yo, sin dudar, y te pareces tanto a ella que me dan ganas de volver a ser joven ya que podría crecer con ella nuevamente.

Agustina se rió y se volteó hacia mí. –Tenías razón, mamá. Es tan guapo como papá.

Mis mejillas ardieron y probablemente se volvieron de un tono rojo encendido por tal vergüenza.

–Ciertamente lo es. ¿Por qué no le enseñas lo que le hiciste?.

Solté su mano, y ella se acercó y se subió al lado de su cama con él. –Hice este dibujo y mamá me dejó comprarte este globo—. La cara sonriente del globo decía ‘Recupérate pronto’. Mateo lo miró con una amplia sonrisa.

–Esta es la cosa más bonita que alguien me ha dado en mucho tiempo; aprecio que hayas pensado en mí. Abrió la tarjeta y sus ojos se iluminaron. – ¿Tú dibujaste esto?.

Agustina asintió y sonrió tímidamente, aunque por lo general no era nada tímida.

–Tienes mucho talento, Agustina. Tu madre no podía trazar una línea recta, y sus ranas parecían flores

Agustina se llevó una mano a la boca y trató de ocultar su risita. Siempre había hecho mis ranas de la misma manera, y él había dicho lo mismo más de una vez a lo largo de nuestra infancia.

–No la alientes, Mateo, o te haré que le muestres cómo es que tú dibujas los autos y camiones.

Agustina se giró y me miró mientras tomaba la silla al lado de la cama. – ¿Sabes cómo dibujarlos bien?.

–Si crees que dos neumáticos desinflados son buenos, entonces sí, dibuja hermoso. No podía dibujar un círculo para salvar su vida.

–Muy gracioso–. Él estaba tan enamorado de ella que no podía dejar de mirar, y de vez en cuando, me miraba a mí como comparándonos. –No puedo evitar pensar en lo mucho que se parece a ti. Y me hace dar cuenta de lo mucho que te extrañé todo este tiempo

Agustina siguió mirando su vendaje, y ella finalmente le preguntó qué le había pasado. –Mi mamá dijo que te lastimaron en la guerra.

–Sí, de hecho así fue. Me dispararon, pero estoy mejorando. Tu visita me ha hecho sonreír por primera vez hoy.

–Me alegro. Quiero que seas feliz. Mamá también está feliz, finalmente–. Ella levantó su pequeña cabeza y luego tiró de la cuerda del globo para hacer que estuviera más cerca. –¿Podemos atar esto a tu cama?

–No estoy segura de que las enfermeras lo quieran allí, cariño–, le dije.

Él sacó una sonrisa malvada. –Me avisarán si no les gusta y les pediré que lo muevan, pero por ahora, atémoslo–. Agarró la barandilla de la cama, y Agus se giró y me miró como si quisiera preguntar si estaba bien.

–Adelante. Si él lo quiere allí, él es el paciente. Cualquiera cosa que lo haga feliz–. Siempre me había gustado consentirlo tanto como a él le había gustado consentirme a mí. Ató la cuerda a la baranda y luego volvió su atención inmediatamente hacia él.

–Mateo, ¿te gusta jugar a las cartas?–. Agustina saltó de la cama y fue a buscar la baraja que trajimos en mi bolso.

–A ella le encanta jugar Go Fish–, le expliqué.

Él se rió un poco, y supe lo que estaba pensando. El juego realmente había significado mucho para nosotros. –¿Oh? ¿Le enseñaste a jugar? Porque si es así, creo que puedo ganarle

–Siempre fuiste mejor en eso que yo. Tu suerte es mejor.

Nunca había ganado ninguno de los juegos que jugamos, tal vez una o dos veces, pero él casi siempre ganaba.

Sonrió ampliamente –Vamos a jugar. Tú reparte. Veamos qué tan bien juegas y cuántas manzanas caen de ese árbol

Me levanté cuando él abrió las cartas y puso la mesa al otro lado de la cama para que pudieran usarla como cubierta y Agus subió para sentarse en el lado opuesto.

–Me encantan las manzanas. Tenemos un montón en casa, y mamá dijo que íbamos a hacer pronto un pastel.

Esperaba mantener el pastel en secreto porque quería hacerlo para él cuando saliera del hospital, sobre todo porque quería tener una razón para

invitarlo.

Mateo volvió sus ojos hacia mí. –El pastel de manzana es uno de mis favoritos.

–El mío también–, dijo Agus. –Una vez me lo dieron en la escuela, y desde entonces, mamá lo ha preparado para mí. Le pedimos la receta a mi maestra.

Mateo era pura sonrisas con ella. –Entonces apuesto a que es una receta muy especial. ¿Te gusta la escuela?

–Sí. Fui la líder la semana pasada, y tuve que pararme frente a la fila todo el día, y tuve que llevar el control de asistencia a la oficina principal. Cuando crezca, también quiero ser maestra

–¿Qué quieres enseñar?– Mateo colocó su tarjeta en la mesa al lado de su cama.

–Arte y lectura. Esas son mis dos clases favoritas.

Agustina balanceó sus pies al lado de la cama, y ella y Mateo siguieron hablando como si fueran viejos amigos en lugar de él y yo. Me quedé mirándolo, y mi corazón comenzó a anhelar los días en que me prestaba esa misma atención.

No pude evitar sonreír porque los dos se llevaran tan bien. Y no solo deseé tener de nuevo toda su atención, sino ese tipo de atención diferente que me daba.

Se sentaron a jugar las cartas, y yo me incorporé a uno o dos juegos con ellos pero terminé perdiendo.

–Bueno, parece que tu récord sigue intacto–, dijo Mateo. –Sabes, me gustaría estirar las piernas, pero estas personas tienden a saltar si caminas por el hospital solo. ¿Les gustaría a las dos damas caminar conmigo?

Comenzó a guardar las cartas mientras Agus puso su cara de gato con botas inmediatamente –¿Podemos, mamá?–. Ella saltó de la cama y apartó la mesa.

Miré a Mateo, quien ya me estaba mirando suplicante, y no podía negarme, aunque de todos modos no lo hubiera hecho. –Bueno, ¿cómo podría decirles que no a ustedes dos?.

–¿Puedes adivinar a dónde fui esta mañana?– Mateo se levantó de la cama y se enderezó los calcetines antes de ponerse los zapatos.

–¿A dónde?–, preguntó mi niña con una gran sonrisa mientras le entregaba su otro zapato.

–Fui a Neonatología a ver a los pequeños bebés. Aquí tienen una guardería llena de ellos, y todos son realmente lindos. Sin embargo, uno estaba enojado, pero lo envolvieron y se calmó.

–¡Quiero ir a ver a los bebés!– Agus saltó arriba y abajo y tiró de mi mano.

–Y también hay un enorme tanque de peces allí donde pude contar al menos treinta peces diferentes.

–Treinta es mucho. ¿Son todos peces de colores?

–No, algunos de ellos son peces ángel, y algunos eran neón. También vi algunas que parecían cebras y una amarilla limón.

Le di una palmadita en el hombro a Agus para calmarla. –Apuesto a que son todos lindos.

Mateo parecía feliz de salir de la habitación. –Sí, y también tenían un coral allí. Te gustará–. Él hizo un gesto con su mano. –Las damas primero.

Salió al pasillo, y Agus tomó nuestras manos y caminó entre nosotros. No me perdí el hecho de que todas y cada una de las enfermeras en la estación nos miraban fijamente mientras pasábamos. Esperaba que él no les estuviera haciendo pasar a ellas un mal rato.

Incluso cuando Agus soltó mi mano, ella aún se aferró a la de Mateo. Ya los dos se habían hecho amigos rápidamente, como lo habíamos sido de pequeños. Prácticamente mi hija ya lo había conocido a través de las historias que le había contado durante toda su vida. Por la manera tan cómoda como ella se sentía, estaba segura de que había sido como poner una cara a un nombre o conocer a un pariente perdido durante mucho tiempo. En cierto modo, así era.

Caminamos hacia el ascensor, y Mateo y Agus también hicieron un juego de eso. Luego, cuando fuimos a la guardería, una enfermera se acercó a la ventana.

–¿Están aquí para ver el bebé de quién?

–Oh, solo los estamos viendo a todos, señora–, dijo Mateo.

–Usted tiene una hermosa familia, señor. Tal vez la próxima vez que vengan, será para buscar el suyo–. Ella sonrió alegremente y volvió a atender a los bebés mientras Mateo me miraba.

–Ella pensó que estábamos casados. Pero tengo que estar de acuerdo en algo; ustedes dos son la imagen más bonita que he visto en mucho tiempo.

Agus se rió. –Tienes la edad suficiente para ser mi padre–. Ella soltó otra risita y luego volvió a mirar a los bebés, que eran todos tan dulces. Me hizo preguntarme cómo sería un hijo mío y suyo. Miré a Agus que aunque se parecía mucho a mí, podía pasar también por hija de Mateo dado el pelo rubio.

–Avísanos si te cansas, Mateo. Sé que todo esto puede ser agotador–. Sin duda, era un día lleno de acontecimientos para él.

–No, aquí me aburro mucho. Si ustedes dos no hubieran aparecido, podría haber perdido la cabeza.

–Bueno, me alegro de que pudiéramos servirte—. Sentí que algo me tocaba la mano y, al principio, pensé que era Agus, pero luego, un momento después, su mano grande había agarrado la mía sosteniéndola con fuerza.

–Significa mucho, Alanna

–¿Qué más podemos ver?—, preguntó Agus. –No quiero volver a la habitación todavía

Él dejó caer mi mano y se arrodilló a su nivel. –Bajaremos y veremos la tienda de regalos. Eso debe ser divertido. Ellos también tienen juguetes y dulces—. Mateo subió las cejas mientras lo decía y antes de que yo pudiera objetar los dulces, me dio una cálida sonrisa, y recordé el viaje a la tienda de dulces que habíamos hecho durante tantos años antes.

–Sólo un pequeño caramelo—, les dije, pero ya se estaban dirigiendo apresuradamente hacia el ascensor como dos cómplices de un robo.

Una vez que llegamos a la tienda de regalos, los ojos de Agus se agrandaron cuando vio un animal de peluche. –Oh, Dios mío, Mateo, ¡mira! ¡Parece un gatito de verdad!—. Debido a sus alergias, no le permitía tener uno en casa, aun que más de una vez me había pedido como regalo una mascota.

–Sí, parece uno real. Es un calico ¿Sabías que los calicos de tres colores son casi siempre hembras?.

Me había contado lo mismo cuando éramos niños.

–Me encanta. ¿Puedo tenerlo, mamá? Traje mi dinero—. Ella comenzó a dar pequeños rebotes y entonces miró el precio, el cual la dejaba a ella sin dinero y yo habría tenido que pagar el impuesto.

Estaba a punto de decirle que tal vez debería esperar, pero Mateo habló. – Si no te importa yo se lo compraré. Me gustaría agradecerle el dibujo y el globo que me regaló.

–Mateo, eso es demasiado. Son treinta dólares—. No quería que él gastara su dinero en nosotras, y había hecho que Agus ahorrara dinero para que ella supiera el valor de un dólar.

–Por favor, Alanna. No tengo a una niñita bonita a quien malcriar, y no puedes simplemente traerla aquí, ver que ella luce como tú solías lucir sin esperar que la malcrie un poco—. Me dirigió una dulce mirada y después de eso, no pude negarle ese honor.

–Bien, pero solo si prometes venir y comer un poco de pastel de manzana cuando salgas de aquí y me dejes prepararte una cena especial—. No iba a

aceptar un no por respuesta.

–¿Te gustaría eso, Agustina?–, preguntó.

–¡Sí!– Ella tiró de su mano, él sostuvo su pecho un poco y luego la siguió.

Diez minutos más tarde, estábamos de regreso en su habitación con la Sra. Kitty Whiskers, que es como los dos decidieron llamar al peluche.

Lo dejamos con la promesa de regresar a verlo, y le recordé el trato que habíamos hecho sobre el pastel. Esta vez su abrazo de despedida duró un poco más, y lo detuve con un beso porque no quería volver a salir lastimada. A pesar de que en ese momento me estaba casando, ya él me había abandonado una vez.

Capítulo 13

MATEO

Estaba terminando de llenar mis papeles para mi alta cuando Lucy apareció después de otro largo descanso.

–Apuesto a que pensaste que te iban a dar el alta antes de que me vieras otra vez–. Ella dio un resoplo mientras caminaba hacia mi habitación con una lata de galletas en la mano.

–Me abandonaste la semana pasada y la semana anterior durante días. Entonces, ¿por qué debería esperar algo?.

–Ahora escúchame. Actúas como si hubiera desaparecido y te haya maltratado–. Ella colocó la lata en la cama cerca de mi bolso. –¿Son galletas?.

–Sí, pero no sé si debería dártelas. La semana pasada te dije que si no empezabas a tratar a las otras enfermeras tan bien como a mí, te iba a enviar una caja de carbón.

–Tu complejo de Papá Noel llega un poco tarde; es primavera.

–¿Tienes a alguien que te recoja?–. Se paró cerca del extremo de la cama mientras yo continuaba recogiendo las cosas en mi habitación.

El globo se había desinflado, pero lo doblé con cuidado junto con el dibujo y lo puse en mi bolsa.

–Conseguiré un auto, y el ejército me está arreglando para que me quede en un refugio por algunas noches, ya que realmente no tengo ninguna familia con quien quedarme. Tan pronto como se abra un lugar diferente, me moverán.

–¿Un refugio? ¿Como para las personas sin hogar?–. Ella me miró de reojo.

Eso me hizo rascarme la cabeza y pensar. –Supongo que no tengo hogar, pero no, es una casa para veteranos.

–Bueno, si necesitas algo, házmelo saber–. Se dio la vuelta y se dirigió a la puerta.

–Ahora ves por qué eres mi favorita y por qué estoy de mal humor cuando no te presentas. Eres una buena mujer, Lucy. Nunca cambies–. Ella me había dado muestras de afecto con su compañía, y cuando ella no se presentaba, mi estado de ánimo se ponía peor que nunca.

–Mira, les he jurado a las otras que no eres tan malo. Todavía no me creen. Tal vez deberías pasar por la estación y despedirte de las demás y desearles

un buen día.

–No presiones, Lucy.

–Te conseguiré un carrito y regresaré con la silla de ruedas.

–¿Qué?– Me di la vuelta para detenerla, pero ella ya estaba saliendo.

Regresó un momento después con un carrito para mis cosas, que no eran muchas, y luego Pía trajo una silla de ruedas detrás de ella.

–¿Que es todo esto?

–Política del hospital, Sr. Burke–, dijo Pía con una sonrisa socarrona. Ella sabía que yo iba a pelear y demostrar que Lucy estaba equivocada.

Miré a mi enfermera favorita, que parecía estar esperando que protestara. – Puedo salir de aquí.

–No, no puedes. Es la política del hospital–. Pía acercó la silla.

–Gracias, Pía–. Puse mi bolsa en el carrito y me senté a regañadientes en la silla. –Me encantaría dar un paseo en este hermoso día.

–Gracias, amable señor–. Ambas se echaron a reír, y Lucy tomó el carrito, mientras que Pía me empujaba fuera de mi habitación y bajaba a la estación de enfermeras donde me obligaron a decir una agradable despedida.

Afortunadamente, las enfermeras y yo lo hicimos bien, y Pía tuvo piedad de mí. Me alegré de irme y esperaba que una vez que saliera del lugar, pudiera averiguar cuáles serían mis próximos pasos. No quería quedarme en el refugio demasiado tiempo, y tenía suficiente dinero para poder conseguir un lugar propio. No quería firmar un contrato de arrendamiento ni alquilar un lugar cuando no tenía idea de cuánto tiempo estaría en Raleigh.

–Aquí es donde te dejo–. Pía se detuvo en la puerta, y luego me puse de pie y saqué mi bolsa de lona del carrito. –Ahora, cuídate.

–Que tengas un buen día, Pía–. –Gracias–. Forcé una sonrisa y la saludé con la cabeza.

Las grandes puertas dobles se abrieron cuando entré frente a los sensores, y cuando salí al estacionamiento, encontré a Alanna y Agustina caminando hacia mí.

–Estoy tan contenta de que te hayamos encontrado–, dijo. –Llamé y me dijeron que te iban a dar el alta

–Sí, llegan justo a tiempo–. Ella había ido a verme dos veces más sin Agustina, y en ambas ocasiones, había tenido que irse para acudir a reuniones de negocios. Mientras crecíamos, sabía que su padre siempre le estaba ocupando con asuntos de trabajo y me preguntaba si ella se estaba convirtiendo en él al tener una agenda tan apretada.

–Pensé que podrías necesitar un paseo.

–Claro, eso me gustaría

–¡Yea!– Agustina tomó mi mano mientras caminábamos hacia el estacionamiento.

–¿Dónde vives?

–No tengo una casa, pero los militares tienen un lugar para mí.

Alanna se veía decepcionada. –Esperaba que consideraras venir a quedarte con nosotras si necesitabas un lugar.

–¡Sí!–, Gritó Agustina. –Por favor ven a nuestra casa. Puedes ver a la señora Kitty Whiskers, y podemos tener una noche de cine.

Yo sonreí –¿Una noche de cine? Eso suena divertido

Alanna me lanzó una gran sonrisa. –Entonces todo está arreglado; te vienes a casa con nosotras, tengo un espacio donde puedes quedarte y creo que estarás mucho más cómodo.

–Si estás segura, Alanna. No quiero incomodarlas–. No tenía idea de qué tipo de lugar tenía ella, pero me dirigió una sonrisa tranquilizadora y se inclinó sobre la cabeza de Agustina para darme una palmadita en el brazo.

–Tengo mucho espacio. Créeme.

Era la misma Alanna, siempre estaba allí para ayudarme, y supuse que podría soportar pasar una noche o dos en su sofá o en su habitación de huéspedes. Como madre soltera, probablemente podría ayudarla un poco, porque por lo que parecía, Julián no había hecho nada para ayudarlas a ninguna de las dos.

Cruzamos la ciudad y salimos de ella, finalmente, bajamos por una calle que conducía a un vecindario privado. Las construcciones eran todas grandes casas de ladrillo en lo que parecía un vecindario familiar de lujo, pero luego nos desviamos por otro camino, y de repente me pregunté qué tan exitoso había sido trabajar para su padre. Sabía que a él le había ido muy bien y me preguntaba si nos detendríamos en casa de su padre antes de llegar a la de ella.

–Aquí estamos–, dijo Alanna mientras giraba por un largo camino que se extendía hasta una gran casa de piedra con un extenso césped y tantas magnolias y robles vivos que, por un momento, me pregunté si nos encontrábamos en una antigua plantación. .

–¿Esta es tu casa?– Esperaba que ella se riera y me dijera que no fuera ridículo.

Agustina se inclinó entre nuestros asientos. –Sí, aquí es donde vivimos–.

Agarró una pequeña bolsa de la parte de atrás del auto y luego, cuando Alanna detuvo el auto en el círculo grande, saltó del auto y se dirigió a la puerta que abrió y entró.

–Parece que te está yendo muy bien. ¿Conseguiste este lugar luego del divorcio?.

–Lo compré después, en realidad. Julián y yo teníamos un lugar junto, pero quería un cambio, y queríamos estar más lejos de la ciudad.

–Wow, realmente lo estás haciendo bien trabajando con la compañía de tu padre. Supongo que todos esos años que se dedicó únicamente al trabajo realmente dieron su recompensa.

–Sí, y el hecho de que doblé el patrimonio neto de las empresas una vez que me incorporé tampoco estuvo mal.

–Eso es increíble, Alanna—. Ella había sido la chica más inteligente de la escuela y la más inteligente que había conocido. –Tendré que acordarme de no subestimarte.

–Deberías haberlo aprendido hace mucho tiempo—. Ella me dio unas palmaditas en la mano y luego se volvió para salir. –Bien, ¿vas a venir? Te mostraré tu lugar.

–¿Mi lugar?.

–Sí, hay una casa de huéspedes cerca de la sala de billar. Pensé que te sentirías más cómodo allí afuera, y no he tenido a nadie que lo use todavía, así que quería justificar lo que gasté en él.

–Eso sería genial. Seguro que supera al refugio militar, y probablemente dormiré mejor—. Tenía mucho por hacer para levantarme y establecerme en el mundo civil.

Ella me acompañó a través de su casa, que era sorprendentemente cálida y acogedora a pesar de su tamaño. No la decoró como un museo, sino como un hogar familiar, con pequeños toques de Agustina y Alanna en todas partes. –Es muy lindo tu hogar, Alanna.

–Lo amamos. Como has podido ver, lo hemos hecho nuestro—. En las paredes colgaban dibujos que Agustina había hecho, exhibidos como obras de arte, y pequeñas baratijas que habían recogido en las vacaciones representadas en sus fotografías.

Ella me acompañó a una habitación con gran entrada de luz y luego pasamos a través de una enorme puerta que daba al patio, desde donde se veía la piscina al otro lado.

–Eso es todo. Espero que te sientas cómodo, y si necesitas algo de la

cocina, no dudes en entrar para cocinar o comer o hacerte algo. Quiero que te sientas como en casa y no como si te estuviera excluido

La casita era como algo que verías en un cuento de hadas, excepto que no estaba hecha de pan de jengibre, pero era igual de encantadora. –Es mucho mejor de lo que podría haber imaginado, Alanna. ¿La decoraste tú misma?.

–Sí, Agus y yo trabajamos bastante, incluso pintando las paredes nosotras mismas. Queríamos que fuera un buen lugar si alguna vez tuviéramos compañía, pero hasta ahora, las únicas personas que han dormido aquí somos nosotras. Deberías ver el tragaluz en una tormenta eléctrica. Es realmente espectacular.

–Apuesto a que lo es–. Levanté la vista para ver que efectivamente había un gran tragaluz en la sala de estar, y de ahí era de donde provenía toda la luz natural.

–También vimos el eclipse lunar desde aquí. Mi nena es un poco astronauta.

–Ella es como su madre entonces, seguro–. Recordé que los dos nos acostábamos en la cubierta trasera y mirábamos las estrellas durante horas. Veíamos quién podría detectar la mayoría de los meteoros y pedir deseos sobre las estrellas fugaces.

–Sí, ella se parece mucho a mí y también tiene cosas de Julián. ¿Has pensado en acercarte a él?–,

–No, no creo que lo haga.

–No quiero que pienses que tienes que elegir entre nosotros.

–No lo hago. Simplemente que ha pasado tanto tiempo, y realmente no tengo nada bueno que decirle–. Ella sonrió y se acercó. –Yo tampoco.

Fue tan tentador besarla, sus labios estaban entre abiertos y me invitaban, pero no quería aprovecharme y pensé que teníamos mucho más de qué hablar antes de hacer algo así. –Tengo que ir a hablar con mi sargento la próxima semana y ver qué sucede después, pero lo llamaré y le haré saber que he encontrado un lugar para quedarme por ahora.

–Quédate todo el tiempo que quieras. No hay fecha límite, Mateo. Y en cuanto a tu reunión, me aseguraré de que tengas como llegar. Ella me dirigió una sonrisa astuta y luego se volvió para dirigirse a la puerta. –Te dejaré para que te instales. Hay un intercomunicador si me necesitas–. Con eso, se dio la vuelta y se fue.

Me acerqué al sofá y me senté para asimilarlo todo. No solo era Alanna en mi vida, sino que me estaba quedando con ella en su casa, que además era grande, cálida y elegante. Cerré los ojos pensando que tal vez aún no me había

despertado de ese coma y todo esto era un sueño.

Capítulo 14

ALANNA

Fue difícil dejarlo allí, pero sabía que necesitaba tiempo para pensar y tiempo para acomodarse. Para mi sorpresa, no había estado en la casa por veinte minutos cuando me llamó por mi nombre.

–¿Alanna?– Su voz salió de la otra habitación.

Eché un vistazo alrededor del largo mostrador que separaba la cocina del resto de la casa. –Estoy aquí. Ven.

–Lo siento, no quise solo entrar así.

–Eres bienvenido en cualquier momento, de verdad. Siéntete como en casa. Sé que la cocina de al lado está vacía, pero esta está surtida con más de lo que Agus y yo podemos comer, así que sírvete.

–Me gustaría ayudar con las compras si es posible–. Levantó la nariz hacia el aire. – ¿Qué es ese olor?

–Acabo de poner el pastel en el horno. El que te prometí. Pensé que podríamos celebrar tu regreso a casa.

–Eres demasiado buena conmigo.

–Tonterías. Tú eres mi amigo. Mi más viejo y querido amigo–. Levanté la mano y me quité el cabello de la cara, pero no pude mantenerlo en su sitio.

–Aquí, permíteme–. El levantó la mano y colocó la trenza detrás de mi oreja. Luego me miró a los ojos.

–¿Qué tienes en mente?– Pregunté.

–Me pregunto por qué me mantuve alejado tanto tiempo.

–¿Pensaste que las cosas estaban bien aquí, y me confiaste a tu mejor amigo, sin saber lo imbécil era él?– Me reí un poco, pero antes de que pudiera decir algo más, Agustina entró. Se había transformado en su princesa y calzaba un par de tacones de plástico que resonaban en el suelo mientras ella se dirigía rígidamente hacia la mesa.

–Bueno, te ves como una princesa–. Mateo la observó mientras pasaba y luego me miró con una gran sonrisa en su rostro.

Agustina se había arreglado, esperando que él se diera cuenta, ella sin duda alguna, estaba deslumbrada con Mateo.

Supe que yo también lo estaba, aunque no era algo nuevo sino que se había

reavivado. –Este es mi vestido de noche. Vine a buscar un vaso de jugo.

–Bueno, te ves hermosa. También me encantan esos pendientes–. Ella tenía puestos sus pequeños pendientes de diamantes.

–Gracias. Mi mamá y la mamá de Josefa nos llevaron a perforarnos las orejas la semana pasada. Yo no lloré ni un poquito, pero Josefa sí. Ella llora por nada, yo no.

Sonreí, sin atreverme a contar que era ella quien moría de susto y que tuve que hablarle por un largo tiempo para calmarla, o que sus ojos se pusieron rojos, pero no lloró solo para lucir fuerte frente a Josefa.

–Una vez a mí me perforaron la oreja–, dijo él. –Tu mamá me lo hizo con una aguja y una papa.

–No le digas eso, Mateo. Debes tener cuidado con lo que pones en su pequeña cabecita. Aparté su cabello rubio y luego volví a la nevera para servirle un vaso de jugo.

–¿Pudiste ver toda la casa, Mateo?–, Preguntó Agustina.

–No, solo la suite de invitados, pero es hermosa. Tal vez podrían mostrarme los alrededores

–Tengo al menos treinta minutos libres. ¿Por qué no te mostramos?– Saqué mi teléfono y puse el cronómetro mientras Agustina le tomaba la mano para avanzar.

Me descubrí anhelando volver a ser joven y despreocupada de nuevo para poder sostener su mano. Agus lo miró. –¿Qué te gustaría ver primero?

–¿Qué tal algunas de esas bonitas flores?–, dijo él.

–¿Te gustan las flores?– Preguntó ella.

–Cuando has estado encerrado tanto tiempo como yo, te encantan las flores. Me he perdido el aire libre.

Asentí. –Hay senderos en los bosques circundantes, pero aún no he sido lo suficientemente valiente como para llevar a Agus por ahí. Siempre temo que encontremos una serpiente.

–No solías tenerle miedo a las serpientes. ¿Qué pasó?

–No lo sé. Supongo que soy más cautelosa con Agus. Recuerdo algunas de las cosas que hicimos, y mi corazón se aterra pensando que podríamos haber salido heridos o muertos.

–No tenía idea de que éramos tan arriesgados–. Se echó a reír y me sentí un poco tonta.

Agus lo condujo por el camino de piedra que daba al jardín donde tenía una fuente especial para mi madre.

–Esta es como la que tenías en tu antigua casa.

–Es esa. Era de mamá y regresé para comprarla a los nuevos dueños. Me alegré de que todavía la tuviesen. La habían derribado y ya iba directo al basurero.

–La rescataste. Me gusta. Siempre fue un detalle muy hermoso. No la recordaba haciendo un sonido tan bonito.

–Eso es porque éramos niños ruidosos–. Me acerqué a ver la fuente, y él tomó mi mano y la apretó.

–Me gustaría poder verla de nuevo–, dijo.

Nunca me había dado cuenta de lo mucho que mi madre significaba para él hasta ese día en el hospital. Me habría gustado contactarlo personalmente en ese momento, pero todavía estaba resentida por su partida. Estaba obligada y decidida a no arruinar las cosas con pequeñeces.

Mantuve su mano apretada en la mía por si él intentaba alejarse.

–¿Quieres ver mi bicicleta?– Agus agarró su otra mano y le dio un tirón.

–Claro–, dijo él. Ella dejó caer su mano y se dirigió a la parte trasera del garaje donde la guardaba.

–Ella es de otro planeta, maravillosa.

–Ella se está luciendo contigo ¿sabes? Sospecho que le gustas.

–¿Sí?– Se dio la vuelta y se encontró con mis ojos y luego me dio una sonrisa tímida.

–Entonces, ¿cómo es que tú y yo nunca estuvimos juntos?

Sabía que era el momento perfecto para confesar el gran amor que había sentido hacia él desde que éramos niños y expresarle mis sentimientos, pero no sabía qué decir.

En lugar de eso, me puse un poco incómoda y Agus subió por el camino de piedra en su bicicleta.

–¡Mira! Lo aprendí en Navidad–. Se dio la vuelta y regresó al frente entre la casa y el garaje. –Parece que es necesario acomodar el asiento–. Me llevó con él cuando fue a ver.

–¿Lo crees?– No había pensado que su bicicleta necesitara ningún ajuste, y no tenía idea de cómo levantar el asiento ni tenía las herramientas para hacerlo.

–Ella ha crecido un poco desde entonces.

–Sí, puedo acomodarlo para ella–. Se acercó y la detuvo y comenzó a mirar el asiento. –¿Tienes alguna herramienta?

–En el garaje, hay una caja con esas cosas. Las compré para Julián, pero

nunca las usó y no se las llevó cuando nos divorciamos— No es hombre de reparar cosas. Lo acompañé al garaje y le mostré el carrito rojo rodante.

Sacudió la cabeza. —Eso es un buen kit de herramientas. Se nota que Julián no apreciaba lo que tenía.

Me reí, y él miró hacia atrás por encima del hombro como si quisiera asegurarse de que Agus no lo había escuchado mencionar el nombre de su padre.

—Quería hablarte sobre algo más tarde, Mateo.

—Soy todo oídos.

—Bueno, se trata de un trabajo.

—Oh, hey, no te preocupes. Planeo conseguir uno. No sería capaz de quedarme holgazaneando. Lo entiendo. Se volvió para escarbar en la caja de herramientas.

—Mateo, eso no es lo que quiero decir. Sé que eres un hombre responsable, por eso quiero ofrecerte un trabajo en mi empresa. Sé que tienes la educación y tengo una vacante. Podrías vivir aquí mismo hasta que encuentres un lugar, pero no hay prisa, por supuesto. Lo digo en serio.

—No lo sé—. Parecía inseguro, a pesar de que podía decir que no estaba completamente en contra de la idea.

—¡Vamos!. Debes decir que sí. No aceptaré un no por respuesta—. Tomé su mano y la sostuve entre las mías mientras buscaba en sus ojos.

—Si te hace sentir mejor, diré que si a ese puesto.

—Claro que si—. Dejé escapar un largo suspiro y estaba tan feliz de que iba a tenerlo cerca. Lo necesitaba en mi vida, y aunque no iba a ponerme triste y decirle eso, no pude evitar mostrar mi felicidad con una gran sonrisa.

—¿Vas a responder mi pregunta?.

—¿Qué pregunta?

—Sobre nosotros. ¿Cómo es que nunca estuvimos juntos? Quiero decir, somos nosotros, nos llevamos mejor que cualquiera que conozco, nos gustan las mismas cosas, venimos del mismo lugar.

Estaba tan nerviosa por lo que sentía por él, por lo mucho que lo deseaba y, también, por lo mucho que temía perderlo.

—No lo sé. Supongo que es solo que siempre he pensado en ti como un hermano. Quiero decir, tienes que admitir que somos tan unidos como un buen par de hermanos, ¿no?

Su sonrisa se desvaneció, y él asintió brevemente. —Sí, entiendo.

Sabía que tenía que explicarme mejor. —Siempre sentí que si alguna vez

intentábamos algo así, podríamos perder lo que teníamos.

–Sí–. Volvió a la caja de herramientas y abrió algunos de los cajones hasta que encontró lo que quería. –Esto debería arreglarlo–. Se alejó y pareció despedirme, esperaba no haber herido sus sentimientos.

Lo observé durante unos minutos mientras arreglaba el asiento y lo ajustaba perfectamente para Agus, quien se subió y lo probó. No pude evitar pensar que él hubiera sido un padre mucho mejor para mi hija de lo que su propio padre había pensado ser.

Mateo era un alma genuina y un hombre cariñoso, y tenía una manera de estar siempre ahí para mí. Sabía que él era perfecto para mí, pero nunca había podido encontrar las palabras adecuadas para decirle cómo me sentía.

Nos parecíamos mucho a un hermano y una hermana, pero no lo éramos. Nuestra amistad había sido sólida a lo largo de nuestras vidas, y nunca había querido interrumpirla. Éramos como una máquina bien engrasada, y meterle una llave inglesa no sonaba como una buena idea.

Además, nunca me insinuó algo al respecto. Solo asumí que él no me veía de esa manera.

Mi beeper sonó y silenció mi teléfono. –El pastel está listo. Lo sacaré y prepararé el helado.

Se volvió y me dedicó una sonrisa a medias cuando Agus subió a la bicicleta y luego se alejó.

–Regresaré dentro en un minuto. Solo quiero asegurarme de que tengamos la altura correcta–. De repente estaba distante, y sentí la misma soledad que tenía cuando se fue.

–Está bien, claro–. Los dejé a los dos al frente y me dirigí a la cocina, donde el temporizador del horno estaba zumbando.

Me apresuré y tomé los agarradores de la olla y me quemé la muñeca cuando lo estaba sacando del horno.

Las lágrimas brotaron de mis ojos, pero sabía que eran por algo más que dolor. Debería haberle dicho cómo me sentía y no haberlo decepcionado. Debería haberle dicho que siempre lo había amado, incluso antes que a Julián. Cómo me hubiera gustado haberlo enamorado a él en lugar de a su amigo.

Capítulo 15

MATEO

Después de ajustar el asiento de la bicicleta, entré con Agus, que caminó escaleras arriba para prepararse para la cena. Entré en la cocina y encontré a Alanna sentada a la mesa con una venda en la muñeca.

–¿Estás bien?

Ella sollozó y miró hacia arriba, secándose los ojos. –Estoy bien. Acabo de quemarme la mano con el horno. No es gran cosa.

–Ven aquí, déjame mirarte–. Me acerqué y ella levantó la mano para que yo viera. Retirado el vendaje, había una línea de un rojo encendido en su muñeca.

–¿Tienes un poco de aloe?–, Le pregunté.

–Creo que hay algo en el gabinete.

–Necesitas aloe fresco. Buscaré en el jardín–. Me levanté, caminé hacia su gabinete y encontré una crema. –Ven, vamos a usar esto–. Me acerqué y me senté con ella. Luego me quité la gorra y cuidadosamente puse el emplaste en su muñeca con una presión suave.

No pude evitar mirarla a los ojos y desear no haber estado tan molesto con ella afuera por toda esa mierda de ser hermanos.

La verdad era que siempre había estado enamorado de ella, y nunca la había considerado como una hermana, nunca. Tenía demasiados pensamientos impuros sobre ella para eso, y supuse que me dolía saber que ella nunca había tenido el mismo tipo de pensamientos para conmigo.

–Gracias. Estoy a punto de comenzar la cena. Tenemos espaguetis, espero que sean de tu gusto.

–Me encantan los espaguetis. ¿Necesitas ayuda?–. Yo era un genio de los espaguetis y los había cocinado mucho cuando niño en casa.

–No, deberías ir a lavarte–. Se levantó de la mesa y se dirigió a la nevera.

–En realidad, creo que voy a ir al lado y tomar una ducha. Tal vez haga algunas llamadas–. Sabía que mi reacción hacia ella había hecho las cosas más obvias, y ahora eran incómodas. Ella no me veía como algo más que un hermano y tal vez un tío para Agus.

–Me parece bien. Tendré todo listo en una hora más o menos.

–Está bien, gracias–. Me levanté y salí a la pequeña casa en la parte de

atrás, y mientras caminaba alrededor de la piscina, me pareció muy tentadora. Pensé en nadar, pero decidí que era demasiado pronto en la temporada para eso. El jacuzzi parecía agradable, también. Me pregunté si ella tendría problemas para meterse en él con un hermano. El pensamiento solo me hizo sentir peor cuando me dirigí a la pequeña casa.

Caminé hacia el baño, me desvestí, y luego abrí la ducha. Mientras el agua se calentaba, miré mi cicatriz fresca en el espejo. El par de líneas de dos pulgadas en mi pecho aún estaban tiernas y rosadas donde me habían abierto, pero se estaban curando muy bien.

Me metí en la ducha y cerré los ojos mientras pensaba en la respuesta de Alanna a mi pregunta. No debería haberle preguntado y no debería haber esperado una respuesta diferente. Era dolorosamente obvio que cuando éramos jóvenes ella solo tenía ojos para Julián, pero nunca lo supe hasta que fue demasiado tarde.

Ella se acercó a mí para preguntarme cómo me sentiría si ellos salieran en una cita, y yo me encogí de hombros y le dije que no había ninguna diferencia. ¿Cómo podría haberle dicho que no quería que estuviera con el chico que más le gustaba? ¿Qué clase de amigo habría sido? Pero al menos debería haberle impedido que se casara con el imbécil. Podría haberle ahorrado un mal rato.

Hice espuma, me enjuagué y me apresuré para no llegar tarde a la cena. Si iba a ser un invitado, lo menos que podía hacer era mostrarme servicial y cortés. Me había ofrecido a comprar algunos comestibles, pero también insistiría en pagar la renta. No era que no tuviera un centavo a mi nombre. Había hecho bien ahorrando dinero a lo largo de los años, y con el nuevo trabajo que ella me había ofrecido, obtendría un salario constante en un abrir y cerrar de ojos.

Cerré la llave del agua y salí, agarrando una toalla y secándome muy rápido. La alfombra de baño a mis pies se sentía como si estuviera parado sobre un gato muerto, y odiaba la forma en que se sentía, pegada a mis pies húmedos. Tendría que recordar eso. La recogí y la colgué en la barra de la toalla, y luego fui a buscar algo para ponerme. Afortunadamente, el ejército me había enviado algunos pantalones y camisas, pero nunca iba a poder entrar en: Ingeniería LOC, usando ropa de camuflaje.

Me miré en el espejo y, a pesar del largo descanso, parecía agotado. Me alegré de estar fuera del hospital, y aunque las cosas eran un poco incómodas en el momento con Alanna, sabía que prefería estar allí con ella y con Agus que en cualquier otro lugar.

Fui a la casa principal y llamé a la puerta antes de entrar “Toc, Toc”, golpeeé para anunciarme. No me sentía bien simplemente caminando hacia su casa sin hacerlo, pero Alanna volvió a mirar por la esquina y negó con la cabeza.

–Ya te lo dije, entra. Te juro que todo está bien.

–Trataré de recordarlo.

–Me harás sentir mal si sigues actuando como un invitado aquí. Prácticamente eres de la familia.

–Cierto, el buen tío Mateo—. No quería sonar tan amargo y traté de cambiar mi tono mientras Agustina bajaba las escaleras y se acercaba a mi lado.

–Puedes sentarte junto a mí, Mateo. Hice el pan de ajo.

–¿Lo hiciste? ¿Todo por ti misma?

–Sí, pero mamá no me dejó sacarlo del horno porque se había quemado antes.

Alanna se encogió de hombros. –No podría arriesgarme a que ella también se lastimara.

–Bueno, estoy seguro de que sabe delicioso, sin importar quién lo sacó del horno—. No podía recordar que Alanna hubiera cocinado una comida completa antes y me pregunté si debería temer. Seguí a Agustina hasta la mesa y saqué su silla.

–Voy a tener que ir a comprar algo de ropa nueva mañana. Así, cuando empiece en LOC, tendré algo que ponerme que no sea el uniforme dotado por el gobierno.

–Puedo ir contigo si así lo deseas—. Alanna se acercó y colocó un plato grande sobre la mesa que estaba llena de albóndigas y luego se sentó. –Podría tomar medio día, y tendremos unas horas antes de que Agus salga de la escuela.

–Eso suena bien. ¿Me ayudarás a elegir algo para ponerme?

–Sí, será como cuando íbamos de compras de graduación—. Sonrió con cariño, pero todo lo que podía recordar era cómo iba con Julián, y cómo había perdido otra oportunidad de invitarla a salir. Los dos habían estado peleando meses antes de eso, y aunque pensaba que tendría una oportunidad, Julián había decidido que no podía vivir sin ella y se lo había pedido justo el día antes de que yo lo hiciera.

–Todavía no puedo creer que hayas llevado a Carla—. Movié su silla hacia adelante y se acercó para apuñalar una albóndiga.

–¿Qué estaba mal con ella? Ella era tu amiga y pensé que te alegrarías de que alguien lo hiciera

–Ella no era la persona más amable que conocía–. Le tendió el plato a Agustina mientras le servía espagueti.

–Quiero tres albóndigas, mamá–. Alanna apuñaló otra albóndiga como si le debiera dinero y luego la pasó al plato.

–Si hubiera querido que le preguntaras a Carla, te lo habría dicho. Entonces, no actúes como si me hubieras hecho un favor. Ella era la última persona con la que te habría emparejado, y podría haberte dicho que no iba a funcionar lo de ustedes–. Se encogió de hombros y pareció que estaba enojada conmigo por algo que había sucedido hacía más de diez años.

–Bueno, tenía que ir con alguien. Tú ya habías elegido a Julián, y yo estaba a punto de ser tu tercera opción. Miré hacia atrás para darme cuenta de que Agustina miraba de un lado a otro entre nosotros con sus pequeños ojos llenos de preocupación.

–¿Realmente quieres discutir esto ahora?– Eché un vistazo, y ella agitó su mano con desdén.

–No, tienes razón. Es tonto, y ya no importa. La pasé bien esa noche–. Cogió su bebida, tomó un sorbo y luego volvió la vista para mirarme por encima del vaso.

–Yo también la pasé bien, al salir de la escuela–. Le di un guiño, y aunque solo había llevado a Carla a casa y le había dado las gracias por una agradable velada, no le contaría eso.

Especialmente cuando obviamente estaba insinuando que ella y Julián hicieron más que irse a casa después. Su boca se abrió, y parecía como si quisiera decir algo muy malo, pero no lo hizo.

Después de que se sirvió su plato, me acerqué y me serví el mío. –Esto se ve increíble, Lanna. No tenía idea de que supieras cocinar.

–Soy una madre. Puedo cocinar lo suficiente para mantenernos con las pancitas llenas–. Sonrió, miró el plato y luego giró los fideos en el tenedor con la cuchara.

Agustina se inclinó más cerca. –Yo también sé cómo hacer esto. Las albóndigas están congeladas, y la salsa viene de un frasco. Todo lo que tienes que hacer es cocinar los fideos. Ella sorbió un fideo e intenté no reírme, sabiendo que Alanna no estaría contenta si lo hiciera.

Ella volvió sus ojos hacia el plato y luego apuñaló otra albóndiga. –Tengo una idea. Mañana, ustedes dos pueden cocinar.

–Está delicioso, Alanna. Me gusta mucho, pero no me importa cocinar mañana. Te diré que. Voy a prepararles uno de mis platos favoritos, e incluso

iré a la tienda para comprar lo que necesito.

–Es un trato–. Alanna extendió su mano, y yo la sacudí.

Pasamos el resto de la cena hablando sobre la oficina y lo que yo haría en la empresa, y me impresionó mucho que ella pensara en mí. No pude evitar hacer la comparación de cómo solíamos hablar antes y ahora. Realmente se había convertido en una mujer sofisticada y seguía siendo tan inteligente y divertida como siempre.

Después de la cena, todos fuimos a la sala para ver televisión y escogimos algo de dibujos animados con Agustina, luego, después de que ella se quedó dormida, la levanté y la llevé arriba a su cama para acurrucarla.

–Podría haberlo hecho yo. Ella es pesada, pero yo subo las escaleras lentamente–. Mantuvo su voz tranquila mientras salíamos al pasillo.

–No es problema. Realmente me gusta ella. Me recuerda mucho a ti. No solo tiene tu belleza, sino que es tan ingeniosa e inteligente como tú siempre lo has sido.

–¿Realmente piensas eso de mí?– Sostuvo mi brazo como siempre lo hacía cuando no estaba segura de algo.

–Por supuesto que sí. Estoy realmente orgulloso de ti. Siempre lo he estado.

La expresión de su rostro se convirtió en confusión, y supe que era hora de salir antes de que realmente empezara a hablar mi corazón. –Te veré en la mañana.

–Bueno. Te llamaré para asegurarme de que estás despierto–. Se dio la vuelta y entró en la habitación frente a la de Agustina cuando salí.

Me aseguré de que las puertas de la entrada estuvieran cerradas con llave y luego me dirigí por la parte de atrás a mi habitación, donde me quité la camisa y los pantalones y fui por un par de shorts para dormir. Luego retiré las mantas y me acosté sobre la cama extra grande.

Solo había cerrado los ojos por un minuto cuando escuché mi nombre desde la otra habitación. –¿Mateo?

–¿Está todo bien?– Me senté, pero antes de que pudiera ponerme de pie, ella estaba caminando hacia mi habitación con su bata. Parecía una diosa, y no pude evitar preguntarme qué tenía debajo de la seda blanca suelta.

–Te mentí–. Sus ojos estaban llenos de preocupación cuando se dirigió a la cama y se sentó a mi lado.

–¿Qué quieres decir...?

Sus labios estaban en los míos antes de que pudiera articular otra palabra. Le respondí acercándola más y besándola con toda la pasión que había estado

guardando solo para ella.

Capítulo 16

ALANNA

Estaba a punto de resignarme a ir sola a la cama, pero ni siquiera podía pensar en dormir con tantas cosas en la mente.

–Ese no es el beso de una hermana–. Me abrazó y me relajé en sus brazos. – Al menos, eso creo yo. Debería haberte explicado. No pienso en nosotros como si fuéramos hermanos. Es solo que siempre hemos estado tan cerca que tenía miedo de perder lo que teníamos.

–Puedo entender eso, mejor que todo el asunto de los hermanos. Entonces, ¿sobre qué mentiste?

–Supongo que no es una mentira, pero debería haberte dicho la verdad todos estos años.

–¿Y cuál sería esa verdad?– No iba a alargar el suspenso.

–Siempre he tenido sentimientos por ti, Mateo. Y estaba tan enojada con Carla porque yo quería que me dijeras que dejara de ver a Julián. Cuando no lo hiciste, me fui con él. Quería estar contigo. Pero luego, después de eso, Julián era tan dulce, y pensé que nadie me amaría como dijo que lo haría. No puedo creer que haya sido tan estúpida.

–Yo digo que lo dejemos atrás, al menos por esta noche.

–Lo siento. Probablemente pienses que estoy loca. Si no sientes lo mismo, entiendo, Mateo. Solo tenía que sacarme esto del pecho.

Él se levantó y cruzó la habitación, y cuando pensé que estaba a punto de mostrarme mi salida, cerró la puerta y pasó el cerrojo.

–Deja de hablar, Alanna.– Caminó de vuelta para pararse frente a mí. –No quiero preocuparme por las palabras en este momento. Hemos dejado que las palabras nos jodan por diez años. Estoy listo para mostrarte lo mucho que te quiero–. Me acercó a él y juntó su boca con la mía, sus labios presionaron firmemente para besarme muy profundo.

Me fundí en él, y sus labios eran tan increíblemente buenos con los míos que me estaba torturando aún más por no haberlo hecho antes. Un pensamiento cruzó mi mente, me detuve y me aparté. –¿Realmente te acostaste con Carla?

Él sonrió y negó con la cabeza. –No.– Él deslizó la bata fuera de mis hombros, y la dejé caer al suelo. Mis pezones estaban apretados, y la seda se

sintió repentinamente como papel de lija contra ellos. Por suerte, no tuve que esperar mucho antes de que él me subiera la camisola por sobre mi cabeza y luego llevara uno de ellos a sus labios. Jugó sobre mi seno con su lengua y luego lo mordisqueó hasta que sentí una destello de urgencia entre mis piernas.

–¿Estás bien?

Asentí rápidamente. –Sí, simplemente no puedo creer que esto esté sucediendo.

–Lo sé. También estoy sorprendido, pero quiero que pase. Te he deseado a ti y he deseado esto desde que tengo memoria de haber deseado a alguien.

Quería preguntarle por qué, pero no quería perder un tiempo precioso cuando podía calmar el dolor entre mis piernas. Nunca había sentido tanta hambre por Julián, quien había sido mi único amante.

Su mano se deslizó hacia abajo y palpó mi sexo, e hice un pequeño gemido cuando él se frotó firmemente contra mí. –Quiero hacerte venir tan fuerte, Alanna. Quiero que sepas exactamente lo que he estado pensando todos estos años.

Me agaché y toqué su pene largo y rígido, y no podía creer lo grueso que era, y aun que no quería comparar, era inevitable saber que su tamaño era mayor que el de mi ex. Era casi un tamaño intimidante, y deseaba ver qué tan bien encajábamos. Ya estaba demostrando ser mucho más de lo que jamás había imaginado, y cuando me bajó a la cama, moviéndose sobre mí, sentí que se presionaba apasionadamente a través de sus shorts.

Nunca nos habíamos besado ni nada, y aquí estaba él, tumbado encima de mí, amándome con tanta ternura que me tomó por sorpresa. Todo mi cuerpo estaba vivo para él, y me preocupaba lo largo que sería para mí.

Dirigí mis caderas hacia arriba para hacerle saber lo mucho que lo estaba anhelando dentro de mí. Bajé las manos para tirar de la liga de sus shorts, con la esperanza de quitárselos. Me las arreglé para ponerlas sobre su trasero cuando besó mi boca y cuello, y luego se apartó, levantándose y mirándome con tanta atención, como si no pudiera soportar quitarme los ojos de encima.

–No tengo ninguna protección–. Dejó caer sus shorts, y aunque sabía que no tenía nada, no estaba dispuesta a rechazarlo. Tomaba la píldora y confiaba en él para saber que estaba a salvo. Se había preocupado por mí toda mi vida, y sabía que no haría nada que pudiera ponerme en peligro.

–Yo me cuido.

Se agachó y metió sus pulgares en mis pantys y las bajó hasta mis tobillos, besándome de vez en cuando hasta llegar a mis hasta mis pies. Se levantó y

buscó en mis ojos. –¿Seguro que quieres hacer esto? No tienes miedo de que las cosas cambien ahora, ¿verdad?

–No hay manera de que quiera detenerme ahora–. Me senté y extendí la mano para acariciar su pene, y él gimió tan sexy que quería que lo repitiera.

Me incliné hacia delante y le besé la punta. Luego me abrí paso por su eje, esforzándome para que mis dedos tocaran alrededor de su grosor. Iba a ser un desafío para mi boca, y aún más para mi vagina, que aún palpitaba de necesidad y crecía más y más a cada segundo.

Relajé mi mandíbula y lo llevé al fondo. Él gimió ruidosamente, un gemido entrecortado y ronco que envió escalofríos a todos los lugares correctos a través de mi cuerpo. Sus dedos se enroscaron en mi cabello y sus caderas avanzaron un poco para meterse aun más en mi boca.

–Dios, Alanna. Me vas a hacer explotar–. Intentó alejarse, pero solo me estaba acostumbrando a él y había encontrado un ritmo constante. Sostuve su nalga con una mano y sostuve sus testículos con la otra, dándoles un masaje lento y suave.

–Aquí viene–. Trató de alejarse, pero lo mantuve en su lugar, dejándolo empapar mi lengua. –¡Cielos!–. Dio un paso atrás una vez que terminó y luego negó con la cabeza.

–¿Algo está mal?– No estaba segura si había hecho algo que no le agradara.

–No, es demasiado perfecto, pero realmente no tenía la intención de acabar así. Creo que es hora de devolver el favor, eso es todo–. Apretó la mano en el centro de mi pecho y me ayudó a volver. Luego se hundió entre mis piernas y subió por mi muslo besando hasta llegar a mi montículo, abriéndose paso con su lengua a mi interior. Pasé mis dedos por su cabello y jadeé cuando enterró su lengua profundamente dentro de mí, sus dedos lentamente acariciaban mi clítoris. Mi respiración se convirtió en gemidos, y luego deslizó dos dedos suavemente, que me excitaron a otro nivel.

Exploró, lamió y chupó mi clítoris hasta que me retorcí debajo de él.

–Esto es maravilloso–, dijo, respirando contra mi piel. –Vente por mí, Alanna. He querido hacerte venir hace mucho tiempo.

El placer rodó a través de mí en olas que se estrellaron en derredor, de modo que por un breve momento, me perdí en el éxtasis. Abrí los ojos mientras se calmaba y vi su amplia sonrisa.

–Eres tan hermosa. No puedo esperar a estar dentro de ti, hasta sentirte así en mi pene

–Entonces hazlo. Te quiero, Mateo. No me hagas esperar un minuto más.

Su rostro se puso serio, y se levantó, acariciando su pene mientras avanzaba apuntando a mi entrada. Luego, sin otra palabra, miró intensamente a mis ojos y empujó hacia adelante, su cabeza me penetró, la gran circunferencia de su pene me clavaba llegando hasta donde no se podía más, borrando todo el tiempo que habíamos desperdiciado entre nosotros.

Acarició mis pechos, besando mis pezones apretados mientras se deslizaba por mi hombro hasta encontrar mi boca. Estaba sin aliento, su pene me acariciaba tan bien que era como si nos hubiéramos hecho eso el uno al otro todo el tiempo.

Sentí que mi abdomen se tensaba, y luego me vine muy fuerte, ordeñando su pene con las paredes de mi vagina.

Disminuyó el ritmo y habló cerca de mi oído. –Dios, estás tan mojada. Se siente tan bien.

Mateo se levantó y me llevó al borde de la cama grande donde levantó mis piernas para descansar sobre sus hombros y se hundió más profundamente, sus caderas empujaban rápido y con fuerza contra mi punto G, lo que me provocó otro orgasmo.

Disminuyó el ritmo, acariciando con su pene mis paredes mientras se deslizaba más profundo, sin dejar de mirarme –Eres bella, perfecta, la mezcla perfecta de placer y dulzura–. Sus labios se curvaron en una sonrisa lánguida, y no quería que terminara.

Mi placer se multiplicó y, mientras lo ordeñaba con mis espasmos, se fue lento, como si me estuviera saboreando. Nunca lo había visto así, tan poderoso y vulnerable a la vez.

Después de un minuto, alcanzó mi mano para levantarme, manteniéndose inmerso en mis profundidades, y con un rápido movimiento, estaba debajo de mí.

Él se agachó y acarició mis caderas mientras rebotaba lentamente. Su pecho tenía dos líneas rosadas vulgares donde le habían disparado, y aunque estaban recién curadas, no había afectado su resistencia por lo visto.

Se levantó y besó mis senos, sosteniéndome cerca mientras me empujaba desde abajo, haciéndome saltar con más fuerza hasta que otro orgasmo me arrebató de placer.

Y luego, cuando la bruma del éxtasis se aclaró, estaba acostada de espaldas. Aceleró el ritmo hasta que, de repente, se liberó y me bañó la pelvis y el abdomen con su semen.

Mateo había desaparecido en el baño en busca de una toalla cuando

recuperé el aliento, y cuando regresó, me limpió, luego se estiró a mi lado y me miró a los ojos.

–Esto es real, ¿no?– Se rió suavemente y se dio la vuelta para besarme en el hombro.

–Sé que parece demasiado bueno para ser verdad–. Me di la vuelta y me acurruqué más cerca, sabiendo que demasiado pronto, tendría que irme.

–Perdí la esperanza de que esto sucediera cuando te casaste con Julián. Desearía que me hubieras contado cómo te sentías, pero yo también tuve la culpa. Debí haber sido lo suficientemente valiente para expresar mis sentimientos.

–Supongo que no importa cuánto nos tomó llegar hasta aquí, pero ya lo hicimos. Tal vez así es como debía ser; nos encontramos de nuevo en este momento de nuestras vidas.

–Me alegro de que hayas venido a verme. No estaba seguro de que yo te importara–. Tomó mi mano y la besó, sosteniéndola contra su mejilla cuando terminó, sus ojos sostenían los míos con una mirada firme.

Dejé escapar un sonido de pesar y aparté la mirada.

–¿Qué sucede?–, Preguntó.

–Voy a tener que levantarme e ir a mi propia cama, y no quiero

–Tampoco quiero que lo hagas–. Su mano se apoderó de mi hombro.

–No puedo dejar que Agus se despierte y no sepa dónde estoy y luego nos encuentre en la cama juntos. No estoy segura de que ella lo entienda.

Le acaricié y luego le tomé la cara, besándola total y codiciosamente.

–No voy a mirar hacia atrás, Alanna. Quiero más. Quiero tomarlo todo y correr.

Miró hacia abajo como si yo no quisiera lo mismo.

–Esto no significa que no te llamaré otra vez. Estás viviendo en mi casa y te veré todos los días. Sin mencionar que debes comenzar a trabajar el próximo lunes, y estoy segura de que te sentirás satisfecho conmigo–. Le di un guiño diabólico y sonrió mientras me apartaba el cabello de la cara.

–¿Tu oficina tiene mucha privacidad? Tal vez empiece esta semana–. Puso su brazo alrededor de mí y me acercó más.

–Suficiente–. Me reí y luego solté un suspiro mientras pasaba mis dedos por su cabello. –Debería irme antes de que cambie de opinión. Tengo que ser una madre responsable ante todo.

Me soltó y rodó sobre su espalda.

–Pero quiero que sepas que no quiero que salgas de aquí.

Volvió sus ojos hacia mí, y las comisuras de su boca se curvaron en una sonrisa.

–¿Vas a hacer pucheros?

–Tal vez–. Se cruzó de brazos para hacer su parte.

Me incliné y le di un beso más antes de levantarme y ponerme la bata. –No me quedo para mirar–. Era difícil dejarlo allí, pero sabía que era mejor que corriera mientras pudiera.

–Buenas noches, Mateo.

–Buenas noches, Alanna.

Se veía tan condenadamente atractivo acostado allí, su cuerpo con todos los bordes esculpidos de músculos firmes. Le di otra larga mirada, grabándolo en mi memoria.

Salí de la habitación y luego corrí a través del patio y volví a la casa sin hacer mucho ruido. Tal vez era la forma en que mis pies flotaban que me sentí como bailando en las nubes.

Pensar que me había estado perdiendo de eso todos esos años. Como siempre había soñado, Mateo era increíble en todo lo que hacía.

Capítulo 17

MATEO

Abrí mis ojos, preguntándome por qué el anciano de la habitación del lado en el hospital tenía que hacer tanto maldito ruido, pero luego, la casa de huéspedes de Alanna fue apareciendo ante mí. Ya no estaba en el hospital, y lo más importante, todo lo de la noche anterior no había sido un sueño. Los suaves golpes persistían, y me levanté, poniéndome mis shorts para ir hacia la puerta.

Agustina estaba al otro lado, tratando de no derramar la bandeja que llevaba apoyada contra ella mientras tocaba.

–Wao, déjame ayudarte,– dije mientras abría la puerta. Tomé la bandeja que contenía un sándwich y una de las bebidas de lonchera para niños.

–Te hice el desayuno, Mateo–. Entró y, de repente, me di cuenta de que estaba mirando mis heridas.

–¿Y esas de que son?

Ella me había visto en el hospital con vendas, pero pensé que nunca antes había visto algo así.

–Agus, no es educado preguntarle a la gente sobre esas cosas–. Alanna entró detrás de ella, luciendo fresca como una flor. No se sentía muy diferente del día anterior, pero al mismo tiempo, se sentía completamente distinto al verla ahora, recordando cómo se veía ella de espaldas y jadeando.

–Está bien, pero ¿qué tal si te lo cuento todo otro día?–, Le pregunté.

La niña asintió. –Bueno. Solo pregunté porque mi papá tiene una cicatriz en su brazo.

Asentí. –Está bien. Claro que la tiene.

–¿Te acuerdas de él?– Preguntó Agus.

–Por supuesto que sí. Ha pasado mucho tiempo desde que lo vi, pero recuerdo cuando se hizo esa cicatriz.

–¿Estabas con él? –Agus se sentó en el sofá de dos puestos cuando llevé mi comida al mostrador de la cocina y Alanna se apoyó en el respaldo del sofá.

–Yo estaba. Estábamos pescando en el riachuelo, y él resbaló de un tronco. Aterrizó justo en ese brazo. Tuve que cargarlo todo el camino hasta su auto y luego llevarlo al hospital–. No le conté los detalles sangrientos ni cómo había

vomitado de camino al hospital. Había sido un día horrible, y me dolía el brazo solo de pensarlo.

–Apuesto a que tienes muchas historias sobre mi papá–. Se recostó contra los cojines como si tuviera todo el día para escuchar.

Alanna puso los ojos en blanco y luego pareció respirar hondo. Tenía la sensación de que ella estaba recordando nuestros días más salvajes, con la esperanza de que mantuviera algunas de las cosas que Julián y yo habíamos hecho en el pasado, allí donde pertenecían.

–Sí, jugamos deportes juntos, fuimos a pescar, también a cazar algunas veces–. Le di un mordisco al sándwich de tocino y huevo y luego metí mi pitillo en la pequeña bolsa de bebida.

–Lo extraño. ¿Crees que si lo llamaras y le pidieras que venga, él vendría a vernos?– La petición hirió mi corazón. Esta era una niña que necesitaba a su padre, y me dieron ganas de querer ocupar el lugar de Julián.

Alanna caminó y se sentó en el sofá frente a ella. –No estoy segura de que sea una buena idea, cariño. No queremos poner a Mateo en el medio de esa manera; No es justo.

–No he hablado con tu papá en mucho tiempo, Agustina–. Tomé un sorbo de bebidas y pensé en cómo me gustaría meter el pitillo en la yugular de su padre sin dudar.

–Lo siento–. Ella bajó la cabeza y movió nerviosamente su camisa. No entendía cómo alguien podía abandonar a su hijo de la forma en que lo había hecho Julián, y tuve la genial idea de llamarlo y decirle lo que pensaba al respecto.

Él siempre había sido difícil, pero le había dado el beneficio de la duda y había sido su amigo de todos modos, pero mirando hacia atrás, deseaba no haberle dado nunca a ese imbécil ni siquiera la hora.

Alanna se inclinó hacia delante y suavizó su voz. –Estoy segura de que tu padre está ocupado, Agus. Sabes que te dije que mi padre era igual.

–Pero Mateo está aquí. Y él tiene tiempo–. Ella no entendía por qué su padre demoraba tanto tiempo para acercarse. Las cosas estaban peor de lo que pensaba.

–Para ser justos, acabo de regresar de trabajar y de estar fuera por diez años. A veces los hombres solo tienen que ir y cuidar de las cosas, así que cuando vuelven, las cosas pueden mejorar.

Miré a Alanna y me encogí de hombros.

A pesar de que sabía que ella estaba sufriendo por su hija, ella me dio una

sonrisa a medias. –Hablando de cosas mejores, creo que tenemos algunas compras que hacer hoy. Mateo necesita algo de ropa nueva que no lo haga confundirse con el fondo, y estoy lista para verlo con algo más que con trajes de camuflaje y de hospital–. Le dio a Agustina un guiño tratando de subirle el ánimo. –¿Crees que podemos ayudarlo?

Parecía funcionar. La niña se sentó hacia adelante y sonrió mientras lanzaba su puño al aire. –¡Sí! ¿Podemos comprarle un esmoquin?– Alanna y yo intercambiamos una mirada, y luego me esforcé por no reír.

–No creo que un esmoquin vaya a funcionar, pero tal vez un buen traje y una corbata o dos. Estoy seguro de que después de mañana no volveré a usar el camuflaje.

Alanna se puso de pie y juntó las manos. –Entonces está decidido. Iremos de compras y visitaremos todas las tiendas.

–No quiero malgastar tu domingo entero en mi guardarropa. Vamos a hacer algo divertido–. Quería sacarlas y mostrarles algo de diversión ya que el malnacido de Julián no lo había hecho en mucho tiempo.

–Haremos ambas. Vamos a unas cuantas tiendas, a conseguirte algunas cosas para que comiences, y luego haremos algo divertido de camino a casa.

–¿Podemos ir a ver a Oscar?– Agustina se levantó y se acercó para unirse a su madre con una mirada suplicante en su rostro.

–¿Oscar?– Levanté la vista hacia Alanna, preguntándome a quién quería ella que visitáramos.

Alanna se acercó a Agustina y se colocó detrás de ella para dirigirse a mí por encima de su cabeza. –Oscar vive en el zoológico. Es una jirafa.

Me había olvidado del zoológico. –El zoológico suena divertido. Me dará un poco de aire fresco y me hará olvidar tanto encierro.

–Entonces está resuelto, las compras y el zoológico.

Terminé un bocado de mi sándwich. –Y el almuerzo en el medio, va por mi cuenta–. Ella me miró de reojo. –Eso no es necesario.

–Sí lo es. Me hará sentir como un ser humano otra vez y no como un saco de huesos. Tengo dinero, Alanna. Permíteme gastarlo. Tomé un sorbo de mi última bolsa de jugo y me volví para verter un vaso de agua en el fregadero.

–De acuerdo. Y gracias. Creo que mejor te dejamos para que te prepares. Ven cuando hayas terminado.

–Creo que mi primera compra serán un par de jeans–. Odiaba tener que usar los pantalones de camuflaje en la ciudad con ellas, pero sabía que siempre podía cambiarme de ropa en la tienda. Tuve la suerte de tener mi billetera y de

que los militares habían enviado la ropa que tenían, pero estaba listo para sentirme como yo mismo otra vez.

–Yo sé exactamente el lugar. Nos vemos–. Ambas se dirigieron hacia la puerta y Alanna me dirigió una sexy sonrisa. Me puse la mano en el corazón y le hice un guiño que la hizo sonreír aún más. Quería besarla apasionadamente pero no podía hacer ese tipo de cosas con Agustina cerca. Deseaba que algún día, muy cercano, eso fuese algo natural.

Metí otro mordisco a mi sandwich y las vi por la ventana mientras cruzaban el patio hasta su otra casa donde desaparecieron al cruzar por la puerta.

Viéndolas irse, me pregunté cómo sería quedarme en sus vidas para ser el padre que Julián nunca fue. Sabía que el resto del día sería muy divertido y no estaría mal simularlo.

No podía dejar de pensar en la noche anterior y lo bien que se sintió tenerla y ver como mi fantasía de toda la vida se volvía realidad. Se sintió muy bien comprobar que no había cambiado nada y que nuestra amistad continuaba siendo fuerte. Deseaba reconstruirla y hacerla crecer y hacerme digno de ella. Lavé mi plato y lo enjuagué. Limpié el reguero y fui al cuarto para alistarme.

Capítulo 18

ALANNA

Ver a Mateo probarse ropa fue más divertido para mí de lo que imaginaba. Se veía tan bien en todo lo que se ponía que hacía difícil elegir lo que debía comprar. Era asombroso lo sexy que se había puesto en sus años como soldado, y los militares ciertamente lo habían convertido en una máquina de pelea magra y definida.

Encontramos sus jeans y su vestimenta casual bastante rápido, y ya había comprado tres camisas y dos pares de jeans y zapatos. Ahora, mientras estaba de pie frente al espejo, puse corbatas sobre su hombro.

–Me gustan las azules–, dijo.

Asentí. –A mí también. Combinan con tus ojos.

–Sí, en serio me gustan.

–Consigamos una gris y una negra, también

–Con las dos azules, basta.

–Sí, pero insisto en comprarlas–. Las llevé al mostrador, y él siguió, protestando.

Saqué mi tarjeta de crédito y la coloqué en el mesón. Puso su mano sobre la mía. –Realmente no es necesario.

–Quiero comprarlas, y me lo vas a permitir–. Miré por encima de su hombro y encontré a Agustina todavía absorta en su juego. Me acerqué a él y agité mis pestañas. Quería besarlo tanto, pero este no era el momento ni el lugar, y considerando que Agus había estado tan enfrascada extrañando a su padre más que nunca en los últimos días, no quise hacer nada para incomodarla.

–Bien–, dijo. –Pero eso es todo. Hoy se supone que es mi regalo para ustedes–. Su pulgar rozó mi muñeca, acariciándola tan suavemente que envió un hormigueo a través de mi cuerpo, a mis lugares más íntimos.

Me incliné y susurré: –Puedes premiarme más tarde.

Sus ojos brillaron, y la señora detrás del mostrador se aclaró la garganta.

–Será mejor que me quite esto–. Se dio la vuelta y caminó de regreso al vestidor. Cuando se fue, le entregué las etiquetas a la mujer. –Pon ese traje en la cuenta, también.

–Por supuesto, Sra. Patton–. Ella colgó las corbatas y el traje, y cuando él lo llevó al mostrador, se dio cuenta de lo que había hecho.

–Eres imposible.

–Quería comprar este; te dejaré comprar el otro–. Lo miré coquetamente.

–Bien–. Se volvió y miró a la vendedora, que no podía dejar de sonreírle. – Debería haber sabido que había complicidad cuando insistió en venir aquí.

–La Sra. Patton es una de nuestras clientas favoritas–. La mujer, cuyo nombre era Belinda o Melinda, guardo las ropas en las bolsas, incluyendo un par de zapatos de vestir que había encontrado a mitad de precio y los calcetines que había elegido. –Al llevar uno sale el otro gratis– le advertí de la oferta.

Él entrecerró sus ojos juguetonamente. –¿Compras mucha ropa de hombre?

–He estado viniendo aquí durante años por los regalos de mi padre y Julián. Probablemente he comprado más corbatas en esta tienda que en cualquier otra de la ciudad.

–Ah, ya veo. Entonces, no soy solo yo a quien te gusta mimar. Te gusta mimar a todos los hombres de tu vida–. Sonreí y me encogí de hombros. – Tendrás que acostumbrarte a ello. ¿Y qué si me gusta consentirte mucho? ¿Me vas a castigar?–. Me miró de arriba abajo cuando dije las palabras, y eso me hizo sentir aún más ardiente.

–Seré tan bueno como tú lo seas.

Él pagó por el resto y recogimos las bolsas antes de sacar a Agus de la zona de juegos donde ella esperaba. –Tengo hambre, mamá.

Mateo asintió. –Yo también, Agus. ¿Dónde quieres comer?

–Dejemos que Mateo elija.– Le guiñé un ojo a mi hija. Agus metió el teléfono en su chaqueta vaquera y tomó su mano.

–¿Qué hay de la pizza?– Me miró como pidiendo mi aprobación. Estaba segura de que no sabría qué podría comer Agus, y que la pizza era una opción agradable y segura.

–Suena divertido; No la he probado en mucho tiempo–. Le di a Agus una mirada alentadora y ella sonrió. –La pizza es buena. ¿Podemos pedirla con piña?

–¿Piña?– Me miró de reojo. –Sé de quién sacó ella eso–. Me sorprendió que recordara cómo Julián solía insistir en que comiéramos piña cuando éramos adolescentes.

–Sí, de ahí es exactamente de donde lo sacó–. Me di vuelta y miré a Agus. – ¿Qué tal si todos pedimos pizzas individuales para que podamos tener la que

nos gusta?

–Está bien, pero yo quiero piña y tocino canadiense–. Extendió la mano y la tomé. –¿Alguna vez has probado de otro tipo?–, Preguntó.

–Pedí de pepperoni una vez.– Ella se encogió de hombros. Su papá la había arruinado con la basura de la piña.

–Deberías probar la hamburguesa de tocino–, dijo. –Es mi favorita. ¿Te gusta la salsa ranchera?–,

–¿En la pizza?–, Agus hizo una mueca y él se echó a reír.

–Oh sí. Es lo mejor. Deberías intentarlo conmigo–. Él estaba haciendo un buen trabajo para convencerla, podía verlo en sus ojos. Y, efectivamente, cuando llegamos a la pizzería, ella ordenó igual que él.

Los dos se pusieron de acuerdo y compartieron la ranchera mientras yo comía una rebanada de pizza y una ensalada. Fue divertido verlos mientras jugaban con el papel de los pitillos y trataban de hacer equilibrios con sus tenedores, esos que no se habían molestado en usar para su comida.

Era encantador ver como ambos se acomodaban y llevaban tan bien. Me hacía sentir cómoda y segura que mi hija se entendiera y recibiera el cariño de Mateo, yo sabía que él era un buen hombre, que jamás nos expondría a algo malo o nos haría sufrir. Deseaba algo así para el padre de mi hija.

Después de terminar en la pizzería, salimos al auto, y me quedé inmóvil cuando la camioneta de Julián se detuvo a nuestro lado. Contuve la respiración, sabiendo que las cosas estaban a punto de ponerse feas, pero luego una rubia delgada y pequeña saltó del costado del conductor y se apresuró a entrar en el salón.

–Apurémonos y vayamos al zoológico–. Respiré aliviada y me di cuenta de que esa era la razón por la que no se había acercado. Estaba saliendo con alguien nuevo. Al parecer, a él realmente le gustaba esta porque la había dejado montarse en su camioneta.

–Mamá, se parece a la camioneta de papá.– Agustina se subió a su asiento y miró por la ventana la gran camioneta blanca de cuatro puertas.

–No, no lo es, cariño. Creo que es solo una que se le parece–. Encendí el auto, y cuando retrocedí, ella se inclinó hacia arriba. –¡No! Tiene la misma etiqueta y todo. ¿Ves?

–Siéntate y abróchate–. Puse el carro en el automático y luego nos fuimos. No quería decirle que tenía otra novia, pero no se podía negar que era su camioneta. –Él no está allí, cariño. Tal vez se lo prestó a un amigo.

–¿Crees que es por eso que no ha venido a buscarme? ¿Tal vez no ha tenido

quien le dé un aventón? –Me giré para ver que la mandíbula de Mateo se tensaba y sabía que estaba enojado con Julián.

–Probablemente. Te diré algo. Haré que Mateo te dé el teléfono, y puedes ver una película mientras nos dirigimos al zoológico—. Tomaría unos buenos veinte minutos, y no quería tener que seguir inventando excusas para Julián todo el tiempo.

Cuando llegamos al zoológico, dejamos que Agus se paseara en el carrusel mientras nos manteníamos a un lado y observábamos.

–Eres una buena madre, Alanna—. Aparté la mirada de mi hija por un momento para ver que sus ojos estaban puestos en mí.

–Supongo que no tengo más remedio que serlo, ¿verdad? Estoy compensando el punto muerto que resultó ser Julián. Aunque no me importa. Mira qué gran niña tengo. Es difícil pensar que ella es su hija la mayoría de los días.

–Al menos ahora sabes por qué no ha estado presente, aunque eso no lo hace mejor.

–Es la clase de cosas que él hace—, le dije. –Odio decirlo, pero a veces me gustaría que encontrara una de esas chicas jóvenes y arregladas y se olvidara de Agus. Que comience una nueva familia—. Era horrible admitirlo, pero a veces deseaba que tuviera un caso grave de pérdida de memoria y se olvidara que alguna vez existimos. Sería perfecto para mí pero miserable para Agus.

–¿Ni siquiera llama?

–No, él no ha llamado en más de tres semanas. Estaba segura de que si te veía en el periódico, al menos llamaría, pero ni siquiera puede levantar un teléfono. Probablemente llamará con alguna excusa poco convincente sobre cómo no ha podido pagar su factura o cómo el trabajo lo ha saturado.

–¿Dónde está trabajando?

–¿Quién sabe este mes? Ha cambiado de trabajo varias veces a lo largo de los años. Descubrí que perdió el primero porque se acostó con la hija del dueño. Apenas tenía dieciocho años, y él veintidós. Él ha estado en ese patrón desde entonces.

–Me gustaría ponerme en contacto con él y sacudirlo por los hombros—. Hizo un gesto con la mano hasta que sus nudillos se pusieron blancos.

–Tienes que prometerme que no harás eso. Quiero que le gustes a Agus. No quiero que ella se moleste contigo por romperle los dientes a su padre. Por muy satisfactorio que pueda ser.

–Tal vez eso es lo que necesita. Tal vez él sería un mejor padre. Ella me

odiaría, pero al menos tendría a su papá.

–No quiero eso. En serio, Mateo. No vayas a sacrificar tu relación con ella por él. Él nunca va a cambiar. –Me di vuelta y puse mi mano sobre la suya.

Miró mi mano y luego miró hacia Agus. –No lo haré

–Prométemelo–. Le di una mirada dura.

–¿Qué va a pasar cuando termine esta relación de juguete, y se dé cuenta de que extraña a su hija?

Me encogí de hombros. –No puedo alejarlo de ella. Él sólo va a volver hasta que encuentre la siguiente. Me gustaría creer que si alguien le dice lo que esta perdiéndose con su hija, él podría reaccionar, pero eso es demasiado pedir. Él es así– Lo vi de reojo asentir tristemente al entender mis palabras. –No me lo estás prometiendo–. Esperé, pero él apartó la mirada de nuevo hasta que apreté su mano. –Lo digo en serio. Jura que no le harás nada.

–Bien. No haré nada. No le diré ni una palabra acerca de cómo debería preocuparse más por su hija que por un pedazo de culo, y no envolveré mis dedos alrededor de su garganta ni lo estrangularé hasta que salten sus ojos pequeños y brillantes.

–Eso me gusta más.– Tomé su mano y lo acerqué a Agus donde era más probable que terminara una vez que el paseo se detuvo.

–No tengo nada que decir ni que opinar, supongo. No es que sea de mi incumbencia. –Dejó caer mi mano y se acercó a buscar a Agus después de que el viaje se detuvo por completo.

–¡Eso fue divertido!– Corrió hacia mí y tiró de la cola de mi camisa. –¿Podemos ir a ver a Oscar ahora?– Se había enamorado de la jirafa después de haber ido de excursión al zoológico con su escuela y ella y Josefa habían llegado a acariciarlo.

–Está bien, iremos allí primero–. Tomé su mano y caminé hacia la exhibición de la jirafa. –¿Crees que me recordará?

–No estoy segura de si las jirafas se acuerdan de las personas, Agus.

–Pero tal vez podría–, agregó Mateo. –Nunca lo sabrás. Eres una persona difícil de olvidar. Creo que se alegrará de verte y de que le saludes.

Agus sonrió y balanceó nuestros brazos. –¿Me puedes comprar un poco de algodón de azúcar, mamá?

–Después de ver a Oscar y solo si lo compartes. No creo que necesites comerte una bolsa entera tú sola.

–Yo puedo ayudarte con eso–, dijo Mateo.

–Gracias, Mateo. Te presentaré a Oscar. –Estaba tan feliz de que nos

estuviéramos acercando a la jirafa que se nos escapó de las manos y corrió hacia la cerca. –¿Oscar?

Tan pronto como la alcanzamos, me di cuenta de que no estaba feliz. –¿Qué pasa?

–El hombre dijo que Oscar está en la reserva hoy. Él no volverá hasta mañana. –Ella pateó el suelo y echó tierra sobre su zapato.

No sabía qué decir, y odiaba que Agus estuviera tan decepcionada.

–Lo siento, hija. Desearía que pudiéramos hacer algo, pero a veces, tienen que llevarlos a la reserva para asegurarse de que se sienten bien.

–Tal vez hay algo que pueda hacer–, dijo Mateo. –No puedo prometer que podamos verlo, pero tal vez, solo tal vez, pueda averiguar cómo está Oscar.

–¿Podrías por favor? Si él está enfermo, también quiero poder hacerle una tarjeta. Los ojos de Agus estaban enrojecidos, y su voz había tomado un tono quejumbroso como cuando estaba realmente molesta.

–Alanna, ¿me prestas tu teléfono?– Lo saqué y se lo entregué. –Volveré enseguida–. Se fue con el teléfono al otro lado de Agus donde el guardián del zoológico aún estaba de pie. Lo miramos a lo lejos con Agus, esperando que no regresara con más noticias decepcionantes. Extrañamente, le entregó mi teléfono al hombre, y me di cuenta de lo que estaba haciendo cuando el guardián del zoológico se alejó.

Llevé a Agus a unirse a Mateo y, efectivamente, el hombre regresó con mi teléfono y una gran sonrisa mientras le entregaba el teléfono a Mateo.

–Muchas gracias señor.

El guardián del zoológico nos deseó lo mejor y luego desapareció cuando Mateo sostuvo el teléfono para que Agustina lo viera.

Sus ojos se ensancharon con su sonrisa. –¡Es Oscar!– Levantó el teléfono, y miré por encima del hombro para ver que el hombre había ido con Oscar y había tomado una serie de fotos. Uno era de Oscar, y el hombre estaba levantando el pulgar. Los otros eran solo de Oscar, que parecía gozar de buena salud.

–El guardián del zoológico dijo que Oscar tuvo un chequeo de rutina y que está muy bien.

–¡Gracias, Mateo!– Agus lo abrazó con fuerza, y no pude evitar sonreír y agradecer que al menos tuviera un buen hombre en su vida. Ahora, todo lo que tenía que hacer era asegurarme de que él no se fuera, también.

Capítulo 19

MATEO

Al día siguiente por la mañana, encontré a Alanna y Agustina desayunando en la casa principal. Agustina, que había tomado demasiado sol, bostezó mientras caminaba por la puerta trasera y luego le dio un mordisco a su dulce de pastelería.

Alanna sonrió cuando me vio. –Oye, Mateo. Estamos arrastrándonos esta mañana. Culpo a las dos bolsas de algodón de azúcar y al juego nocturno de las escondidas–. Trajo un pedazo de pan tostado a la mesa y se sentó para esparcirle mantequilla.

–Lo siento. Supongo que dejamos que la emoción del día sacara lo mejor de nosotros.

Ella me dio otra sonrisa que fue interrumpida por un gran bostezo. –No más dulces y fiestas nocturnas en una noche escolar, ¿de acuerdo?

–Sí, señora.– Le di un saludo militar y me senté con ella en el mostrador. Me quedé esperando que ella viniera a mi cama otra vez, y aunque yo estaba decepcionado, no me quejé. Sabía que ella estaba agotada por el día tan ocupado que habíamos disfrutado.

–Sírvelo tú mismo esta mañana. Espero que no te importe–. Señaló la cocina detrás de ella. –Hay leche y cereales, tostadas y frutas, huevos en la nevera o panqueques congelados. Te dejaré decidir cuál quieres.

–Toma el cereal. Ojalá lo hubiera hecho–. Agustina rompió otro trozo de masa y se lo puso en la boca. Ella se movía tan lentamente como una babosa, y me levanté y me dirigí al mostrador para encontrar algo para alimentarme.

Alanna mordió su tostada y luego se limpió la boca. –Pensé que querías tomar mi auto hoy. Entonces podríamos llevar a Agus a la escuela, y luego puedes dejarme en el trabajo.

–Puedo llamar a un taxi si quieres–. Cogí un tazón y me serví un poco de cereal. Luego fui a la nevera por la leche y la rematé.

–No es necesario. Puedes venir a recogerme cuando hayas terminado, y Agus irá donde Josefa para una cita de juegos.

Busqué una cuchara, volví a la barra. –Está bien, pero no puedo saber cuánto tiempo tomaré.

–Puedo conseguir que me lleven a casa, y la madre de Josefa la puede llevar de vuelta después de la cena. Estará bien, lo prometo.

Odiaba tomar su auto y dejarla varada en su oficina, pero sabía que tenía que bajar a la base donde mi sargento iba a reunirse conmigo. Hoy era el día en que descubriría más sobre lo que sucedió con el accidente y, con suerte, dejaría toda mi vida militar a mis espaldas. Una vez que terminara de completar mis documentos de la baja y completara mi examen físico final, estaría terminado.

Estaba listo para seguir adelante tan pronto como obtuviera mi título. Pasé años tomando mi tiempo para averiguar qué quería hacer, y tan pronto como lo hice, me esforcé por llegar antes que cualquier otro a mi fase de reincorporación, me sentía orgulloso de mi mismo por hacerlo en el tiempo justo.

Estaba agradecido de estar vivo. Tenía otra oportunidad en la vida, así como otra oportunidad con Alanna. También tenía en mis manos una segunda oportunidad con mi hermano, con quien sentía una deuda de gratitud por haberme llevado a casa cerca de las dos hermosas criaturas que estaban sentadas frente a mí.

Una hora más tarde, dejamos a Agustina en la escuela y finalmente estábamos solos. Alanna se acercó y sostuvo mi mano en la consola. –Al fin solos.– Ella se rio, y yo levanté su mano a mis labios.

–Te extraño anoche.

–También te extraño, pero sabes que tengo que tener cuidado con Agustina. Ella realmente extraña a su padre, y no quiero que parezca que estoy tratando de reemplazarlo en su vida.

–Lo entiendo por completo, y sé que estabas cansada anoche, pero en verdad te extraño.– Le apreté la mano y luego me detuve al final del camino. – ¿Por dónde voy?

–Estamos instalados en el centro ahora. Es un edificio nuevo.

Su compañía se había mudado a una parte mucho mejor de la ciudad. – Ciertamente están haciendo bien las cosas, entonces. No puedo esperar para empezar.

Ella sonrió y se inclinó más cerca. –Me alegro. Yo tampoco puedo esperar; Tendremos que almorzar juntos todos los días.

–Tendrás que presumirme–. Le acaricié la muñeca con el pulgar y luego miré hacia abajo para asegurarme de que no era su muñeca quemada.

–Te estoy reservando para mí.

Levantó la mano y tomó mi cara, dándome un golpe. –Oh, ya veo cómo es.– Me reí entre dientes. –Sabes que voy a depender de ti. Serás mi mejor amiga, y yo seré tu novato.

–Carne fresca. Me gusta–. Se apoyó en la consola y luego besó mi mejilla. – Me temo que también recibirás un poco de atención de las otras damas. ¿Te importaría si te guardara todo para mí?

–De ningún modo. No estoy interesado en otras damas–. Busqué en sus ojos, y ella parecía no creerme, lo que me hizo sentir mal. No es que le mostrara lástima y la quisiera hacer sentir incómoda, sino que Julián le había hecho un daño muy grande.

Se calmó a medida que nos acercábamos al centro de la ciudad, pero era un silencio agradable y cómodo en lugar de desagradable o incómodo.

–Gira aquí–. Señaló la calle y luego hizo un gesto hacia la derecha, que ya había visto era la entrada.

–Supongo que acabamos– soltó en un suspiro.

–No, Alanna. Eso es más tarde. –Le di un guiño, y ella acarició juguetonamente mi brazo.

–Eres imposible, pero espero así sea–. Me hizo un gesto para que me detuviera, me dio un rápido beso y luego salió del auto, mirando a ambos lados como para ver si alguien la veía.

Volví a cruzar la ciudad hacia la carretera que me llevaría las dos horas al campamento LeJeune, donde terminaría mi carrera militar justo donde comenzó.

Me dirigí a la oficina y, después de que me pidieran que tomara asiento, me senté y esperé a que llegara mi sargento. Yo había conocido al sargento Derek Phelps durante la mayor parte de mi carrera militar y estaba contento de que él fuera el que me despediría.

–Hola sargento Burke–. Me saludó

–No sabe lo agradable que es oír su voz, sargento–. Me levanté y saludé al hombre. –Me han llamado *Señor* durante las últimas semanas.

–Sí, tu hermano presentó una solicitud de dificultades, así que lo honramos, sin saber si lo lograrías.

–Oh hombres de poca fe. Aquí estoy, vivo y bien–. Ambos tomamos asiento, y esperé que termináramos de hablar de los primeros asuntos para que pudiera preguntar qué le había pasado a mis amigos.

–Bueno, no queríamos hacer las cosas más difíciles para tu familia. Ellos querían que estuvieras cerca de casa, y nosotros le concedimos. En cuanto a lo

de señor, necesitas acostumbrarte a eso. Ya has sido dado de baja. Honorablemente, por supuesto.

–Gracias.

–¿Gracias? ¿Sabes que estás listo para recibir algunas medallas?. No solo has salvado al sargento Erick, sino que salvaste a algunos otros mostrándoles la salida.

–No recuerdo demasiado, aparte de sacar a Erick y recibir un disparo. No estaba seguro de que él no fuera asesinado. Me alegró que me dieran información sobre él.

–Me alegro de que todo haya funcionado y estés aquí hoy. Me temo que los demás sobrevivientes de ese ataque ya han recibido sus medallas, pero estaba esperando la posibilidad de que salieras adelante. No me refiero a ninguna falta de respeto, pero revisé los registros de tu hermano y decidí que, basándose en su pasado, no quería dejarlos con él hasta que tuvieras un entierro adecuado o vinieras a buscarlos.

–Aprecio eso—. No había forma de saber lo que mi hermano habría hecho con ellos, y probablemente nunca los habría visto.

–Bueno, en honor a tu recuperación, y como te perdiste la gran ceremonia, tengo planes para ofrecerte una ceremonia privada para presentar las medallas. Con nombramiento como un hijo ilustre de esta tu ciudad natal y todo eso, pensamos que sería un buen gesto—. Buscó en el cajón de su escritorio, sacó mi archivo y luego me entregó un montón de papeles.

–Gracias. No estoy seguro de tener una familia con la que asistir—. Sabía que podía pedirles a Alanna y a Agustina que vinieran, pero dudaba que a Robert le importara una mierda.

–Usted tiene su familia militar—. Levantó la vista y sonrió mientras me ofrecía un bolígrafo. –Necesita completar esto, darme su firma final, y luego informar al médico para su examen físico—. Hojeó los papeles. –Este será su papeleo de veterano discapacitado, así que asegúrese de leerlo con cuidado, y si tiene alguna pregunta al respecto, solo hágala.

¿Veterano discapacitado? Realmente no había pensado en cómo me etiquetaría en el mundo civil, pero lo adiviné. –Hay más papeleo para salir que para entrar.

–Sí, señor, y no olvide el Programa de Asistencia de Transición. Una vez que hayas completado la clase TAP, habrás terminado con tu procesamiento externo.

–Me olvidé de eso. ¿Cuántas horas tardará?

–Me temo que es cuestión de unos días. Sin embargo, puedes asistir a partir de mañana, así que terminarás al final de la semana.

–Oh Dios. Tendré que organizar el transporte, pero es mejor que lo haga esta semana. Comienzo un nuevo trabajo el lunes.

–Sí, estarás listo para irte. Saliendo de la sartén, para caer al fuego—. Él soltó una risa suave.

–Supongo que podría decir eso—. Las cosas se habían calentado muy bien entre Alanna y yo.

Se apoyó en el escritorio, agitando los dedos. –Me sorprendió saber que no necesitabas la habitación que arreglé.

–Recibí una mejor oferta de una vieja amiga mía. Escuchó que estaba herido y vino a verme. Aparentemente, alguien puso mi foto en el periódico—. Me pregunté si él sabía algo sobre eso.

–Bueno, eres un héroe local—. Se encogió de hombros. –No es de extrañar que las damas estén detrás de eso—. Él se rió entre dientes.

–He estado enamorado de ella desde que éramos niños, en realidad. Espero que este sea un nuevo comienzo juntos—. No sabía por qué me estaba abriendo tanto con Derek, pero él me miró con genuina admiración y le tendí la mano.

–Le deseo la mejor de las suertes, Sargento. Puede que solo sea esa la razón por la que estás vivo. Le estreché la mano y luego volví a llenar mi documentación.

No podía dejar de pensar en nuevos comienzos, y sabía que Robert sería una gran parte de eso si yo podía ayudarlo. Si había una razón por la que estaba vivo, no era solo para estar con Alanna por el resto de mi vida, sino para arreglar las cosas con mi hermano.

Capítulo 20

ALANNA

Iba por mi segunda taza de café y mi tercera llamada del día cuando mi padre entró en mi oficina. Se paró detrás de la silla frente a mi escritorio, y asumiendo una tonta actitud, no le importó quedarse de pie.

Me senté derecha en mi silla. –Tendré que devolverte la llamada, Rob–. Dejé el teléfono y le presté a mi padre toda mi atención. –¿Sí, padre?

–Vi el informe sobre el proyecto Hélix, pero no vi tu opinión–. Me miró de forma dura y con un toque de decepción.

Habíamos tenido este mismo problema antes. –Está allí. Lo agregué al reverso. ¿Estás seguro de que tienes la copia completa?–. Odiaba cuando su secretaria no le daba los archivos correctos. La mujer era extremadamente tonta, y él solo la contrató por su habilidad para lucir increíble en minifalda. – Lo marqué claramente con mis iniciales.

–Le preguntaré a Heather, pero también vine a decirte que Roger Minton está por llegar, y necesitaré que asistas a la reunión de esta noche.

Me recosté en mi asiento. –¿Con qué propósito?

Por lo general, nunca hablé en esas reuniones porque mi padre no me dejaba decir una palabra, y descubrí que había mucho de espectáculo y nada de sustancia en lo que a mí se refería.

Tenía la sensación de que solo quería que estuviera allí como una distracción.

–En primer lugar, porque eres mi hija y esta es nuestra compañía. En segundo lugar, lo requiero–. Se cruzó de brazos y miró su reloj. Siempre obsesionado con el tiempo.

–Me temo que no puedo quedarme hasta tarde. Tengo un invitado en casa y Agustina me está esperando–. No estaba dispuesta a dar más información de la que debía, pero él no había terminado conmigo.

–¿Un invitado? Entonces deja que cuide a Agustina–. Se preocupaba por Agustina tan esporádicamente que uno podría pensar que guardaba algún tipo de relación con ella, lo cual no era el caso.

–Soy consciente de que no te preocupa el bienestar de tu nieta, ya que no has hecho ningún esfuerzo por verla ni siquiera para darle un saludo rápido,

pero no voy a encajársele a mi invitado

Él Ignoró los comentarios sobre sus habilidades paternas. –¿Y quién es este *invitado*? ¿Alguien que yo conozca?

–De hecho, lo conoces–. Conocía a Mateo, claro que lo había visto por la casa cuando llegaba del trabajo y pasaba a la oficina, e incluso podía decir que sabía que había sido él quien lo reemplazo en mi boda.

–¿Él? ¿Crees que es apropiado que Agustina esté expuesta a uno de tus novios? Y tú dices que soy un pésimo padre.

–Es Mateo, padre. No un extraño al que he expuesto a mi hija. Él es prácticamente de la familia–. Pareciera que hubiera tenido a un hombre diferente en mi casa todos los días desde el divorcio, cuando en realidad nunca había salido con nadie más que Julián.

Mi padre no estaba impresionado con lo que recordaba.

–Lo recuerdo; Su padre era un alcohólico, ¿verdad? Su hermano fue el delincuente que hizo estallar mi buzón justo antes de mudarme.

–De acuerdo–. Dejé que el viejo recordara toda la mierda negativa sobre la familia de Mateo.

–Sí, y si recuerdo, fue él quien me ayudó en tu boda. Él era el amigo de Julián, ¿verdad?–. Los ojos de mi padre se entornaron con suspicacia.

–Él fue mi amigo primero.

–Sí, bueno, ¿cómo está él? Pensé que se había unido al ejército o algo así.

–Él es Infante de la Marina. Fue herido y enviado de regreso a casa, pero hoy está en la base procesando su baja, y no quiero que tenga que volver ni a una casa vacía ni quedarse solo con una niña dinámica de siete años–. Sin mencionar que quería estar ahí para él. El beso que yo le había dado al inicio del día no había sido suficiente y solo me hizo desearlo aún más.

–Él es un soldado; seguramente puede manejarlo–. Papá se dio la vuelta y caminó hacia la puerta, y se detuvo dudoso de irse. –¿Sabes? Estoy empezando a ver un patrón aquí, Alanna. Uno que no me gusta. Estás poniendo demasiadas cosas por delante del trabajo, y no estoy seguro de lo que intentas lograr jugando a Florence Nightingale con algún soldado herido, pero estás descuidando tu trabajo.

Me levanté de mi asiento y rodeé mi escritorio. –Disculpa, papá, pero no estoy descuidando nada. Hice el informe para ti y si tu secretaria estuviera más interesada en hacer su trabajo que en menear el trasero para ti, entonces lo tendrías. Mi trabajo es estar aquí de ocho a cinco, cinco días a la semana, no veinticuatro horas durante los siete días.

–Tenemos un compromiso para con esta compañía que no se limita a un horario como un empleado común, Alanna.

–Y nunca has dejado que nada se interponga en la manera de hacerla crecer, y dudo que vaya a fallar ahora. Por lo tanto, no entiendo por qué estás tan molesto por mi deseo de tener una vida fuera de estas paredes.

Tiró del cuello de su camisa mientras su cara se iba poniendo roja, y supe que había tocado un punto sensible. –Siempre y cuando no afecte tu trabajo, me importa un maldito bledo lo que hagas.

No pude evitar reírme, aunque odiaba pelear con él más que nada. –Pero lo haces, y ese es mi punto. Tienes un problema con que yo pueda equilibrar una familia y una carrera porque tú nunca pudiste hacerlo. Y, además, creo que realmente te incomoda que pueda hacerlo todo sin alguien en casa que me ayude como tú que tenías a mamá.

–No metas a tu madre en esto–. Se dio la vuelta y agarró el pomo de la puerta, sosteniéndolo con tanta fuerza que su mano se puso blanca.

–Está bien. No hablemos de mamá–. Puse los ojos en blanco y quise agregar algo más, solo que al hacerlo estaría echando sal en sus heridas.

–Hablares más sobre esto después del trabajo–. Él abrió la puerta, pero yo no había terminado.

–Lo juro, nunca lo lograrás. Suenas más como un jefe que como mi padre. ¿Te mataría actuar como padre por una sola vez en tu vida?–. Dejé escapar un profundo suspiro. –Después del trabajo, me voy a casa. Tendrás que aprender a dejar de convocar a reuniones avanzada la tarde si quieres que yo asista.

Me acerqué y él se detuvo y buscó en mis ojos como si tuviera mucho más que decir, pero no iba a dejar que lo dijera. Abrí la puerta y, cuando se fue, la cerré detrás de él, esperando que nadie en el pasillo hubiera escuchado mis reclamos.

Me apoyé contra la puerta e intenté respirar tranquilamente. Me estaban pasando demasiadas cosas para dejar que él me abordara. No solo había estado en el teléfono toda la mañana asegurando nuevos clientes, sino que también tenía el nuevo trabajo de Mateo configurado para un proyecto especial. No tenía que estresarme más tratando de complacer a mi padre, y me molestaba que entrara y tratara de disminuir mis logros.

Regresé a mi escritorio después de que me recobré y me pregunté cómo estaba Mateo y si llegaría a la base a tiempo. Quería que hiciéramos algo especial para la cena y, con suerte, podría acostar a Agus y pasar un tiempo a solas con él.

Sabía que mientras nuestra relación florecía, iba a tener que explicar a Agustina lo que le estaba pasando. Siempre había sido un poco más madura para su edad cuando se trataba de ciertas cosas, por lo que probablemente iba a entender todo mejor de lo que yo me estaba imaginando. Estaba muy asustada de que cambiara todo con ella a partir de nuestra relación, que parecía ser tan maravillosa y justo lo que ella necesitaba a la luz de la ausencia de su padre; pero en el pasado, dejé que mi amistad me impidiera anhelar algo más. No podía dejar que él y Agus hicieran lo mismo. No quería perderlo por otros diez años de mi vida, solo para descubrir que él era realmente el único hombre al que podía amar.

Necesitaba darle una oportunidad, y esperaba que esta vez, las cosas fueran tan mágicas como siempre había soñado para mí, para Agustina y para Mateo, también.

Levanté mi teléfono y marqué el número de Rod, con la esperanza de que tuviera tiempo de continuar donde habíamos dejado nuestro proyecto, y pasé las siguientes dos horas en el teléfono, no solo con él, sino también tratando de concretar todo lo que él necesitaba.

Bajé a la Feria de comida del centro de la ciudad para encontrar algo para almorzar y deseé poder llamar a Mateo. Esperaba que consiguiera su teléfono celular pronto y que su viaje al campamento LeJeune no demorara más de lo esperado.

Pasé el tiempo sola disfrutando del clima y pensando en el tiempo que estuvo en coma. Me pregunté cómo sería estar en un país un minuto y despertarme dos semanas después en otro país con un agujero en el pecho. El pobre hombre había pasado por mucho, y cuando sentí que el sol calentaba mi cara, comencé a agradecer de que me hiciera sentir viva.

Regresé al edificio y luego subí a mi oficina en el piso superior, donde pasé el resto de mi día haciendo lo que mejor hacía, negociando para la compañía. Cuando terminé, tenía el proyecto Helix en la bolsa y otro en fila con Rob Waters que seguramente haría de Mateo un elemento importante en la compañía también.

Antes de que lo notara, el día había terminado. Recogí mis cosas y salí al pasillo para encontrar que algunos ya se habían ido, y amorosamente, fui a ver a mi padre para decirle que pasara una buena noche y recordarle que realmente me iba a casa. Esperaba que nuestras palabras fueran más amables y, a pesar de nuestro desacuerdo, podríamos terminar el día de mejor manera.

Llamé a su puerta y luego la abrí para encontrarlo en el teléfono, pero en

lugar de dejar su trabajo, como había hecho yo por él, me hizo un gesto con la mano, despidiéndome como si fuera su secretaria o algún otro empleado que apenas importaba. Salí y cerré la puerta, sabiendo que era mejor dejar las cosas así y continuar rumbo a casa.

Capítulo 21

MATEO

Apenas tuve chance de hablar con Alanna sobre cualquier cosa durante la cena porque su padre le realizó una video llamada que duró al menos dos horas.

Cuando terminó, acostó a Agus y se dirigió a su habitación para tomar un baño caliente. Yo sabía que su padre había sido insufrible cuando éramos niños, pero contaba con que la gente se apaciguara un poco a medida que envejecía y la vida se va desacelerando. Ese obviamente no era el caso de su padre, y tuve la sensación de que él estaba tratando de hacer que ella fuera de la misma manera.

Me retiré a mi casa de huéspedes y miré algo de televisión antes de decidir que no había nada por lo cual valiera la pena mantenerse despierto.

Tenía que levantarme temprano a la mañana siguiente de todos modos. Tuve que tomar el auto otra vez para ir a Camp LeJeune a mi clase de TAP, sobre la que había hablado con ella durante los cinco minutos que antecedieron a la desagradable aparición de su padre.

Me dormí muy rápido, pero luego desperté alrededor de las dos de la mañana, dando vueltas y más vueltas en la cama. Estaba a punto de cerrar los ojos cuando una luz se encendió afuera, y vi que la lámpara de la habitación de Alanna estaba encendida. Esperé, pensando que quizás había subido con Agus por un vaso de agua o algo así, pero luego brilló la luz de la cocina y Alanna salió en medio de la oscuridad de la madrugada y se sentó en el borde de la piscina. Se quitó las zapatillas y luego sumergió los pies en el agua.

Podría haberla observado allí durante horas, su belleza me mantenía cautivo con la luz de la luna reflejándose en su cabello y su cara mientras ella miraba hacia el cielo.

Esperé un momento más, dándole la soledad que había estado buscando, pero sabía que yo no podía dejar pasar esta oportunidad de estar a solas con ella. Me había perdido nuestras charlas nocturnas y no podía contar la cantidad de veces que habíamos pasado juntos bajo la luna, simplemente hablando, anhelando y pensando acerca de la vida y todas sus maravillas.

Ella agitó sus pies lentamente en el agua, haciendo un sereno sonido. El

agua debía estar todavía algo fría, pero el aire nocturno era más cálido de lo usual para ser primavera, así que me imaginé que se sentía agradable.

Ella me miró cuando me acerqué. –Lo siento si te desperté. No podía dormir.

–Yo también estaba despierto–. Me quité los calcetines y me senté a su lado, mojando mis pies junto a los de ella. El agua estaba más caliente de lo que imaginé que estaría, y había pasado mucho tiempo desde que había estado cerca de una piscina, y mucho menos metiendo mis pies en una. –¿Enojada con tu padre?

Ella levantó la vista y asintió con la cabeza lentamente. –Como siempre. Le dije que no podía asistir a esa reunión esta noche, y me arrastró a ella de todos modos sin considerar cómo me sentía–. Sabía que ella lo había intentado poner en su sitio, pero no podía culparla por estar molesta debido a su falta de sensibilidad con ella.

–Lo siento. No creo que él vaya a cambiar. ¿Le dijiste que yo estaba aquí? ¿Crees que es por eso que está actuando así?.

–No, no parecía importarle y te consideraba mi niñera oficial–. Ella negó con la cabeza, manteniéndola como si no quisiera mirarme a los ojos para que no pudiera verla frunciendo el ceño.

Me acerqué y tomé su mano. –No me importa cuidar de Agustina si tienes que hacer algún trabajo nocturno. No es un problema. Tú me estás ayudando mucho.

–Sin embargo, no deberías tener que hacerlo. Ese es mi punto. Mi padre no entiende o no le importa que yo no sea como él. No puedo descuidar a mi familia por una compañía que no está en una situación tan grave que requiera todo mi tiempo en primer lugar. O el suyo, según el caso. Sabes, siempre creí que la compañía no era estable, pero ese lugar está tan sólido que no creo que un iceberg pueda hundirla–. Ella soltó una carcajada frustrada, pero luego negó con la cabeza. –Dejé que él arruinara mi noche. No voy a dejar que él también me quite esta madrugada. ¿Cómo estuvo tu viaje a la base?.

Me sentía cómodo cambiando de tema, pero tenía algo más sobre que hablar en mente. Aún así, la puse al tanto. –Estuvo bien. Como te dije antes de que tu padre llamara, tendré que tomar el auto por unos pocos días si estás de acuerdo, o puedo llamar al transporte. Cualquiera de las dos.

–Por supuesto, puedes tomarlo. No es molestia, de verdad. La madre de Josefa me debe algunos favores, así que lo resolveré por la mañana y, si todo falla, conduciré una de las camionetas de la compañía para venir a casa.

–Odiaría que tuvieras que hacer eso–. No podía verla en alguna hedionda camioneta comercial.

–No es gran cosa. Están allí para nuestros invitados, pero no esperamos a nadie. He tenido que usarlas antes, cuando tenía nuestro auto en el taller, y a Agus le parecen alucinantes.

Se encogió de hombros como si no fuese un problema, y supuse que debía seguirle la corriente y dejar que me hiciera un favor. Tenía una lista completa de cosas por las que pagarle, y simplemente agregaría esa a la lista.

Chapoteó en el agua para hacerla salpicar, lo que hizo que mi cabeza volviera a bajar de las nubes.

–Entonces, ¿qué es lo que te tienen haciendo en la base?

–Es una especie de transición. Es un requisito para los veteranos dados de baja como parte de su proceso de retiro. Tendré que ir por los próximos tres días, y después de eso, habré terminado con los militares y seré considerado un veterano discapacitado, lo que en realidad no me gusta mucho.

–No hay nada deshonroso en eso, Mateo.

–Lo sé. No es como pensé que terminaría mi carrera como sargento de artillería. Quería salir en mis propios términos– Sabía que mi baja había sido honorable y, a pesar de las medallas, sentí que me habían sacado en vez de retirarme.

–Bueno, estoy orgullosa de ti. Trabajaste duro y eres un buen hombre–. Su mano se deslizó por mi brazo, luego se inclinó y presionó sus labios contra mi mejilla. Volteé y atrapé su boca.

El beso fue suave y lánguido, y cuando se separó, apoyó la cabeza en mi hombro.

–¿Eso es todo en lo que piensas?

Tenía la sensación de que los problemas con Julián también la estaban afectando, y quizás, como él y yo fuimos amigos alguna vez, ella no iba a hablar conmigo sobre eso.

–Supongo que también estoy preocupada por Agus. Ella es muy joven, y ya puedo ver mucho de mí en ella, aparte de la apariencia, también la forma en la que extraña a su padre. Tengo miedo de que ella sea como yo y crezca con resentimiento hacia él. Él no lo sabe, pero está arruinando su relación.

–Desearía que fuera mejor para ella, pero tú conoces mi postura. Lo golpearía hasta que tuviera algo de sentido común si me lo permitieras.

–Solo quiero que tengan una mejor relación que mi padre y yo. Sé cómo puede afectarla a medida que crece. En este momento, es doloroso, pero la va

a enojar más tarde. Y si alguna vez ella comienza a entender realmente lo que me hizo tan infeliz con respecto a su padre, bueno, entonces de verdad tendrá algo por lo que odiarlo

–Detesto que haya sido malo para ti–. Deseaba tanto poder hacer desaparecer el pasado y reemplazar ese recuerdo con una imagen más bonita. Ella se merecía una buena vida, y quería asegurarme de que la tuviera de ahora en adelante si me lo permitía.

–Él no estaba ahí para mí, tampoco. Debería haber sabido que sería de esta manera. No estaba en casa durante algunos días a la semana cuando me engañaba, y los días que estaba era solo por unas pocas horas. Él inventaba una excusa después de la otra, y yo solo sonreía y lo soportaba, fingiendo que todo estaba bien para que mi padre y mi madre no pensarán que yo había fracasado con mi matrimonio.

–No fracasaste, Alanna. Él lo hizo. Él sigue siendo el fracasado, y está jodidamente loco. ¿Por qué alguien engañaría a una mujer tan maravillosa como tú? Es algo incomprensible para a mí. Él siempre quiso tener lo mejor de lo mejor. Lo tuvo y lo dejó pasar. Él nunca será feliz porque esa es su mentalidad y siempre lo ha sido.

Incluso cuando éramos jóvenes, nunca estaba satisfecho, y siempre acosaba a los demás para salirse con la suya. Sus padres lo habían malcriado al extremo y para la época en que teníamos dieciséis años y empezamos a conducir, ellos le habían dotado de todo, incluso de un coche nuevo.

Supongo que él pensaba que podría tenerlo todo así de fácil en su vida, y probablemente había disfrutado de la riqueza que Alanna le había proporcionado.

Me sorprendió que él hubiera abandonado todo, y más aún que no había hallado la forma de tomar mayor ventaja.

–Gracias por hablarme de él. Sé que probablemente te ponga en una situación incómoda, pero es bueno saber que lo conoces y puedes entender de lo que estoy hablando. Pasa lo mismo con mi padre, ¿sabes? Tú estabas ahí. Eso lo hace mucho más fácil. Solía pensar que Julián solo asentía con la cabeza simulando entender mientras pensaba en los pechos de otra mujer, pero tú si me escuchas. Y yo aprecio esto más de lo que te imaginas

–Siempre. Solo desearía haber estado cerca todos estos años para ofrecerte mi hombro.

No me hubiera sentado distraídamente mientras Julián la trataba de esa manera, hubiera intervenido y le habría enseñado cómo ser un verdadero

hombre y cómo es que un hombre de verdad trata a una dama.

Me acerqué y ella apoyó su cabeza en mi hombro. Luego, se volteó para mirarme otra vez, acercando sus labios a los míos.

Después de un momento de calma, ella levantó la mirada. –Podríamos entrar–, sugirió. –Todavía quedan unas horas más de esta noche, y no tengo nada de sueño.

Capté su insinuación, me puse de pie y le ofrecí mi mano para levantarla. Ella se agachó y recogió sus zapatillas, y yo agarré mis calcetines antes de caminar descalzos hacia la casa. Cerró la puerta detrás de nosotros cuando tomé su otra mano y luego la llevé a la habitación. Ya había empezado a quitarse la bata, y luego de entrar la dejó caer al suelo alrededor de sus pies, para luego caminar en dirección a la cama.

Tomé su muñeca y la acerqué a ella para que sostuviera su rostro entre mis manos. Le acaricié las mejillas con los pulgares. –Te extrañé anoche. Creo que ya estoy mal acostumbrado a tenerte en la cama conmigo. Tal vez incluso me este volviendo adicto.

–Entonces tal vez debería irme. No quiero que desarrolles malos hábitos–. Ella se apartó, pero la sostuve con fuerza y se rió.

–Nunca podrías ser un mal hábito, Alanna. Tú eres la cura–. Bajé la boca cuando la levanté y ella envolvió sus piernas alrededor de mi cintura, su vestido corto se arremolinó en sus caderas cuando la coloqué en la cama.

Capítulo 22

ALANNA

Tan pronto como me puso en la cama, se levantó y me miró como si pudiera devorarme por completo. Yo también se lo permitiría, sabiendo lo bien que me hacía sentir.

Era fácil estar con él, y sabía muy bien que era yo quien podía terminar adicta a él. Por supuesto, él tampoco era lo que yo consideraría un hábito poco saludable.

Bajó sus shorts y quedó desnudo, su orgulloso pene sobresalía hacia delante exigiendo ser mirado. Lo agarró en su mano y le dio un toque. –Desvístete para mí. Quiero ver.

Le di una sonrisa traviesa y luego deslicé lentamente la fina seda sobre mi cabeza mientras mis pezones se apretaban con el aire frío de la noche.

–Quiero verte completamente desnuda. Desliza tus bragas hacia abajo, despacio para poder contemplarte.

Enganché mis pulgares en mis calzones y luego los deslicé hacia abajo, llevándolos lentamente hasta mis rodillas y luego liberando mis piernas de una en una. Luego me acosté, mis rodillas juntas y las piernas en movimiento de tijera, adelante y atrás. A modo de preámbulo.

–Tócate–. Me sorprendió la solicitud y, sin embargo, me encendí totalmente cuando bajé la mano cubriendo con ella mi breve monte, separando los labios para tocar mi clítoris.

–Eres tan hermosa. ¿Puedes sentir lo hermosa que eres, Alanna?–. Su voz era baja y áspera, y envió escalofríos a través de mí que me hicieron cerrar los ojos. –Mírame. Déjame ver esos hermosos ojos tuyos–. Hice lo que me pedía y luego levanté mis manos para cubrir mis pechos mientras él se deslizaba entre mis piernas. –Eres tan sexy que no sé por dónde empezar–. Bajó sus dedos y los colocó sobre mi vulva. Su pulgar halló el camino hacia mi clítoris, acariciándolo, presionándolo mientras lo frotaba haciéndome exhalar un chillido.

–Se siente tan bien–, gemí.

–Siempre he querido hacerte sentir bien, y si alguna vez fallo al hacerlo, dímelo, ¿entendido?–. Su voz sonaba más firme de lo usual, pero no por ego.

Simplemente estaba interesado en mi bienestar y mi placer.

–Si Mateo, lo haré. ¿También harás tú lo mismo por mí?– Quiero complacerlo y la comunicación es tan importante, algo que nos faltó a Julián y a mí.

Contemplé a Mateo de pie, desnudo frente a mí. Julián quedaba en desventaja delante de Mateo en varios aspectos. Pensé sobre cómo me dolió haber estado por primera vez con él, la brutalidad con la que Julián había tomado mi virginidad, sin importarle como me sentía, solo su propio placer. En cambio, con Mateo me sentía, segura, protegida y llena de calor y sensaciones que me hacen querer más.

–Tú jamás podrías fallarme–. Se inclinó sobre mí y me dio un beso en los labios, tan suave que casi no logré sentirlo. Coloqué mis brazos alrededor de su cuello y él recostó su cuerpo sobre mí, sus caderas apretadas fuerte contra las mías.

–Quiero que llegues primero. Prometo darte todo el placer que mereces ¿Me dejarás, Alanna?.

–Sí, por favor–. Le di otro beso, y luego él se apartó y se deslizó hacia abajo entre mis piernas, donde sus labios cayeron sobre mi centro.

Gemí de placer mientras él trabajaba encima de mí, y no pasó mucho tiempo antes de que me encontrase cautivada por todo el cosquilleo que su lengua me regalaba. No cedió ni un poco, lo cual era la forma más caliente de tortura. Llegué tan fuerte y tan prolongado que los dedos de mis pies se curvaron, y el estremecimiento continuó a través de mí aun cuando él insertó dos de sus dedos en mi boca para que los chupara.

Sabiendo dónde los colocaría, sentí su suavidad y los dejé húmedos con mi boca y luego grité de placer cuando los deslizó dentro de mí rozando mi tierno capullo. Acarició mi punto G con presión, y el siguiente orgasmo prácticamente empapó su mano.

–Cielos, estás tan mojada–. Se abalanzó sobre mí, lamiendo y chupando, sorbiéndome como si fuera la delicia más exquisita que jamás había probado. Luego tomó mi culo, levantando mis caderas mientras lamía todo el camino hasta mi apretada flor. Su lengua bailaba alrededor y aunque Julián había intentado tomarlo un par de veces, yo nunca había cooperado lo suficiente como para permitirle completar la tarea. Me lastimó la primera vez que lo intentó, y nunca olvidé el dolor.

Sin embargo, no protesté con Mateo. Él había hecho un buen trabajo para hacerme sentir cómoda, y aunque era mucho más grande y obviamente iba a

necesitar mucho más trabajo, estaba contenta de permitirle intentarlo. Presionó su lengua contra mi agujero y luego lo lamió todo, empujando dentro y fuera de él antes de deslizar su meñique adentro.

Gemí, y él se detuvo y me miró. –¿Duele?

–No–, sacudí la cabeza y relajé mi cuerpo para dárselo. Él movió rápidamente su brazo de arriba abajo, los dedos se movían dentro y fuera de mí a medida que aumentaba el placer. Pronto, estaba tan mojada que podía escuchar mis fluidos, y él liberó su mano y se abrió paso entre mis piernas, donde dio un paso adelante y centró su pene en mi entrada.

–Quiero tenerte cerca–. Me empujó hacia delante y envolvió sus brazos alrededor de mi espalda mientras hundía su pene en lo profundo, pero no en su totalidad. Se detuvo y me besó, sus labios temblaban contra los míos cuando sus caderas empujaban dentro y fuera de mí.

Estaba caliente y febril, apasionado. Después de un minuto, nos hizo rodar hasta que me senté a horcajadas sobre él, felicitándome a mí misma por haber resistido su grueso pene.

–Eso es tan bueno, Alanna. Móntame. No sabes cómo te deseo

Rodé mis caderas, montando y apretándome contra él mientras acariciaba mis pechos. El sexo era crudo y más sucio que la vez anterior, pero estaba bien para mí. Incluso me gustaba el rastro de sudor en su frente. Quería que fuera intenso, y nunca me había sentido viva más que cuando estaba con él.

Fui arrastrada a través de otra ola de pasión cuando mi siguiente orgasmo me atravesó, tan intensamente que dejé escapar un grito de placer.

–Me encantan los sonidos que haces–. Sonrió ampliamente y luego se levantó para tomarme en sus brazos. Antes de darme cuenta, él estaba de pie conmigo, llevándome al baño donde abrió la ducha y luego colocó mi trasero contra la llave fría mientras el agua se calentaba. Sin embargo, no dejó que eso lo detuviera, y empujó su pene dentro y fuera de mí mientras besaba mis pechos.

Luego se soltó, y pude ver su grueso pene hinchado, que me hizo agua la boca.

Tomó mi mano, y me alejó mientras ajustaba la temperatura. El agua vaporizaba la habitación porque estaba muy caliente, y él la alcanzó y la ajustó un poco más antes de entrar y llevarme con él.

El agua tibia se precipitó sobre mi cuerpo cuando me metí debajo de la ducha, y él me abrazó. Me di la vuelta y le puse la espalda. Se agachó, y de repente, me estaba acariciando por detrás, sus dedos preparándose mientras

su otra mano centraba su pene en mi entrada. –Pon tus manos en la pared y levanta ese culo para mí.

Contuve la respiración, anticipando con entusiasmo lo que venía a continuación. Dio un paso adelante, frotando mi vulva con sus dedos profundamente insertos, y luego los liberó, su pene tomó el lugar en un rápido empuje.

Me llenó por detrás, y luego sus caderas empujaron violentamente, su glande acariciando mi punto G con cada pase, y acabé tan fuertemente que mis rodillas se debilitaron.

Presioné mi cara contra el cristal y cerré los ojos. Me levantó y continuó golpeando su enorme pene dentro de mí. Luego se liberó y sus chorros calientes se dispararon sobre mi espalda baja.

Sonará loco pero, no quería que se saliera. Estaba tomando la píldora, y aunque sabía que él era muy precavido, necesitaba que me tomara de esa manera y me reclamara como suya.

–Desearía que esta bañera fuera más grande. Te haría bañarte conmigo, pero por ahora, tendrá que ser de esta forma–. Se acercó al jabón y echó un chorrillo en las manos antes de enjabonarme. Luego me acarició cada centímetro.

–No estoy lista para estar limpia–. Alejé sus manos y alcancé su pene, que estaba duro como una roca. –No pareces listo, tampoco.

–Es tarde, y no pensé que quisieras que te tuviera toda la noche.

–No importa lo tarde que sea; quiero quedarme y terminar esto–. Me empujé su pene, y él siseó entre dientes cuando se encontró con mis ojos.

–¿Estás segura?

–Totalmente segura–. Caí de rodillas, lo llevé a mi boca y le di una larga y dura succión. Luego lo preparé bien, llevándolo más profundo mientras me agachaba y frotaba mi clítoris hinchado.

Tiempo después, me levantó y besó mi boca. –Eres demasiado buena conmigo, pero también quiero hacer que te sientas bien–. Me apoyó contra la pared más alejada de la ducha y levantó mis piernas mientras se centraba y empujó profundamente en mi canal.

Su pene me llenó, estirándome hasta el límite. Fue entonces cuando me di cuenta de lo sensible que se había vuelto por la sesión anterior, y agradecía el dolor, sabiendo qué tipo de placer me traería.

Esta vez, no iba a dejar que se apartara, envolví mis piernas alrededor de su cintura y cerré mis tobillos alrededor de su trasero mientras él empujaba hacia adelante y hacia atrás.

Se encontró con mis ojos. –No te quejes de estar muerta en la mañana.
Intenté comportarme

–Sé que valdrá la pena.

Sus fuertes brazos me sujetaron con fuerza, y la pared de la ducha me lastimó un poco la piel, sin duda, dejando su impresión. No podía creer que tenía tanta suerte de estar con él otra vez mientras miraba su pecho. Y de repente, un pensamiento vano entró en mi cabeza: Él sobrevivió por mí.

Gimió, y sentí que empezaba a alejarse, pero lo agarré con más fuerza. –No, no me dejes nunca más–. Buscó en mis ojos y luego me besó en la boca cuando se vino, llenándome y haciéndome suya.

–Eres más de lo que podría desear. No sé por qué te dejé escapar

Nuestros jadeos llenaron la habitación, cada centímetro de mí se sentía en sintonía con él y no quería que el momento terminara nunca. Cuando por fin el éxtasis bajó, me vi aferrada a su cuerpo y mi boca en su cuello. Lo solté solo un poco, recobrándome.–No me arrepiento de mi vida–, le dije mientras me ponía de nuevo en pie. –Si no hubiera ido con Julián, si no me hubiera casado con él y no hubiera soportado todo ese dolor, entonces no habría tenido a Agustina. Y aunque odio a Julián por toda la mierda que hizo, algo hizo bien: me la dio a ella.

–Lo sé–. Me acercó y me sostuvo por un tiempo, los dos nos quedamos bajo la ducha fuerte como si eso pudiera lavar todo el tiempo y el espacio entre nosotros y hacer que ambos quedáramos limpios y nuevos.

Finalmente me alejé, y nos limpiamos. Luego me llevó a su cama donde pasé la noche, acostada en sus brazos, aunque tenía toda la intención de levantarme tan pronto como él estuviera dormido.

Planeé regresar a mi casa para poder despertar a Agustina y llevarla a la escuela, pero lo siguiente que supe fue que estaba abriendo los ojos al sol.

Capítulo 23

MATEO

–¡Mierda! ¡Tengo que levantarme!–. Sentí que la cama se movía cuando Alanna saltó de ella en estado de pánico. –¿Qué sucede?.

–Ya amaneció. Eso es lo que sucede–. Ella estaba corriendo por la habitación en busca de su ropa. –¡No puedo encontrar mi camión!

–Aquí–. Me levanté y lo recogí del suelo.

–Ella no puede encontrarnos aquí de esta manera–. Se puso la mano sobre el corazón y luego negó con la cabeza mientras se deslizaba el vestido sobre la cabeza y se ponía la bata. Tan pronto como la ató, salió corriendo de la casa de huéspedes y se dirigió al patio trasero donde la vi tratando de ponerse las zapatillas.

Ni siquiera me dio un beso de despedida. Tomé nota mental de remediar eso en el auto y fui a buscar mi ropa y arreglarme para poder dejar a las bellezas y dirigirme a la base.

Esperaba que Agus no se hubiera despertado en la noche o antes que su madre, y tal vez todo estaría bien.

Me puse los zapatos y luego me dirigí a la casa principal donde no parecía haber conflicto ni lágrimas cuando fui a la cocina a preparar algo para comer.

Tomé algunos huevos de la nevera y decidí revolverlos. Cuando encontré la mantequilla escondida detrás de la leche, Agustina entró vestida para ir a la escuela, con su mochila pequeña en sus hombros. La cosa era casi tan grande como ella, pero no parecía demasiado pesada.

–¿Estás cocinando esta mañana?

–Sí. Espero que te gusten los huevos revueltos.

–Sí me gustan, pero hace tiempo que mamá no los hace

–Bueno, estás de suerte–. Comencé a romperlos en un tazón que saqué del gabinete, y luego los agité con un tenedor y los eché en la sartén cuando llegó Alanna con un aspecto deslumbrante.

Me hizo seña de pulgar hacia arriba cuando Agustina no estaba mirando, y supe que era para hacerme saber que su hija no estaba al tanto de que su madre había pasado la noche en la casa de huéspedes conmigo.

Me alegré de que ella no hubiera estado despierta cuando llegó Alanna esta

mañana porque así no dudaría para volver a hacerlo.

Después de comer, las llevé a la escuela y al trabajo, y luego me detuve en la tienda de celulares para comprarme un teléfono. Una hora más tarde, me conecté y me dirigí a Camp LeJeune. Decidí que durante mi largo viaje en automóvil, llamaría a mi hermano y vería si finalmente le gustaría hablar de algo.

Mantuve su número en mi billetera y mientras me detenía para llenar el auto con gasolina, lo saqué y programé el número en mi teléfono. Luego presioné el botón de llamada, pensando que sería una casualidad si Robert realmente respondiera, pero para mi sorpresa, su voz grave sonó en el otro extremo.

–¿Hola?

–Oye, soy Mateo

–Ey, me alegro de que hayas llamado. Traté de llamar al número que le diste al hospital, pero no funcionó.

–Perdí mi teléfono–, le dije. –Lo habría reemplazado, pero estaba en un país donde las tiendas de teléfonos celulares no están exactamente en cada esquina.

–Comprendo. ¿Este es tu número?–. Me pregunté si él lo registraría.

–Sí. Traté de llamarte del hospital otra vez, pero no contestaste–. Pensé que era mejor que él supiera que yo al menos lo había intentado, incluso después de que actuó como un imbécil.

–Tenía mierdas que hacer–. Él tenía el mismo tono molesto que antes. Justo cuando pensé que no iba a llegar a ninguna parte con él, se aclaró la garganta y decidió continuar. –¿Cómo estará tu día?

–Me voy a Camp LeJeune para encargarme de mi proceso de baja

–Ah, iba a preguntarte si querías que nos reuniéramos para hablar.

–Puedes venir conmigo, Robert. Podrías pasar el rato en la base y mirar a tu alrededor mientras estoy en la clase, y tendríamos todo el viaje para hablar mientras regresamos–. No pensé que aceptaría, pero creí que no podía haber nada peor que pedir estar juntos y que yo lo rechazara.

–No lo sé, hombre–. Una respiración profunda sonó a través del teléfono. –Supongo que sería estupendo. Estoy en la casa si quieres venir a recogerme. Queda en Washington y Juniper 305. No tienes como perderte.

–Iré para allá–. Aunque tuve que retroceder un poco, solo tardé unos diez minutos más en buscarlo, y como mi clase no era sino hasta las once, tenía mucho tiempo para llegar allí.

Al conducir por la carretera, pude ver qué clase de vecindario era, uno en

el que todas las personas parecían no tener nada mejor que hacer que pasar el rato en la esquina en lugar de ir a trabajar. Robert no tenía chance en un lugar como este.

Lo vi de pie frente a la pequeña casa azul sórdida, que parecía que nunca había recibido mantenimiento. No había un auto a la vista, y tuve la sensación de que no tenía uno. Me pregunté qué había sucedido con el viejo camión de nuestro padre. Las cosas eran obviamente peor de lo que él había dicho.

—¿Dónde conseguiste este auto?— Abrió la puerta y se deslizó en el asiento del negro Land Rover de Alanna. —No es mío— Le respondí.

—¿Sí? Sabes, cuando otras personas conducen automóviles como éste a través de estos vecindarios, por lo general tampoco son suyos—. Se echó a reír y luego cerró la puerta. —Supongo que has encontrado un lugar para quedarte. Me sentí mal por no haberte ofrecido un lugar después de la generosa oferta que me hiciste el otro día.

—Está bien, hombre. De hecho, me dirigía a una casa de acogida para veteranos, pero Alanna intervino—. Arranqué tan pronto como él cerró la puerta y regresé a la carretera principal.

—¿Alanna? ¿La vecina del viejo vecindario? Maldita sea, ¡Vaya una locura! No la he visto en mucho tiempo—. No iba a avergonzarlo diciéndole que Alanna lo había visto en los periódicos y que había oído hablar de su mala reputación y su participación en delitos menores.

—Ella está bien. Me estoy quedando con ella, pero planeo tener mi propio lugar muy pronto. Ya sabes, esa oferta sigue en pie. Sé que tienes cosas que hacer, pero tal vez quieras hacer algo mejor con tu vida.

Golpeteó la ventana con el dorso de sus dedos. —He pensado en vender la casa y, de hecho, estoy buscando la manera, pero tendrías que ayudarme a hacerlo porque sabes cómo está papá.

—¿Quieres decir con el papeleo? Claro que puedo ayudarte con eso.

Él reclinó algo su asiento, poniéndose cómodo. —Tendrías derecho a la mitad.

—No la quiero, Robert. Creo que deberías venderlo y tomar el dinero para ayudarte. Te apoyaré si realmente quieres hacerlo—. Sabía que lo que fuera que obtuviera por el viejo lugar podría ser suficiente para ayudarlo a conseguir sus cosas, y yo no lo necesitaba. Tenía suficiente ahorrado para mí y un buen trabajo en camino.

—¿No quieres tu mitad?— Me miró como si no pudiera creerlo.

—No, hombre. Estoy bien. Y también quiero que tú estés bien, ¿sabes? No

quise abandonarte. Simplemente traté de seguir adelante con mi vida como cualquier otra persona que se gradúa y se muda.

–Lo sé. No te culpo. He pasado mucho tiempo molesto al respecto, pero sé que si no hubiera sido tan estúpido, hubiera hecho lo mismo. Ahora, nadie me quiere con mi pasado.

–Hay gente por ahí que te daría una segunda oportunidad, Robert. Pero realmente debes mostrarles que vas a cambiar.

–He estado intentando. Pero no es algo fácil de hacer. Tengo gente respirando tras mi cuello por dinero, personas que hacen ofertas que preferiría no aceptar, pero no tengo muchas opciones. O hago la mierda esa o me muero de hambre. No tengo un auto, así que tengo que trabajar cerca, y todos los lugares que están cerca no pagan nada, y luego tengo que preocuparme por la gente que aparece y me alborota. En el antro de comida donde estuve trabajando la última vez, mi jefe se enojó y a los tres días me pateó el culo. Ni siquiera conseguí lo suficiente para pagar la puta factura del agua.

–¿No tienes agua?– No podía creer que yo la pasé mejor en Afganistán que mi hermano en los Estados Unidos, y eso que allí fue donde me dispararon.

–Ni luz, ni nada. Es un mal sitio, pero logro mantenerme limpio y mi amigo me deja comer en su casa, pero su esposa me odia. Me siento como un perro en busca de sobras, y estoy en el punto de que tengo que drogarme o morir de hambre.

–¿Te drogas?– Pregunté, aferrando con fuerza el volante.

–Estaría mintiendo si dijera que no me doy un pase de vez en cuando, pero eso es todo. No uso ninguna droga dura, hombre. Ni siquiera bebo. He visto lo que esa mierda le hizo a papá.

Por una vez, el alcoholismo de mi padre fue en realidad una bendición. Le había dado a mi hermano el ejemplo de cómo no ser.

–Mantengo en pie todo sobre quedarme contigo, Robert. Sé que estarías pasando por una transición en tu vida, pero yo también. No he conocido nada más que el mundo de los militares durante diez años, y he visto algo de mierda. Pero no voy a dejar que eso me desanime. Tengo que salir y hacer lo mejor para mí. Comienzo un nuevo trabajo la próxima semana, y aunque estoy entusiasmado por eso, también estoy nervioso. ¿Pero sabes qué? Casi muero, y lo veo como una segunda oportunidad para tener algo mejor en la vida, Robert. No sobreviví en vano. Voy a tratar de vivir una vida mejor. Quiero que lo intentes también. Antes de que sea demasiado tarde para ti. Te has mantenido limpio en buena parte, y eso significa que tienes una oportunidad de pelear.

–¿Realmente crees que podría hacerlo mejor?. Apenas puedo mantener mi teléfono celular encendido, y eso es solo porque es mi única forma de buscar trabajo y estar conectado, y es solo un armatoste anticuado.

–Diablos sí, hermanito. Hay mucho más en esta vida que ese puto vecindario. Lo prometo. Papá dijo que te había ido bien en la escuela, pero que solo eras uno más del montón. Yo digo, toma todos tus libros y tu inteligencia y úsalos para una carrera real. Es probable que haya algo que te guste hacer, y si no, te encontraremos algo más saludable que hacer mientras lo encuentras.

–¿Me ayudarías a conseguir un trabajo? ¿Pero no del tipo de aseador de baños públicos?.

–Sí, e incluso podrías ir a la universidad si quieres—. Pude ver en su mirada que se quedó pensándolo. Cambié de canal en la radio y lo miré para tratar de adivinar qué estaba pasando por su cabeza.

–Haces que todo suene tan fácil—. Él se rio entre dientes.

–Es así cuando aceptas la ayuda que se te ofrece y dejas que te echen una mano. No hay nada de malo en eso si lo haces para mejorar y contribuir a mejorar al mundo.

–Eso realmente sería algo, ¿eh? Tú y yo viviendo juntos. Papá se cagaría si lo supiera

–Robert, no lo tomes a mal, pero no puedes vivir tu vida preocupado por lo que él piensa. No podemos hacernos eso a nosotros mismos. Yo lo hice desde que murió mamá, e incluso después de que me fui de casa por un tiempo. Me sentí devastado cuando él me rechazó alegando que yo no era su hijo. Aunque él era un imbécil abusivo, yo todavía necesitaba su aprobación.

–¿Vas a ir a verlo?– Preguntó.

–No lo sé. Sé que debería.

–Ni siquiera notaría que estás allí, así que no dejes que te afecte demasiado—. Bajó el visor y miró su cabello en el espejo de tocador donde alguien había puesto una pegatina de carita feliz.

–¿Qué es esta mierda?

Me reí sabiendo que probablemente Agustina lo había hecho.

–Alanna tiene una hija

–Con Julián, ¿verdad?.

–Están divorciados—. No quería volver a hablar de Julián.

–Siempre creí que ella había sido la razón por la que te habías ido. Estabas perdidamente enamorado de ella—. Él volvió la cabeza y me dio un codazo. –

Eh hombre, todavía lo estás, ¿verdad?

–Lo estoy–, dije firmemente. –Sólo espero no arruinarlo. Parece que no sólo tengo una segunda oportunidad en cuanto a mi vida. El amor es igual de importante.

Hablamos un poco sobre Alanna e incluso tuvimos unos momentos de silencio en los que esperaba que él realmente estuviera pensando en lo buena que la vida podía ser.

Llegamos a la base y Robert esperó en el centro comunitario donde tenían televisión, café y donas gratis para los visitantes, mientras yo iba y tomaba mi clase. Me alegró saber que podría terminar el resto en línea si así lo quería. Elegí hacerlo a distancia para no tener que preocuparme por usar el auto de Alanna, y consideré el hecho de que realmente necesitaba mi propio vehículo.

Tenía suficiente dinero guardado para comprar algo en buenas condiciones y cero deudas, así que decidí que tendría que hacerlo muy pronto.

Después de que terminé con mi clase y completé los papeles adecuados para continuarlo en línea, salí para encontrar a Robert hablando con uno de los otros visitantes. Mi hermano sonreía de oreja a oreja y también se reía. Fue un panorama bueno. Me había olvidado que él tenía la sonrisa de nuestra madre.

Me vio al otro lado de la habitación y estrechó la mano del anciano. Luego se apresuró.

–¿Estás listo para irnos?– Pregunté, mirando hacia arriba para ver al anciano levantarse de su silla y marcharse. –Sí, ese señor era increíble. Las historias que tuvo.

La mano de Robert cayó sobre mi espalda superior cuando él se marchó. –Ya he tomado una decisión. Quiero vender la casa y encontrar un nuevo lugar para nosotros. Ah, y quiero encontrar un trabajo e ir a la escuela.

–¿Decidiste todo eso hablando con él?– Señalé de nuevo en la habitación, y Robert se echó a reír.

–¡Nada de eso hombre! Decidí todo eso de camino aquí.

Me di vuelta y observé sus ojos para ver que él realmente lo decía en serio. Dejé escapar un suspiro de alivio y agradecí que todo comenzara a funcionar mejor.

Capítulo 24

ALANNA

Había planeado quedarme en el trabajo todo el día, pero a media mañana cuando terminé mis llamadas, me di cuenta de que el sol fuera de la ventana de mi oficina estaba demasiado tentador, especialmente teniendo en cuenta que todavía estaba muy enojada con mi padre para hablarle.

Sabía que Mateo probablemente estaba en Camp LeJeune, y aunque deseaba que estuviera cerca para almorzar, no podía pensar en otra persona con la que quisiera pasar el día.

Me levanté de mi escritorio y agarré mi bolso. Luego lo apagué todo, contenta de que me iría ya por ese día. Bajé y encontré a Lila en el teléfono como de costumbre. Ella había estado en la compañía por tres años y solía hablar demasiado por teléfono, no creo que la haya visto nunca reservarse algo en su cabeza.

–Necesito las llaves de la camioneta más sencilla–. No quería conducir la que tenía nuestro logo en el costado porque era demasiado grande y olía a cigarrillos.

–Sí, señora–, dijo manteniendo el teléfono junto a su oído, y se fue de su escritorio al gabinete donde las llaves estaban resguardadas. –Aquí tiene–. Ella me dio una gran sonrisa y volvió a hablar con la persona en el teléfono.

–Gracias, Lila–, murmuré mientras me alejaba y me dirigía al estacionamiento, esperando que nadie hubiera arruinado la camioneta con el olor a humo rancio. Afortunadamente, olía como los asientos de cuero, y dejé que el olor me llenara la nariz cuando arranqué y salí para recoger a Agustina.

Sabía que ella quería que su asistencia en el colegio fuera buena, pero sacarla fuera durante medio día no le afectaría, y estaba emocionada de verme cuando la llamaron desde el aula para que fuese a la oficina.

–¡Mamá!– Ella abrazó mis piernas, y yo tomé su bolso.

–¿Estás lista para irte?– Coloqué su bolsa sobre mi hombro y luego la agarré de la mano para llevarla a la camioneta.

–¿A dónde vamos?

–A donde quieras ir–. Tenía la sensación de que sabía dónde elegiría y no me decepcionó. –¿Incluso si quisiera ir al Sparkly Spa?

–Sí, y mientras estamos en el centro comercial, te compraremos ropa nueva. ¿Qué te parece?.

–Sus ojos se ensancharon y chilló de alegría. –¡Increíble! Sé el color, quiero mis uñas, ¡y quiero que también me trencen el pelo!.

–El spa de niñas ofrecía paquetes de peinado y uñas que daban a las madres e hijas un poco de tiempo para recibir mimos juntas.

–Creo que podemos hacerlo, pero es mejor que vayamos a la feria de comidas a almorzar primero. Me muero de hambre–. Me detuve y quité el seguro a la camioneta, y a Agus no parecía importarle lo que estaba conduciendo, siempre que ella pudiera venir conmigo.

–¿Podemos comer hamburguesas en Bogo?– Ella me pestañeó graciosamente y sonrió.

–En cualquier lugar que quieras–. Sabía que eso no iba a arreglar mi problema con mi padre o con el de ella, pero necesitaba un pequeño descanso de la norma y sabía que ella realmente necesitaba atención adicional debido a la ausencia de su padre.

Tal vez me estaba excediendo, pero un día especial no iba a dañar nada, y necesitaba pasar un poco de tiempo de madre e hija para alegrar mi estado de ánimo.

Comimos y luego nos dirigimos al Sparkly Spa, donde comenzamos con un manicure-pedicure mientras bebíamos granizado de té en tazas con forma de flor y pajitas cortas y retorcidas.

Elegí un bonito esmalte de uñas color rojo, y Agus quiso el púrpura, con una uña escarchada en cada mano.

–¡Tú también necesitas una uña escarchada, mamá!

Nunca había usado brillo en mis uñas ni algo diferente a colores básicos y rectos, pero hoy se suponía que era especial, así que decidí probarlo. –¿Eso crees? ¿Por qué no eliges un diseño y me haré un dedo en cada mano así como tú?.

–Ponte escarcha y agrega un poco de cristal al medio. A Mateo le va a gustar eso.

Me sorprendió el comentario y me pregunté si ella sabía más de lo que yo pensaba. –¿Por qué crees que Mateo se daría cuenta?.

–Piensa que eres bonita. Lo digo por cómo te mira.

La manicurista se sonrió pero siguió trabajando, y me di vuelta para ver que Agus también estaba sonriendo. –¿Estás de acuerdo con que Mateo me vea así?

–No me importa. Me gusta Mateo. Es guapo—. Ella movió las cejas, y las dos manicuristas intercambiaron una mirada y una risita suave.

–Sí, él es realmente muy guapo—. Cerré los ojos y dejé que la dama terminara con mis uñas en paz y tranquilidad mientras yo pensaba en Mateo.

Después de que terminamos en el spa, hice lo que prometí y la llevé a su tienda favorita para encontrarle un atuendo. –¿Puedo llevar esto en azul, mamá? No tengo nada para ponerme el día azul—. Ella y Josefa seguían eligiendo los colores para cada día de la semana, y odiaba las únicas camisas azules que tenía.

Estaba a punto de responder cuando sonó mi teléfono. –Sí, Agus. Aunque pruébate. Parece que es grande—. Me aparté para atender la llamada, pero solo porque era mi padre llamando por segunda vez. Sabía que no dejaría de insistir hasta que respondiera.

–Hola padre

–¿Dónde estás?

–¿Por qué, te gustaría venir y traer a un cliente para impresionar?.

–Ya había prometido que estarías aquí—, dijo.

–¿Y por qué harías eso?

–El hombre preguntó por ti, Alanna. Creo que te encuentra atractiva. No lo sé

Mi nariz se arrugó de asco. –No puedo creer que hayas dicho eso. ¿Es en serio? ¿Eres mi padre o mi chulo?.

–¿Cómo te atreves a decirme algo tan vil? No es así, y lo sabes. Te contraté porque eres la persona más inteligente que conozco y, a pesar de tus suspicacias, te amo. Trabajé mucho por esta compañía no solo para hacerme una vida, sino para que tú también pudieras tener una.

–Tienes que saber dónde trazar la línea, papá. Te dije que no iba a estar disponible, y abriste a la fuerza un espacio en mi noche, interrumpiste la cena familiar y me apartaste de mi invitado.

–Lo siento

Seguramente, mis oídos me engañaban. –Espera, ¿qué tú qué?.

Suspiró. –Lo siento. Sé que eso que hice fue algo horrible.

–Especialmente porque ya estaba enojada contigo. Vas a presionarme demasiado.

–Pensé que ya lo había hecho. Entré en tu oficina y Lila me dijo que te habías ido. No sabía si algo había sucedido. Siempre me avisas cuando te vas—. Me alegró saber que a él le importó y notó algunas cosas.

–Estoy en el centro comercial con tu nieta. Decidí recuperar el tiempo que me robaste anoche.

–Entonces te dejaré con eso. Dile a mi nieta que le envío mi amor.

–Díselo tú mismo–. Colgué y esperé a que saliera Agustina. Cuando salió, ella se pavoneaba como una modelo de pasarela. Hizo un pequeño giro cuando se acercó y luego caminó por el pasillo en el vestidor hasta el espejo.

–Me encanta ese. Te ves hermosa, cariño–. No pude evitar sonreír, observando cómo se pavoneaba y acicalaba. Ella era más femenina de lo que nunca había sido yo, pero entonces, mi único objetivo como niña había sido perseguir a Mateo.

–Gracias. Creo que éste es el que quiero.

–Bueno, no compres el primero que te pruebes, cariño. Vamos a ver qué otros tops tienen en azul. Puede que te guste más uno de ellos.

–Está bien, pero si encuentro dos que me gusten, será más difícil elegir–. Dejó escapar un suspiro y se dirigió al vestidor para cambiarse.

Recorrimos los pasillos, y ella encontró dos más que le gustaban. Se los puso, y cuando terminó, escogimos un par de zapatillas para combinar y luego pagamos.

Me alegré de estar fuera de la tienda cuando terminamos, y mientras caminábamos hacia la entrada principal, vi una silueta familiar acercándose a mí.

–¡Abuelo!– Agus dejó caer mi mano y corrió a ver al anciano, quien le dio un apretón fuerte y una palmadita en la cabeza.

–¿Qué estás haciendo aquí?–. No podía creer que hubiera venido hasta el centro comercial para ponerme en mi lugar.

–Pensé en lo que dijiste y me di cuenta de que tenías razón. Necesitaba venir y decírselo yo mismo. Y creo que podría pasar un día con mis dos personas favoritas en el planeta–. Mi padre me dedicó una cálida sonrisa y luego levantó a Agus en su cadera para un abrazo más fuerte mientras me acercaba.

–Gracias Papá. Estábamos a punto de irnos.

–¿Comieron?.

–Sí, hace un par de horas.

–¿Entonces están listas para un poco de helado como postre?–. Me miró con ojos esperanzados, y estaba tan agradecida de que se hubiera tomado el tiempo para mí y para Agus que no estaba ni cerca de decir que no.

–¿Podemos, mamá?– Agus me lanzó una mirada suplicante.

–Por supuesto. Aquí hay una heladería a la vuelta de la esquina, si quieres quedarte en el centro comercial.

–Suena bien. Ustedes dos muestren el camino, yo invito–. Él puso a Agus sobre sus pies, y luego ella tomó su mano y le mostró el camino.

Respiré un poco más tranquila, mi ira hacia él empezaba a calmarse por primera vez desde hace varios meses.

Capítulo 25

MATEO

Odiaba tener que dejar a mi hermano en la vieja casa, pero él tenía planes de pasar los próximos días limpiándola. A pesar de que le dije que vendría a ayudar, él dijo que era algo que tenía que hacer por su cuenta, y yo podía entenderlo. Todos necesitábamos poder hacer las cosas a nuestra manera, y sabía que preparar el lugar para venderlo iba a ser una buena terapia mental para él.

Llamé a Alanna para decirle que iba en camino a buscarla y ella soltó un suspiro de alivio al notar que ya yo había comprado un teléfono. Ella dijo que ya venía camino a casa en la camioneta de la compañía y que traía a un invitado para la cena.

De alguna manera, regresé antes que ella, y como la casa estaba vacía, fui a la casa de huéspedes a limpiar. No sabía a quién podría estar trayendo a casa con ella, pero yo había tenido un buen día y parecía que ella también. Eso era lo que importaba. Me gustó sentirla feliz.

Estaba sentado en el sofá, buscando algunas de mis aplicaciones favoritas cuando escuché la camioneta. Salí a encontrarme con ella cuando Agus saltó y corrió adentro. Luego, un automóvil deportivo gris oscuro se detuvo en el camino detrás de ella. Sabiendo que Julián tenía una camioneta, respiré un poco más tranquilo y luego pensé que debería haber sabido que no debía pensar que él fuera el invitado especial.

No podía creerlo cuando el auto se detuvo y su padre salió con una gran sonrisa en su rostro. –Mateo Burke. Ha pasado mucho tiempo, hijo—. Se acercó y me ofreció su mano, y yo la tomé, asegurándome de darle una firme sacudida.

–Ciertamente Señor Patton.

Alanna caminó detrás de mí con una bolsa de comestibles. –Papá se une a nosotros para la cena. Así que es mejor que empiece. Ustedes dos entren y pónganse cómodos. Te dejaré ponerme al corriente mientras pongo la lasaña en el horno.

Agus salió de la cocina. –Haré la ensalada y el pan, mamá.

Caminé hacia el sofá, preguntándome cuándo fue la última vez que su padre

había comido lasaña congelada.

–¿Cómo ha estado, señor Patton?.

–Tonto. Nunca dejes que el tiempo se te escape, Mateo.

–Me temo que ya soy culpable. He estado fuera de casa diez años.

–Escuché sobre tu herida. Leí el artículo en el periódico. Debería haber sabido que Alanna te encontraría.

Él se echó a reír. –Recuerdo la primera vez que te traje para cenar. Le preguntó a su madre si podía quedarse contigo.

Me reí. –¿Eso hizo ella?

–Sí. Ella era una niña solitaria. No había otras chicas de su edad cerca, y como trabajábamos tanto, nunca conocimos demasiado bien a los vecinos hasta que ella comenzó la escuela.

–Nunca supe eso.

–Mi esposa tuvo que convencerla de que no eras un cachorro. Siempre descansé un poco mejor sabiendo que tú la cuidarías.

Pensé en todas las veces que había hecho eso cuando algunos de los otros muchachos del vecindario le habían tirado piedras o habían sido malos con ella.

Le había sacado los mocos a unos cuantos chicos que pensaban que al ser malos obtendrían algo de su atención y, en cambio, se habían ganado mis puñetazos.

Pasé los siguientes veinte minutos hablando de los buenos viejos tiempos con él mientras las chicas preparaban la comida, y luego ellas salieron a reunirse con nosotros.

–¿Cómo fue tu viaje hoy?–, preguntó Alanna.

–Tengo buenas noticias. No tengo que volver mañana. Puedo hacer la última parte por internet.

–Eso es muy bueno–, dijo. –Sé que probablemente ya estás harto de todo el trámite y el largo camino.

–Bueno, de hecho, hoy me llevé a Robert conmigo.

Sus ojos se llenaron de incredulidad y un poco de preocupación. –¿Sí?– Miró a su padre como si no quisiera molestarlo por haber nombrado a mi hermano.

–Sí, finalmente conseguí que se abriera conmigo. Ha estado luchando, pero en realidad parece tener una cabeza decente sobre sus hombros. Él está tratando de mejorar, pero es difícil por estar atrapado donde está. Él se ha estado quedando en la casa de papá porque necesitaba que yo accediera a

venderla también. Le dije que eso es exactamente lo que debería hacer. Voy a ayudarlo a levantarse, y vamos a conseguir un lugar para irnos juntos.

–Estoy seguro de que has acumulado suficientes ahorros del ejército–, dijo el Sr. Patton.

–Sí, señor, lo hice. Tengo eso y mi título para empezar.

–Y un trabajo en nuestra compañía desde el lunes, según me han dicho–. No estaba seguro de si se lo había contado a su padre, así que no había querido mencionarlo.

–Sí señor. Estoy deseando que llegue. Será bueno poner mi título en uso.

–Mi hija ha conseguido un proyecto especial para ti. Captamos a un gran cliente en el que está ansiosa por colocarte, pero supongo que no hablaremos sobre el trabajo esta noche. Me estoy tomando el día libre–. Me dio un guiño y Alanna se echó a reír.

–Este día se pone cada vez mejor–, soltó ella.

–Es el mejor día de mi vida–. Agus se acercó y le tendió la mano. –Tengo púrpura, y mi mamá tiene rojo.

Mis ojos se ensancharon. –Esas son unas uñas elegantes. ¿Son naturales?.

–Sí, tonto. Mi mamá dice que soy demasiado joven para las falsas, pero cuando sea mayor, me las pondré.

–Las uñas naturales son las más bonitas–, dijo Alanna, quien levantó las suyas para que la viera.

–Ella sabe que está creciendo–. El Sr. Patton se recostó contra el cojín, y nunca había visto al hombre tan a gusto.

Alanna se acercó al bar y sirvió unas copas. –Sí, también creo que ella está creciendo demasiado rápido. Hoy compramos ropa y tuvimos que buscarle una talla más grande para que le quedara acorde con su estatura.

–Bueno, sé que ha crecido por lo menos dos pies desde la última vez que la vi–, dijo el hombre con tono casi nostálgico. –Sé que necesito venir más a menudo.

Alanna llevó las bebidas a la mesa de café, y su padre y yo brindamos mientras ella levantaba su vaso. –Por los nuevos comienzos. Por ti, Mateo y Robert.

Después del brindis, hicimos una pequeña charla sobre ingeniería y lo que Robert iba a hacer para vender la casa hasta que sonó el temporizador de la cocina.

Tuvimos una buena comida y me di cuenta de que Alanna estaba flotando de felicidad por tener a su padre allí. Agus también parecía estar ilusionada y

contenta.

Necesitaban un poco de alegría por parte de los otros hombres en sus vidas, y aunque Julián no estaba presente, tal vez el viejo ayudaría a compensar su ausencia de una manera en que yo no podía.

Después de la cena, el Sr. Patton se excusó por la noche y, cuando Agus lo acompañó hasta el auto, Alanna los observó desde la puerta.

–¿Todavía enojada con él?–, Le pregunté.

Se dio la vuelta y me sonrió, y fue entonces cuando vi las lágrimas en sus ojos. La tomé en mis brazos y la sostuve. –Sabes, por primera vez, no estoy enojada con él, y se siente bien.

–Me alegro por ti.

Agus se acercó y el coche arrancó en la distancia. Los faros se encendieron y luego el coche se alejó. –¿Mamá? ¿Estás llorando?–. Agus abrazó nuestras piernas y luego Alanna la miró y le apartó el cabello.

–No son lágrimas tristes, Agus. Es de felicidad. Solo necesitaba eso de tu abuelo.

–Me alegro de que él también viniera. Y esperaba que, como es un día especial, podamos ver una película antes de ir a la cama.

–Es la hora de acostarse, Agus. Cenaste tarde y tuviste un largo día.

–Por favor, mamá. No escogeré una larga, y aún estaré en la cama a tiempo.

Le di un codazo y asentí para que Agustina no viera.

–De acuerdo. Supongo que eso estará bien. Pero solo una corta–. Ella levantó su voz cuando Agus corrió a la siguiente habitación para comenzar la película. –Esperaba acostarla a tiempo esta noche.

–Así estará más cansada y no sabrá a dónde se está escabullendo su madre

Me di cuenta de que todavía la tenía en mis brazos y que ella no se había alejado cuando Agus estaba allí.

–En realidad quería hablar contigo sobre algo–. Me lanzó una mirada que me dijo que no estaba segura de algo, y esperaba que no me dijera que no quería seguir entrando a hurtadillas en mi habitación. Sabía que en la mañana había estado nerviosa pensando que Agus se había levantado antes que ella, pero no fue así.

–¿Sucedó algo malo?

Ella se acercó y cerró la puerta principal. –No, en lo absoluto. Es solo que, bueno, Agus mencionó hoy algunas cosas que me hacen pensar que sabe que nos gustamos y que tú podrías estar interesado en mí. Quiero tomarme las cosas con calma en lo que a ella respecta, pero quería que lo supieras. Ella se

da cuenta más de lo que pensamos.

–Tenía la sensación de que ella lo notaría. No creo que sea algo malo y escucha, Alanna. Yo estoy feliz. ¿Tú estás feliz?

–Por primera vez en años, sí, Mateo, lo estoy. Tanto que temo que todo se termine. Prométeme que eso no pasará.

–Lo prometo. No voy a ninguna parte. Bueno, aparte de conseguir mi propio lugar, pero ya sabes, no lejos de ti.

–Bien–. Ella dio un paso hacia atrás y yo besé su mejilla, con ganas de hacer más. Busqué en sus ojos. –¿De verdad crees que te vas a deshacer de mí tan fácilmente?

–Espero que no–. Levantó la mano y me apartó el pelo, que estaba empezando a ser un poco más largo de lo que me gustaba.

Agus nos llamó desde la habitación de al lado. –¿Vienen o qué?

–Ya vamos–, exclamamos al unísono. Luego, ella se dio la vuelta y me dio un profundo beso que me tomó por sorpresa. Cuando ella se separó, demasiado pronto, sonrió. –Eso debería durar hasta que se quede dormida–. Con un guiño, se volvió y tiró de mi mano para llevarme a la sala.

No pude evitar pensar en lo emocionante que había sido el día. No solo me había reconectado con mi hermano y hecho planes que mejorarían nuestra relación futura, así como nuestras vidas, sino que Alanna se había reconciliado con su padre, y ella y Agus estaban felices. También fue el primer día que me alegré de estar fuera del ejército, incluso si hubiera estado en mis mejores condiciones.

Capítulo 26

ALANNA

Los últimos días habían sido increíbles, Mateo y yo nos hemos vuelto más sutiles que nunca. Sabía que pronto, tendría que dejar que Agus se enterara de lo que estaba pasando y, con suerte, podría mostrar un poco más de afecto hacia él en su presencia.

Estaba en mi oficina, aguardando el fin de semana que me esperaba, cuando mi padre entró. Mi corazón se hundió. Contuve el aliento, esperando que no me pidiera que trabajara el fin de semana como solía hacerlo los viernes, pero afortunadamente esa no era su intención.

Se paró justo dentro de la puerta y la mantuvo abierta un poco. –Solo quería decirte que mañana iré a visitar a mi amigo Sam de la universidad.

–Eso es maravilloso, papá. Espero que la pases bien.

–Sí, creo que lo haré. Hemos hablado de reunirnos desde hace un tiempo, y su esposa se ofreció a hacerme el pastel que solía hacer tu madre. Ella le dio la receta

Sonreí. –Eso suena maravilloso. Ahora estoy arreglando las asignaciones de Mateo.

–No puedo esperar para empezar a trabajar con él. Ese es un joven excepcional, y realmente le hizo bien el ejército. Espero que pueda enderezar a ese hermano suyo.

–Yo también lo espero. Si alguien puede, es él. Habla como si Robert realmente quisiera cambiar. Ah, y gracias por no recordar lo del problema del buzón. Creo que eso solo lo habría avergonzado—. Saber que mi padre había aprobado a Mateo hizo toda la diferencia en el mundo y reafirmó mi creencia de que se suponía que debería haber estado con Mateo todo el tiempo.

–Me imaginé que saldrías de aquí temprano hoy.

–No, voy a salir un poco tarde–, le dije. –El gerente del proyecto Helix tuvo que programar una reunión posterior a lo normal.

–Bueno, no te retendré. Que tengas un buen fin de semana–. Papá abrió la puerta y se detuvo antes de irse. –¿Necesitas que busque a Agustina?

–No, Mateo la está recogiendo–. Levanté la vista y sonreí, y cuando papá se giró para irse, se detuvo a hablar con alguien. La voz mandó escalofríos por

mi columna.

Julián estrechó la mano de mi padre y papá nos dejó solos, sin saber cuánto tiempo había pasado desde que los dos nos habíamos hablado unas pocas palabras. Entró como el gato que se comió el canario, sonriendo como un tonto hasta que cerró la puerta detrás de él.

–¿Qué demonios estás haciendo aquí, Julián? Te pedí que no vinieras a la empresa–. Me levanté de mi escritorio y caminé para mostrarle el camino de salida.

Levantó su mano a la defensiva y se paró frente a la puerta para que no pudiera abrirla. –Necesitaba verte de inmediato, Lanna–. Él había empezado a llamarme así, igual que mi padre, y siempre había odiado cuando provenía de su boca. Era como lija raspando contra mi cerebro.

Me crucé de brazos. –¿Por qué? ¿Tu chica te ha dejado? ¿Necesitas dinero? No estoy en el negocio de ayuda, y hasta que no hagas un esfuerzo por ver a tu hija, no tengo nada que decirte.

–Me he estado alejando porque no es fácil. Te extraño. Quiero que resolvamos las cosas.

Solté una risa. –¿Oh? ¿Esa pequeña novia tuya te dañó la camioneta o algo así? ¿Sabes?, la vi conduciendo por la ciudad el otro día. ¿Supongo que encontró a alguien con una más grande?

–Esa no era mi novia. Ella era solo una amiga, y no significaba nada para mí–. Sus ojos oscuros y sexys me cautivaron una vez, pero ya no. Nunca había conocido a nadie tan deshonesto, y me esforcé mucho en no perder la paciencia o dejar que me afectara. Ya no quería que él tuviera ese tipo de poder sobre mí.

–Sabes, realmente me importa una mierda, Julián. Me divorcié, ¿recuerdas? No tenemos ninguna relación.

–Eso necesita cambiar. Quiero que nos volvamos a ver y tratemos de ser una familia para Gus.

–Agustina es la única que te necesita, no yo.

Se acercó, y retrocedí unos pasos.

–Vamos, Lanna. Soy yo. Me amaste una vez; Puedes hacerlo de nuevo. Sé que podríamos tener una vida mejor, los tres–. Él avanzó de nuevo y yo retrocedí contra mi escritorio. Sus brazos me rodearon y descansaron sobre mis hombros. Sabes que me extrañas. Extrañas lo que puedo hacer por ti.

Pasó su dedo por mi mejilla y luego tocó mis labios. Cerré mis dientes, mordiéndolo tan fuerte que él se echó hacia atrás. –¡Hija de puta!– vociferó.

–No pongas tus malditas manos sobre mí, Julián. No necesito nada que tengas que dar. Para tu información, ahora estoy saliendo con Mateo.

–¿Mateo Burke? ¿Mi viejo amigo, Mateo? ¿Estás bromeando? ¿Ha vuelto a la ciudad?–. Entrecerró los ojos mientras yo asentía.

–Sí, él está de vuelta en la ciudad y tenemos un romance.

Julián puso los ojos en blanco. –Por favor, ese tipo siempre ha estado buscándote. Él sabe que eres adinerada y probablemente está buscando su tajada.

–No, ese eres tú.

–Si crees que puedes meter y sacar hombres de la vida de Agustina, estás loca. Nunca dejaré que eso suceda. Entonces, será mejor que no le hagas eso a mi hija.

–¿O qué?– Pregunté. –No tienes nada que decir sobre a quién traigo a la vida de nuestra hija, y para tu información, él ya está viviendo en mi casa de huéspedes hasta que consiga su propio lugar.

–Oh, ya veo cómo es. Tienes a tu hombre cerca para poder cogértelo. ¿Rápido acceso, no?

–Siempre has estado celoso de él, ¿verdad? Porque él le agrada a la gente, y tú ya no le gustas a nadie. Él también ha hecho algo por sí mismo, mientras que tú no has llegado ser otra cosa más que... no has llegado lejos. Y lo que realmente te molesta es el hecho de que sabes que es un buen hombre, y que podría ser mejor para Agus de lo que tú podrías ser.

La expresión de Julián se oscureció. –Él no puede reemplazarme. Agus me necesita en su vida. No a un perdedor que ni siquiera puede mantenerse en contacto con sus amigos. El se fue y nunca miró hacia atrás. Esa es la clase de amigo que fue. Él también te dejará. Y cuando lo haga, no te preocupes, Alanna, puedes venir a llorar en mi hombro. Te daré un poco de mi pene cuando él te rompa el corazón.

–Vete a la mierda y sal de mi oficina–. Mi voz estaba llena de agallas cuando dije las palabras. Él sonrió como si supiera que me había dado un golpe bajo.

Se dio la vuelta y caminó hacia la puerta. –Lo digo en serio, Alanna. No lo quiero solo con Agustina. Tú no lo conoces más que yo.

Era ridículo, y sabía que si había alguien en quien pudiera confiarle a Agus, era a Mateo. Los celos de Julián eran tan transparentes como patéticos. –Es el mismo hombre que siempre ha sido: mejor que tú. Si no fuera por nuestra hija, desearía haberme casado con él en lugar de contigo.

—Él te dejará. ¿Sabes por qué? Por la misma razón que te dejé yo. Porque eres como tu padre. Eres fría y sin amor, y pones el trabajo por encima de todo lo demás. Por eso tuve que engañarte. Estabas tan ocupada tratando de impresionar a tu papá que ni siquiera sabías cómo ser una esposa. Necesitaba algo cálido, no una puta fría y helada para acurrucarme en la noche.

Aunque terminé con él, sus palabras me llegaron a lo más profundo. Pasé mucho tiempo tratando de asegurarme de que las facturas se pagaran y de que tuviéramos un lugar mejor para vivir porque él ya estaba traicionándome. Podría engañarse a sí mismo pensando que no tenía otra opción, pero yo había tratado de darle todo, y él fue quien lo estropeó.

—Di lo que quieras—, le dije.

—Regresé aquí buscando paz, pero eso está fuera de la mesa ahora.

—Sobreviviré.

—Veré a mi hija. Y no creas que puedes alejarla de mí. No he estado pendiente por el trabajo, pero ahora que todo está arreglado, iré a buscar a Gus para mis visitas.

—Bueno. Ya era hora—. Haría feliz a Agus si lo hiciera, y podría soportarlo para hacerla feliz. —No olvides que también tienes los miércoles—. Él nunca se molestó en buscarla esos días.

—Oh ya veo. ¿Ahora vas a presionarla para que tú y Mateo puedan pasar más tiempo solos juntos? ¿Agus sabe que estás con él?

—No, ella no lo sabe. No tardaremos en decírselo, pero lo estamos manejando. Y en cuanto a nuestro tiempo a solas, es solo eso: nuestro tiempo a solas. No soy tu esposa, y también tengo derecho a la felicidad.

—Eres egoísta, al igual que tu padre. Siempre lo has sido—. Me miró de arriba abajo mientras caminaba hacia la puerta y se detuvo.

—Vete—. Me di la vuelta y volví a mi escritorio, aunque estaba temblando.

—La verdad duele, ¿no es así?—. Abrió la puerta y luego salió, cerrándola como si no hubiera nadie más en el edificio que nosotros.

Estaba tan avergonzada de que se hubiera presentado a la oficina, y sabía que tendría que decirle a Mateo lo que estaba sucediendo porque tenía la sensación de que iba a ir por Agus para una visita y no quería que hubiese ningún problema.

Estaba tan afectada que me levanté y me acerqué a cerrar la puerta para que nadie más pudiera entrar en mi oficina. Me apoyé contra la puerta y con mi cara entre las manos comencé a llorar.

Por qué tenía que ser tan imbécil, eso me sobrepasaba. Hice todo lo que

pude por nuestra hija y por él, y sí, quizás pude haberme aferrado a mi trabajo cuando podía, pero era solo para estar lejos de él y no de nuestra hija. Era para escapar del hecho de que el único hombre con el que había estado nunca estaba contento conmigo y estaba más interesado en meter su pene en cada chica que conocía.

Él había pasado mucho tiempo con Agus cuando era pequeña, ayudándome por largas horas, pero por eso había sido un santo. Sabía que él estaba enviando mensajes de texto a otras mujeres y que las vería después de que yo iba a dormir, y simplemente lo dejaba pasar, no quería que las cosas se pusieran terribles en casa para nuestra hija. Al igual que mi madre había pasado todos esos años, sonriendo y fingiendo que nada estaba sucediendo.

Dejé correr las lágrimas porque estaba sola, sabiendo que no podría llorar delante de Mateo o Agus. Necesitaba que Mateo mantuviera su promesa de no hacerle nada a Julián y sabía que Agus me había visto llorar lo suficiente durante el último año de mi matrimonio como para seguir haciéndolo.

Después de unos veinte minutos de estar contra la puerta y secarme los ojos, me aparté y me senté en mi escritorio.

Traté de recuperar la compostura y juré no dejar que ese imbécil me hiciera llorar de nuevo, incluso si las lágrimas eran por mi deseo de matarlo, en lugar de cualquier tristeza por haberlo perdido, que se había desvanecido hacía mucho tiempo.

Miré la hora y supe que todavía faltaba una media hora para mi reunión. Con suerte, mis ojos enrojecidos volverían a la normalidad, y nadie se daría cuenta de que finalmente ese día me había desahogado.

Lo último que quería era que mi llanto regresara estando frente a mi padre.

Capítulo 27

MATEO

Odiaba que Alanna tuviera que trabajar hasta tarde un viernes, pero no era como si no hubiéramos pasado tiempo juntos. De todas formas, todavía estaría en casa justo para ver una película con Agus antes de que se acostara. Entonces ella era toda para mí.

No me importaba compartirla, y además, Agus era una niña estupenda. Ella hizo que apoyarla fuera fácil, también, y me encantaba dibujar una sonrisa a su cara.

Me sentí como un gigante. ¿De verdad, la escuela siempre había sido así de pequeña? Alanna y yo habíamos asistido a la misma primaria en nuestros días.

Fui a la oficina donde me saludaron unos pocos asistentes de aspecto más joven, y aunque solo tenía ojos para Alanna, no pude evitar pensar que el personal era mucho más atractivo y joven que mis tiempos. .

Esto solía ser una oficina de señoras mayores, una incluso tenía el cabello teñido de azul, pero estas señoras tenían mi edad y, aparentemente, no solían atender a muchos hombres en el mostrador. Se tropezaron unas con otras tratando de ayudarme.

–¿Puedo ayudarlo?–, Preguntó la primera en llegar al mostrador, quien me miró de arriba abajo. –Estoy aquí por Agustina Adams–, le dije.

–Oh por supuesto. La Sra. Adams llamó para decir que su amigo recogería a Gus hoy–. No había escuchado a nadie que la llamara Gus antes, pero supuse que eso tenía sentido.

–Sí, ella está trabajando hasta tarde.

Una de las otras damas se apoyó en el mostrador. –¿Eres el tío de Gus?

–No, soy el novio de la madre de Gus.

Las tres intercambiaron una mirada, y una de ellas volvió a su asiento mientras las otras dos se quedaron quietas.

–No sabía que Alanna Adams tenía un novio. La última vez que estuvo aquí hace unas semanas, me contó que no estaba interesada en tener citas.

Me pregunté si tendría que explicarme o si ella iba a llamar a Gus. La otra se acercó al intercomunicador. –¿Ustedes dos se acaban de conocer?

–No, nos conocemos desde hace mucho tiempo–. Las dos intercambiaron

más miradas, pero finalmente una llamó a Agustina a la oficina. –¿Debo firmar su salida?– Le pregunté a la persona que todavía me miraba como si fuera su próxima comida.

–Por supuesto. Use la computadora allí. Me di la vuelta y busqué en las páginas correspondientes para encontrar su nombre y noté que solo Alanna y Julián tenían permiso para recogerla. La mujer seguía mirándome mientras terminaba.

–Sólo esperaré aquí–. Me di la vuelta y salí, y la que estaba inclinada hacia la parte superior del mostrador se despidió de ella.

–Espero que nos veamos de nuevo. Gus es una niña muy afortunada, y también lo es Alanna.– Me giré mientras me guiñaba un ojo.

Esa fue una experiencia muy diferente de lo que esperaba. Me acerqué y miré algunos dibujos que los niños habían hecho, colgados en el pasillo. Algunos eran realmente asombrosos, y otros no tanto. Revisé algunos nombres mientras esperaba, buscando algún trabajo de Agustina.

–¡Mateo!– Escuché su voz antes de sus pasos, y luego corrió para darme un gran abrazo. –¡No creí que pudieras venir a buscarme!

–Sí, tu madre está con un cliente, pero pronto llegará a casa. Le dije que tú y yo iremos al mercado y prepararemos la cena.

–¡Genial! ¿Me enseñarás a cocinar?

–Te enseñaré lo que pueda. Pero voy a necesitar tu ayuda en el automercado–. Me dedicó una gran sonrisa y luego se acercó y señaló un dibujo al otro lado del pasillo.

–Este es el de Josefa. Ella es mi mejor amiga, y este otro ...–Caminó unos pasos por el pasillo,– Es el mío.

No podía creer lo bueno que era el dibujo. Su pintura superaba a la de los otros niños. –Eres una artista increíble, Agustina. Realmente deberías continuar haciendo arte. Serás una maestra cuando crezcas– Extendí la mano y tomé la suya, y era tan pequeña en comparación con la mía. Cuando pasamos por la oficina, me di cuenta de que las mujeres seguían mirando y les saludé con la mano al pasar.

Saqué las llaves del auto y, mientras caminaba con Agustina por el patio de la escuela hasta el auto de su madre, ella dejó caer mi mano. –¡Papi!

Al principio, no capté, pero luego miré hacia arriba para ver a su padre, mi ex- mejor amigo, Julián, de pie junto al auto.

–Oye, ahí está mi niña–. Extendió los brazos y Agustina corrió a abrazarlo. Mi corazón se detuvo cuando me di cuenta de que podría intentar llevársela y

lo enojada que Alanna estaría, no solo con él, sino seguramente conmigo.

–Qué tal, Julián.

–¿Eso es todo lo que tienes que decirme, Mateo? ¿Después de diez largos años?

Él besó a Agus en la mejilla, y luego ella abrazó su cuello.

–Papá, conoces al amigo de mamá, Mateo, ¿verdad?– Ella se acercó a mí, pero Julián no la soltó.

–Por supuesto que sí, Gus–. Me lanzó una mirada aguda, y sus ojos se clavaron en los míos. Sostuve su mirada fija sabiendo su intención.

–Papá, ¿vienes a buscarme para el fin de semana?– Agus no parecía muy emocionada por eso. –Porque Mateo y yo vamos a preparar la cena para mamá esta noche.

Julián hizo una mueca y luego fingió una sonrisa feliz para su hija. –Eso es bueno, cariño. Tendrás tu cena. Solo quería pasar y asegurarme de que estás bien y decirte que te amo y que te veré el miércoles. Luego vendrás el próximo fin de semana y te quedarás hasta el domingo como lo hacías antes–Volvió la cabeza, y su sonrisa se desvaneció, sus ojos se oscurecieron con una mirada de desaprobación.

–Está bien, papá.– Ella abrazó su cuello, y luego él se apartó.

Pulsé el botón del llavero del Land Rover y abrí las puertas. –¿Por qué no vas y entras en el auto, Agustina?

–Sí, entra en el coche, cariño, me tomaré un momento para hablar con tu tío Mateo.

Agustina se subió al auto y luego me dirigió una mirada extraña.

Sabía lo que Julián estaba haciendo, confundiendo a su hija para molestarme. Y como le había prometido a Alanna que no lo lastimaría, solo me enojé aún más.

Una vez que su hija estuvo segura en el asiento, cerré la puerta y me moví al frente.

–¿Qué demonios estás tratando de hacer, Mateo?– Estaba tan arrogante como siempre, y crucé mis brazos, solo para evitar moverlos.

–Solo estoy ayudando a Alanna–. Quería decirle que debería ser él quien la ayudara a ella y a Agustina, pero no, iba a empeorar las cosas.

–Me parece que te estás entrometiendo en la vida de mi esposa.

–Tu ex esposa. Por lo que he oído, has estado divorciado por casi un año.

–Nos hemos divorciado, pero eso no significa que no hayamos estado juntos, y no significa que no quiera resolver las cosas.

–Ella ha terminado contigo, Julián. ¿Por qué empezar con problemas solo porque estoy de vuelta? Siempre hemos sido amigos. Mantengámoslo de esa manera.

–Un amigo no aparece después de diez años y comienza a tirarse a mi mujer. A pesar de ser amigo de ella, también eras amigo mío.

–Yo no era tu amigo, Julián. Te toleré. Era la verdad. Hubiera dejado de ser tu amigo mucho antes de diez años si no hubiera sido por Alanna.

–Vete a la mierda, hombre. Todo lo que estás haciendo es entrometerte y confundir a mi hija. Ella tiene un padre. Si necesita que la lleven a casa desde la escuela, Alanna sabe que puede llamarme. Ella solo está enojada conmigo por mi última novia, por eso me ha estado ocultando a Gus.

–Esa no es la versión que he escuchado, y confío en lo que Alanna dice—. Odiaba cuestionarla, pero realmente esperaba que él no estuviera diciendo la verdad. Alanna me había dicho cómo eran las cosas, y no tenía ninguna razón para creer que ella estaba mintiendo.

Julián levantó las manos y retrocedió. –Ya veo como es, hombre. Ella te está dando de lo que tiene entre sus piernas, y ahora se te ha subido a la cabeza.

–Estás desubicado, Julián. Lo que estoy haciendo con ella, no es asunto tuyo.

–Ella solía decirme cómo sentía lástima por ti. No pensé que ella te compadecería lo suficiente como para salir contigo—. Él negó con la cabeza y me miró con lástima.

–¿Ya terminaste? Pareces maestra de colegio, hombre. No tengo tiempo para esto. Tengo que llevar a Agustina a casa.

–O podría llevármela yo, y podrías cogerte a su mamá tranquilo. ¿Qué te parece? –Sus ojos se estrecharon, pero no hizo un movimiento para cercarme.

–Tendrás que hablarlo con Alanna, no conmigo. Ella quería que llevara a la niña a casa, y eso es lo que voy a hacer—. Mi sangre estaba bombeando, y me estaba preparando para una pelea. El imbécil no sabía con quién diablos estaba jugando.

–Bueno. Sabes, ni siquiera voy a discutir contigo porque mi hija está aquí y la amo. Pero no olvidaré esto. Creo que es una mierda la forma en que intentas tomar lo que es mío. Lo que siempre ha sido mío.

–Supéralo, Julián. Si tienes un problema, háblalo con Alanna. Me di la vuelta y me dirigí al coche.

–Por cierto, Alanna y yo nos encontramos. Estuvimos solos en su oficina

teniendo una larga y agradable charla sobre el rumbo de nuestra relación. Ella y yo acordamos reconciliarnos, pero dejaré que sea ella quien te cuente todo.

Estaba dando un buen espectáculo, y no le creí ni por un minuto. Alanna me lo habría dicho.

—Ya lo verás, hombre. ¿Cómo crees que me enteré de que estabas aquí? Se volvió y dio unos golpecitos en el cristal.

—¡Papá!— Agustina se volvió y observó a su papá mientras se alejaba. —¿A dónde va? Quería que él fuera con nosotros.

—Él tiene que irse a casa, Agustina—. Odiaba que hubiera sido tan molesto y que no fuera una situación en la que todos pudiéramos llevarnos bien por el bienestar de la niña. También tenía que hablar con Alanna sobre las acusaciones que él había hecho y aclarar las cosas.

Agustina estaba de su lado. —¡Pero quería pedirle que viniera a casa y que cenara con nosotros! Tienes que encontrarlo, Mateo. ¡También tienes que pedirle que venga!— Agustina sonaba como si tuviera pánico, y luego comenzó a golpear la ventana, con ríos de lágrimas cayendo de sus ojos. —¡Papi!

Me sentí tan diminuto. Necesitaba hablar con Alanna, y tenía la sensación de que iba a estar furiosa con Julián cuando se enterara de lo que había sucedido, pero sobre todo, necesitaba saber si realmente ella lo había visto a él.

¿De qué otra forma sabría él que yo iba a buscar a Agustina? Quizás solo tuvo algo de suerte.

—El tenía que irse Agus; lo siento. Pero iremos al mercado y haremos la cena. Tendremos una buena tarde. Nos divertiremos

Estaba tratando de calmarla, pero tenía poca experiencia con los niños. Quería que su madre estuviese allí para decirle que todo estaría bien y reconfortarla. Vi la hora y me pregunté si sería muy temprano para llamar a Alanna. Ella tenía una reunión importante, y si la llamara con esto, podría arruinar las cosas para ella. Ni lo mencionaré. Solo me haría sentir horrible por no poder manejarlo yo mismo.

Para cuando llegué a la tienda de comestibles, la pequeña había recobrado la calma y los ojos ya estaban sin lágrimas para ayudarme a comprar.

Cuando llegamos a la casa para comenzar a cocinar, parecía como si nada hubiera pasado.

Capítulo 28

ALANNA

Mi reunión se había prolongado más de lo que pensaba y temía tener que contarle a Mateo la visita de Julián a mi oficina. Cuando marqué su número, decidí no decirle nada hasta después de la cena, cuando tuviéramos algo de tiempo solos.

–Por favor, dime que vienes de camino a casa–. El sonaba un poco estresado, y me pregunté si Agus le había dado algún problema.

Dejé escapar un largo suspiro y me pasé la mano por el pelo. –Voy en camino ahora. ¿Cómo está Agustina?

–Está parada en el taburete de la barra, mezclando una ensalada. ¿Estuvo todo bien con la reunión?– Me imaginé que podía deducir que estaba algo agitada por mi voz.

–Sí, todo está genial–. Tan pronto como las palabras salieron de mi boca, supe que probablemente no debería haberlo planteado como algo extraordinario, pero odiaba que él se preocupara. Ya me había ayudado bastante con Agus y la cena.

–¿Estás segura?

–Sí estoy segura. Estoy cerca.

–Hasta pronto entonces. La cena estará sobre la mesa.

La llamada se cortó y no pensé en nada. Probablemente se sentía abrumado por cocinar y tener una niña con quien lidiar.

Me apresuré a casa y me sorprendí cuando llegué y vi a Mateo solo en la cocina. –¿Dónde está Agus?

–Ella está arriba. Quería ponerse su vestido de princesa para la cena. No pensé que te importaría–. Se volvió hacia la estufa donde acababa de sacar el pan del horno. –Todo lo demás está sobre la mesa.

Me puse detrás de él y rodeé su cintura con mis brazos, apoyando mi mejilla en su espalda. –Huele genial. ¿Arreglaste la mesa del comedor de modo formal?.

Su espalda se puso rígida. –Sí, supuse que esto debería ser una cena especial, por ser la última aquí.

Lo dejé ir, y él se volvió y caminó hacia el mostrador opuesto.

–¿La última? ¿Qué quieres decir? ¿Ya encontraste otro lugar donde vivir?–. Esta tenía que ser la causa de la tensión.

–No, pero lo haré. El refugio todavía tiene espacio para mí, pero podría ir a ayudar a Robert con la casa y quedarme allí. Cuanto más rápido la limpiemos, más rápido podremos venderla.

–Pensé que harías eso pero que te quedarías aquí conmigo hasta que encontraras un lugar permanente–. Mi corazón se hundió, y me di cuenta de que debería haber hecho más para consolidar lo que tenía.

Se volvió, sus ojos me miraron con suspicacia. –¿Pasó algo en el trabajo hoy?

Me había olvidado lo bien que me conocía. Era difícil ocultarle algo cuando estaba sintonizado conmigo. Pero antes de que pudiera decirle, Agustina bajó las escaleras, sus tacones altos de plástico cayeron al suelo. – Hablaremos más tarde.

Sacudió la cabeza. –Sí, debemos hacerlo.

Agarré el plato de pan, pero él lo tomó. –Solo siéntate y deja que me encargue. Es lo menos que puedo hacer para pagarte.

Antes de que pudiera decirle que no había problema, Agus finalmente se acercó al mostrador y tomó mi mano. –Vamos, mamá. Vamos a la mesa.

Ella tiró de mi brazo, y fui al comedor a sentarme con ella mientras Mateo se demoraba en la cocina.

–Ojalá papá hubiera venido a comer con nosotros–, dijo, mientras sacaba mi silla.

Pensar en Julián y su mal genio me dio escalofríos. Me alegré de no tener que tratar con él en este momento. –No creo que quiera comer con mamá y Mateo, hija.

Agus tuvo una mirada de confusión, sus pequeños ojos se entrecerraron y ella curvó sus labios. – El es amigo de Mateo.

–Eso fue hace mucho tiempo–. No quería que ella pensara que Julián iba a comenzar a rondarnos, y aunque pensé que podría aparecerse para su próximo fin de semana de visitas, no quería decirle eso y darle sus esperanzas.

–No, mamá. Ellos hablaron hoy. Papá vino a vernos a la escuela–. Me sentí congelada cuando me di cuenta de lo que estaba diciendo y de que Julián debió haber salido de mi oficina y fue a verlos a la escuela. Debe haberme escuchado diciéndole a mi padre que Mateo recogería a Agustina de la escuela cuando salió de mi oficina.

Los pasos de Mateo sonaron detrás de mí, entró con el pan y se sentó frente

a mí, poniendo a Agus en la cabecera de la mesa.

–¿Julián estaba en la escuela hoy?– No sabía por qué no lo había mencionado, pero luego, eso explicaba su mal humor y estaba segura de que no quería que Agustina lo viera enojado.

Mateo acercó su silla a la mesa. –Sí, él y yo tuvimos una charla.

–Estoy segura de que los dos tenían mucho de qué hablar para ponerse al día.– Volví mis ojos hacia Agus, quien estaba sentada de rodillas y desplegando su servilleta.

–Te lo dije, mamá. Pero luego se fue, y ni siquiera pude invitarlo a cenar–. Ella hizo una mueca triste.

–Estoy segura de que él entendió, bebé. Llamaremos a papá más tarde, ¿De acuerdo? –Le di una sonrisa forzada, y me costó un gran esfuerzo hacer que las comisuras de mi boca se levantaran.

Mateo extendió la mano y cortó un trozo de carne para Agustina. Luego él tomó su plato y le sirvió un poco de puré de papas con salsa a un lado. – ¿También quieres judías verdes?

–Sí, por favor–. Nos miró a uno y luego al otro, y noté que no estaba segura de que todo estuviera bien.

Lo que sea que se hubieran dicho, Mateo estaba distante conmigo. Supuse que Julián había dicho algunas cosas horribles, pero sobre todo, estaba segura de que había amenazado a Mateo o algo peor.

–El asado se ve bien, Mateo. Gracias por preparar una cena tan encantadora y por tu ayuda con Agus. Te superas cada día– Esperaba levantar un poco el ánimo, aunque solo fuera por Agus.

–Está bien. Es lo menos que puedo hacer por haberme quedado aquí.

–No me debes nada por eso. Me alegro de que hayas venido para quedarte con nosotras–. Nunca quise que él se sintiera en deuda.

Nos sentamos y conversamos un poco durante la cena, y mientras Agus iba a bañarse y a prepararse para la cama, nosotros limpiamos y nos juntamos en el fregadero.

Mateo llevó nuestros platos sucios, y yo puse mi mano sobre la suya mientras los sumergía en el agua. –¿Vamos a hablar de esto?

–¿Hablar de qué exactamente?– Se encogió de hombros. –¿De tu ex, o de que me iré?

– Sobre Julián, y el hecho de que vino a la escuela.

–Oh, ya veo–. No capté lo que estaba diciendo y no podía creer que él no pensara que era un gran problema.

–Sí, creo que deberíamos hablar sobre lo que se dijeron. Quiero decir, ¿Qué te dijo él?.

Mateo se dio la vuelta y sacó el trapo de la barra. Luego tomó el vaso enjuagado del escurridor y lo secó. –No le gusto en la vida de su hija, y no quiere que la confunda.

Así que eso fue lo que pasó. Julián era un imbécil.

–Eso es una completa estupidez. Entonces si estaba bien que él trajera novias a nuestra casa para hacerles Dios sabe qué mientras yo estaba en el trabajo y Agus era una bebé, ¿y ahora él viene a preocuparse por lo que hagamos nosotros?.

–¿Hay un nosotros?– La mirada en su rostro me dijo que realmente no le importaba si había un nosotros o no. Me detuvo su frialdad. Dejé caer el plato que estaba frotando de nuevo en el fregadero y me limpié las manos.

–¿Cómo puedes decir eso? ¿Qué te dijo?

Mi corazón se aceleró mientras apretaba mis dientes.

–Dijo que había estado en tu oficina. Que ustedes dos tuvieron una agradable y larga charla.

–Sí, estuvo, y hablamos, pero eso fue todo.

–¿Y no pensaste en llamarme y advertirme que él había estado cerca y que podría aparecer en la escuela? Agus estaba llorando, y ni siquiera podía llamarte por tu reunión.

–Si hubiera pensado que él haría eso, te habría llamado. ¿Espera, qué? ¿Agus estaba llorando? ¿Le dijo o le hizo algo?.

–No, la verdad él no parecía muy preocupado por ella mientras me ponía en mi lugar frente a toda la escuela. Pero me imagino que ese es tu problema ahora.

–No sabía que iba a aparecer, Mateo. En serio. Lamento mucho lo que pasó.

–Me hizo sentir como un maldito rompehogares, Alanna. Deberías haberme dicho que vino y que tú y él intentaban reconciliarse por la niña. No quiero entrometerme en eso.

–¿Reconciliarnos? ¿Estás loco? ¿No me oíste? Te he contado todo lo que pasó entre nosotros.

–Dijo que hoy estuvieron de acuerdo en que necesitaban resolver las cosas entre ustedes.

Negué con la cabeza –Estuve de acuerdo en que necesitamos trabajar juntos por nuestra hija, Mateo. Eso es todo. Tienes que creerme. No quiero a nadie más que a ti.

–¿Por qué no me lo dijiste?–, Preguntó.

–Lo iba a hacer más tarde. No quería arruinar la cena o incomodar a Agus.

–Demasiado tarde. En caso de que no lo hayas notado, ha estado incómoda toda la tarde.

Me recordó a Julián cuando me acusaba de no prestar suficiente atención a nuestra hija debido al trabajo.

–Voy a hablar con ella. Gracias por la cena, pero terminaré los platos sola–. Tomé el trapo de sus manos y lo arrojé sobre el mostrador.

–Bien, necesito empacar.

–¿Te vas esta noche?

–No veo ninguna razón para quedarme. Esto nunca va a funcionar con Julián en el medio.

–Él va a ver a su hija, Mateo. Sabías que eso era una posibilidad.

–No sabía que él todavía te quería. No sabía que tendría problemas si yo estaba aquí, y no sabía que estaría interfiriendo en la relación entre Agus y él. No voy a jugar al metiche. No lo soy, y no vale la pena.

–Excelente. Yo no lo valgo. Has expresado tu punto de vista, alto y claro. Me volví hacia el fregadero y él vaciló un minuto.

–Eso no fue lo que quise decir.

–No importa–. Abrí el grifo y enjuagué otro plato, y él atravesó el mostrador y salió por la puerta trasera. Miré por la ventana de la cocina sobre el fregadero cuando entró en su casa y, un momento después, se encendió la luz del dormitorio.

Terminé en la cocina y luego subí para poner a Agus en la cama. Estaba vestida con su pijama de princesa y ya se había subido a su cama, para sentarse y peinar su cabello húmedo.

–Papá dijo que vendrá a verme el miércoles. Iba a preguntarle si él y Mateo podían llevarme a pescar ya que solían ir juntos.

–Lo hicieron, pero eso fue hace mucho tiempo, y las cosas cambian. La gente cambia, Agus, y no estoy segura de que tu padre y Mateo sean tan amigos como antes

–Ojalá lo fueran. Nos divertiríamos.

–Lo sé bebé. Acuéstate y duerme un poco. Ha sido un día largo–. Me sentí horrible sabiendo que no había estado allí mientras ella lloraba, pero tampoco era que no compartiéramos tiempo juntas.

No estaba ausente como mi padre. Claro, volví al trabajo tan pronto como pude y tuve a Agus en la guardería, prematuramente, pero estaba en casa por la

noche y casi todos los fines de semana, y ahora estaba decidida a hacerlo mejor.

Además, Julián no daba espacio para hablar. De los dos, él había sido el que nos rondaba a ambas pero nunca estaba en casa. Me levanté de la cama de Agus, bajé a la puerta de atrás y crucé el patio trasero hacia la casa de huéspedes donde todavía estaba encendida la luz del dormitorio.

Llamé a la puerta, pero cuando él no respondió, entré y lo encontré en el dormitorio. –Estoy casi listo–. Se puso de pie junto a la cama de espaldas a mí.

–¿De verdad te vas esta noche? No se trata de que Robert venda la casa. Se trata de Julián, ¿no es así?

Se dio la vuelta y dejó escapar un largo suspiro antes de sacudir la cabeza. Ni siquiera podía mirarme a los ojos.

–Son muchas cosas, Alanna, pero sobre todo eso, sí. El tipo me hizo sentir insignificante, y no quiero que Agustina me reclame por el resto de su vida que me metí en la vida de sus padres.

–Esto no es sobre Agustina–, le dije. –En esa casa, hay una niña pequeña que desea que tú y su padre puedan congeniar lo suficiente como para llevarla a pescar. Eso es lo mucho que le agradas, Mateo.

–Bueno, no es probable que eso suceda–. Enrolló sus jeans y los puso en su bolso.

–No, no si no podemos resolver esto. ¿Pero sabes qué? Ve y escápate como hiciste hace diez años. Es lo que mejor haces.

Me di la vuelta y salí corriendo hacia el patio, esperando que él me detuviera, pero no lo hizo. Me dejó seguir, así que lo hice. Subí las escaleras y di un portazo tan fuerte que de seguro despertaría a los muertos.

Capítulo 29

MATEO

Escuché las puertas cerrándose, primero la mía, y luego un ruido sordo desde la habitación de arriba en la otra casa.

No podía dejar que me impidiera mudarme por mucho que en verdad quisiera quedarme y estar con ella.

Sabía que era mejor irme y no mirar atrás por el mayor tiempo posible. Ella había dejado claro que eso era lo que quería, y ni siquiera intentó pedirme que me quedara.

Tal vez en el fondo, sabía que nunca funcionaría la combinación mía con Julián. Los dos deberíamos trabajar juntos para hacer cosas por Agus y Alanna.

Ambos deberíamos unirnos y luchar por ellas como hombres, pero Julián nunca permitiría que eso sucediera, y no podía ser yo quien se entrometiera entre él y su hija.

Esas lágrimas que la niña había derramado por él eran de puro amor, y eso me hizo saber cuánto extrañaba y necesitaba a su papá en su vida.

Terminé de empacar todo y revisé la hora para notar que eran casi las diez y media cuando escuché el sonido de un suave golpe en mi puerta. Al principio, me pregunté si era Alanna, pero luego una suave voz llamó desde el otro lado.

—¿Mateo?

—Agustina—. Me apresuré hacia la puerta y la abrí. —Agustina, deberías estar en la cama.

—Mamá está molesta. Está llorando en su cama—. Agus se daba cuenta de que algo andaba mal con su madre, como una emergencia médica o algo así. —¿Vas a hablar con ella? Se supone que no debo estar fuera de mi cama.

Me sentí aún peor que cuando Agus había llorado por su padre. —No estoy seguro de si ella quiere hablar conmigo.

Agus volvió la cabeza hacia la casa como si estuviera a punto de meterse en serios problemas por estar fuera de su cama. —A ella le gustas, Mateo. Puedes hacer que su corazón se sienta mejor.

Miró a mí alrededor y vio la bolsa en el suelo.

—¿Qué es eso?— Ella señaló detrás de mí, y cuando me di la vuelta, entró y

vio el resto de mis cosas.

–Me voy a quedar con mi hermano por la mañana. Necesita que lo ayude a arreglar la antigua casa de mi padre.

–¿Quieres decir que ya no vas a vivir con nosotras?– Sus ojos se llenaron de lágrimas. Me puse de rodillas y la atraje para un abrazo. –No quiero que te vayas, Mateo.

–Está bien, hablaré con tu madre, pero no puedo prometerte nada–. Sentí algo de pánico hasta que ella dejó de llorar y luego tomó mi mano.

–¿Vas a hablar con mamá ahora? Ella necesita que seas su amigo otra vez.

–Siempre soy amigo de tu madre, Agustina, y tuyo también.

Su carita tenía lágrimas y sus ojos suplicaban. Cómo pudo Julián haberla dejado, era algo que iba más allá de mi comprensión.

–Pero necesitamos que te quedes con nosotras. Mamá ha es feliz otra vez.

–Está bien, pero te llevaré a tu cama. Necesitas dormir un poco.

La levanté y la llevé de vuelta a la casa, y cuando llegué a su habitación, pude escuchar a Alanna moviéndose en la habitación de al lado.

–¿Ayudarás a mamá a dejar de llorar?– Susurró ella cuando la dejé en su cama y luego levanté sus cobijas para arroparla.

–Yo espero que sí. Aunque deberías dormir un poco ahora. A ella no le va a gustar que hayas salido de la casa–. Probablemente nunca volvería a dormir profundamente sabiendo que la niña era tan valiente como para aventurarse fuera de casa en la noche.

–Te quiero, Mateo–. Extendió los brazos, y fue como mirar a Alanna a esa edad. En el corto tiempo que la había conocido, esa niña ya me había robado medio corazón.

–Yo también te quiero, nena–. Lo dije en serio, también. Nunca había estado celoso de Julián por nada o nadie, excepto por Alanna hasta ahora, él tenía la hijita más especial, y me preguntaba si lo sabía.

Me levanté y caminé hacia la puerta cuando ella se dio la vuelta y abrazó a su osito de peluche.

Luego, salí de puntillas y me dirigí a la puerta de la habitación de Alanna.

Toqué suavemente, y sus pasos sonaron cuando se acercó a la puerta. –Deberías estar en la cama–, dijo, inclinándose como si estuviera esperando a su hija. Ella saltó hacia atrás sorprendida. –¿Qué estás haciendo?

–Agus vino y me trajo. Ella dijo que estabas aquí llorando.

Ella sollozó y luego se volteó para sacar una servilleta de una caja al lado de su cama. –Estoy bien–. Se dio la vuelta y se dirigió a la ventana.

–¿Olvidaste con quién estás hablando? Sé todo sobre ti.

Ella se giró y me miró. –Entonces, ¿Por qué no sabes que no quiero que te vayas y que te amo, Mateo?– Se llevó el pañuelo a la nariz cuando crucé la habitación.

No había nada que pudiera decir, pero a veces, las palabras eran innecesarias. Necesitaba mostrarle. La tomé en mis brazos y la sostuve mientras lloraba. Sus lágrimas mancharon mi camisa hasta que estuvo empapada, y aunque no pensé que habíamos resuelto todo, sabía que no iba a ir a ninguna parte. ¿Cómo podría? No a menos que ella me pidiera que me fuera.

–No quiero escapar, Alanna. Ya una vez lo hice. Agustina y tú son razones de peso para quedarme. También vale la pena luchar por eso, y sé que te hice una promesa, pero si él hace llorar a la niña o a ti una vez más, sabrá que estoy hablando en serio.

Su mano golpeó mi camisa, y me abrazó con fuerza como si nunca quisiera dejarme ir. –No quiero que te vayas nunca más. Quiero que te quedes aquí con nosotras. Sé que tienes que ayudar a tu hermano, pero ayudaremos a Robert juntos.

–Él no es tu problema.

–Él no es un problema, Mateo. Es de la familia. Nunca lo has entendido, ¿verdad? Pienso en ti como mío.

–Siempre he pensado en ti como mía–. Puso su cabeza sobre mí, y luego, un momento después, se apartó y tomó mi mano. –Acuéstate conmigo

Caminamos hacia la cama donde se acostó y me llevó con ella. Me acurrugué a su lado y ella se acurrucó más cerca. –Quiero que ambos luchemos por esto–, dijo.

–Yo también quiero eso. Te amo, Alanna–. Me levanté y le di un beso. – Siempre te amaré–. Después de unos pocos minutos de silencio, levantó la vista. –Entonces, ¿Te vas a quedar?

–Sí, y tengo algo que preguntarte. Iba a mencionarlo en la cena, pero estaba muy molesto.

–¿Qué, Mateo?– Sus ojos reflejaban preocupación.

–No es nada malo. Obtuve una medalla del ejército, dos para ser exacto, y querían hacerme una pequeña ceremonia en la base para celebrar. Yo estaba en coma cuando presentaron a los otros hombres con sus candidatos, y pensaron que yo no lo lograría.

–Eres un milagro y un héroe–. Me besó suavemente en los labios y luego se

apartó para darme una amplia sonrisa. –Quiero que Agustina y tú vengan. Es un sábado.

–Nos encantaría. ¿Qué clase de medallas te ganaste?

–La Estrella de Bronce y el Corazón Púrpura–. Realmente no lo había dicho en voz alta, y parecía casi un sueño. Nunca había pensado que me hubieran otorgado esas medallas y deseaba que el terrible ataque nunca hubiera ocurrido.

Sus ojos se iluminaron con comprensión. –Dejaré que le digas a Agustina.

–Gracias–. La besé en el hombro. –Quiero que sepas que amo a esa niña. Ella definitivamente robó un pedazo de mi corazón.

–Mientras guardes algo para mí...–. Me miró a los ojos con todo el amor que había en ella.

–Tienes la mayor parte.– Me agaché y tomé su cintura, luego la levanté. Se sentó a horcajadas sobre mí, se quitó el vestido y luego fue por mi camisa.

–¿Y Agus?–, Le pregunté mientras me quitaba la camisa por sobre la cabeza.

–Vamos a cerrar la puerta. Solo quiero estar cerca de ti–. Se inclinó y me besó, sus pechos y sus pezones apretados contra mí.

Ella hizo el amor con mi boca, nuestros cuerpos acariciando al del otro mientras nuestras manos vagaban y se frotaban, explorándose entre sí. Solo hubo besos pero fue lo más caliente que había hecho en mucho tiempo. Para cuando salimos a tomar aire, estaba tan excitado que había un gran bulto hinchado en mis shorts.

Ella se apoyó contra mí, y antes de que me diera cuenta, sus manos estaban dentro de mi cintura, agarrando mi trasero mientras me alentaba para que me diera vuelta.

–Quítate los–. Ella todavía llevaba sus pantys, así que negué con la cabeza.

–No, tú quítate las–. Deslicé mis caderas y apreté mi pene contra ella.

–Todavía no hemos cerrado la puerta. Agus no puede venir aquí por la mañana y encontrarnos así

Me empujó a hacerlo, y cuando lo hice, le pregunté algo que me había estado quemando. –¿Vamos a decirle sobre nosotros?

–Sí, creo que deberíamos hacerlo pronto, pero primero tengo que resolver este asunto con Julián. Creo que él va a hacer las cosas difíciles para nosotros–. Ella me dirigió una mirada pidiendo disculpa.

–Creo que ambos necesitamos hablar con él. Él tiene en la cabeza que soy un rompehogares.

–Él ha estado fuera de foco durante meses. Es delirante. No quiero hablar de él–. Ella sonrió y señaló mis pantalones cortos. –Quítate los y ven a mí–. Estiró su dedo como un gancho en mi dirección y luego se echó a reír.

–Tú primero–. Miré sus pantys. Ella se las bajó lentamente desde las caderas.

Por la mañana, todo estaba mucho mejor para nosotros.

Capítulo 30

ALANNA

Había anhelado el día en que Mateo pudiera comenzar en LOC, y hoy era ese día. Después de llevar a Agustina a la escuela, nos dirigimos a la oficina donde tenía todo preparado para que él empezara.

Nuestra primera parada fue por la Oficina de Personal, donde Lila estaba hablando por teléfono hasta que vio a Mateo. Ella terminó su llamada tan rápido como pudo.

–Hola, Sra. Patton. ¿Es este nuestro nuevo empleado?.

Quería decirle que ella era una empleada y que Mateo era un socio, pero en cambio, sonreí y tomé su brazo. –Al grano. ¿Tienes los papeles que te pedí?

–Sí, señora.– Ella alcanzó en su escritorio y los consiguió. Luego iluminó su sonrisa para Mateo mientras inclinaba su escote sobre el escritorio. –Todo lo que tienes que hacer es completar estos, y si necesitas que alguien te ayude a examinarlos, avísame. Estoy más que dispuesta a ayudar.

–Gracias–, dijo Mateo. Se volvió hacia mí como si no estuviera seguro de qué pensar acerca de Lila, y sonreí, sabiendo que no era el único.

Tomé su mano y lo llevé a mi oficina, donde le conseguí un bolígrafo y lo puse en mi escritorio para completar su documentación.

–Me gusta este escritorio–, dijo.

–¿Si? Es caoba. Mi padre me lo envió como regalo.

Él lanzó una pequeña risita. –Se ve robusto y muy amigable. Incluso por debajo–. Me lanzó un guiño. –Estoy seguro de que pega contigo.

Sonreí y me incliné sobre el antes de sentarme en el otro lado. –A ti te quedaría mejor que a mí–. No se molestó en levantar la vista de sus papeles. – Pero es mi escritorio, y yo soy la jefa, así que eres tú quien estaría de rodillas, bebé–. Crucé las piernas y él levantó la vista lentamente con una amplia sonrisa.

–Me sentiré honrado–. Firmó su nombre en el papeleo. –Listo.

Me levanté y caminé alrededor de mi escritorio para juntar todos los documentos, aunque podría haberlo hecho desde el otro lado. Simplemente me gustaba estar lo más cerca posible de él, especialmente después de la discusión de la otra noche.

Habíamos tenido una buena sesión, y las cosas volvieron a fortalecerse.

–Tendré que mostrarte un poco más, supongo. Si estás listo—. Tan pronto como las palabras salieron de mi boca, mi padre entró en mi oficina, y me alegré de no haberlo besado como había querido.

–Ahí está mi nueva superestrella. ¿Cómo ha estado tu primera mañana?

–Acaba de terminar su papeleo, papá. Iba a mostrarle los alrededores y presentarle a algunas personas.

–Bueno, podría hacer eso si a él no le importara que el viejo le presente primero a algunos de los mejores jugadores aquí en nuestra compañía.

–Eso sería genial—, dijo Mateo.

–Ya les he contado todo sobre ti, y todos están emocionados de tener un héroe de guerra entre nosotros

–Hablando de eso, quería extenderle una invitación para este fin de semana. Estaré recibiendo mis medallas en una pequeña ceremonia en la base. Mi sargento quería que invitara a las personas más cercanas, y bueno, ya que mi propio padre no puede estar allí, pensé en invitarle.

Mateo no parecía pensar en invitar a mi padre, pero yo me preguntaba si realmente esperaba que él aceptara. Él sabía que no había aparecido en todos esos años, y Mateo había ocupado su lugar en más de una ocasión cuando a mí se me ocurrió invitarlo.

–¿Sabes qué? Me encantaría.

Mi padre tomó la mano de Mateo y le dio una fuerte sacudida. –Vamos, y te mostraré todo. Los muchachos no creerán que también obtendrás medallas. ¿Qué te están dando, hijo?

–La Estrella de Bronce y un Corazón Púrpura

La espalda de Mateo se enderezó cuando se levantó para reunirse con mi padre, y luego los dos me dieron un abrazo y luego se fueron de mi oficina.

Y así me quedé sola. Fui a sentarme en mi escritorio y revisé los informes del día. Cuando terminé, ya había pasado una hora. No estaba segura de si había logrado que Mateo fuera presentado a todos y comenzara su proyecto o no, pero no quería ir a buscarlos todavía.

Había estado luchando contra una decisión desde que Mateo y yo nos habíamos arreglado la otra noche, y ahora era el momento de lidiar con el problema que lo inició. Cogí mi teléfono y marqué el número de Julián.

–Tenía la corazonada de que tendría noticias tuyas luego del fin de semana. Seguro que te tomó tiempo volver en ti.

–Tienes suerte de que no te haya llamado la otra noche, Julián. No hubiera

sido la mitad de agradable si lo hubiera hecho.

–No me digas que todavía estás viendo a ese perdedor, Mateo Burke. El tipo temblaba en sus botas el otro día.

Apreté los dientes para no decir algo que pudiera tornar desagradable la conversación. –Todavía estoy con él, y no vas a cambiar eso. Tú y yo hemos terminado, y lo he dicho una y otra vez. A Agus también le gusta mucho Mateo, así que te agradecería si pudieras dejar de actuar como un novio celoso y ser un padre para tu hija. Ella quiere que ustedes dos se lleven bien y la lleven a pescar.

–Ella tiene que aprender que yo también tengo una vida, Alanna. Quiero decir, sé que ella quiere verme, pero ¿Cómo se supone que voy a tener una vida propia si cada fin de semana lo invierto en mi hija? No puedo llevarla conmigo, y a mis chicas no les gustan que traiga niños.

–¿En serio? Te estoy pidiendo que seas más responsable, y esta es tu excusa? ¿Por qué no puedes?

–Solo he estado pensando. Si tú y ella quieren a Mateo en su vida, entonces háganlo. Pero no esperes que yo esté cerca para verlo. Si la extraño, la veré, pero...

Mi paciencia se quebró. –¡Imbécil! ¿Me estás diciendo que si la extrañas, la verás? Claro que lo harás. ¿En un minuto estás cabreado y tienes problemas con Mateo por mí, y al siguiente quieres actuar como si solo estuvieras preocupado por tus sentimientos? ¿Qué pasa con todas las veces que Agustina quiere verte? ¿Eso no cuenta?

–Tú eres la que me está reemplazando, y no es que ella me extrañe mucho, no con Mateo por allí.

–Esto es tan típico en ti–, le dije. –Esta es tu obligación, no la de él. Ni la mía ni la de Agus tampoco. Espero que lo hagas. Sigue adelante, y ojalá uno de tus amorcitos se quede contigo, así tal vez, y es lo que me gustaría, puedas desaparecer al fin de mi vida. Hasta entonces, no voy a dejar que me detengas. Mateo está alrededor para quedarse. Acostúmbrate.

–Deja de actuar como si fueras quien debe decirme cómo son las cosas, Alanna. Ya te lo he dicho, estoy fuera. No me quedaré mirando como tú y mi hija se van. Puedes hacerlo sin mí.

–Ya lo hemos hecho–. Colgué mi teléfono y respiré profundamente. No podía soportar al hombre y esperaba no tener que volver a verlo nunca más.

Entonces, pensé en Agus. Ella iba a quedar devastada cuando él no apareciera. Si él no aparecía. Todavía había una posibilidad de que lo hiciera,

pero pensé que tal vez era mejor no alimentarle la idea de que lo vería el miércoles. Tendría que decirle que algo surgió. Era todo lo que podía hacer. Lo había hecho un millón de veces antes, diciéndole que su padre estaba ocupado con el trabajo como mi madre siempre me había dicho.

Era mejor eso que dejar que ella pensara cosas horribles sobre él. Pero sabía que cuando ella creciera, ella se decidiría como yo. Si ella tuviera un hombre en su vida como Mateo, tal vez estaría bien. Tal vez ella no tendría la amargura en su corazón cuando se trataba de su viejo como yo si la tuve con el mío.

Pensar en mi padre solo me hizo recordar la invitación de Mateo. Seguro que esperaba que no se presentara después de haberse comprometido para eso tan importante. Miré el reloj de nuevo. Saber que Mateo estaba en algún lugar del edificio solo me hizo querer verlo más. Ya podía decir que tenerlo cerca iba a ser una gran distracción, pero era una distracción bienvenida.

Hice unas cuantas llamadas e intenté olvidar la de Julián. Hice café, esperando ver a Mateo en los pasillos con mi padre. Cuando volví, decidí llevar los papeles a la oficina de Lila. Cuando me acerqué, ella dejó el teléfono.

–Hey, Sra. Patton. ¿Esos son los papeles del nuevo chico? Iba a ver si él es soltero o no—. Ella meneó las cejas y sonrió.

–Él no está disponible, Lila—. Ya me había imaginado que ella estaría interesada. Parecía que tenía un nuevo novio cada semana, y alguien siempre le enviaba ramos de flores. Su oficina en el día de San Valentín parecía una floristería.

Se veía un poco molesta, pero luego se pasó la mano por su largo cabello. – ¿Esposa o novia?

–Novia—. Mantuve mi voz en un tono uniforme. No iba a anunciar nuestra relación con el mundo, y no quería que nadie pensara que estaba recibiendo un trato especial.

–Oh, eso no es nada que no pueda manejar. He tomado muchos novios antes—. Ella sonrió mientras se inclinaba sobre el mostrador. –Escuché que es un héroe de guerra. Esperemos que no sea tan honorable—. Ella se rió mientras el agua helada atravesaba mis venas.

–Basta, Lila. Él es mi novio

Sus ojos se ensancharon. –Estaba bromeando, señorita Patton. Espero que no crea que estaba hablando en serio.

–Estoy segura de que no lo hacias—. Me di la vuelta y me alejé, sin mirar

atrás para ver su reacción.

Una vez que doblé la esquina cerca del ascensor, me encontré con Mateo, quien estaba regresando a mi oficina con dos tazas de café en la mano. –Hey, preciosa. Estaba pensando que deberíamos tener nuestro descanso juntos antes de que me presentes a mi jefa.

–La estás mirando.

Él sonrió. –¿Usted es mi superior? ¿Estás loca? Nunca vamos a lograr terminar los proyectos.

–Claro, lo harás. Lo exigiré. Pero el proyecto Hélix es mi bebé, y el trabajo que te estoy asignando es una extensión de eso.

–Tu bebé para tu bebé, ¿eh? Me siento honrado—. Me ofreció mi café y, cuando lo agarré, me dio su brazo. –¿Crees que es inapropiado si te escolto adecuadamente?– Dudé un poco, pero tomé su brazo y negué con la cabeza.

–No señor. Creo que enviaré un mensaje claro a las jóvenes que están por aquí, y podría evitar que no actúe como una dama.

–¿Qué te hace decir eso?

–Bueno, ya tuve que decirle a Lila que no estás disponible. Sin embargo, a ella le gustan los hombres comprometidos, así que estás advertido.

Me reí de eso, pero me pregunté si él encontraría atractiva a esa cabeza hueca.

–Gracias. Ahora no podré mirarla a los ojos—. Él se echó a reír cuando llegamos a mi oficina.

–Necesito decirte que llamé a Julián—. Sus ojos se ensombrecieron un poco. –Antes de que digas algo, solo quiero que sepas que él cambió su tono y ahora afirma que no nos quiere ni a mí ni a Agustina en su vida.

–¿Qué? La otra tarde estaba listo para pelear y ¿Ahora qué pasó?

–Probablemente regresó con su novia, Mateo. No lo sé. Él es así. Siempre va y viene. He encontrado que lo mejor que puedo hacer es tomar a Agus y seguir adelante, lo cual me alegra estar haciendo contigo.

–También estoy feliz contigo, con Agustina y con este trabajo. Tu padre me llevó por todas partes, presentándome a todos.

–Les contó cómo me había conocido, toda mi vida también, y parecía realmente complacido de que yo estuviera a bordo.

–Me alegro—. Me senté detrás de mi escritorio, y él acercó una silla para estar más cerca. –Las cosas van a mejorar a partir de ahora, ¿no es así?

–Serán de lo mejor—. Me tendió la taza de café y brindamos por mejores tiempos juntos.

Capítulo 31

MATEO

Para ser una ceremonia tan pequeña, me sentía extremadamente nervioso. Por otra parte, por lo general no me gustaba tener demasiada atención centrada en mí mismo. Estaba contento mientras estaba en las sombras, pero como todo el evento giraba en torno a lo que había hecho, no tuve más remedio que seguir adelante y apoyar a mis superiores.

Miré hacia la mesa donde estaban sentados Alanna y su padre, y pensé en lo feliz que se puso cuando vio que el auto de su padre se detenía afuera. Ella no se había apartado de su lado desde entonces. Agustina estaba hipnotizada con Robert, y si no la conociera mejor, diría que a ella le simpatizaba más él que yo. Él siempre había tenido un toque con los niños al igual que nuestra madre, pero esto era demasiado. Ella no dejaba de mirarlo y sonreírle, y me preguntaba si él lo notaba.

—Es un gran honor para mí otorgar estas medallas a un excelente soldado, el sargento de artillería Mateo Burke, por su extraordinaria valentía en el cumplimiento de su deber—. Las palabras hicieron que pusiera atención al proceso de nuevo. Había escuchado los primeros veinte minutos del discurso del Sargento Phelps, pero fue muy extenso.

Todos se pusieron de pie mientras él mostraba mis medallas y las colocaba en la pechera de mi abrigo, justo sobre mi corazón. Todos aplaudieron cuando el Sargento me dio el último saludo.

La emoción de Agustina era audible por encima de todos los demás, y corrió del lado de mi hermano y se unió a mí en el frente, donde lanzó sus brazos alrededor de mi cintura.

Alanna miró a su alrededor, y pude ver por su expresión que estaba un poco avergonzada de que Agustina se hubiera presentado así, pero sonreí para hacerle ver que estaba bien. Sentí un orgullo abrumador de poder presumirla, a pesar de que ella no era mi hija.

Después de la ceremonia, hubo refrigerios y, mientras Agustina se marchaba con Robert para conseguir un plato de galletas y un poco de ponche, Alanna y yo nos quedamos con su padre y nos reímos de la parejita.

—Me va a volver loca, me temo—, dijo Alanna. —Creo que está algo

enamorada.

El Sr. Patton se rió. –Ella está creciendo demasiado rápido. Estaba pensando, Alanna; que tal vez podría llevármela esta noche. Nunca he pasado mucho tiempo con ella. Quería mostrarle algunas de las cosas de tu madre y contarle un poco sobre nosotros.

Alanna presionó su mano contra su pecho. –Oh, papá, eso sería maravilloso–. Le dio un abrazo a su padre, y era la primera vez que la oía referirse al viejo como papá. Por lo general, ella lo llamaba padre. –Siempre quise que ella pasara más tiempo contigo, y seguramente desearía que mamá estuviera cerca para verla crecer.

El señor Patton sonrió. –En verdad me estoy divirtiendo últimamente. Eso hace que un anciano como yo quiera retirarse.

La charla de retirarse hizo que Alanna palpara la frente de su padre como si tuviese fiebre. –¿Quién eres y qué has hecho con mi padre?

Los dos se echaron a reír, y luego se volvió hacia mí. –Hablando de cambios, no pude evitar notar que tan bien le está yendo a tu hermano. Quiero decir, él no es en absoluto el pequeño matón que pensé que sería después de volar mi buzón.

Mi boca se abrió. –¿Que él hizo qué?

–¡Padre!–. Alanna miró a su alrededor y me di cuenta de que era un tema que no quería que se abordara, especialmente en mi ceremonia de condecoración.

–Todo está bien, Alanna–, dijo. –Acabo de notar que el joven está mucho mejor. Me gustaría hablar con él si Agustina se decidiera soltarlo–. Él le dio una cálida sonrisa que pareció tranquilizar a Alanna.

Un minuto después, Agus y Robert llegaron caminando con un plato de galletas y dos vasos de ponche. –Esto está un poco dulce–. Hizo una mueca de dolor después de tomar un sorbo del jugo rojo. –Espero que tu hija pueda manejar una sobredosis de azúcar. No estoy seguro de que yo pueda.

–Justo el hombre con quien quería hablar–, dijo el Sr. Patton. –Me preguntaba si ha tenido suerte de encontrar un empleo decente

–No señor. Tuve una entrevista la semana pasada, pero no me han devuelto la llamada. Dudo que lo hagan. Ellos dejaron en claro que yo no tenía una formación adecuada. Hay muchos más obstáculos de lo que imaginaba. Sin tener crédito universitario, es aún más difícil.

–¿Iría a la universidad si pudiera?– El Sr. Patton miró a los ojos a mi hermano.

Robert se enderezó y se encontró con su mirada también. –Sí señor. He pensado mucho al respecto, pero voy a tener que vender la casa de la familia para poder pagarlo. Así que con los problemas legales, no estoy seguro de cuánto tiempo tomará.

–Ya veo.– El hombre apoyó la mano en su barbilla como si estuviera perdido en un pensamiento profundo. –¿Sabes?, tenemos un puesto vacante en LOC. No es nada glamoroso, pero si quieres la oportunidad, viene con ciertos beneficios, incluida la ayuda con la matrícula–. Se volvió hacia Alanna, quien asintió rápidamente, aunque un momento antes, parecía que nunca había oído hablar de algo así.

–Si, por supuesto, tenemos esas oportunidades disponibles.

–Es una oferta generosa, pero me temo que no tengo el transporte adecuado–. Robert me miró y no sabía cómo lo iba a ayudar. Yo todavía no tenía auto. No había encontrado el tiempo para ir a comprar uno. Mi hermano ni siquiera tenía dinero para pagar una cuota.

–Creo que podemos arreglar algo–, dijo Patton. –La compañía tiene algunos vehículos a disposición. Hasta que te establezcas, por supuesto–. El padre de Alanna ciertamente había pasado la página.

–Eso sería sorprendente. No sé qué decir–. Robert me miró como si no supiera si todo esto era real. Le di una palmadita en la espalda para asegurarle que lo era. Bajó el dulce ponche de un trago como si necesitara una bebida fuerte.

El Sr. Patton se rió. –Di que lo aceptarás.

Robert estaba sonriendo de oreja a oreja. –Acepto. ¿Cuándo puedo empezar?

–¿Qué tal el lunes por la mañana? Le pediré a Lila que te ponga en el sistema y te lleve los papeles.

El anciano también sonrió y le tendió la mano a Robert, y los dos cerraron el acuerdo.

–Disculpe–, dijo Robert. –De repente necesito otro de estos.

Eso hizo que el Sr. Patton se riera, y cuando Robert se alejó, Alanna se volvió hacia su padre. –Papá, ¿Qué puesto está vacante? No recuerdo que nadie se haya ido.

–Bueno, estoy seguro de que puedes encontrar algo. Tu madre tenía debilidad por ayudar, y creo que finalmente estoy entendiendo por qué. Él es un buen muchacho. Solo necesita una oportunidad. Y si a mi Agustina le agrada, entonces a mí también.

–Entonces supongo que tendré que ser creativa–, dijo Alanna. –Estoy segura de que podré encontrar algo que él pueda hacer.

Su padre parecía contento con eso. Agus lo llamó a los refrigerios donde ella se había alejado minutos antes y se fue.

–Entonces, ¿el programa universitario?– Pregunté. –¿Eso es algo que tu padre acaba de inventar también?

–En realidad no. Tenemos ese tipo de programas implementados en LOC, y tu hermano será un candidato perfecto. Me aseguraré de prepararlo todo si él está realmente interesado y me aseguraré de encaminarlo bien.

–Lo aprecio. Y el auto, eso lo va a ayudar. Necesito acercarme al concesionario más cercano y encontrar algo por mí mismo–. Tuve que empezar a pensar qué tipo de vehículo quería.

–Creo que comprar un auto nuevo es emocionante. Quiero ayudar–. Ella puso su brazo alrededor de mí, y yo respondí ajustándola a mi cuerpo.

–¿Vas a dejar que Agus nos vea así?–, Le pregunté.

–No creo que a ella le importe. Además, creo que ella sabe lo que siento por ti.

Alanna se inclinó más cerca y me dio un suave beso en los labios.

Su padre se aclaró la garganta, y cuando ella se apartó, él nos sonrió. Agus, que sostenía su mano, soltó una risita.

–¡Mamá! El abuelo dijo que podía ir a su casa

Agustina estaba tan emocionada como yo de que ella pasara tiempo con él, pero por una razón completamente diferente. No era que no la amara y que no me encantara pasar tiempo con ella, solo que Alanna y yo realmente necesitábamos pasar tiempo solos.

Alanna le sonrió a su hija. –Eso es maravilloso, Agus. Sé que vas a pasar un buen rato.

–Me ofrecí a hacer los panqueques de arándanos especiales de tu madre si puedo encontrar la receta–, dijo el Sr. Patton.

–¡Vamos a hacerlos para cenar!

–Esos fueron siempre mis favoritos. Gracias papá.

El hombre desestimó el comentario como si no fuera gran cosa. –Estamos a punto de irnos. Me ofrecí a llevar a Robert a su casa, también. Me gustaría revisar la propiedad y ver si es una buena inversión. Si es así, podría comprarlo para alquilar un espacio, y eso lo ayudaría a encontrar algo más cercano a la universidad.

–Hoy estás lleno de sorpresas–, dijo Alanna. Extendió la mano y le dio un

abrazo a su padre y luego se agachó para darle a Agus uno también. –Te portas bien. Todavía tengo algunas de sus cosas en el automóvil desde que fue a casa de Josefa el otro día. Me aseguraré de buscarlas.

–Este es un día especial, de hecho–. Su padre le tendió la mano. –Gracias por su servicio a nuestro país, y gracias por volver a casa para hacer que mi hija esté tan feliz.

–Gracias por venir hoy–. Saber cuánto se estaba esforzando realmente me hizo respetarlo aún más.

Después de darles las gracias a todos por la ceremonia y hacer algunas rondas para hablar con los otros invitados, me encontré con Alanna de frente. Ella acompañó a Agus hasta el auto y se aseguró de que tuviera sus cosas para la fiesta de pijamas en casa de su abuelo.

–No puedo creer que tengamos toda la noche solos juntos–. Tomó mi mano y nos dirigimos a la puerta.

–No te olvides que parte de la tarde también. Son solo las tres. ¿Qué tal si nos detenemos en el camino a casa y cenamos un poco?

Me acerqué a ella y luego caminamos hacia el coche tomados de las manos.

Abrí su puerta, y ella se deslizó en el asiento, y cuando caminé, ya estaba inclinada hacia el mío y me besó al sentarme a su lado. –Tenemos un viaje tan largo a casa–. Su mano frotó mi muslo, y mi pene respondió endureciéndose como diamante.

–Vas a hacerlo aún más largo si sigues frotándome así–. Cuando arranqué el motor, ella se acomodó en su asiento y se puso el cinturón de seguridad. –Lo siento.– Se lamió los labios. –Me comportaré entonces–. Su tono sensual y sus ojos ardientes no hicieron nada para mejorar mi situación.

–Nunca dije que quería que te comportaras. No nos pongamos palabras groseras en la boca

Me estiré y toqué su cara, y ella se inclinó para besarme. Volví mis ojos hacia donde iba mientras salía del estacionamiento.

–Entonces deberíamos aprovechar al máximo el viaje.– Ella se estiró y frotó mi muslo, y luego su mano se deslizó hacia arriba y tomó mi pene abultado.

–¿Tal vez deberíamos ir a casa y saltarnos la cena?

–Esa es la mejor idea que has tenido en todo el día–. Me miró a los ojos y desenganchó el botón superior de mis jeans. Luego, mientras bajaba lentamente la cremallera, desabrochó su cinturón de seguridad.

Capítulo 32

ALANNA

No había hecho nada de tipo sexual en un automóvil en marcha desde que estaba comprometida con Julián, e incluso en ese momento, nada era tan bueno como con Mateo. Lo acaricié y jugué con él por buena parte del camino a casa, pero cuando finalmente bajó por un camino más aislado que llevaba a mi casa, me incliné y le besé el glande hinchado.

Él siseó entre dientes. –Lo tienes tan duro que podría cortar vidrio.

Lo miré y sonreí desde su regazo. –Parece que necesita un poco más de atención.

–Acércate–. Su mano estaba detrás de mí en mi asiento, y él hizo todo lo posible para alcanzar y acariciarme entre las piernas, pero no pudo alcanzarme.

Me acerqué más para llevármelo a la boca, y él me agarró las nalgas con fuerza y me desabrochó la falda. Su mano se movió hacia mis pantys, y pronto, sus dedos separaron mis pliegues.

Relajé mi garganta y lo llevé más profundo. Su punta gruesa se metió profundamente en mi garganta, causando que él gimiera.

–¡Dios!–. Él movió su mano y luego se detuvo en el borde de la carretera. Empujó el asiento hacia atrás, permitiéndome percibir mejor y más profundamente su sabor.

Sus dedos se movieron dentro de mí y gemí alrededor de su grueso pene, que me llenaba tan bien que deseaba tenerlo dentro de mí, especialmente cuando sus dedos presionaban firmemente contra mi punto G.

–Estoy cerca–. Me advirtió, pero ni siquiera me relajé cuando moví la cabeza para llevar mi boca hacia arriba y hacia abajo sobre su miembro.

Sentí mi propia liberación al tiempo que él salpicaba mi lengua. Cuando la pasión nos envolvió, ambos gemimos.

–Eres increíble–. Me acarició el pelo mientras salía a tomar aire. –Yo digo que ni siquiera deberíamos molestarnos en ir a casa. Estamos a unos diez minutos de un hotel, y creo que es mejor registrarnos para pasar la noche, pedir el servicio de habitaciones y permanecer desnudos.

–Eso realmente suena muy bien–. No me importaba dónde estuviéramos

mientras estuviéramos juntos.

Guardó su pene cuando me arreglé la falda y luego volvimos a la carretera. Tomamos el corto viaje al hotel y no pudimos mantener las manos alejadas cuando nos registramos. Tan pronto como llegamos a la habitación, cerró, cerró la puerta con llave y luego me dio un profundo beso.

–Me hiciste sentir tan increíble en el auto que ahora quiero devolverte el favor–. Pasó sus dedos por mi cabello y luego tomó mi mano para besarla antes de llevarme a la cama. Se inclinó y me susurró al oído. –Desvístete para mí.

Dio un paso atrás y se desabrochó los pantalones. Me desabroché la blusa y la falda, salí de mis tacones en el proceso, me quitó el abrigo y lo colgó en el respaldo de la silla. Luego comenzó con su camisa, desabrochando lentamente cada botón mientras sus ojos se enfocaban en mí.

–Eres hermosa, Alanna. La mujer más sexy que he visto en mi vida.

–Y tú eres el hombre más guapo–. Di un paso adelante y sostuve su rostro en mis manos mientras lo besaba. Puso su brazo alrededor de mi cintura y me enganchó más cerca.

–Déjame acostarte y mostrarte cuánto te amo–. Me acompañó a la cama. Cuando sentí que el colchón golpeaba la parte de atrás de mis piernas, él posó sus palmas sobre mis pechos para relajarme, y me senté en la cama.

Se inclinó sobre mí para besar mis labios, mi cuello, luego mis pechos. Los acarició un momento, dándoles un poco de cariño, luego se abrió camino hasta mi abdomen y luego saltó hacia mis muslos, besando la parte más interna. Se abrió camino hasta mi rodilla y luego mi tobillo y subió por la otra pierna, sus besos me mordían en el recorrido. Su cálida boca se sentía increíble, y estaba tan abrumada por la ansiedad que cuando su boca finalmente llegó a mi vulva, grité.

Su lengua separó mis pliegues. Luego los abrió de un lado a otro a lo largo de mi tierno capullo. Cerré los ojos, dejando que el placer me abrumara, y pronto, me retorcí debajo de él, mi boca se abrió mientras jadeaba y gemía con éxtasis desenfrenado.

–Está bien. Me encanta cuando haces esos sonidos sensuales. Se levantó y me sonrió.

Levanté la mano, y él la tomó colocándome en una posición sentada. –He esperado toda mi vida por ti, Alanna. Me aseguraré de que siempre estemos juntos.

–Quiero que seamos una familia. ¿Te gustaría eso? –Yo quería que se

quedara con nosotros a tiempo completo, y aunque sabía que iba a ser un gran cambio para Agus y para mí, no podía concebir que las cosas sucedieran de otra manera.

–Por supuesto que sí.

–¿Entonces, quédate conmigo en mi casa?– Levanté un poco las caderas hacia arriba para que no pudiera negarse.

Esgrimí una sonrisa diabólica, y él también se defendió contra mí.

–Quiero. Tú lo sabes, pero tengo que cuidar de Robert. Quiero decir, seguro que ahora tiene el trabajo, y probablemente podría hacer las cosas por su cuenta, pero siento que me debo a él para apoyarlo y que se vuelva a reinsertar–. Me besó en el hombro.

–Lo entiendo, pero si estás en la casa, eso quiere decir que le puedes dejar la casa de huéspedes a Robert.

–¿Quieres que viva en tu casa de huéspedes?

–¿Por qué no?– Había pensado un poco, y había conocido al muchacho la mayor parte de su vida, y no solo era el hermano de Mateo, sino que a Agus y a mi padre realmente les gustaba.

–Simplemente no quiero que te vayas. Odio imponerme así sobre ti.

Parecía que iba a ser muy convincente.

–No te impones, e insisto, al menos déjame ofrecérselo

Lo besé y le acaricié la mejilla.

–Si crees que va a funcionar para ti y para Agus–. No parecía convencido.

–Si eso significa que puedo tenerte así todos los días, entonces sí, quiero que lo hagamos–. Le di mi mejor mirada de súplica.

Él me acarició el pelo y luego su boca volvió hacia mí, besándome con ternura, su lengua se mezcló con la mía en una danza serpentina. Se apartó y luego se encontró con mis ojos. –Eso es un truco sucio, lanzarme esa mirada. Sabes que no me gusta negarte nada.

–Entonces no me lo niegues.

–Bien. Lo llamaremos y le preguntaremos si quiere mudarse. Estoy seguro de que lo hará. Tampoco tiene otro lugar donde quedarse si me quedo aquí. De esta manera, no me sentiré como si estuviera faltando a mi palabra con él, y así podemos pasar mucho tiempo juntos.

–Tal vez Robert y tú sean los que terminen yendo de pesca con Agus. Ella ha querido ir desde que tú se lo contaste.

–Eso es factible. Pero primero, tengo algunas cosas pendientes para hacerte feliz–. Me atrajo para darme otro largo beso y luego levantó mis rodillas y se

colocó entre ellas. Sus caderas encontraron su camino mientras su pene presionaba contra mi abertura, sin entrar, pero frotándose contra mí hasta que el deseo era casi doloroso. Lo requería y no pensé que alguna vez dejaría de necesitarlo.

Se agachó y se centró contra mí, empujando lentamente, avanzando poco a poco dentro de mi canal hasta que fue enterrándolo profundamente, su circunferencia me llegó hasta el límite. –Dios, estás tan apretada y mojada.

Agitó sus caderas y luego me empujó con un ritmo constante. Me acercó y luego disminuyó su ritmo, cosa que me volvió loca y me hizo querer tomar el control, pero sabía que solo lo estaba haciendo para que mi placer fuera mucho más intenso. Estaba funcionando. Esto era mucho más caliente que cualquier cosa que hubiera sentido con Julián.

En un sentido, tenía tan poca experiencia que nunca había estado con nadie más, pero Mateo me estaba mostrando lo bueno que podía ser, y siempre estaba agradecida de tener algo nuevo que experimentar con él.

–Solía soñar contigo y conmigo–, le dije, mirándolo a los ojos y sonriendo. Nunca pensé que podría ser así, pero valió la pena esperar. Ahora, íbamos a hacer arreglos para estar en la vida del otro a tiempo completo, y no podía esperar.

–Debiste decírmelo. Prometamos que siempre nos diremos cómo nos sentimos. Pensar en todos los años que nos perdimos esto. Es una verdadera vergüenza

Él agarró mi pecho, pasando el pulgar por mi pezón. Luego bajó la boca mientras lo hacía de una forma que me hizo jadear y gemir.

Lo ordeñé, mis paredes vibraban mientras él me mantenía al borde del placer hasta que llegó su propia liberación. Se retiró y luego se tendió cerca de mí, mi cuerpo estaba gastado y lo sentía como una goma, o al menos, parecía estar hecho de gelatina.

Me acercó a él y me besó el cabello. –Temo que me has despertado el apetito.

–Hemos tenido una larga tarde y nada de comida. También yo me comería algo–. Por mucho que quisiera que nos levantáramos y ordenáramos, estaba demasiado cómoda en sus brazos para moverme, mucho menos levantarme y hacer algo productivo.

–No quiero moverme–, dijo.

Me reí suavemente. –Yo tampoco. Estaba pensando lo mismo.

–Podríamos llamar al servicio de habitaciones y hacer que nos lo traigan a

la cama—. Sabía que solo estaba bromeando, pero parecía la solución perfecta.

—Iré a la puerta si lo llamas. Pero no me opongo a comer desnuda en la cama.

Pensé que debía plantearlo en caso de que él quisiera probar.

Él también soltó una suave risa, frotándose el brazo como para tranquilizarme, pero lo único que logró fue ponerme más perezosa aún. —Sí, deberíamos tomar ventaja mientras podamos. Quiero decir, con tu hija y mi hermano en la casa, no es que tengamos muchos momentos para —comer desnudos en la cama

—A menos que los enviemos lejos—. Cerré los ojos y hablé recostada en su hombro desnudo.

—Tienes razón. Podríamos hacer de esto una rutina. Estoy exhausto.

Besó mi frente y luego alcanzó su teléfono.

—¿Estás pidiendo algo para nosotros?— Me reí, esperando que él no hablara en serio, pero sabiendo que no estaría dispuesta a hacer nada que me apartara de él.

—No, sólo estaba comprobando la hora. Todavía podríamos reservar si tú quisieras. Entonces apuesto a que podríamos llegar a casa para la tercera ronda.

Tan cansada como estaba, realmente quería volver a casa. —Me gustaría eso. Y luego, después de la tercera ronda, tal vez podríamos mudar tus cosas a la casa grande.

—¿Estás segura de que estás preparada para compartir tu dormitorio conmigo?

—Estoy segura de que los marines te enseñaron a ser más limpio que cuando eras niño—. Me reí, sabiendo que su hermano era el único que volvía un desastre la habitación.

—Ese era Robert, y tendremos que hablar con él antes de que se mude a la casa de la piscina. Creo que también deberías establecer algunas reglas básicas.

—El es adulto, Mateo. Yo digo que le pidamos que use su criterio y que siga preocupado por Agustina, eso estará bien.

—Espero que tengas razón—, se echó a reír. —Realmente lo vamos a hacer, ¿no?.

—¿Hacer qué?

—Ser como una verdadera familia—. Buscó en mis ojos, y los suyos eran tan hermosos que me golpearon justo en el corazón.

–Siempre lo hemos sido, Mateo—. Mientras me besaba, cerré los ojos y pensé en todas las veces que pretendíamos vivir juntos. Ahora esos sueños serían realidad.

Capítulo 33

ALANNA

Habían pasado seis meses desde que Mateo y yo comenzamos a vivir juntos y cinco meses y medio desde que convencimos a Robert para que viniera a vivir a la casa de huéspedes.

Agustina se había adaptado bien a su nueva familia, a pesar del hecho de que su padre no había estado cerca y solo la había llamado una vez, para su cumpleaños.

Mateo me lo había contado todo desde el día en que la había llevado a pescar. Le había dicho a Julián que le daba las gracias, pero que estaba tratando de pescar y que él iba a asustar a los peces.

Dudaba mucho que volviera a tener noticias suyas, pero en caso de que lo hiciera, Mateo y yo nos habíamos comprometido a dejar que ella lo manejara y sin protestar.

Sabíamos que ya era demasiado tarde de su parte, y él era quien se lo había perdido.

Al final resultó que, mi cumpleaños no me trajo un viaje de pesca, pero cuando Agus y yo nos paramos frente al espejo alto que tenía en la esquina del dormitorio principal, me sentí mucho más feliz con el hecho de que

Agus estaba a mi lado con emoción. —¿Cómo me veo, mamá?

—Te ves hermosa, bebé—. Le trencé el cabello y lo envolví para coronarle la cabeza, y luego la dejé usar un poco de maquillaje, no demasiado, pero la cantidad justa para hacerla sentir especial. Ambas llevábamos los vestidos que Mateo nos había comprado.

—Tú también te ves hermosa, mamá—. Se giró hacia un lado y miró sus zapatos, que tenían un tacón muy corto. —Esta será la primera vez que me visto de esta forma solo para comer.

—Sé a qué te refieres—. Parece una tontería pero de alguna manera, yo quería que nos viéramos lo mejor posible. Mateo realmente ha estado emocionado por esta cena con nosotras. Tenía la sensación de que tenía algo especial en mente, pero no estaba segura de lo que podía ser.

Las cosas iban bien con el proyecto Helix, y ya había impresionado a una

buena cantidad de personas, lo que agradó a mi padre. Me pregunté si iba a anunciar un ascenso. Lo único en lo que podía pensar era en una propuesta de matrimonio, pero no podía verlo haciendo eso tan pronto en nuestra relación. Habíamos hablado de esperar un año, no solo para asegurarnos de que trabajar y vivir juntos no iba a ser demasiado, sino porque queríamos darle a Agustina tiempo para adaptarse a las cosas.

—Él va a pensar que somos princesas de la vida real yendo a un baile como en Cenicienta—. Mi hija había visto demasiados cuentos de hadas, pero en secreto, también me sentía como una princesa.

Alguien tocó a la puerta y mi corazón se aceleró cuando nos llamó. —¿Cómo están mis chicas?

—Estamos bien—, dijo Agus. Caminó hacia la cama y agarró su pequeño bolso de lentejuelas. —¿Estás lista, mamá?.

—Solo quiero ponerme mis perlas, y estaré lista—. Siempre había usado el collar de perlas de mi madre para ocasiones especiales, y no me sentía cómoda sin ellas.

Agus salió y, cuando abrió la puerta, Mateo asomó la cabeza. —¡Wao!. La última vez que te vi vestida así, estaba a punto de caminar por el pasillo.

—No me lo recuerdes. Debería haber hablado mi corazón, y podríamos haber ahorrado mucho tiempo.

—Pero entonces no tendríamos a Agus, recuerda. Creo que al final salimos mejor—. Ese era el punto que le había hecho alejarse hace un tiempo.

—Tienes razón. Estoy lista. Espero que este lugar aún tenga nuestra reserva.

Le dirigí una mirada esperanzada y él sonrió con su sonrisa diabólica.

—No creo que eso sea un problema.

—¿No? Nos ha pasado antes.— Había ocurrido una vez antes.

—Esto es diferente. Además, creo que la otra vez resultó ser lo mejor, ¿no es así? —Se acercó y me susurró al oído. —Al menos, a mí me gustó más.

Pensé en el momento en que los dos habíamos llegado a casa e hicimos el amor en el suelo de la cocina, y luego -en todas las demás superficies planas de la casa. Todavía no podía sentarme en la mesa del comedor formal sin sonrojarme.

Los escalofríos bajaron por mi espina cuando su aliento golpeó mi oreja. — No me hagas sonrojar o seremos nosotros los que cancelemos. No creo que Agustina lo entienda.

—De ninguna manera voy a dejar que eso suceda. Ustedes dos están muy bonitas. Voy a presumirte un poco.— Tomó mi mano y luego me llevó a buscar a

Agus que estaba ajustando la correa de su zapato al pie de las escaleras.

Salimos y encontramos la limusina de LOC esperando en el camino. – Pensaste en todo. Gracias.

–Eso es un gran coche, mamá. No creo que nos hayamos montado en uno de estos antes.

Quería corregirla y decirle que lo había hecho en el funeral de mi madre, pero entonces no lo habría recordado de todos modos.

Subimos al auto, y luego nuestro conductor nos llevó al restaurante, que parecía completamente muerto el domingo por la noche.

–Oh no, creo que están cerrados–, le dije. –¿Revisaste para ver si abrían los domingos?

–Hice una reserva, así que confía en mí. Están abiertos. –Todavía tenía miedo de que no estuvieran abiertos cuando llegáramos a la puerta, y por supuesto, el letrero en la puerta decía que estaban cerrados los domingos. Pero cuando nos acercamos a la puerta, Mateo la abrió y entró, y había una anfitriona esperando para mostrarnos nuestra mesa.

–Mateo, somos los únicos aquí.

–Eso es porque quería pasar la noche con mis mejores chicas y con nadie más. Alquilé el lugar, y el chef está aquí con su equipo para hacer esto especial para ti.

–Eso es increíble. –Siempre me ha gustado este lugar, pero nunca he podido soportar a la multitud.

–Ahora no tienes que preocuparte–. Se encogió de hombros y sacó la silla para mí. Luego sacó la de Agustina, y ella miró alrededor del salón las fuentes de iluminación brillantes.

–Este lugar está realmente limpio–. Dobló las manos sobre su regazo como si tuviera miedo de tocar algo. –Es muy dulce de tu parte, Mateo. Gracias. No puedo pensar en un mejor cumpleaños que este, estar con ustedes.

–Y yo también soy feliz de poder estar disfrutando de ustedes–, dijo, haciendo que mi corazón se derritiera. Él había sido una gran bendición en nuestras vidas. No podía imaginarme mi vida sin él. Pedimos nuestra comida fuera del menú, y Mateo me convenció para que le permitiera a Agustina tomar un pequeño sorbo de nuestro champán, que le hacía cosquillas en la nariz. Luego, cuando llegó la comida, también probó los calamares por primera vez y le encantó.

Agus dio un gran mordisco. –¿Esto es realmente calamar?– Ella no estaba segura de si creía en Mateo o no, pero le aseguré que sí.

Estaba realmente orgullosa de ella por actuar como una joven dama, y fue conmovedor lo mucho que crecía ante mis propios ojos, aunque solo tenía siete años. Me hizo anhelar el futuro, pero quería mantener el presente antes de que ella creciera y estuviera lista para dejarme.

–Claro que es calamar. Es delicioso. Todo está delicioso–. Me llené de la cena, y luego, cuando llegó el momento del postre, la anfitriona sacó una pequeña torta que estaba elaboradamente decorada con perlas comestibles y encaje y mi inicial en la parte superior con una sola vela.

–Es demasiado bonito para comer, mamá–. El pastel fue definitivamente una obra de arte.

–Pero vamos a hacerlo de todos modos–. No iba a perderme lo que podría haber sido el mejor pastel que he comido. Y cuando lo corté, me di cuenta de que era de coco, mi favorito. –Pensaste en todo

No podía olvidar lo perfecto que era, desde nuestra mesa, y el adorable centro con una canasta de rosas, y la hermosa vajilla que no era algo que encontrarías cualquier otra noche allí.

Cuando tomé un bocado del pastel, el sabor era pura felicidad y la textura era celestial.

Agus también le dio un mordisco, y a ella le encantó tanto que sus ojos se agrandaron. –¡Esto es bueno!– Ella se apresuró y tomó otro bocado. – ¿Podemos llevar lo que queda a casa con nosotros?

–Por supuesto, podemos–. Me reí.

–Hay una cosa más.– Mateo buscó en el bolsillo de su abrigo y sacó una pequeña caja envuelta.

–Esta es la única cosa que podría pensar darte, y realmente espero que te guste–. Me la entregó y la cinta se envolvió alrededor de ella con tanta fuerza que tardé un poco en abrirla.

–No sé si puedo lograrlo–, le dije.

–Aquí, déjame ayudarte–. Se levantó de la mesa y se acercó para arrodillarse.

Sacó un cuchillo de la mesa y cortó la cinta.

Agus se apoyó en la mesa y sonrió ampliamente, cubriendo su boca como para evitar reírse, y cuando me volví hacia Mateo, él todavía estaba arrodillado.

Abrí la caja y adentro estaba el anillo de diamantes más bonito que jamás había visto.

Mientras me tapaba la boca, él tomó mi mano y la besó.

–Alanna, te he amado toda la vida y no puedo pensar en nadie a quien pudiera amar más que a ti ni en cualquier otra persona con la que quiera pasar mi vida. Te amo a ti y a Agus, y sé que queríamos esperar a que ella tuviera tiempo para adaptarse a la idea, pero hablé con ella y le pregunté qué pensaba de que nos casemos.

–¡Quiero que digas que sí, mamá! Amo a Mateo, y él te hace feliz... Te ama

–Realmente te amo. Incluso hablé con tu padre y él me dijo que estaría orgulloso de entregarte.

Dijo que ya era hora de que te lo pidiera. Y Robert, sabes que él está totalmente de acuerdo. Ya eres como una hermana para él. Dijo que deberías seguir adelante y hacerlo oficial.

Él sonrió tan grande que caí en sus brazos, sabiendo que no había forma de que lo rechazara y que era tonto pensar que podría hacerlo.

–¡Sí, por supuesto que sí!– Lo besé profundamente, y el personal del restaurante aplaudió y gritó desde las alas.

Levanté la vista y sostuve mi mano contra mi corazón mientras el rubor subía a mis mejillas. Fue un poco inesperado, y no los había presentado.

–Te dije que te iba a presumir un poco–. Me lanzó un guiño y supe que iba a ser la mujer más feliz del mundo el resto de mi vida.

Epílogo

MATEO

Ser llamado a la oficina del jefe nunca fue algo bueno, especialmente cuando el hombre era el padre de tu prometida. El Sr. Patton había sido bueno conmigo y con mi hermano Robert, incluso antes de habernos mudado con su hija y haberme comprometido con ella. Pero desde entonces había decidido pasar la página y ser mejor padre y abuelo, esperé a que algo sucediera. Nada podría ser tan perfecto en la vida.

En cierto modo, las cosas habían sucedido bastante rápido entre Alanna y yo, pero solo si no contabas el hecho de que habíamos sido amigos íntimos desde que éramos niños. Pasaron diez años de estar en la Infantería de Marina para mí, y un matrimonio fallido de mi mejor amigo con ella, para que nos reuniéramos del otro lado.

Ella me había acogido después de que casi me muero, y más tarde, dejó que mi hermano viviera en su casa de huéspedes. Tenía la sensación de que su padre iba a querer hablar sobre el arreglo de vida. Él había estado insinuando sutilmente al respecto durante los últimos seis meses, desde que le pedí a su hija que fuera mi esposa.

Alanna había querido que las cosas se ralentizaran con el proyecto Helix, y no iba a presionarla para que actuara más rápido. La habían presionado para que se casara en una boda rápida la primera vez, y yo no era como su ex, Julián, de quien no teníamos noticias sino una vez en casi un año.

Doblé la esquina en dirección a la oficina del Sr. Patton y me encontré con Robert, que venía de ver a Alanna. –Ey, ¿Cómo te va?

–Increíble. Tengo una cita esta noche, así que eso me puso de buen humor—. Se detuvo en el pasillo conmigo y se sacudió el puño. Mi hermano se había regenerado y ya no era el matón que había sido cuando lo recogí para ir conmigo al Camp LeJeune.

Sin embargo, al oír que tenía una cita, me puso nervioso. Había estado buscando opciones sin parar desde que se mudó a la casa de huéspedes de Alanna. –No estás saliendo con nadie en la oficina, ¿verdad?

Esperaba que no hubiera estado jugando con una de las novias del Sr. Patton o algo así. El anciano tenía algunas, y la forma en que mantuvo su vida

amorosa a un nivel bajo me hizo cuestionar si Alanna lo había descubierto.

No, ella es más sexy que todas las mujeres de aquí, excluyendo a Alanna, por supuesto. Añadió el último fragmento para mi beneficio.

–Por supuesto.

–¿A dónde te diriges?–, Preguntó. –¿Irás a ver a tu dama?

–No, voy a ver al anciano–. Hice un gesto hacia su oficina en el pasillo opuesto al de Alanna. –¿Sí? ¿De qué se trata todo eso? Robert se recostó contra la pared.

–No lo sé. Sin embargo, tengo la sensación de que es personal. No sé qué otra cosa podría ser –. No había nada que hacer con el proyecto, aparte del hecho de que estaba en marcha y funcionando, y que estaba progresando mejor de lo esperado.

A menos que hubiera un problema, pero en ese caso Alanna hablaría conmigo y no con su padre, ya que ese proyecto era su bebé.

La mano de Robert cayó sobre mi hombro. –Bueno, mejor tú que yo–. Me guiñó un ojo y luego se volvió para ir al ascensor.

Me di la vuelta para mirar por el pasillo y seguí mi camino, esperando que fuera lo que fuera, no tardara mucho. Llegué a la puerta y la encontré un poco abierta, y cuando pulsé se abrió lo suficiente como para que el Sr. Patton hiciera contacto visual.

Su cálida sonrisa me tranquilizó cuando me indicó que entrara. –Vamos, Mateo. ¿Cómo te está tratando esta mañana?

–Hasta ahora, bien, señor

Tomé un asiento que él me señaló, y luego se acomodó en su silla.

–¿Ya han fijado usted y mi hija una fecha para el gran día?– Era la centésima vez que había preguntado en los últimos seis meses. Siempre era lo primero que salía de su boca cuando nos veía a uno de los dos.

–No señor. Me temo que no lo hemos hecho. Lo dejo a cargo de Alanna. Sé que ella fue presionada antes, así que nos lo estamos tomando con calma.

–Sí, bueno, va a pasar. Solo espero que no demore demasiado. No me estoy volviendo más joven–. Se rió entre dientes y luego se inclinó hacia adelante y juntó sus dedos. –No te llamé para interrogarte sobre los arreglos de la boda, si eso es lo que te preocupa. Solo quería decirle que estoy realmente impresionado con el trabajo que está haciendo aquí en LOC, y con mi jefe de ingeniería al borde de la jubilación, me gustaría ofrecerte el puesto.

La noticia me impactó, y pese a que me sentía halagado, me preocupaba que estuviera pisando los dedos de los pies si aceptaba. –No tenía idea de que

Hudson se estaba retirando. Si no le importa que se lo pregunte, señor, ¿quién sería el siguiente en la lista?

–Gaines. Pero es quien te sigue a ti. Él ha pasado por una serie de problemas personales en los últimos dos años, y entiende que realmente no está en el momento correcto para dirigir. Tampoco está seguro de cuánto tiempo podrá permanecer.

–Oh, ¿entonces no estaría ofendiendo a nadie?

–Solo a mí si decides no aceptar–. Él soltó una risita ahogada.

A pesar de que había mantenido las cosas ligeras, tenía la sensación de que no iba a permitir que me negara. No era que no quisiera el ascenso, pero sabía en qué riguroso horario había estado Hudson, y sabía que iba a significar muchas más horas para mí y mucho menos tiempo en casa con Alanna y Agustina. No estaba seguro de si a ella le iba a gustar o no. Por otro lado, fue emocionante tener una gran oportunidad. Si mi vida fuera solo mía lo habría aceptado en un instante.

–¿Sabe Alanna sobre esto?– Pregunté.

–No, quería ofrecértelo y dejar que le cuentes las buenas noticias cuando las aceptes.

No pude evitar sonreír ante su persistencia. –Realmente quiere que diga que sí, ¿no?– Había hecho algunas cosas buenas para la empresa, pero no había estado allí el tiempo suficiente para justificar tal promoción. No pude evitar preguntarme si había otro motivo.

–Lo acepto, sí–. Giró su silla y miró por la ventana a la vista de abajo. – Necesito saber que esta compañía estará en buenas manos cuando decida retirarme, y con mi hija ocupando mi lugar y tu la de Hudson, puedo estar más tranquilo.

Sabía que no debía tomar decisiones apresuradas. Necesitaba hablar con Alanna primero y asegurarme de que ella estaba de acuerdo con eso, pero al mismo tiempo, no estaba seguro de que la oferta todavía estaría en la mesa si no la aceptaba. El Sr. Patton nunca fue un hombre que le preguntara a la madre de Alanna sus opiniones, por lo que yo sabía, y tenía la sensación de que si no aprovechaba esta oportunidad, podría ofenderlo.

–Me sentiría honrado. Gracias por la oportunidad.

Me puse de pie y le tendí la mano. –Eso es maravilloso. Una sabia decisión, hijo. Preveo un futuro brillante para todos nosotros.

No estaba tan segura de que Alanna lo vería de esa manera, pero después de todo lo que había hecho por mi hermano y por mí, dándonos trabajo cuando

realmente no había un puesto para ninguno de los dos y aceptándome en su familia, No sentía que pudiera decir que no.

–Creo que debería ir a hablar con Alanna y hacerle saber que trabajaré muchas horas–. Y que tomé la decisión sin tener en cuenta su opinión, pero esperaba que ella entendiera por qué tenía que hacer lo que hice.

Las cosas con su padre habían sido tan buenas últimamente que odiaba ser quien sacudiera el bote. Yo no quiero que las cosas vuelvan a ser como eran cuando llegué por primera vez.

–No va a ser tan malo como piensas–, dijo. –Es justo cuando tenemos un gran proyecto, y Hudson siempre supo manejarlo bien con su familia, considerando que tenía mucho en su plato. Deberías hablar con él cuando tengas la oportunidad. Te dirá que vale la pena, estoy seguro. Se está retirando bien, y su esposa nunca tuvo que trabajar un día en su vida–. Agitó la mano con desdén como si la compañía no siempre tuviera grandes proyectos en marcha.

Alanna siempre había estado molesta porque su padre había pasado la mayor parte de su vida únicamente centrado en construir su imperio, y aunque nos había beneficiado a todos en nuestro futuro, sabía que ella no querría un marido tan ausente como él.

Me disculpé después de darle las gracias de nuevo y luego me fui para ir por el pasillo a la oficina de Alanna, al otro lado del edificio.

Robert volvió a salir de la oficina e hice una seña cuando él sonrió. – Todavía estás vivo, así que no pudo ser tan malo.

–Y aquí estás de nuevo, saliendo de la oficina de mi novia. No me digas que ustedes dos tienen una cosa en marcha; me mataría–. Fingí una mirada enojada y sacudí mi puño juguetonamente.

–Por suerte para ti, no me gustan las mujeres mayores. Cuando me viste antes, estaba en una misión para ella.

Había estado trabajando estrechamente con Alanna desde que la compañía lo contrató, y en realidad estaba haciendo un trabajo impresionante al encontrar varias formas de hacer las cosas más rápido.

Incluso se había inscrito en el programa universitario y había estado sacando algunas buenas calificaciones. –Entonces–, me dio un codazo, –¿vas a decirme de qué se trata?

–Me ofreció la posición de Hudson como ingeniero principal–. Todavía no podía creerlo y esperaba que Gaines realmente no tuviera ningún problema con eso.

Los ojos de Robert se ensancharon. –Whoa, eso es grande.

–Sí, y viene con una mayor carga de trabajo. No estoy seguro de cómo se va a sentir Alanna al respecto, pero no pude decir que no—. Todavía deseaba haber pedido un poco de tiempo para asimilarlo.

Odiaba tomar decisiones rápidamente.

–Demonios no, no podías. Estoy impresionado y orgulloso. Realmente estás haciendo algo de ti mismo, hermano.

–Gracias, pero ahora tengo que ir a darle la noticia. No estoy seguro de cómo lo tomará, con nuestro eventual matrimonio. No quiero que esto la ponga en un aprieto ni nada.

–¿Crees que el viejo lo hizo para presionarlos más a ustedes dos para fijar una fecha para la boda? No le puede gustar que su hija esté encadenada. Es demasiado viejo para eso.

–Él me ha preguntado sobre la fecha cada vez que he hablado con él desde el compromiso, así que quizás haya algo de eso—. Miré hacia la oficina de Alanna.

–¿Qué está haciendo ella? ¿Está ocupada?.

–Está un poco ansiosa por algo. Ella me hizo ir a recoger algunas cosas, y luego, cuando regresé, me sacó de la oficina. Creo que dijo algo acerca de una reunión. No estoy seguro.

–Mierda. No quiero molestarla. Le daré un minuto y volveré. Tal vez estará de mejor humor. Sé que va a odiar que no haya hablado con ella primero.

Fui al ascensor con él en su lugar, y él presionó el botón de mi piso y se apoyó contra la pared. –Bueno, si ella te echa, no te quedarás conmigo en la casa de huéspedes.

–Diablos, no. Yo estuve allí primero. Te obligaré a quedarte en la casa del árbol de Agustina—. Contuve la respiración y esperaba que no llegara a ese punto.

ALANNA

Nunca he estado más agradecida de tener mi propio baño privado que cuando abrí la prueba de embarazo.

Sabía que ocultarlo en casa nunca iba a funcionar, pero esto era perfecto. Tendría una respuesta para la hora del almuerzo, y podría encontrar la manera de acercarme a Mateo, suponiendo que fuera positivo.

Llené cuidadosamente la pequeña taza y me pregunté por qué no podían hacer la maldita cosa más grande.

Me salpique la mano mientras la llenaba. Luego lo coloqué en el mostrador.

Antes de que pudiera arreglar mi falda y lavarme las manos, escuché la voz de Mateo desde el otro lado de la puerta. Él había venido a mi oficina antes de lo esperado, y aunque estaba emocionada por verlo, no quería que me viera haciéndome la prueba.

Metí la varilla de prueba en la taza y me lavé las manos antes de salir.

—¿Qué te trae aquí tan temprano?— Me cepillé el pelo detrás de las orejas y luego me acerqué para darle un beso. Después de un rápido beso, alisé mi falda y tomé la silla detrás de mi escritorio mientras él se sentaba en una frente a mí.

Miró un momento y luego se aclaró la garganta. —Bueno, no es nada relacionado con el trabajo. Solo me pregunté si querías fijar una fecha para la boda.

Él sacó su teléfono y lo puso sobre el escritorio.

—He querido hablar contigo sobre eso, en realidad he cambiado de opinión.

Antes de que pudiera explicar, él tenía una expresión de preocupación en su rostro. Sus ojos se agrandaron, y se inclinó más cerca. —¿Cambiaste de idea? ¿Sobre que tan grande debe ser?—. Traté de tranquilizarme cuando alcancé la mano y la sostuve sobre el escritorio.

—Deseo que tengas la boda que tú quieras. No estoy tratando de apresurarte ni nada.

Tampoco quería parecer demasiado ansiosa por apresurar las cosas, pero no quería caminar por el pasillo en un vestido de novia materno con una cara grande e hinchada.

—Creo que todavía podríamos tener una boda increíble, pero que sea pequeña e íntima. Entonces no tendríamos que esperar tanto tiempo.

—¿Estás segura? Pensé que querías tener una boda más fastuosa que la anterior—. Hablamos mucho sobre el tipo de boda que quería. Al principio, fue

tan extravagante mi primera boda que daba vergüenza, pero luego me di cuenta de que solo estaría compitiendo contra mí misma.

Julián no iba a estar presente para ver cuán superior sería, y tuve que admitir que una pequeña parte de mí también estaba compitiendo contra él. – Simplemente creo que es una pérdida de dinero, y podríamos poner eso para que Agustina vaya a la universidad.

–¿Estás preocupada por la matrícula universitaria de Agustina? ¿Tienes un problema que no conozca o algo así?

Sonaba tonto suponer que no podíamos gastar mucho dinero en una gran ceremonia cuando la compañía contaba con miles de millones y yo tenía varios millones de mis propios ahorros.

Pero no sabía cuál era el resultado en la prueba de embarazo, y desde luego no quería perder demasiado tiempo planeando un gran evento cuando podía usar el dinero en una guardería.

–Preferiría tener una boda más pequeña con una luna de miel más extravagante–. Sabía que estaba divagando, y temía que empezara a sospechar. –Pensé que podríamos tomarnos un tiempo libre e iríamos a una escapada a una isla privada durante una o dos semanas.

–¿Quieres dejar a Agus por tanto tiempo? Pensé que hablabamos de irnos por el fin de semana y dejar que Robert se quede con ella, pero una semana o dos. No estoy seguro de si confío en que él la alimentará tanto tiempo.

–Tenía la esperanza de que tal vez veríamos si mi padre podía ayudar. Pero si todo lo demás falla, ella podría ir con nosotros.

–Lo que quieras, Alanna. Es tu día, y quiero que se haga a tu manera, incluida la luna de miel.

–Es nuestro día, Mateo. Y es solo una idea–. Me levanté y caminé alrededor del escritorio para tomar la silla a su lado. Tenía el calendario de su teléfono abierto, lo tomé y comencé a mirar las fechas.

Se inclinó, y estábamos cabeza a cabeza viendo el dispositivo. –¿Hay algún mes en particular que estés mirando?–, Preguntó.

–El próximo mes funcionaría. ¿En algún lugar alrededor del veinticinco? Me gustaría casarme en la noche, en lugar de hacerlo en el día.

Me imaginaba que una boda más pequeña se celebraría mejor por la noche.

–¿Es ese tu plan? ¿Hacer que esta boda sea tan diferente a la primera como sea posible?–. Buscó en mis ojos, e hice mi mejor esfuerzo para no hacerle saber que tenía razón.

La verdad es que no quería que se pareciera a la mía con Julián.

–No, no necesariamente. Supongo que me doy cuenta de que no es importante el tipo de ceremonia, siempre y cuando me case contigo.

Volví la cabeza y lo besé.

–Me siento de la misma manera–. Puso su brazo alrededor de mi espalda, y me relajé. –Podemos hacerlo un miércoles a la hora del almuerzo, si lo deseas–. Me dedicó una gran sonrisa y luego me echó un mechón suelto detrás de la oreja.

Tomé su mano y le di un apretón. –He esperado toda una vida por ti. Lo haría esta noche si tuviéramos nuestra licencia.

–Creo que otro mes no nos matará a ninguno de nosotros, pero me gusta. Hacerlo antes es una gran idea. Esta vez, tu padre te entregará como debe ser, y las cosas van a salir perfectas, bebé.

Me acarició la muñeca con el pulgar y luego se encontró con mis ojos. –¿Te sientes bien?

Me encogí de hombros, sabiendo que últimamente me sentía cansada, por no mencionar las batallas matutinas con el malestar. Hasta ahora, me las había arreglado para ocultarlo, pero tenía la sensación de que pronto me atacaría. –¿Por qué preguntas?

–Te ves un poco pálida hoy. También has estado durmiendo mucho. Solo quería saber si te pasaba algo –. Puso el dorso de su mano en mi mejilla, como solía hacer mi madre. –No tienes fiebre.

–Estoy bien. Tal vez sea en las últimas noches que hemos estado juntos poniéndonos al día–. En realidad, ese era el problema, pero temía que me hubiera afectado de una forma muy diferente.

Nos habíamos acostumbrado a quedarnos despiertos hasta casi las dos de la madrugada, no solo viendo la televisión y hablando, sino que nos encantaban las duchas nocturnas y hacer el amor. –Alguien es insaciable–. Le di un guiño.

–Tú eres la que me mantiene despierto toda la noche–, bromeó.

–No me quejo

No quería que él dejara de mantenerme despierta. Me encantó el tiempo que pasamos juntos, y fue agradable tener a alguien que me ponía por encima de todo lo demás. Si había aprendido una cosa en mi vida, era que el tiempo era precioso y que no había nada más importante que pasar tiempo con los seres queridos.

Mateo tocó la pantalla de su teléfono. –Está bien, así que estamos mirando el próximo mes. ¿El veinticinco de mayo?.

–Sí, creo que esa fecha está bien. ¿Qué piensas? –me encantaba el mes de

mayo, y sabía que sería un fin de semana largo por el Día de los Caídos.

–Me gusta. Ahora, solo tenemos que fijar la fecha y hacer planes. ¿Crees que tendremos suficiente tiempo?

Sentí que tendríamos suficiente tiempo, y como el dinero no era un gran problema, estaba segura de poder hacer algo pequeño y elegante. –Es un montón de tiempo.

–Tendremos que trabajar en las invitaciones, también. Quiero que vengan algunos de mis amigos militares, y me gustaría pagar la tarifa aérea de Erick –. Mateo siempre tuvo un vínculo especial con su amigo William Erick, quien resultó herido en el cumplimiento de su deber. Mateo recibió dos medallas por su rápida acción para salvar la vida de ese hombre.

–Por supuesto. Haremos los arreglos para quien sea necesario. Me gustaría encontrar un lugar agradable, pero me temo que, dado que lo estamos haciendo tan pronto, tendremos menos opciones.

Se rascó la cabeza. –¿No salió Robert con una planificadora de bodas?

–Creo que sí, pero no recuerdo su nombre. No puedo seguirle el ritmo, y no puedo decir lo que pasó entre ellos–. No quería que mi día especial se arruinara porque a él se le había caído la llamada y no se la había devuelto.

–Encontraremos algo especial–. Tomó mi mano y la besó. –Solo añadiré eso a mi calendario–. Hurgó en la pantalla y detuvo el planificador de eventos.

Mientras él se enfocaba en las fechas, no podía dejar de pensar en el test que había dejado dentro de la pequeña taza en el mostrador del baño en la habitación de al lado. Eso lo cambiaría todo. Esperaba que él estuviera realmente preparado para que tengamos una familia.

–Está bien, eso es todo–, dijo. –Tengo el veinticinco de mayo–. Apagó su teléfono y yo asentí. –Eso es sólo un mes. ¿Estás seguro? No vine aquí para presionarte, ¿sabes?

–Lo sé, y no lo haces. Realmente he estado pensando que sería bueno adelantarlo. Ya vivimos juntos y lo estamos haciendo bien, y Agustina está más feliz que nunca.

–Sobre Agustina. ¿Cómo crees que está funcionando la niñera?

Mateo y yo la habíamos contratado un mes antes, y su período de prueba casi había terminado. Le habíamos dado el período de prueba para asegurarnos de que Agustina se adaptaba y que a todos nos gustaba lo suficiente.

–Me gusta ella–, le dije. –Lo ha hecho bien en las últimas semanas, pero todavía me siento mal por contratar a alguien–. Me había sentido culpable

como madre por no poder hacer todo por Agus como debería.

–Es solo por unas horas después del trabajo, Alanna. Tenías la ayuda de la madre de Josefa, y esto no es muy diferente. Ahora puede extender sus días un par de horas y hacer las cosas. Además, parece que a Agus le gusta bastante Grissel.

–Grissel es una chica agradable. Ella ha sido demasiado buena como para hacer cualquier cosa que le haya pedido, incluso ir a la tienda a comprar víveres y tener lista la cena.

La mujer era una salvavidas, y ya la habíamos usado más de lo que esperábamos. Teniendo en cuenta que podría estar a punto de agregar a alguien a la familia, sabía que podríamos necesitar que ella nos ayudara más a menudo.

–Bien, me alegro de que estemos de acuerdo. Me preguntaba si funcionaría, y parece que va bien. Creo que elegimos una ganadora.

Me reí. –Yo también lo creo. Agus tiene una cita para jugar hoy al Hostal de Agus. Supongo que veremos si Grissel puede manejar el P&P Express–. Habíamos empezado a llamar así a las niñas después de que ella y Robert les habían dado ese nombre. Me levanté y me dirigí alrededor del escritorio.

Mateo se levantó y caminó hacia la cafetera que tenía al otro lado de la habitación para servirse una taza. –Hablando de mi hermano y Grissel, noté que los dos estaban coqueteando en la cocina la otra mañana, y aunque sé que no le gustan las mujeres mayores, ella no es mucho mayor que él.

–No creo que esté tras Grissel–. Simplemente no podía verlos como pareja. Robert salía con mujeres que tenían un gusto mas extravagante que el la linda simpleza de Grissel.

–Bueno, él dice que tiene una cita esta noche, y me preguntaba si era ella–. No parecía convencido.

–No, seguramente ella lo conocería mejor–. No me gustaba la idea de que la niñera de mi hija saliera con alguno de mis amigos, y mucho menos un miembro de mi familia.

–Bueno, ambos son adultos, y no pusimos nada en el contrato sobre las citas entre familia. Además, sé que no es nadie de LOC. Yo le pregunté–.

–Así que solo pregúntale si es Grissel–. Me encogí de hombros. Realmente esperaba que él no estuviera viéndola. Realmente me gustaba y quería que se quedara.

Se dirigió a la puerta con su taza de café. –Será mejor que vuelva al trabajo antes de que me convenza de quedarme aquí todo el día. Si lo veo en mi

camino de regreso a mi oficina, le preguntaré

Me lanzó un beso y luego desapareció por la esquina. Tan pronto como se fue, corrí al baño para comprobar los resultados.

MATEO

Me moví y dí vueltas en la cama toda la noche por haber aceptado la oferta de trabajo, y sabía que era porque no le había dicho a Alanna sobre eso.

Había ido a su oficina para discutir cosas, pero por alguna razón, simplemente no podía encontrar las palabras. Para disimular, le pregunté acerca de la fecha de la boda, y aunque quería creer que estaba realmente emocionada por adelantar la fecha, no pude evitar preguntarme si sentía que la presionaban para que lo hiciera cuanto antes.

Logré quedarme dormido en algún momento, y despertar con Alanna en mis brazos no solo me hizo sentir peor por guardar el secreto, sino que me hizo preguntarme si debería volver y hablar con su padre nuevamente.

Se veía tan hermosa acostada allí a mi lado, y no podía imaginarme el dolor en sus ojos o la decepción de mi parte por aceptar la oferta de trabajo sin siquiera preguntarle cómo se sentía al respecto.

–¿Qué hora es?– Su voz era ronca por las mañanas, y había estado durmiendo tan profundo por la noche que apenas se movía.

–Sólo son las ocho–. Para nosotros, eso era dormir, y ella gimió y se giró para mirarme, acurrucándose más cerca.

–No quiero levantarme.

Se oyeron pasos en la puerta y escuché un pequeño golpe que anunciaba que Agus estaba al otro lado. –Adelante.

Antes de que terminara las palabras, ella abrió la puerta, así que esperé hasta que estuvo a medio camino de la habitación.

–¡El piso es lava!– Grité.

Ella saltó desde el medio de la habitación a nuestra cama en cuestión de dos saltos. Aterrizó en el extremo de nuestra cama con un grito.

Alanna se dio la vuelta y sostuvo su boca. –Agus, ya es suficiente

–Fue mi culpa, Alanna–, le dije. –Estaba jugando nuestro último juego.

–No pretendo ser una aguafiestas, pero detesto que me zarandeen tan temprano.

–Lo siento, mamá.– Agustina me miró con sus grandes ojos azules y luego se arrastró para acostarse junto a su madre.

–Está bien. Solo estoy un poco mareada. Creo que es de ese helado que comimos anoche. No me cayó bien.

Todavía se veía un poco pálida, y esperaba que ella no estuviera enferma. – ¿Tienes fiebre?

Levantó la mano y pasó su mano por mi cabello. –No, estoy segura de que no es nada. Deja de preocuparte.

–¿Qué vamos a hacer hoy, Mateo?–, Preguntó Agus, saltando arriba y abajo.

–Agus. Detente, o te haré bajar–. Miré a Alanna, que se estaba poniendo verde alrededor de las amígdalas.

–¿Quieres que te acerque una cubeta de aquellas?–, Le pregunté.

Puso su mano en mi pecho cuando Agus se agachó para estar a mi lado de la cama. –Sí, pero creo que este es suficiente por ahora.

Extendí una mano y le hice cosquillas en el costado de Agustina. Ella se rió y cayó al suelo.

–Voy a hacerte un poco de avena, Mateo, y si no estás abajo en veinte minutos, pondré pasas en ella!–. Agus se rió y se dio la vuelta para correr hacia abajo. Robert le había contado sobre mi odio por las pasas, y ahora ella tenía un arsenal en mi contra.

Mientras huía, Alanna se incorporó en la cama. –Lo digo en serio. ¿Qué piensas acerca de tener un bebé nuestro?– Ella buscó en mis ojos.

–Creo que eso sería increíble algún día. He pensado en tener hijos antes, cómo se verían nuestros hijos, en qué se convertirían, a quién preferirían. Ya sabes, todas las cosas habituales con las que la gente sueña

No quería presionarla para que tuviera otro hijo, y sabía que eso sería muy difícil para nosotros. Necesitábamos disfrutar de Agus primero. Ella sólo tenía siete años, así que teníamos tiempo.

–Oh, ya veo–. Se movió a un lado de la cama y se levantó y caminó hacia el baño. –Estaré lista en un minuto.

–Yo bajaré, pero oye, Alanna. Iba a decirte que debo ir a ocuparme de algunos asuntos esta mañana.

Ella miró por encima del hombro. –¿Sucede algo?

–No, nada de eso. No te preocupes.

Se detuvo y se apoyó contra el marco de la puerta. –El que no me digas hace que me preocupe.

–Solo necesito ir a la oficina un rato. Algo me ha estado molestando–. Habíamos hablado antes sobre cómo a veces me llegarían las ideas, y cuando eso sucedía, lo mejor que podía hacer era mirar el progreso del proyecto.

–Ah, vale. Sabes que puedes hablar conmigo sobre esas cosas.

–Lo sé–. Fingí que no era algo importante.

–Sé que no eres mi padre, Mateo. Si tienes que ir un poco en el fin de semana, entiendo. Estás con nosotros todo el tiempo. Una o dos horas aquí o

allá, no importará de vez en cuando.

A ella no le importaba “de vez en cuando”, pero iba a cambiar de opinión cuando se enterara de que había aceptado muchas horas largas. Su entusiasmo por ser comprensiva solo empeoraba las cosas.

–Gracias, bebé–. Me dirigí hacia abajo y encontré a Agus en la cocina, a punto de dejar caer la primera pasa en mi tazón.

–Ni siquiera han pasado veinte minutos–, le dije.

Ella se dio la vuelta y se rió. –Solo iba a poner una.

Ella puso la pasa en su boca y luego deslizó mi tazón hasta el final de la barra.

Robert entró por la puerta trasera silbando. –Buenos días, familia.

–Estás de buen humor–, le dije.

–Lo estoy, ¿verdad?– Me lanzó una sonrisa diabólica. –Te diría por qué, pero oídos impresionables y jóvenes están alrededor.

–Me cubriré los oídos si quieres, tío Robert.

–Descuida–, le dije, dándole una mirada aguda.

Él rió. –No te preocupes. Guardaré todos los detalles sórdidos para la sala de descanso.

Por lo general, esperaba hasta que estuviésemos en el trabajo para decirme todas esas cosas, cuando Agus y Alanna no estaban cerca.

–Bien, porque tengo prisa–. Tomé una cuchara del cajón y fui a mover la harina de avena mientras Agus subía a la barra y se sentaba en su taburete favorito.

–¿A dónde vas?–, Preguntó Robert.

Miré a Agus y supe que tenía que elegir mis palabras con cuidado. No quería que le dijera a su madre a dónde iba ni a preguntarle si podía ir a ver a su abuelo.

–Necesito repensar esa oferta que hice. Espero que no sea demasiado tarde.

Tenía la sensación de que el Sr. Patton iba a estar muy decepcionado conmigo por haber reconsiderado el trato, pero no estaba seguro. Había una posibilidad que él entendiera. De cualquier manera, me había convencido de ser franco con él.

Esperaba que se diera cuenta de que necesitaba hablar con Alanna y obtener su opinión al respecto. Si solo afectara mi vida, no habría ninguna duda, pero ella y Agus eran demasiado importantes para mí ahora.

–Ah, ya veo–. Robert negó con la cabeza. –¿Realmente vas a dejar pasar esa gran oportunidad? ¿Por qué?.

–No es que lo esté dejando pasar. Solo voy a decirle que necesito algo de tiempo para pensar y que no he podido hablar con alguien sobre eso. Siento que debo hacer eso antes de dar una respuesta final. Simplemente no puedo decepcionarla. La amo demasiado para hacerle eso.

El asintió. –Te escucho, hombre.

–Y me gustaría contarle que hemos fijado una fecha, pero quería dejar que Alanna le dijera cuándo—. –Te lo va a sacar—, dijo Robert.

–De ninguna manera. Soy una roca. No hay manera de que pueda hablar. Ni siquiera a ti te he dicho—. Me reí, y él sacó la lengua, que era principalmente para hacer reír a Agus.

Ella nos había estado viendo ir y venir, y aunque no creía que ella tuviera idea de lo que estaba hablando, no hizo ninguna pregunta. Lo que me puso nervioso de que le preguntara a su madre más tarde.

Terminé la avena y luego subí las escaleras para ponerme algo de ropa, pero Alanna todavía estaba en el baño. Me despedí por la puerta y me di cuenta de que estaba en la bañera. Aunque era extraño que se encerrara dentro, no iba a interrumpirla para abrir la puerta.

Salí de la casa y conduje por la ciudad hasta la casa de su padre, donde estaba practicando su swing de golf en el patio delantero.

–Ah, Mateo. Simplemente estaba pensando en ti. ¿Cómo tomó Alanna las noticias?.

Me acerqué y estreché su mano, pero lo hice con una expresión sombría. –Lo siento, pero no le he dicho todavía. Realmente creo que hablé demasiado pronto, señor. Simplemente no podía explicárselo todo a ella. No soy ese tipo de hombre.

–Ya veo—, dijo Patton. –Entonces, ¿cambiaste de opinión? ¿Qué es lo que estás diciendo?

–Solo pienso que antes de darte una respuesta final, necesito hablar con Alanna sobre cómo esto afectará nuestras vidas. La cuestión es que estoy tratando de construir una relación con ella y no veo cómo puedo construir una honesta si tomo decisiones que afectarán nuestro matrimonio antes de que incluso hayamos caminado al altar juntos. Quiero asegurarme de que ella tenga la opción de al menos decir lo que piensa.

Mantuvo la cara seria, y justo cuando pensé que podría decirme lo débil que era, levantó la vista y me sonrió.

–Tengo que respetar eso, Mateo. Quiero decir, espero que decidas aceptar mi oferta, pero entiendo que primero quieres discutirlo con ella. Supongo que

es justo si mi hija sabe con quién se está casando y qué tipo de carrera tiene. Después de todo, ella tiene fuertes opiniones sobre el trabajo de horas extra—. Él soltó una risita ahogada.

—Gracias señor. También quería decirle que finalmente hemos acordado una fecha—. —¿Y?

—Y voy a dejar que su hija se la diga. Se supone que ella le llame hoy. Le dije que tenía que trabajar un poco y que me dirigí a la oficina para tomar algunas notas.

—Excelente. Estaba empezando a preguntarme si realmente se querían—. Me dio un codazo.

—Antes de irte, mira esto. Mira a ver si puedes decirme qué está mal.

Alineó su tiro, retrocedió y luego lo siguió. A pesar de sus esfuerzos, golpeó la pelota con fuerza hacia la izquierda.

—Creo que es su postura, señor.

—Por favor, hijo. Llámame Lance. Estamos a punto de ser familia, y nos conocemos desde hace demasiado tiempo para las formalidades—. Me entregó el palo de golf y luego me dio una pelota. —Vamos a ver lo que tienes.

No había jugado al golf en mucho tiempo, y mucho menos con una pelota. Había estado llevando armas a través de Afganistán y estaba ocupado recibiendo disparos en su lugar. Pero tomé las pocas lecciones que mi entrenador me había dado y las puse en práctica. Contuve el aliento mientras giraba, con la esperanza de que me conectara. La pelota voló por el aire, aterrizando en su estanque, y él se volvió y sonrió.

—No está mal, hijo. No está mal.

—¿Especialmente para alguien que nunca ha jugado?

—Entonces aún incluso mejor

Él se rió. —Tendremos que jugar en el almuerzo alguna vez. Podrías traer a ese hermano tuyo y le pediré a Hudson que venga. Le encanta jugar conmigo porque puede ganar. Pero lo creas o no, solo jugamos por diversión. Nunca he tenido el tiempo suficiente para tomarlo en serio, y es un buen calmante para el estrés.

—Todos necesitamos una salida, supongo.

—En efecto. Por eso quiero que te tomes tu tiempo, hables con Alanna y lo resuelvas. No tenemos prisa—. Me dio una palmada en la espalda y me sentí mucho mejor ahora que había bajado para hablar con él. Aunque era difícil de creer, el hombre realmente había cambiado.

ALANNA

Para el momento en que salí del baño, Mateo se había ido al trabajo. Bajé para encontrar a Agus y Robert en la cocina, arrojándose pasas el uno al otro. Tan pronto como abrí la puerta, una rebotó en la nariz de Robert. Agus cubrió su boca y se rió. –Estamos viendo quién puede atrapar más pasas en su boca. Y hasta ahora, estoy ganando.

–Solo porque soy un buen tirador, y tú tienes una gran boca–. Robert le sacó la lengua, y los dos se rieron.

–¡Claro que no!–, Dijo Agustina.

– Claro que sí. Al igual que tu madre.

–Discúlpenme–. Caminé hacia el mostrador donde se derramaba la caja de pasas y me armé con la fruta seca.

–Oh, quieres unirme a mí, ¿eh?– Robert tomó una tapa de la olla de la estufa y la levantó como un escudo.

–Retira lo que dijiste, Robert. O le diré a Agus cómo solíamos llamarte cuando eras un niño pequeño.

Dejó el escudo donde pude verle la cara. –No harías eso.– Buscó en mis ojos como para ver si estaba bromeando.

–Oh, claro que lo haría. Quiero decir, tengo una gran boca, ¿no?.

–¡Dime, mamá!– Agus me miró con un brillo en los ojos y con la mano hacia atrás, lista para lanzar la siguiente pasa.

–No, no lo hagas Alanna. Me retiraré y podremos convocar una tregua–. – ¿Y retomarás lo que dijiste?–. Preparé mi próxima pasa. –Sí, sí. Caray, las chicas no saben jugar limpio.

–No, quiero saber, mamá. Dime cómo llamabas a Robert–. Ella saltó arriba y abajo.

Robert bajó su escudo y Agus le lanzó otra pasa. –¡Basta!–, Gritó. Todos nos reíamos tanto que olvidamos que estábamos en una batalla, y él cargó a Agus, levantándola y girándola.

Volví a poner la pasa en el mostrador, sin saber dónde había estado antes de entrar en la habitación, y por su aspecto, muy probablemente el piso.

–Supongo que falta Mateo–. Me acerqué a la máquina de café y metí una taza pequeña junto a mi taza de café.

Robert recogió unas pocas pasas que él y Agus dejaron en el suelo. –No, se fue hace una hora.

–Bueno, él no podrá llevar a esta pequeña a su cita de juegos–. Había

organizado una sorpresa para Agustina, y ella gritó a todo pulmón.

–¿De verdad, mamá?– Sus ojos estaban rojos, y pensé que podría llorar, estaba tan emocionada. –Sí, ahora será mejor que vayas y te prepares.

–¿Puedo usar tu teléfono y llamar a Josefa? Necesito saber qué está usando ella.

–¿Están ustedes dos todavía combinándose el color?– Pensé que lo habían dejado de hacer hace unos meses, y había estado alabando su individualismo.

Agus puso los ojos en blanco y se rió. –No, pero si ella usa su camisa de gatito, ¡no quiero usar la mía!– Corrió hacia las escaleras y luego se apresuró hacia su habitación.

–No comprendo cómo lo haces–, dijo Robert.

Cogí mi taza, que ahora estaba llena de café humeante y le di un golpe. –¿Quieres venir y averiguarlo? Pagaré por tu manicura en el Sparkly Spa.

Los labios de Robert se curvaron en una sonrisa. –Yo paso. ¿No recuerdas que salí con Fiona? Su madre es dueña del spa Sparkly y trabaja allí los sábados.

–Oh, eso no terminó bien, ¿verdad?–. –En realidad, tampoco comenzó bien.

Pensé que era un buen momento para preguntarle sobre Grissel. –¿Qué piensas acerca de la nueva niñera de Agus?– Su espalda se enderezó un poco, y pude ver un poco de color alrededor de sus orejas, que es donde él siempre mostraba su sonrojo cuando trataba de ocultar sus emociones. Cuando era niño, siempre le sucedía eso, y era aún peor cuando estaba enojado.

–No lo sé–. Se encogió de hombros y tiró las pasas a la basura.

–Oh, vamos ahora, Rosie. Dime lo que piensas. Sabía que usar el apodo solo iba a hacerlo más rojo.

–Para. Y si le dices a Agus ese estúpido apodo, me aseguraré de vengarme de lo mejor–. Estaba sonriendo, pero sabía que hablaba en serio. –Tal vez le cuente a Agus el momento en que te orinaste y cómo robaste la navaja de afeitar de mi madre para afeitarte las piernas cuando estabas en el kínder.

Podía imaginarlo dando a Agustina muchas ideas malas, como las que yo tenía a su edad. –Bien, tregua. Solo quiero saber si te gusta Grissel.

–Ella es agradable, bonita, inteligente; ¿Qué es lo que no me gusta?–. Levantó un hombro y se dirigió a la puerta. –Estaba pensando en pedirle que viniera a la cita de juego hoy.

–¿Sí? ¿Y pararás después? –Su sonrisa diabólica me dijo todo lo que necesitaba saber sobre su interés, pero el hecho de que había tenido una cita la noche anterior, muy probablemente con otra mujer, me preocupaba.

–Mira, no juegues con ella, ¿de acuerdo? Necesito que esta mujer se quede, y no quiero que ella vaya a renunciar porque le has roto el corazón.

–¿Es eso lo que piensas de mí? Puedo asegurarte que no soy un rompecorazones.

Yo le entrecerré los ojos. –Tuviste una cita con otra mujer anoche. ¿Qué pasó con ella?.

–¿Realmente quieres los detalles sexys?

–No, quiero decir, ¿cuáles son tus intenciones con ella? ¿Vas a tener varias novias o estás tratando de establecerte? –. Definitivamente fue el jugador de los hombres de Burke.

–Podría soportar una relación si eso es lo que sucede. No te preocupes Alanna no te haré perder a tu niñera–. Me dio una palmadita tranquilizadora en la espalda y luego salió de la cocina.

Llamé a Grissel para invitarla al centro comercial con nosotros, y una hora más tarde, nos encontramos fuera del Sparkly Spa después de haber recogido a Josefa en su casa.

–Ahí está mi niñera, Grissel–, le dijo Agustina a su amiga.

–Es un placer conocerte, Josefa–. Grissel sonrió a la niña y le estrechó la mano. –Eres bonita–, dijo Josefa. –¿También te estás haciendo las uñas?

Grissel me miró como si no estuviera segura de si quería hacerse las uñas en el Sparkly Spa. –Me haré las mías–, le dije. –No están mal, y puedes tenerlas con o sin brillo–. –Creo que deberías tener brillo, mamá–. Agus tomó la mano de Josefa y entraron a la tienda. –Ya veremos.

Grissel rió mientras yo suspiraba. –No estoy segura de poder hacer esmalte con brillo–, dijo. –Por lo general, me hago una uña diferente en cada mano para hacerla feliz.

–Eso suena bien.

Mientras jugaban en el desfile de modas virtual, me senté con Grissel y observé la pantalla. –Este es un buen lugar–, dijo. –La última familia para la que trabajé tenía tres hijos. Dos niños y una niñita. Ellos preferían ir a espectáculos de camiones monstruosos y peleas de lucha libre. Nunca tuve que ir a ningún lado así.

–Aprecio que hayas venido. Quería que pasaras un poco de tiempo con las chicas juntas, y bueno, necesitaba hablar contigo.

Ella parecía preocupada. –¿Está todo bien, Alanna?

–Está bien. Es solo, bueno, sé que te contratamos para que cuidaste de Agus, y aunque sé que has tenido experiencia con niños mayores, me

preguntaba cómo te sentirías al cuidar bebés—.¿Estás esperando?

Miré para ver si Agus estaba escuchando, pero no. –Estoy considerando expandir la familia y, bueno, nos gustas y estás haciendo un gran trabajo.

–Bueno, un bebé, por supuesto, sería un trabajo de tiempo completo.

–Y lo llevaríamos a tiempo completo si eso es lo que necesitamos. Solo quiero saber si estarías interesada. Espero que cuando llegue el momento, pueda quedarme en casa un poco más o tal vez trabajar desde casa, pero tengo la sensación de que me tocará estar en la oficina y será más fácil si te tengo en casa para que yo pueda ir y venir.

–Me encantaría ese trabajo. Como sabe, tuve que trabajar en una boutique para completar las horas de la mañana, y un trabajo de tiempo completo sería perfecto.

–¿Cómo fue trabajar con la familia más grande?–, Le pregunté. –Fue divertido, pero mucho más desafiante.

–Estoy un poco insegura sobre expandir la familia.

–Tú y Mateo estarán bien. Ustedes son excelentes padres para Agustina, y es obvio que ustedes dos están muy enamorados, que es la parte más importante de la crianza de los hijos.

–¿De verdad lo crees?

–Sí, si los niños ven que sus padres se llevan bien, eso los hace sentir seguros. Si los ven mostrándose afecto, siendo felices y dando buenos ejemplos, se establece la base para todo su futuro. Ustedes dos tienen eso y más que cualquier otra pareja para la que haya trabajado. Honestamente puedo decir que me siento como un ayudante de ustedes dos y no como si estuvieran desechando a su hija sobre mí como en otros hogares.

–Gracias por decir eso—. No todos los días tenía a alguien me dijera que estaba haciendo un buen trabajo con mi hija.

–Lo digo en serio, y cuando esté lista para encargarme, avísame. Me encantaría un puesto de tiempo completo—. Volvió la cabeza para mirar el siguiente atuendo que las chicas habían elegido.

Una chica joven entró, captando mi atención, y reconocí que estaba aquí antes y que había pasado por la casa cuando salía con Robert. Por suerte, Agus no la había conocido.

Me echó un vistazo y, aunque sonrió, se dirigió a la parte de atrás.

–¿Cómo te llevas con Robert?– Me giré para ver su reacción, y ella parecía un poco sorprendida de lo que había preguntado.

–Es agradable y muy divertido. Nos reímos mucho juntos—. Ella se encogió

de hombros. –De hecho, quería preguntarte si tuviste alguna objeción a que habláramos. Me pidió mi número y hablamos hace tres noches, pero si es un problema, le haré saber que mi trabajo es lo primero.

–Estoy segura de que él sabe eso. Y no creo que él hiciera nada para poner a Agus en una situación extraña.

–Oh, yo tampoco lo haría–. Su tono fue tranquilizador y me sentí mejor de que ella me lo hiciera saber.

–Es un buen chico–, le dije. –Simplemente no quería que hubiera tensión si las cosas se iban a pique entre ustedes dos.

–Por supuesto, y lo entiendo totalmente. No dejaría que eso pasara.

–Bueno, entonces deberías quedarte algunas noches para cenar y tal vez conocerlo mejor–. Sería bueno tener su compañía, considerando que no tenía ninguna otra mujer con quien hablar. Agus no contaba porque no podía discutir ciertas cosas con una niña, especialmente con mi hija de siete años.

Fiona salió de la parte de atrás tan pronto como las chicas terminaron, y las ayudó a ir al mostrador donde podían elegir sus elegantes bebidas. No se molestó en mirarme, pero era muy agradable con los niños, que era todo lo que importaba. No estaba segura de que ella me reconociera de la breve visita a mi casa, pero aun así, ella podría haber pensado que Grissel estaba con Robert ahora.

Estaba agradecida de que ese día no hubiera habido conflictos, y no solo me sentía mejor porque Grissel era la niñera, sino que estaba agradecida de que iba a quedarse por un tiempo, sin importar cuán grande fuera la familia.

MATEO

Llegué de la oficina a casa más tarde de lo que pensaba, pero me alegré de que Alanna y Agus volvieran de su día.

–¿Te divertiste en el Spa?– Pregunté.

–Sí, tuve que elegir un esmalte morado y un nuevo top morado. Josefa eligió el azul. –Fue bueno ver que había tenido un buen día, y justo cuando le di a Alanna un beso, Grissel entró en la habitación con Robert.

–Bueno, parece que la pandilla está aquí–, le dije.

–¡También hicimos la cena!– Agustina corrió a la nevera para comprar la ensalada.

–Sí, vamos a tener una buena cena, y pensé que haríamos un anuncio–. Alanna me miró y sonrió. Asentí con la cabeza, sabiendo que todavía no habíamos compartido la fecha de la boda con nuestra familia.

Los ojos de Grissel se ensancharon con emoción. Luego, tomó la cesta de pan y la llevó al comedor. Robert la observó mientras se iba y luego se fue detrás de ella.

–¿Qué pasa con esos dos?–, Le pregunté. –¿Se están haciendo evidentes?

–Han estado hablando–, dijo Alanna. –Me pasé el día averiguando lo que está pasando, y ambos me aseguraron que no van a crear tensión con Agus si no funciona. De cualquier manera, creo que estamos bien.

–También es grato verlo con una buena chica para variar. Hubo algunas con los que me preocupaba que se enganchara, pero me gusta Grissel.

–Bien, creo que ella estará con nosotros un tiempo–. Alanna sonrió y luego llevó el último plato al comedor.

Nos sentamos a la mesa, y todos pasaron los platos y conversamos sobre lo increíble que se veía todo. Las habilidades de cocina de Alanna habían mejorado un poco desde que comenzó a ver más videos de comida, y aunque Grissel a veces comenzaba a hacer la cena o sacaba algo para descongelar, Alanna terminaba de cocinar cada noche.

Una vez que estuvimos bien y ocupados llenando nuestras bocas, Grissel se aclaró la garganta. –¿Qué fue esta gran noticia que ibas a compartir? Me tienen en suspenso.

–¿Estás lista para decirles?–, le pregunté.

–Sí, supongo que podemos seguir adelante y decirles–. Tomó un sorbo de agua y le hice un gesto para que continuara. –Hemos fijado una fecha para la boda. Veinticinco de mayo.

Robert se recostó en su asiento. —¿Próximo mes? ¿O el año que viene?.

Próximo mes. Alanna y yo no queríamos esperar. —Me estiré y tomé su mano que estaba sobre la mesa.

—Y he allí que el gran anuncio que estabas esperando—. Grissel hizo una mueca y luego ella y Robert se echaron a reír.

—Yo también estaba apostando eso—, dijo Robert.

—Tenemos mucho tiempo para traer niños—, le dije. —Estamos contentos con la forma en que están las cosas—. No podría imaginar tener otro hijo pronto. No era que no quisiera amar a mi propio hijo, pero quería tener tiempo para ser él un buen padre sustituto para Agus primero.

Sin embargo, a Robert le gustaba animar cosas. —Agus quiere un hermanito, ¿verdad, Agus? Todo el mundo necesita un hermano o una hermana. Mira la suerte que tengo.— Él hizo un gesto hacia mí.

—Gracias, hermanito. Creo que también lo hice bien—. Sabía que Agus algún día sería una gran hermana mayor.

—Yo no tuve hermanos y hermanas—, dijo Alanna. —Ustedes dos son lo más cerca que he tenido, y puedo decir honestamente que nunca he estado sola.

Los ojos de Agustina se dilataron. —¡Sí! Quiero un hermano y una hermana.

Alanna sonrió, pero agité mi mano. Sabía que Agus realmente no había tenido tiempo de pensar en eso, y aunque me alegré de que no se opusiera a la idea, tampoco pensé que debíamos someterla en un futuro cercano. —Tenemos mucho tiempo para expandir la familia, pero estoy contento con la forma en que está.

Alanna se movió en su asiento y luego tomó un sorbo de agua mientras giraba su rostro lejos de mí. No pude evitar pensar que la conversación le estaba causando malestar. Antes de que pudiera cambiar de tema, Robert se inclinó.

—Solo espera hasta que el reloj biológico de Alanna vuelva a arrancar, y no tendrás otra opción—. Mi hermano me guiñó un ojo.

—Creo que es algo en lo que estaremos de acuerdo cuando sea el momento—. No quería que pareciera que estaba en contra, pero realmente tenía otras cosas en las que centrarme. Todavía estaba considerando el nuevo trabajo, que no había discutido con Alanna. Seguramente, no tendría tiempo para ser un nuevo padre.

—A veces las cosas suceden sin planificar—, dijo Alanna con un encogimiento de hombros. —No siempre tienes opciones.

—Sí, pero ni siquiera lo estamos intentando. No deliberadamente. Prefiero

planearlo—. Sabía que tendríamos que ser más cuidadosos de lo que habíamos sido recientemente. Decidimos comenzar a usar la protección de vez en cuando, pero no nos molestamos en hacerlo la mitad del tiempo, especialmente cuando nuestra pasión es muy intensa.

—Bueno, como decía antes, Alanna, estaré aquí si tienes uno o dos—, dijo Grissel.

—¿Hablaste con Grissel acerca de que tengamos hijos?—, Pregunté.

—Quería ver cómo se sentía con respecto a los bebés—. Se encogió de hombros como si no fuera gran cosa. —Algunas niñeras no tratan con recién nacidos.

—Amo a los bebés. Son tan dulces —. Ella se volvió para sonreírle a Robert.

—Espero que estés hablando de los bebés de otras personas—, dijo. —No vas a empezar a querer un bebé pronto, ¿verdad?— Robert le dirigió una sonrisa de broma y ella le dio un codazo.

—No empieces, y no te preocupes, no estoy interesado en tener mis propios hijos. Prefiero jugar con otra persona hasta que sea hora de irme a casa a la paz y la tranquilidad. Siendo una niñera, puedo hacer eso todos los días—. Grissel tomó un sorbo de su bebida y luego se limpió la boca cuando mi hermano asintió.

—Así se habla. Mira de esa manera, puedo ser el tío Robert, puedo fastidiar a Agus, pero no tengo que pagar por ortodoncia o lecciones de baile de tapping.

Todos compartimos una risa colectiva.

—Ser padre es diferente cuando se trata de tu propio hijo—, dijo Alanna. —No te importarán todas esas cosas. Los amarás tanto que sacrificarías cualquier cosa por ellos—. Ella habló con tanta convicción que extendí la mano y la tomé para darle un beso.

Sabía que haría cualquier cosa por Agustina, sin importar el costo, incluida la entrega de mi vida por ella. Solo deseaba que Julián me la entregara, y luego podría adoptarla como mía. La había llamado en su cumpleaños, justo en medio de nuestro viaje de pesca, y mientras lo odiaba, me alegraba de que al menos lo hubiera intentado por el bien de Agus.

Justo en ese momento, como si leyera mi mente, Robert abrió su bocota. —¿Vas a adoptar a Agustina?

Alanna me miró y Agus dejó caer el tenedor. —¿Qué quieres decir, tío Robert? No soy adoptada, ¿verdad, mamá?

Alanna sacudió la cabeza. —No, quería decir que a Mateo le gustaría

adoptarte—. Le di a Robert una mirada que le hacía saber que debía callar.

—¿Pero no será él mi nuevo papá cuando se casen?—, Preguntó Agus.

—El será tu padrastro—, explicó Alanna. Parecía que se estaba poniendo un poco nerviosa acerca de a dónde podría conducir el tema.

—Pero mi verdadero papá no me quiere—. Ella no parecía molesta por el hecho. —Pensé que Mateo iba a ser mi verdadero papá ahora.

Grissel habló. —No necesitas una adopción para eso, Agustina. Un padre no está hecho de papeles de adopción, está hecho de amor, y creo que Mateo te quiere tanto que ya es el mejor padre que puedes tener.

Agus sonrió. —Yo también lo creo. Cuando él y mamá se casen, yo también me caso con él. Seré su nueva niña.

Los ojos de Grissel se abrieron. —Eso es emocionante.

Alanna asintió. —Hablando de emocionante, esperaba que pudieras conocer un lugar para celebrar una boda, Grissel. Estoy buscando un lugar agradable, pero no quiero nada grande.

—Preguntaré por ahí y veré qué puedo averiguar—, dijo la mujer. —Al ser tan pronto, tendrás dificultades para encontrar algo.

—Yo también lo creo—, dijo Alanna.

—Si puedo hacer una sugerencia, ¿por qué no solo tienes la boda aquí?— Robert hizo un gesto hacia la habitación que nos rodeaba.

—Supongo que podríamos—, dijo Alanna. —¿Qué piensas, Mateo?.

Los había estado escuchando a todos hablar, y todo lo que podía pensar era en la adopción. Deseaba que su padre me hiciera esa concesión, pero nuestros días de amistad habían terminado, y él no me daría ese honor.

—Creo que está bien. Lo que quieras, bebé.

—Entonces lo pensaré. Buena idea, Robert—. Alanna sonrió y luego nos quedamos en un cómodo silencio mientras terminábamos de comer.

Robert y Grissel comenzaron a hablar de películas en el postre. Hicieron planes para ir a una función nocturna, y tan pronto como terminó la cena, se apresuraron a salir juntos.

Ayudé a Agus y Alanna a limpiar la cocina, y luego la llevamos a su cama, donde la metimos. Ya casi se estaba quedando dormida cuando le di un beso de buenas noches, y cuando me aparté, levantó la manita y la tocó mi cara. —Te amo papá.

Mi corazón se derritió, al oírla llamarme así por primera vez, y me incliné para otro beso. —También te amo, nena—. No quería irme, pero ella se acurrucó como una bolita y tiró de sus mantas hasta su pequeña barbilla. Nunca me

había sentido tan bendecido en toda mi vida, y solo sabiendo que esta niña fue la causa de todo el tiempo que su madre y yo estuvimos separados valía la pena.

Cuando salimos de la habitación y nos dirigimos a la nuestra, Alanna tomó mi mano. –Se siente bien, ¿no?

–Ella nunca me había llamado así antes.

–Creo que se dio cuenta esta noche de que te lo habías ganado. Eres un padre maravilloso para ella. Y tú también serás un padre maravilloso para nuestros hijos.

Toda la charla sobre las familias y los niños realmente me hizo pensar en rechazar la promoción. Cuando tuviéramos un bebé, ella no me querría lejos todo el tiempo. Necesitaba escuchar su opinión ahora que estábamos solos.

–Tengo algo que quería contarte, Alanna. Quiero decir, es puramente hipotético, pero me preguntaba qué haríamos si yo obtuviera un cargo superior que pudiera alejarme de ti y de Agus.

Ella parecía un poco desconcertada por mi pregunta. –No necesitas una promoción, Mateo. No quiero que pienses que tienes que trabajar para eso. Estamos cómodos, estamos contentos. No te preocupes por eso.

–¿No querrías que aceptara si se me presentara?–. Me sorprendió que ella no quisiera que me superara para ella y para la familia.

–Si eso sucede, te apoyaré, por supuesto, pero solo digo que no hay razón para estresarte por el trabajo. No me importa que vayas como lo hiciste hoy de vez en cuando, y Dios sabe que yo tuve que ir uno o dos fines de semana, pero me gusta nuestra vida. Por supuesto, nos apoyaremos mutuamente si surgen esas cosas.

–Está bien, eso es todo lo que necesitaba saber–. Me acerqué a ella y la besé, sabiendo que no había manera de poder aprovechar la oferta del cargo. A pesar de que ella trató de tranquilizarme de que nos apoyaríamos mutuamente, podía decir por su tono que no le gustaba la idea.

Ni siquiera quería pensar en cómo iba a reaccionar su padre cuando le dijera que ya había decidido y que la respuesta era no.

Alanna se inclinó y me susurró al oído. –¿Me tomarás también a mí, papi?– Ella parpadeó, me tocó con las pestañas y la acerqué más para besarla en la boca. Sus labios eran cálidos y suaves, dándome tiempo para tocarla en otros lugares.

Me aparté y encontré sus ojos. –No lo sé; eres una chica tan mala–. Tomé su mano y la acompañé a la cama. –Puede que tenga que darte una paliza

primero—. Sentada en el extremo, la puse en mi regazo.

—Esa fue una buena cena. Me alegro de que Robert y Grissel se lleven bien, y se ven muy lindos juntos—. Ella me besó en el cuello y luego alcanzó los botones de mi camisa.

—Sí lo son. Conozco una pareja mucho mejor. Levanté la mano y tiré de la correa de su hombro y luego la bajé para deslizar su blusa sobre su cabeza. Ella sostuvo sus brazos en alto, sus senos levantándose en el delgado sujetador de encaje que llevaba, justo en mi cara. Fueron demasiado tentadores para no besarlos, y después de que sus brazos me rodeaban, me estiré hacia atrás y desaté los broches.

Metí un pezón apretado en mi boca, lamiendo y chupando el brote apretado mientras mis manos recorrían su cuerpo.

Se puso de pie y se quitó sus pantalones cuando desabroché los míos y los dejé al lado de la cama.

ALANNA

Estaba un poco mal con respecto a las cosas desde la cena, pero con mis hormonas enloquecidas, también estaba enfadada con él. Tan pronto como ambos nos desnudamos, me acerqué y me senté a horcajadas en su regazo.

–He estado esperando esto todo el día–, le susurré cerca de su oído. –¿De veras?

–Sí, te necesito–. Me agaché y le acaricié el pene, que estaba erecto como si quisiera que le saltara encima. Sin embargo, me acerqué y froté mi calor resbaladizo contra él, mis pliegues se separaron mientras me movía de un lado a otro. Se sentía increíble en mi clítoris, y la necesidad de tenerlo enterrado profundamente, dentro de mí creció.

En lugar de trepar, me deslicé entre sus piernas y pasé mi lengua por mis labios.

Sacudió la cabeza. –No voy a dejar que te diviertas tu sola. Ven aquí. Él hizo un gesto con el dedo y se tendió en la cama. –Tengo que probarte, también.

Me estiré frente a él, y él agarró mis muslos y los besó mientras yo montaba su cara a horcajadas. Alcancé su pene y le di un toque, deseando probar su sal y la sensación de su lengua en mi clítoris. No me hizo esperar demasiado, y gemí fuerte mientras me mordisqueaba.

Besé la punta de su pene, y luego, relajando la garganta, lo llevé a mi boca y lo hundí profundamente en la parte posterior de mi cavidad bucal. Me frotó el trasero, y sus dedos se deslizaron hacia abajo, empujando contra mi entrada. La acción casi me hizo venir, y aunque estaba casi para llegar, él se alejó, jugueteando sin siquiera saberlo.

–No te detengas–, le dije, alejándome de él. –Por favor, no.

Se rió y luego volvió su mano para hurgarme allí, deslizando su dedo dentro y fuera un poco mientras su lengua exploraba mi canal.

Me apoyé en él aún más, y en poco tiempo, me estaba llenando, sus dedos se deslizaban dentro de los dos agujeros y su lengua trabajaba en mi clítoris mientras sus dientes me rozaban suavemente.

–Eres una chica tan mala–, dijo con una risita, y justo cuando estaba a punto de endurecerme, su mano se apartó de mis labios y me golpeó el trasero con tanta fuerza que tuve un orgasmo.

Me ayudó a prolongarlo y luego susurró: –Date la vuelta–. Cuando lo hice, se levantó y nos devolvió a nuestra posición original.

Agarró mis caderas y luego me levantó un poco para colocarme sobre su erección, que me atravesó con tanto placer que gemí en su oído, haciéndolo estremecer.

Me moví arriba y abajo, montándolo lentamente, agarrándolo con las paredes de mi vagina para ordeñarlo. –Eso se siente bien, bebé–. Él siempre me elogiaba, lo que amaba más que nada.

–Sí–. Siseé la palabra cuando cerré los ojos y su boca cayó sobre mi pecho. Me hizo sentir hermosa, cada centímetro de mí, por dentro y por fuera.

Una intensa oleada de placer me envolvió, rodé mis caderas y me apoyé contra él mientras venía con fuerza, empapando su pene.

–¡Cielos!–, dijo contra mi hombro. Me levantó y luego empujó mi espalda contra la pared, que era una de mis posiciones favoritas. Siempre me encantó la sensación de que sus músculos se flexionaban mientras me sostenía.

Agarré sus hombros con fuerza. Sus caderas bombearon rápidamente hacia mí, y luego, un momento después, me llevó a la cama y nos bajó a ambos, su pene ni siquiera abandonó mi núcleo.

–Estoy tan cerca–, gemí desde debajo de él. –¿Te vienes conmigo?–. Me encantó cuando nos fundimos, y cerré mis piernas alrededor de su cintura.

Se encontró con mis ojos. –¿No crees que deberíamos tener cuidado? Quiero decir, no queremos que quedes embarazada en este momento. Es un mal momento–. Sus palabras me hicieron hundirme por dentro; mi corazón cayó como una piedra a mis entrañas.

–¿Sería tan terrible?– Me quedé quieta y lo miré.

–No, simplemente no es un buen momento. Es como esa oportunidad laboral de la que hablamos. Nos gusta nuestra vida tal como es, y hablaremos de todo cuando sea el momento adecuado–. Besó mis labios, aunque solo fuera para callarme, y un momento después, se liberó y derramó su semilla sobre mi estómago.

Fue muy cariñoso cuando buscó la toalla y me limpió, su mano frotó suavemente sobre mi estómago, y luego se acurrucó a mi lado mientras dejaba que sus palabras se hundieran.

Quería planear la sorpresa perfecta para él, pero ahora, no estaba segura de si él lo apreciaría. Yo estaba a punto de perderme en la preocupación, pero él me besó, sus dedos encontraron su camino dentro de mi canal resbaladizo.

–Estoy listo para irme de nuevo, bebé. Me pones tan caliente–. Sus dedos acariciaron mi punto G, y aunque mi corazón no estaba en eso como antes, no podía controlar mi necesidad de su toque. Me extendí hacia él cuando se

levantó y se centró entre mis piernas, y cuando se encontró con mis ojos, estrechó los suyos.

–¿Qué pasa, Alanna?

–Nada. Se siente tan bien que me temo que estoy siendo demasiado pasiva.

Su mano acarició mi mejilla. –Sólo disfrútalo. Voy a trabajar para ti–. Se inclinó y besó mi cuello. Luego sus labios encontraron mi pezón y lo lamieron, su cálido aliento envió calor al lugar en el que su pene estaba jugueteando pero sin entrar.

–¿Te gusta cuando juego así?– La cabeza de su pene entró, y me cogió dentro y fuera con eso. –Sí, me gusta cuando haces lo que me haces. Siempre se siente tan increíble. Te amo, Mateo.

–Te amo. ¿Todavía te sientes cansada, bebé? Él acarició mi cabello, apartándolo de mi cara. –Un poco, pero me siento más fuerte, así que eso es bueno. Creo que son las hormonas–. Sabía que eran hormonas, y por eso también me emocioné tanto. Las lágrimas se formaron en las esquinas de mis ojos cuando se abrió camino dentro de mí. Y cuando miró hacia otro lado, les permití que se derramaran.

Se sentía tan bien, y mis paredes temblaron, apretándose y aflojándose alrededor de él hasta que sentí que mi liberación latía, ordeñando su pene hasta que me tocó el culo. –Levántate, bebé.

Me quedé donde estaba, frotando y ordeñando. –No, no te detengas–. Me aferré fuerte hasta que sentí su pene derramándose dentro de mí, el cosquilleo de su semilla causándome el orgasmo también.

–Tal vez deberías volver a tomarte la píldora.

–¿O podríamos quedar embarazados?– Busqué en sus ojos.

–Alanna. No lo hagas, no te apures. Pronto lo haremos, lo prometo, pero primero hagamos la boda–. Dejó escapar un largo suspiro y luego retrocedió, descansando sobre su codo.

Sabiendo que él se oponía tanto a tener un bebé, me aparté y me puse de pie.

–¿Eh! A dónde vas?

–Me voy a bañar.

–¿Quieres compañía?–, Preguntó.

–Si quieres–. Me detuve en la puerta y lo miré. No sabía lo que iba a hacer.

Cuando abrí el agua y sentí la temperatura, él se unió a mí en el baño. –¿De verdad crees que estarías feliz de hacer la boda aquí?

–Sí. Lo haría aquí la próxima semana si pudiera.

Sabía que nunca lo haría porque no quería apresurar las cosas.

–Pensé que querías una boda en mayo.

–Mayo será la próxima semana. No especificué tarde ni temprano, ¿Y no le veo la importancia?–. Tenía que admitir que estaba un poco herida y la tomé con él.

–Entonces vamos. Quiero decir, no es lo que habíamos planeado, ni siquiera teníamos algún plan que cambiar, pero si te hace feliz y realmente te sientes como si estuvieras en condiciones de hacerlo, entonces hagámoslo.

–¿En serio?– Me metí debajo de la regadera y lo empujé conmigo. –¿De verdad estás bien con eso?

De pie bajo la ducha me mojé el pelo y él se apoyó contra la pared para esperar su turno. –Sí, te lo dije, siempre que seas mi novia, soy bueno con lo que decidamos.

Agarré el champú y me lo coloqué en el cabello, pero él se hizo cargo y me masajeó el cuero cabelludo mientras me apoyaba contra él.

–Eso se siente bien–. Cerré los ojos mientras trabajaba el champú, y luego lo enjuagué mientras él buscaba el acondicionador para mí.

Después de pasarlo por mi cabello y ayudarme a enjuagar, frotó sus manos por mi cuerpo, su palma apoyada en mi barriga mientras se colocaba detrás de mí y me besaba el cuello.

–¿Una semana a partir de hoy?– Pregunté, girándome para medir su reacción. Él sonrió. –Todo lo que quieras.

–¿Todo?– Me preguntaba si eso incluía a un niño.

–Lo sabes, Alanna. Sabes que puedes pedir cualquier cosa y te la daría. Te amo y quiero hacerte la mujer más feliz del planeta. Si debo salir herido para lograrlo, lo haré–. Él se rió entre dientes mientras lo empujaba.

–No soy malcriada.

Me miró de reojo.

–Tal vez sólo un poco.

–Te lo daré–. No podía negar que había ido más allá para hacerme feliz. –¿Qué pensaste acerca de nuestra conversación en la cena?– Quería ver lo que realmente pensaba sobre la conversación del bebé.

–Me hizo pensar mucho en Agus y en cómo quiero adoptarla tanto que me hiere–. Su expresión era triste, y lo sentí por él. Julián nunca iba a dejar que eso sucediera, y peor aún, si supiera lo mucho que Mateo lo deseaba, lo iba a mantener fijo en su cabeza.

–Lo siento. Ojalá hubiera algo que pudiera hacer.

–Lo sé, y un día lo harás. Tendremos hijos propios, pero quiero que Agus

sea mi niña ahora—. ¿Es por eso que no quieres tener un bebé propio en un futuro cercano? ¿Quieres que Agus sea tu primogénita?—. No lo entendía demasiado, pero supuse que tenía sentido.

—¿Quieres un bebé ahora?— Me pasó el jabón, lo eché en mi mano y lo enjaboné.

—No me opondría a ello. Te amo, Mateo. Quiero darte un hijo o una hija propia—. Sentí que mi estómago sabía lo preciosa que era la vida. —Vamos a dejar atrás la boda y hablaremos de ello—. —El próximo fin de semana, ¿verdad?

—El próximo fin de semana—. Se inclinó y besó mi boca mientras frotaba la espuma por todo su pecho. En una semana, sería su esposa.

MATEO

La semana siguiente fue un torbellino, y en ese tiempo, nos las arreglamos para vaciar la habitación del frente. Habíamos fregado, limpiado, decorado y logrado movernos en un enorme toldo de fiesta donde íbamos a realizar la ceremonia. Había mudado los sofás y los había puesto en el garaje hasta que terminamos, abriendo el espacio. Con la cocina y el comedor formal justo allí, era el escenario perfecto para una boda. Su casa era tan grande y elegante como cualquier iglesia o lugar podría haberlo sido, y de esta manera, cuando terminara la boda, no tendría que ir muy lejos para la recepción, la cual estaba reservada en nuestro restaurante favorito, donde nos comprometimos.

Después de una larga semana de trabajar y pasar cada momento de vigilia juntos, Alanna había estado acaparada por Grissel y Agus. Me informaron que no podía verla antes de la ceremonia—. ¿Estás seguro de que no puedo hacerle una pregunta?—, Le dije a Grissel. La mujer negó con la cabeza, en una sonrisa amplia y dentada.

—No, no está permitido. Estaré encantada de darle tu mensaje si lo necesitas—. —Debes traer un block de notas y papel porque podría ser privado.

—Ella no entregará tus notas sucias—, dijo Robert. —Tendrás toda la próxima semana para ser tan desagradable como quieras—. Se inclinó más cerca y susurró: —Y nosotros también—. Hizo un gesto en dirección a Grissel.

Sus mejillas se enrojecieron. —Eres imposible. Ya te dije que tú dormirás en tu casa, y yo me iré sola a la habitación de invitados. Mi hermano había estado trabajando duro e intenso, pero Grissel tenía demasiada clase para eso.

Robert soltó una carcajada mientras se alejaba.

—Gracias—, le dije. —Ahora no puedo enviar una nota de amor a mi novia.

—Lo dirás en tus votos.

Me paseé de un lado a otro, pensando en la última vez que estuve trajeado para una boda. En aquel entonces, había caminado con Alanna por el pasillo hacia el altar y se la había entregado a Julián. Por mucho que quisiera no haberlo hecho nunca, lo haría de nuevo. Al hacer eso, hice posible que Agustina entrara en mi vida, y aunque pasé años pensando que había cometido un error, la niña me permitió perdonarme a mí mismo.

Le había dicho a Alanna que le hablaría sobre tener un hijo, y ahora que estábamos dando este paso juntos, sabía que estaba listo. Agus siempre sería mi hija, y tener un bebé juntos, tal vez sería la manera perfecta de unirnos a los tres aún más.

Solo había una cosa más que tenía que hacer. –¿Ya está listo el señor Patton?– Robert se encogió de hombros. –No lo sé. ¿Quieres que vaya a buscarlo?.

–Sí, hazlo. Tengo algo de lo que necesito hablar con él–. Caminé, cada vez más nervioso.

–¿Vas a aceptar el trabajo que él te ofreció?–, Preguntó Robert.

–No, no lo haré–. Había decidido que Alanna tenía razón. No necesitaba ese trabajo.

–Entonces tal vez deberías esperar hasta después del servicio. Quiero decir, tenemos más de una hora para quedarnos quietos, y no estoy seguro de que vaya a estar muy feliz contigo después de que lo rechaces.

Robert soltó una carcajada a medias y luego se dirigió al espejo junto a la puerta.

–El entenderá. Y si no lo hace, puede superarlo.

La expresión de Robert se nubló de preocupación cuando intercambiamos las miradas y las reflexiones de cada uno. –¿Qué te empujó a esto?

–No puedo asumir algo así cuando Alanna quiere expandir la familia. Ha estado hablando mucho de bebés últimamente, y creo que me gustaría darle uno.

–No hombre. Disfruta de la luna de miel primero.

Se sacudió el puño y luego se enderezó la corbata en el espejo.

–A ella no le gustarán las horas extras de todos modos.

–¿Ella dijo eso? ¿Se lo mencionaste a ella?.

–No, no quería molestarla ni enfadarla con su padre.

–Entonces no sabes lo que ella piensa. ¿Qué pasa si a ella le gusta el puesto que te ofrecen?–. Punto para él. Si yo tomaba el puesto, ella y yo tendríamos más tiempo juntos en el trabajo, pero existía la posibilidad de que pasara menos tiempo en casa.

–Solo busca a su padre, por favor–. No quería que él me convenciera para que cambiara de opinión, y sabía que tenía que decírselo lo antes posible. Además, sería una carga caminar al altar con eso en mi mente.

–Bien–. Robert salió al pasillo antes de desaparecer detrás de la puerta.

Unos minutos más tarde, regresó con el señor Patton. –¿Tu hermano dijo que querías verme?– Robert se paró detrás de él, sacudiendo la cabeza y pronunciando las palabras, –no lo hagas.

–Sí, lo haré. Robert, por favor, discúlpanos. ¿Tal vez puedas ir a ver cómo están las chicas?

Robert se fue vacilante y, una vez que se cerró la puerta, me volví para mirar al señor Patton, que estaba de pie junto a la ventana.

–¿De qué se trata esto? Espero que haya decidido aceptar mi oferta de trabajo.

–En realidad, señor. No creo que lo haga.

Lance parecía sorprendido. –Me temo que no entiendo cómo has llegado a esta decisión–. La decepción se reflejó en su frente.

–Quiero darle a Alanna una familia. Ella realmente ha estado hablando mucho sobre tener otro bebé, y si tomo este trabajo, me alejará de todo. No quiero perder el tiempo que me queda para Agus. Ya fue bastante malo perderme los primeros años de su vida.

–Puedo entender eso, Mateo. Y lo creas o no, lo respeto. Solo quería que dijeras que sí.

–Lo sé, y aprecio la oferta. Has sido tan bueno conmigo y con mi hermano que ni siquiera sé cómo pagarle.

–No me debes, Mateo. Y en cuanto a pagarme, soy yo quien te debo la gratitud. Has estado allí para mi hija toda la vida, y sé que vas a ser un buen marido para ella. También vas a ser un magnífico padre para Gus y para tus propios hijos.

–Gracias por su comprensión–. Le extendí la mano, pero él me dio un fuerte abrazo, un gesto que me hizo llorar. Ahogué mis lágrimas, y cuando él se apartó, también se secó los ojos.

–No hay problema, hijo. Si todos hemos llegado hasta aquí, tengo que ir a ver a mi hija.

–No me dejan verla. Entonces, ¿le dirías a ella que la extraño?

–Lo haré. Por cierto, todo parece increíble–. Salió de la habitación y luego se dirigió por el pasillo al dormitorio principal, donde se suponía que Alanna y los demás se estaban preparando. Me miré en el espejo, junto a la puerta, y dejé escapar un largo y limpio suspiro cuando el estrés por la oferta de trabajo desapareció de mí.

Enderecé mi corbata cuando Robert regresó a la habitación de invitados. – Los encargados del catering tuvieron un pequeño contratiempo. Alguien se olvidó de traer el enfriador de pollo, pero ya regresaban al restaurante para comprarlo. Todavía están a tiempo, pero querían que lo supieras.

–Está bien. Si eso es todo lo que sale mal hoy, será un milagro. ¿Revisaste a las chicas? –Deseaba poder ver a Alanna y cómo se veía, y la visión que tenía en mi cabeza era de ella once años más joven, con su vestido de novia largo

de princesa y la inocencia de la juventud en sus ojos.

–¿Se molestó el señor Patton?– Robert puso su mano en mi espalda.

–No, él no se molestó. Está decepcionado pero entiende. Le expliqué mi razón. Supongo que el viejo realmente ha cambiado para mejor.

–Hablemos de cambio. Míranos–. Señaló nuestro reflejo. –En realidad somos más hermanos que nunca.

–Sí, ¿alguna vez pensaste que serías mi padrino?

–No, nunca pensé que alguien se casaría con tu lamentable trasero–. Me dio un codazo en el brazo y luego se echó a reír. –Ciertamente no pensé que alguna vez estaría con Alanna, y Agus también fue inesperado. Yo no sé como tuve tanta suerte, Robert. No he estado enamorado de nadie más en toda mi vida, y ahora voy a casarme con ella

–¿No te metiste en el ejército? Quiero decir, mierda. Es como si te hubieras salvado por ella–. Él puso los ojos en blanco, se acercó a la cama y se sentó.

–No salvé mi cuerpo, no. Pero sí, salvé mi corazón. Verás. También le darás el tuyo a alguien. ¿Quizás Grissel?

–No lo sé. Grissel es toda una mujer, pero no estoy seguro de que sea del tipo que puede aguantarme. Soy tan estúpido a veces.

–Ella podría ser justo lo que necesitas para hacer que no lo seas–. Me reí entre dientes y caminé hacia mi traje, que no había querido ponerme demasiado pronto.

–Tal vez. Me gusta mucho ella. Si ella se queda, la trataré bien

–¿Alanna ya está vestida? –, Le pregunté.

–No, todavía tenemos treinta minutos.

–Maldita sea. Me voy a volver loco si no la veo pronto. Te daré cien dólares si puedes distraer a Grissel el tiempo suficiente para acercarme y verla. –Pensé que podría ser demasiado pedir que ella viniera a mí.

–Veré lo que puedo hacer, pero no prometo nada. Y solo porque Grissel se ve muy sexy con el vestido que lleva puesto. Me gustaría quitárselo.

–Ve por ella y encuentra un armario–, le dije mientras él salía.

No podía pensar en nada más perfecto que tener a mi hermano conmigo el día de mi boda, y sabía que no lo habría querido de otra manera. No pude evitar pensar en mi padre, que había fallecido en la casa unos meses antes. No habría asistido a mi boda y se había sentido tan mal que me alegraba de que ya no le doliera, pero hubiera sido bueno tener a mis padres allí, tanto a mamá como a papá Y que pudieran ver la maravillosa mujer con la que me casaba, nos verían a mí y a Robert como amigos y verían lo que habíamos hecho de

nosotros mismos.

Esperaba que pudiera distraer a Grissel, pero no contuve la respiración. Grissel iba a ser una tuerca difícil de aflojar.

La puerta se abrió, y Robert asomó la cabeza. –Tengo a alguien especial para ti–. Era todo sonrisas, y pensé por un momento que se lo había quitado hasta que Agustina entró, sacudiéndome el dedo.

–Mamá dice que es mejor que te comportes y que si intentas que el tío Robert vuelva a tener problemas con Grissel, estarás en un gran aprieto–. Parecía una princesita con su vestido rosa pálido. Ella era un angelito. No solo tuve la suerte de tener una novia tan hermosa, sino también una hermosa hija. Se acercó y tomó mi mano.

–¿Por qué no te has vestido todavía, papá? No puedes casarte con esos pantalones–. Miró a mi mono de correr, que eran grises y cómodos, mi favorito con el que me había visto un millón de veces.

–¿Tu madre ya se puso su vestido?

–No, pero están a punto de ponérselo. Ella estaba terminando de peinarse el cabello. También se puso maquillaje. Se ve realmente bonita, y Robert dijo que no la mereces.

–Oh, él dijo eso, ¿verdad?– Me reí entre dientes, y Robert sacudió la cabeza inocentemente. Estaba en la puerta, pero estaba parado contra el lateral de la puerta.

–No dije tal cosa–. Él sonrió. –Estoy a punto de bajar y revisar el pollo–. Cerró la puerta, y luego Agus se dio la vuelta en un círculo.

–¿Cómo me veo, papá?

–Hermosa. Te ves igual que tu madre cuando tenía tu edad. Ella tenía el mismo cabello rubio y los mismos ojos azules brillantes. Ella recogía flores y las ponía en sus trenzas, y siempre que veía una mariposa, la perseguiría.

–¿Y la amabas incluso entonces?.

–Si, incluso entonces.

La puerta se abrió, y Grissel asomó la cabeza. –¿Ahí estás? Vamos, Agus. Tenemos que ayudar a tu madre a ponerse el vestido, y necesito que la ayudes con sus zapatos.

–Será mejor que te vistas, papá–. Se dirigió a la puerta con Grissel, quien estaba asintiendo.

Me puse de pie y me apresuré a vestirme. Quería estar en mi lugar para poder verla caminar por las escaleras. Esta vez, su padre la entregaría, y con un poco de suerte, recordaría sus votos.

Una vez que me vestí, tuve un poco de tiempo, así que fui a buscar a mi hermano y me acomodé.

ALANNA

Acabo de ponerme los zapatos y ayudé a Agus a levantarse del suelo cuando alguien llamó a la puerta. –Si es Mateo, lo estrangularé–, dijo Grissel. –Caminarás por el pasillo con un cadáver.

–Ya lo he hecho una vez–, murmuré. –Mi ex esposo tenía muerte cerebral.

Grissel se echó a reír, y Agus corrió hacia la puerta mientras mi padre entraba. Las dos nos dieron algo de espacio mientras se preparaban para nuestras señales.

–Oye, papá–. Mi padre se detuvo en seco y mantuvo su corazón.

–Estás impresionante, hija. Hay un brillo en ti que no he visto en una mujer desde tu madre el día de nuestra boda.

–Gracias papá. Gracias por estar aquí.

–Debería haber estado allí la última vez, y tal vez las cosas hubieran sido diferentes. En lugar de que Mateo te guiara por el pasillo hacia Julián, debería haber estado yo caminando contigo hacia Mateo.

–Mateo y yo estamos contentos por como resultaron las cosas. Tenemos a Agustina gracias a eso.

–Entonces todo valió la pena para llegar a este lugar. No puedo decirte lo orgulloso que estoy de ti y de él. Realmente resultó ser un buen hombre. La forma en que se sacrifica por ti. Él tiene sus mejores intereses en el corazón.

Las palabras de papá eran tan dulces, y todo parecía perfecto. Caminé hacia el espejo para comprobar mi maquillaje porque había empezado a llorar solo por lo guapo que estaba papá y el hecho de que estaba aquí conmigo esta vez.

Todo era perfecto como no lo había sido antes.

Agus abrió la puerta y se asomó. –Mamá, ¿estás lista?

–Sí, estoy lista–. Tomé el brazo de mi padre y salimos al pasillo a esperar a que mi música se escuchara.

Para mi primera boda, elegí algo conservador con una marcha de boda tradicional, pero esta vez, quería elegir algo diferente para mostrar que este era un nuevo comienzo. Empezábamos de nuevo de una manera que no lo habíamos hecho antes, como marido y mujer.

Todo lo que habíamos pasado nos había llevado a este punto, y sabía que los dos estábamos hechos el uno para el otro. –Habrán muchas cosas por venir, buenas y malas, pero lo lograremos todos juntos–. Me coloqué la mano en mi estómago cuando las palabras de mi padre se quebraron. –Papá, ¿Qué hiciste

...

La música comenzó a sonar, y me sacudí la pregunta. Tendría que aclarar eso más tarde. No sabía lo que Mateo había “sacrificado” por mí, pero eso no era importante en este momento. No podía esperar para casarme con él.

Papá tomó mi mano y caminamos lentamente por las escaleras, tal como habíamos ensayado la noche anterior. Cuando doblamos la esquina, vi a Mateo vestido con su esmoquin y luciendo increíblemente atractivo.

Me quedé sin aliento, y cuando me vio, se llevó una mano al corazón y me lanzó un beso que me hizo sonreír.

Pensé en cómo lucía en los abrigos y corbatas de mi padre cuando solo éramos niños, cuando quise que pasara este día y para que viviéramos felices para siempre.

Cuando llegué al final del pasillo donde Agus y Robert nos esperaban, ambos luciendo lo mejor posible, esperé con mi padre.

El reverendo sonrió y abrió su biblia. –¿Quién entrega a esta mujer a este hombre?

–Mi nieta y yo–. Mi padre hizo un guiño a Agustina, y ella se rió mientras tomaba la mano de Mateo.

Estaba tan perdida en el momento y estaba tan ocupado sonriendo y mirándole a los ojos que no estaba prestando atención a una sola palabra que el reverendo estaba diciendo hasta que llegó la hora de mis votos. Los dije sin esfuerzo, a diferencia de cuando me casé con Julián y necesité la ayuda de Mateo para terminarlos.

Estaba tan emocionada que la ceremonia casi había terminado. Fue gracioso porque la boda era muy importante era para mí, pero no podía esperar para llegar a la parte donde le diría la buena noticia.

Mateo tomó el anillo que sostenía su hermano y fue la primera vez que lo vi. Era el anillo de mi madre. Las lágrimas se acumularon en mis ojos, y no podía creer que mi padre nos lo había dado.

El reverendo se aclaró la garganta. –¿Mateo, aceptas a Alanna como tu esposa legalmente casada, para tener y sostener, y renuncias a todo lo demás hasta que la muerte los separe?

Mateo me miró a los ojos. –Acepto–. Puso el anillo en mi dedo, y luego fue mi turno. Tomé su anillo.

Habíamos hecho la ceremonia a nuestra manera, queríamos algo rápido y casual.

Sostuve el anillo en su dedo y esperé hasta que el reverendo me condujo a través del momento en que podía ponérselo.

–¿Tú, Alanna, aceptas a este hombre, Mateo, para ser tu esposo, para tener y sostener, renuncias a todo lo demás hasta que la muerte los separe?

–Acepto–. Empujé el anillo sobre su nudillo.

El reverendo terminó su discurso, y antes de que lo supiera, era hora de besar a mi novio. Mateo me plantó un beso tan apasionado que me quedé aturdida cuando todos los asistentes, incluido Agus, aplaudieron.

Agus se adelantó y abrazó nuestras piernas. Mateo la levantó y la hizo girar. –¡Papá!–, Gritó ella. –Ahora estamos todos casados como una verdadera familia.

–Sí, eso somos–. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

El reverendo nos anunció como marido y mujer y nos presentó como la familia Burke. Puse mi brazo alrededor de Mateo y lo atraje hacia mí.

Estábamos muy felices de tener a todos nuestros familiares y amigos allí, y sabía que este era el día más especial de nuestras vidas. Solo había una cosa que podía hacer para mejorarlo, y no podía esperar para que estuviéramos solos.

Caminamos por el pasillo hasta la parte de atrás y luego subimos las escaleras juntos, donde él me llevó a nuestra habitación mientras los invitados se reunían en el comedor y se mezclaban cuando la sala delantera estaba libre de las sillas alquiladas.

–Ese fue el momento más largo y más corto de mi vida–. Mateo se rió y me atrajo hacia sus brazos. –Lo hicimos, bebé.

–Si lo hicimos

Robert llegó a la puerta y me entristecí por no haber tenido tiempo suficiente para sorprender a Mateo.

–Hey hombre. Sé que este es un mal momento, pero necesito que bajes un segundo.

–¿Estás bromeando?– Parecía derrotado, pero mi padre entró y me pidió que lo ayudara con su corbata, que quedó atrapada en algo en la parte posterior de su cuello.

Mateo me besó y luego salió con Robert. Ayudé a mi padre con su corbata, que estaba enganchada en un alfiler que había dejado en su camisa.

–Tienes que sacar los alfileres de estas camisas–, le dije, liberándolo. Se dio la vuelta y lo sostuve para que lo viera.

–No me sorprende que me haya pinchado–. Se dio la vuelta y, antes de que pudiera irse, agarré su mano.

–¿Qué quisiste decir antes cuando dijiste que Mateo había hecho

sacrificios? ¿Algo en particular?

–Ya sabes, la promoción que le ofrecí.

–¿Le ofreciste una promoción?–, Le pregunté.

Mi padre se veía confundido. –Sí, quería que él tomara el lugar de Hudson. Pensé que te había hablado de eso. Dijo que quería tener suficiente tiempo contigo y con Agus fuera del trabajo y que querías formar una familia.

Yo fruncí el ceño. –No, él no lo mencionó. ¿Lo rechazó?.

–Sí, yo tampoco podía creerlo. Mantendré la posición hasta que Hudson se vaya, con la esperanza de que aún pueda convencerlos a ustedes dos. Realmente deberías pensarlo, Alanna. Se asegurará el futuro de la compañía para cuando me jubile, lo que podría no ser demasiado lejano ahora.

–¿No lo dices en serio?– Pregunté. No era una sorpresa que se retirara algún día, pero no estaba lista para eso en el corto plazo, especialmente porque los dos nos habíamos vuelto a acercar tanto.

Tampoco podía creer que Mateo hubiera rechazado una gran promoción para empezar una familia. Después de nuestra charla, no estaba segura de si me iba a dejar seguir mi camino. No parecía que quisiera tener hijos pronto.

Deseaba que papá también me hubiera hablado, aunque entendía por qué no lo había hecho. ¿Pero Mateo? Mateo debería haberme dicho antes de rechazarlo. Fue una gran oportunidad, y ese tipo de cargos no se presenta muy a menudo. –Gracias papi. Hablaré con él.

Pensé en el momento en que mencionó una promoción hipotética, y me entristeció que no me hubiera dicho la verdad. Le dije que no lo necesitaba y que quería que las cosas siguieran igual. Estaba segura de que por eso lo había rechazado. Si hubiera sabido la verdad, le habría dicho que lo hiciera.

Mi padre se fue, y Mateo volvió riendo. Cerró la puerta con llave antes de que Robert pudiera seguirlo.–Lo siento cariño. Tenía algunos amigos que se iban y querían verme antes de volver a la carretera.

–Está bien. Habría bajado si lo hubiera sabido. Me di la vuelta y señalé mi cremallera para poder quitarme el vestido y ponerme la ropa más cómoda que quería para la recepción.

–Sí, no sabía de qué se trataba–. Bajó la cremallera y, una vez que estuve libre, finalmente sentí que podía respirar.

Salí de mi vestido, y sus ojos se abrieron con su sonrisa. –Te ves hermosa, bebé, dentro y fuera de ese vestido–. Se movió hacia adelante, cerrando la distancia y halándome hacia sus brazos. Nuestros labios se mezclaron, y no podía creer que este hombre fuera mi marido por el resto de mi vida. Solo

esperaba que no se molestara conmigo cuando le revelara mi sorpresa.

MATEO

Cuando la miré a los ojos, no podía creer que tuviera que estar con ella por el resto de mi vida. Aunque no había tomado la promoción, sabía que teníamos el mejor futuro por delante.

Me apresuré y me puse mi ropa casual antes de que alguien más intentara entrar en la habitación, y una vez que terminé, la esperé.

–Estoy tan feliz, Alanna.– Tenía que decirle cómo me sentía.

–Yo también, Mateo. He estado esperando que llegemos a este momento desde anoche.

Agus había insistido en que pasara la noche conmigo después de que Grissel lo sugiriera. Quería una última noche, pero debido a una vieja superstición que decía que no podíamos vernos antes de la boda, no tenía suerte.

–Yo también, cariño. Te quise toda la noche, y cuando tuve que despertarme sin ti, fue muy difícil.

–Escuché que le estabas haciendo pasar un mal rato a Grissel–. Ella se rió, y su risa me hizo desearla aún más.

Le acaricié la espalda y la miré a los ojos. –Sí, ¿puedes culparme? Me gustaría pensar que estabas sufriendo igual que yo–. Ella sonrió y yo sabía que lo había hecho.

–Puede que un poco.

–Bueno, me voy a comportar, pero si no tuviéramos que volver con nuestros invitados, ya te tendría en posición horizontal.

–Por mucho que lo alentara, necesitamos hablar algo más–. Su expresión era tan seria que no estaba seguro de si estaba en problemas por algo o no.

–¿Sí? Así que, de qué vamos a hablar.

Me incliné y la besé, y ella me dejó sin aliento mientras se movía contra mí. Quería llevármela allí en ese momento, pero no quería pasar por encima de ella ni ser irrespetuoso, considerando que había una casa llena de gente, incluida nuestra hija y su padre.

Me separé y la dejé jadeando. –Tendremos que hacer eso último.

–Tengo algunas noticias y no estoy segura de cómo las tomarás, Mateo–. Me miró a los ojos y me lanzó una mirada que me hizo saber que estaba preocupada.

–Oye, está bien. Puedes decirme cualquier cosa. Empecé a preocuparme cuando ella me miró de reojo y luego miró sus zapatos.

–¿Alanna?

–Quería hacer algo realmente especial para ti, y pensé en lo que dijiste sobre adoptar a Agus, y bueno, me puse en contacto con Julián.

Mis venas repentinamente bombeaban lava, y mi corazón sentía que iba a explotar. No era que ella hubiera hablado con su ex, sino que no había hablado conmigo primero sobre la razón por la cual lo hizo.

–¿Por qué?

–Le pregunté si alguna vez planeaba volver a estar en la vida de Agustina, y le hice saber que nos casaríamos. Dijo que hablaba en serio de que mejoraría su comportamiento, y le pedí que firmara sus derechos.

Odiaba que ella le hubiera preguntado, sabiendo que él probablemente había dicho que no. –¿Que dijo él?

–Él dijo que no al principio, pero cuando lo amenacé con llevarlo a la corte por manutención de niños, firmó esto– Extendió unos papeles que tenían su nombre.

–¿Él sólo va a renunciar a ella? ¿De esa manera?–. No podía creerlo. Mi corazón se sentía como si estuviera lleno de helio y mi mano estaba helada. Me acerqué a ella, incapaz de hablar hasta que me tragué el nudo en la garganta.

–Todavía hay algunas cosas que hacer, Mateo, pero si quieres adoptarla, puedes hacerlo.

–Claro que sí, quiero hacerlo. Esto significa que puedo adoptarla, ¿en verdad?.

–Sí. No le he dicho nada a Agus, por supuesto. No quería hacer ilusiones ni nada por el estilo. Existe la posibilidad de que cambie de opinión si no nos apresuramos y archivamos este papeleo. No creo que tengamos problema. – Nunca me pagó ni un centavo, y supuestamente está en una relación con una stripper, y no puedo imaginar que ella sea del tipo maternal.

–¿Encontraste todo esto para mí en una semana?

–Sí, bueno, ha sido una semana laboral muy ocupada–. Ella se echó a reír y luego apoyó la cabeza en mi hombro. –Oh, Mateo, estaba tan preocupada que estabas molesto, pero también estaba tan emocionada de contarte las noticias.

–Gracias, bebé. No podrías haberme dado un mejor regalo–. No creía que fuera posible amarla más de lo que ya lo hacía, pero mi corazón estaba tan lleno que sentí el exceso corriendo por mis mejillas. Me sequé los ojos y le di otro beso. –Vamos, vamos a ver a nuestra chica.

–Espera–. Ella agarró mi brazo y me sostuvo con ella. –Hay más. Sé de la

promoción que rechazaste.

–Lo siento, no te lo dije, pero no quería que te preocuparas por eso. Cuando te pregunté cómo te sentirías, no parecías muy feliz por eso—. Si me hubiera dicho que estaba de acuerdo, se lo habría dicho a ella, pero no parecía gustarle la idea.

–Si me hubieses dicho que era real, podría haber tenido una opinión diferente—. Ella sacudió la cabeza y respiró hondo. –¿Querías el puesto?

–No quiero estar lejos de ti más de lo que tengo que estar, pero sí, lo quería. Solo quiero que quieras que lo tenga.

–Estás preocupado por el tiempo que te tomaría, y lo entiendo. Yo también lo aprecio. Sin embargo, no es como cuando mi padre estaba construyendo la compañía, Mateo. Hudson trabaja muchas horas, claro, pero dirigimos esta compañía, y si quiero tener tiempo contigo, me aseguraré de que tengamos tiempo. Lo importante es que tú también seas feliz. No siempre puede tratarse de mí y de la felicidad de Agustina.

–Hacerlas feliz me hace feliz—. –Quiero que aceptes el trabajo—, dijo.

–¿Estás segura? No quiero que lo lamentemos más tarde.

–Si lo lamentamos, lo resolveremos. Esta es una gran oportunidad, no solo para ti, sino también para la compañía, mi padre, y para mí y para Agus, y sé que lo quieres.

–Sí lo quiero. Se lo diré a tu padre—. Tomé su mano y la atraje para otro abrazo. –Si no tuviéramos que ir con los demás, lo juro, nena, te haría el amor aquí y ahora—. Me reí, pero hablaba en serio. Habíamos estado uno encima del otro, y estaba perdiendo el control.

–Está bien—, dijo ella. –No puedo esperar a ver a Agus.

–Mientras no tengas ninguna otra sorpresa bajo la manga, podremos llegar a tiempo para ver a nuestros invitados.

–Dios sabe lo que creen que estamos haciendo—, dijo.

Cuando bajamos, la multitud comenzó a alentarnos. Sentí que mi cara se ponía roja, a pesar de que no habíamos estado haciendo nada. –Gracias a todos por estar aquí.

Alanna solo sonrió e inundó la habitación mientras nos abríamos paso entre la multitud, saludando a la mayor cantidad de gente posible. Llegamos al pastel, donde el fotógrafo estaba esperando para tomarnos fotos mientras cortábamos nuestro pastel. Afortunadamente, a todos se les había servido la comida y parecían muy felices, lo que sé que fue un alivio para Alanna, que estaba preocupada por el menú.

Encontré a Agus sentada en una mesa de la esquina con su abuelo. –¿Cómo está mi niña pequeña? ¿Comiste un poco de pollo?.

–Sí, papi. El abuelo me lo cortó–. Miré a Robert y Grissel al otro lado de la habitación, cogidos de la mano y hablando con otra pareja. Estaba feliz de que él parecía llevarse muy bien con Grissel, y no podía creer que estuviéramos saliendo de Agustina con ellos durante toda una semana.

Tomé la mano de Alanna y la empujé hacia un lado. –Cariño, no estoy seguro de este viaje de una semana que estamos haciendo.

–Ella estará con Robert, y Grissel, ambos la cuidarán.

–Lo sé, pero está muy lejos, ¿y qué pasa si pasa algo?– No sabía si deberíamos ir a las islas y dejarla atrás, sin importar cuánto quisiera tener a su madre para mí solo la semana entera. Incluso había tenido la idea de que los dos nos quedaríamos desnudos todo el tiempo y estableceríamos un nuevo récord por estar sobre nuestras espaldas, pero ahora, lo estaba reconsiderando seriamente.

–Ella estará bien, Mateo–. Se volvió hacia Agus. –¿No te emociona poder pasar toda la semana con el tío Robert y la señorita Grissel?

–Sí mamá.

Mi padre habló. –Ella estará bien. Voy a ir a verla a ella algunas veces la próxima semana. Es una jovencita madura y estará bien.

–Mira, incluso papá va a ayudar. ¿No tienes algo que quieras decirle antes de que tomemos la palabra e iniciemos nuestro baile?

No podía creer que ella iba a hacerme hablar con él en ese momento sobre la promoción, pero no iba a discutir con mi esposa. –Sí señor. Sobre esa promoción. Me gustaría reconsiderar y aceptar su oferta. Alanna me hizo ver que iba a estar bien, y si la oferta aún está sobre la mesa, me gustaría tener el honor–. Contuve el aliento y esperé que todavía estuviera bien con eso.

–Tenía la sensación de que lo pensarías mejor, por lo que la oferta sigue en pie. Es tuyo en cuanto Hudson se retire y comenzarás el entrenamiento de inmediato. Cuando vuelvas, por supuesto–. Se echó a reír. –Sabes, es importante para ti y tú esposa tener un poco de tiempo a solas, como lejos de los niños, de vez en cuando–. Me guiñó un ojo y luego el fotógrafo finalmente nos llamó la atención.

Alanna quería todas las fotos tradicionales de cortar el pastel, posando con la familia, solos los dos, y uno de nuestros anillos. Luego tomamos algunas fotos con nuestros amigos y yo tomé la mano de Alanna para poder bailar.

La llevé al piso, que estaba justo en el centro de la sala de enfrente, donde

se habían retirado los asientos para que tuviéramos un lugar para bailar, y aunque la casa era enorme, lucía acogedor.

–¿Recuerdas cuando bailamos en mi otra boda?– Preguntó ella.

–Lo recuerdo. Tu madre me obligó a hacerlo–. Sonreí y ella se enjugó una lágrima del ojo. –Sé que lo hizo porque le pedí que lo hiciera. Realmente quería hablarte y ver lo que tenías en mente. Sabía que odiabas a la multitud, y sabía que solo estabas haciendo todo eso por mí, como esta noche–. Ella se rió. –Así que, ¿qué estás pensando?

–Estoy pensando que no puedo esperar para estar a solas contigo durante una semana, y me pregunto cómo me las arreglaré para hacerlo sin ver a Agus por tanto tiempo. Tengo miedo de dejarla con Robert. Esa es mi niña. Si algo le sucediera a alguna de ustedes, no sé lo que haría.

–Eres un buen padre, Mateo. Para de preocuparte tanto.

–¿De verdad estás de acuerdo con eso?– No podía olvidar que ella también estaría lejos de Agus por primera vez.

–Bueno, estuve de acuerdo con eso hasta que empezaste a señalar tus dudas sobre Robert–. Me miró y me volví para ver que estaba mirando a Robert y Grissel, que nos estaban mirando bailar, junto con todos los demás en la habitación.

–Maldición, no me di cuenta de que teníamos una audiencia tan cautiva–. La canción terminó, y me alegró que ella eligiera una corta para bailar. Justo cuando estaba a punto de alejarme, ella me hizo retroceder.

–No tan rápido, esposo mío. Tengo otra sorpresa.

–¿Otra?– Ella me dio una dulce sonrisa y luego le hizo un gesto a Grissel para que le trajera una bolsa de regalo que había estado esperando. –¿Qué diablos está pasando? No te conseguí nada, bebé. No sabía que debíamos intercambiar regalos–. No era como si hubiera estado casado antes.

–Tú ya lo tienes. Créeme. Abre la bolsa–. Ella me dio un codazo.

Abrí la bolsa y encontré una pequeña caja en el interior, y tuve la sensación de que era algo como un reloj o algún otro regalo caro, y me sentí como un verdadero idiota por no haberle comprado algo. Luego, cuando lo abrí, dentro había un pequeño par de botitas de bebé blancas.

–¿Qué es esto?– Levanté la vista cuando me golpeó. –¿Estás embarazada?– Nunca olvidaré la sonrisa que me dio y luego la forma en que la levanté en mis brazos y la giré hasta que ella me rogó que la dejara.

ALANNA

Después de que mi mundo dejó de dar vueltas y había colocado mis pies en la tierra, Mateo me sujetó tan fuerte que pensé que podría ahogarme. Su cuerpo temblaba de emoción, y pensé que tendría que levantarlo del suelo.

–¿Cuánto hace que lo sabes?– Sus ojos estaban teñidos de rojo, y se secó las lágrimas antes de que pudieran caer.

–Supongo que el mismo tiempo que tú sabías lo de tu promoción. Quería decírtelo, pero solo quería encontrar el momento adecuado para hacerlo especial.

–¿Qué pasa con la promoción, Alanna? No quiero perderme ni un minuto de nuestra vida–. Mi enojo por la ausencia de mi padre en mi juventud lo había afectado más de lo que imaginaba.

Le di una palmadita tranquilizadora en la espalda. –No lo harás. Nos aseguraremos de ello. Ahora deja de preocuparte–. Me has hecho tan feliz, bebé. No solo tango ahora a Agus, sino también a un bebé.

Me reí entre dientes cuando él dio un paso atrás.

–Vamos a tener un bebé–, gritó mientras levantaba los zapatitos y se giraba. La multitud comenzó a animarnos, mientras algunos comenzaron a silbar.

Agus salió corriendo de la mesa y me agarró las piernas. –¿En serio, mamá? ¿Tengo un hermano o una hermana?.

–No lo sabremos por un tiempo–. Miré hacia arriba y me di cuenta de que a Mateo lo habían levantado y estaba siendo llevado sobre los hombros de algunos de sus compañeros infantes de marina.

Cuando lo bajaron, la multitud se despejó, pero él agarró una de las manos de sus compañeros y lo guió hasta nosotras.

–Alanna, Agustina, tienen que conocer a este hombre. Este es mi buen amigo, William Erick. Estuvimos juntos en Afganistán.

–Y este hombre me salvó la vida. Te vas a casar con un héroe, jovencita. – Él me dio una amplia sonrisa.

–Lo sé–, le dije. –Él me ha salvado un par de veces, también. Soy Alanna y es un honor conocerte. He oído mucho sobre ti–. Mateo tomó a Agus y la levantó en sus brazos.

–Y ella es Agustina.

–Eres tan bonita como un nuevo y brillante centavo–, dijo.

Agus le susurró algo al oído a Mateo, y se echó a reír. –Ese es él, Agustina. ¿Por qué no le preguntas a él?

Las mejillas se le pusieron rojas. –¿Es verdad que siempre tienes una galleta en el bolsillo de tu camisa?

William rió y se metió la mano en su abrigo para sacar una pequeña bolsita del tamaño de un bocadillo con una sola galleta. –Chispas de chocolate. Mi esposa las hizo esta mañana. Me ha consentido mucho en los últimos días–. Le dio una palmadita en el centro y luego le entregó la galleta a Agustina.

–¿Realmente puedo comérmela?– Agus nos miró a mí y a Mateo para su aprobación.

–Puedes apostar–, dijo Mateo. –Solía compartir conmigo todo el tiempo. Pero él podría necesitar una recarga, ¿por qué no vas a la mesa y eliges una galleta especial para que él la lleve a casa? –Mateo soltó a Agus, y se fue corriendo a la mesa donde teníamos las galletas especiales para la ocasión.

–Ella es hermosa–, dijo Erick. –Y ese pequeño también lo es–. Le dio a Mateo un guiño, y ellos compartieron una risa.

–Gracias. Soy un hombre afortunado.

–Sí, lo eres, y realmente tomaste mi consejo en serio.

–¿Le diste un consejo?– Tenía que preguntar, preguntándome de qué estaba hablando.

–Oh sí–, dijo Erick. –No fue sino un minuto antes del ataque. Estábamos hablando de tener algo genial en casa. Este me dijo que solo había amado a una mujer y que no tenía demasiadas esperanzas para su futuro con una familia o hijos. Míralo ahora. Él tiene a su niña y su hermosa hija, y un bebé en camino. Si no me cuido, él me pasará rápidamente–. Dijo mientras le daba a Mateo un codazo.

–¿Cómo sabías que yo era la elegida?– Mateo le debe haber dicho.

–Oh, él solía hablar de ti todo el tiempo. Yo y Alanna esto, yo y Alanna eso. Y el hecho de que cuando me llamó para invitarme, tuve que escuchar todo sobre ti.

–La vas a poner muy engreída, ¿sabes?–, Dijo Mateo. –Y luego tengo que vivir con ella.

–Felicidades, amigos–, dijo Erick. –Aprecien todos y cada uno de los momentos juntos. Sé que es la única forma en que mi señora y yo lo hemos logrado todos estos años–. Los ojos del hombre se llenaron de lágrimas. –Y te debo todo por ayudarme a volver con ellos en una sola pieza.

–Estamos a mano, hombre. Tu buen consejo me salvó primero–. Mateo le estrechó la mano, e incluso me emocioné un poco imaginando lo que habían pasado.

Me limpié una lágrima perdida. –Puedo ver por qué Mateo te admira tanto.

–Del mismo modo, bella dama–. Guiñó un ojo y luego se volvió cuando Agus corrió a su lado. –Rellené tu bolsa. Espero que te gusten las galletas con forma de pastel de boda.

–Claro que sí. Esas son hermosas. Tan hermosas, de hecho, llevaré una a casa para mi niña–. –¿También tienes una niña?–. Los ojos de Agus se agrandaron.

Erick asintió. –Sí, y ella es de tu edad. Tendrán que reunirse algún día.

–Me gustaría que pudieran haber venido–. Me sentí mal porque no pudieron asistir con él.

–Yo también, pero mi esposa no pudo salir del trabajo y los niños se mantienen ocupados con los deportes. Dos de ellos tuvieron juegos el día de hoy, así que me han enviado los puntajes uno tras otro.

–Gracias por venir, hombre–, dijo Mateo. Los dos se estrecharon las manos, y Erick atrajo a Mateo para un rápido abrazo, con un montón de palmadas en la espalda y agarrándose fuerte.

Cuando se separaron, Erick se echó a reír. –Estar lejos de la familia realmente me dará un descanso de todo el caos del hogar. Verás. Cuando crezca ese pequeño también necesitarás un poco de tiempo–. Le dio otro guiño, y luego, cuando algunos de nuestros otros invitados se acercaron, regresó a su mesa.

Saludamos a todos los que pudimos, y todos estaban muy emocionados por el anuncio del bebé, preguntándome qué tiempo tenía. Me había olvidado de cuánta gente le gustaba sentir tu barriga cuando estás embarazada, incluso antes de ser evidente. Al final de la noche, me sentía un poco agotada.

Después de una hora de estar en eso, la multitud comenzó a despejarse y, como nos casamos en nuestra casa, no tuvimos que hacer una gran salida. En cambio, tuvimos que despedir a nuestros amigos, lo cual fue muy especial. Algunos no habíamos visto desde la escuela, o el servicio, en el caso de Mateo, y fue tan bueno verlos a todos que había sido una noche verdaderamente maravillosa.

–Estoy muy contento de haberlo hecho en casa–, dijo.

Agus se había ido a la cama, y Robert y Grissel se habían ido a la casa de huéspedes al menos media hora antes, cuando mi padre se había ido.

–Yo también. Me muero de hambre. –Sostuve mi estómago, y Mateo se agachó y puso su mano sobre la mía. –Vamos a conseguir algo para comer. No puedo permitir que mi señora ande con hambre–. Se inclinó hacia abajo y me

besó suavemente. –Hay un montón de pollo y pastel.

–Mm, pastel. Sí, vamos a llevar el chocolate a la cama–. Mis pies estaban gritando, y me di cuenta de que finalmente podía quitarme los zapatos y relajarme. Mi ropa cómoda no era tan cómoda como la había comprado semanas antes.

–Cortaré un pedazo–. Me besó la nariz, pero lo detuve antes de que pudiera alejarse.

–No, quiero todo–. Había una ronda completa de pastel de chocolate a la izquierda, y lo había estado vigilando durante horas.

–¿Quieres el pastel entero?

Asentí y apoyé la cabeza en su pecho. –Sí, y quiero que me lo des, y cuando esté bien llena, quiero hacer el amor hasta que me duerma en tus brazos.

El se rio –terminarás enferma y cansada en la mañana para nuestro vuelo–. Intentó decirme con mucho sentido, pero no lo escuché.

–Mateo. Tú, pastel, sexo, sueño. Lo quiero. Me acerqué y él soltó un suave gruñido.

–Me gusta cuando eres exigente. Me enciende. Además, me encanta consentirte. Me besó suavemente y luego me levantó en sus brazos.

–No tienes que llevarme.

Se dio la vuelta y fuimos a través de la habitación hacia las escaleras. –Si no te llevo ahora, no podré hacerlo después de que hayas comido todo el pastel–. Me dedicó una sonrisa maliciosa y le di un codazo a las costillas.

–Oye, no me pinches mientras estoy subiendo las escaleras. No quiero dejarte caer a ti y al bebé.

Me di cuenta de que ya no solo seríamos él y yo, sino que de ahora en adelante, seríamos cuatro.

–Estoy muy feliz, Mateo.

–Yo también–. Dio el último paso y luego me puso de pie. –Ve al dormitorio, yo bajaré y volveré enseguida.

Me dio un rápido beso y luego se dio la vuelta para dar pasos rápidamente. Fui a la habitación y me quité la ropa. Luego encontré la lencería que había comprado y metida en el cajón superior para esta ocasión. Aunque tenía mucho sueño, quería estar con mi esposo. Después de la torta, por supuesto. Mi estómago retumbaba por el hambre, y el pobre bebé de allí probablemente nacería sosteniendo sus orejas si no comía algo pronto.

Después de vestirme, Mateo regresó con mi pastel. –Aquí está esto. Le di una vuelta a Agus, y ella se quedó dormida en su cama con su vestido. Le quité

los zapatos, pero ella está bien.

–Ella ha tenido un día lleno de acontecimientos–. Arreglé las sábanas y él sonrió mientras colocaba el pastel en mi regazo. –Ambos lo hemos hecho–. Se desvistió mientras comía mi primer bocado de pastel.

–Esto es tan bueno–. Cerré los ojos mientras el sabor sedoso del chocolate llenaba mi boca. Todo fue tan perfecto que quise llorar.

Mateo se deslizó bajo las sábanas conmigo, y le di un bocado.

–Maldita sea, eso es mejor que el de vainilla. Puedo ver por qué querías el pastel completo ahora. Tomó el tenedor y me dio mi siguiente bocado. –Todo lo que quiero saber es si este postre tiene una segunda parte tan dulce como esta que he probado– Él movió las cejas hacia mí.

–Oh, creo que lo sabes–. Le guiñé un ojo.

FIN